LA VERDAD QUE NOS UNE

LAURA GREY

LA VERDAD QUE NOS UNE

LA VERDAD QUE NOS UNE

LAURA GREY

Primera edición: junio de 2026

© 2026 Laura Grey

ISBN: 978-84-09-87945-8

Título original : La verdad que nos une

Corrección: Anna Bissette
Maquetación: Laura Grey
Diseño de portada: Laura Grey

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

Para quienes crecieron leyendo historias de amor
y ahora no saben conformarse con menos.

A los que amáis la Luna
¡Estáis en mi equipo!

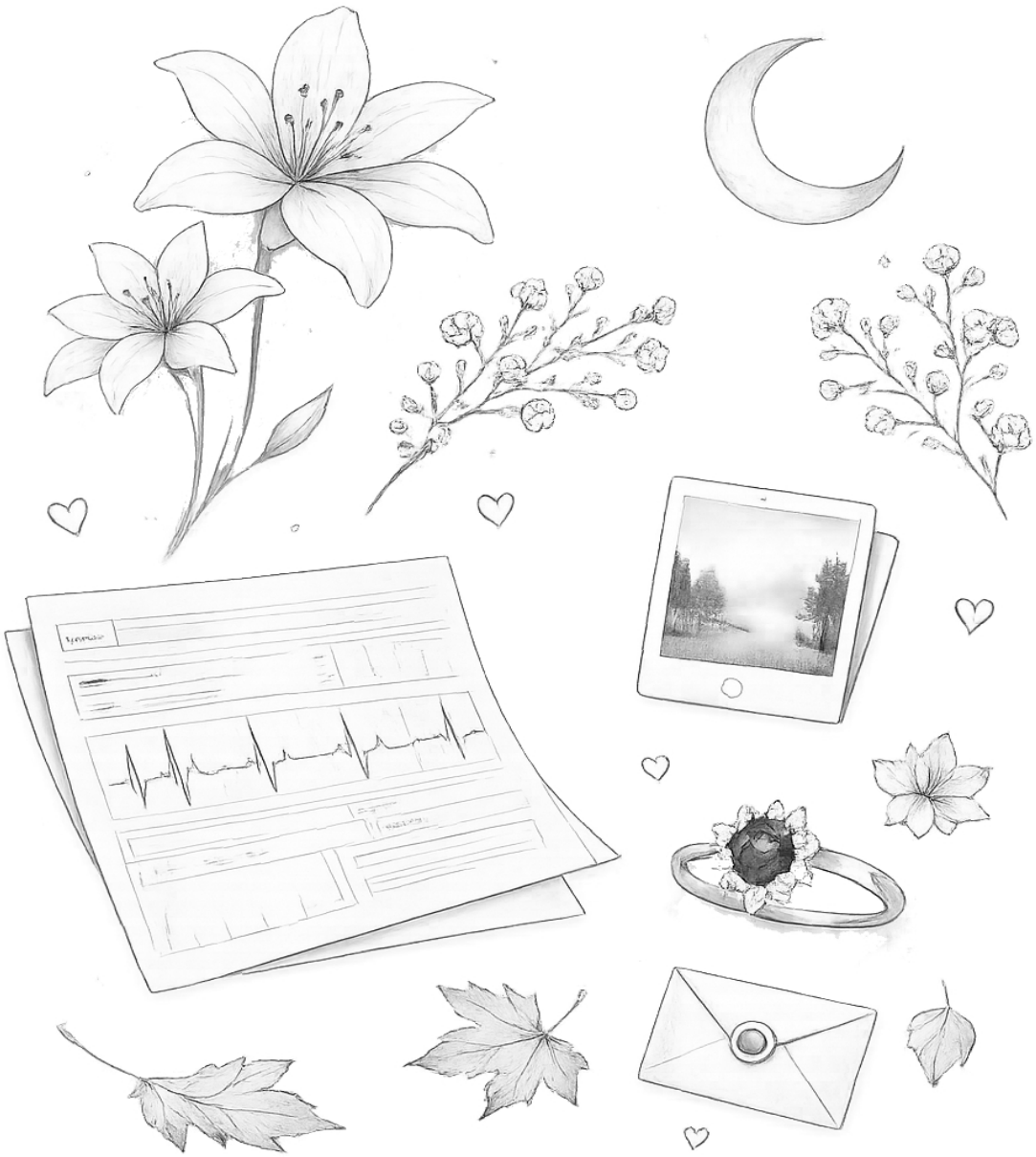


ÍNDICE

PROLOGO
1. Chocolate, tráfico y trabajos irónicos
2. Anatomía de un fantasma funcional
3. Cruce inesperado
4. Coincidencias (o no)
5. “Reiki en Alaska”
6. Canciones que no se dejan de escuchar
7. Textos exóticos y visitas esperadas
8. Flat White y delulus mañaneros
9. La noche de Olivia
10. Confusión y otros efectos secundarios
11. “Del mar“
12. Camisas horteras, sonrisas inevitables
13. Manos frías, corazón caliente
14. De crisálidas a mariposas
15. Melodía pegadiza

16. El peso de lo que no se dice
17. Carreras de secretos
18. Adiós, hogar dulce hogar
19. Superhéroes sin capas
20. Manual de supervivencia para paraguas rebeldes
21. Señales divinas
22. Nuestro pequeño Big Bang
23. Cruasanes interrumpidos
24. Desayuno con Drama-ntes
25. De urgencias… a urgencias sentimentales
26. Amanecer en primera fila
27. Entre sabuesos y detectives
28. El precio de la decisión
29. Tres discusiones y un cuarto prohibido
30. Secuestro frente al Hudson
31. Entre mantas y verdades
32. Despertar sin ti
33. La noche en la que todo ardió
34. Silencio administrativo
35. Otro whisky, por favor
36. Apagado o fuera de cobertura
37. La noche de Adrián
38. Dos corazones sin vida
39. Ella, mi Hogar
40. Mercurio retrógrado, déjame en paz
41. La prueba definitiva
42. Catorce

43. La justicia imperfecta
44. Lo que no te dije
45. A su debido tiempo
46. Recuerdos líricos
47. En la lista negra
48. Epílogo — Dos años después
Agradecimientos
Antes de irte
Conoce a la Autora



PRÓLOGO

A veces pienso que la vida de una persona no se quiebra con un grito, sino con un suspiro tan leve que pasa desapercibido. Un aliento que no imaginas que será el último hasta que, simplemente, deja de rozarte.

Porque hubo un momento exacto en el que todo pudo haberse detenido y no lo hizo.

El destino no te avisa, solo te tiende una trampa y deja que caigas en sus redes. Es como una tela de araña hilada a la perfección en la que la culpa te ahoga poco a poco.

Yo caí.

Caí con la certeza de que estaba haciendo lo correcto, y aun así, me despierto con las manos temblando, buscando un pulso que no late.

No recuerdo el momento en el que empezó a llover; solo recuerdo el tono insistente de una llamada sin respuesta. El rugir de la tormenta que se enquistaba en mis oídos mientras todo pasaba demasiado rápido.

Llevo años intentando olvidar su voz, esa mirada que me imploraba ayuda, la forma en la que respiraba antes del silencio…

Pero hay cosas que no se olvidan, se clavan en la piel como un puto tatuaje del que te arrepientes con los años, pero estás destinado a observar, cada vez más arraigado a ti.

Si supieras lo que ocurrió aquella noche —lo que hice o lo que debería haber hecho—, tal vez entenderías que no tendrías que haber sido tú, que no tendría que haberle ocurrido a nadie, y que, en una décima de segundo, tuve que tomar una decisión que aún me pesa cada vez que cierro los ojos.

Pero seré sincero contigo, si alguna vez me preguntas por qué lo hice, te diré la verdad más cruel de todas.

Estaba tratando de salvarme.

De salvarnos a los dos.

Porque una vez conocí el infierno, y no estaba dispuesto a volver allí de nuevo.

1

Chocolate, tráfico y trabajos irónicos

OLIVIA

—No, otra vez no… por favor.

Fue lo primero que pensé al despertarme en mitad de la noche.

No había dormido casi nada. El despertador me taladraba los oídos y ni siquiera sabía dónde lo había tirado después de hacerlo callar las otras veces.

Arrastré los pies hasta la cocina y abrí la nevera en busca de algo que me hiciera olvidar la noche que acababa de pasar. El aire frío me golpeó la cara y me quedé un momento apoyada en la puerta abierta, mientras me decidía. Necesitaba sentirme cálida, segura de que seguía aquí. Así que me preparé un chocolate caliente.

El vapor empezó a subir en espirales lentas frente a mí. Aún sentía el escalofrío en el cuerpo tras esas horribles pesadillas. Odiaba ese momento en el que tardaba unos segundos en reconocerlo todo y saber lo que era real y lo que no.

Hoy era una de esas mañanas en las que mis pensamientos sabían más a pasado que a presente, aunque en realidad casi todos los días eran así, solo que ahora lo notaba más.

Me lo bebí frente a la ventana mientras observaba el tráfico de la calle. Apoyé la frente en el cristal, todavía estaba helado de toda la noche. Desde aquí, los coches parecían hormigas con prisa, persiguiendo metas invisibles. A veces me preguntaba si yo también me movía así, sin saber muy bien hacia dónde me dirigía, y si solo avanzaba porque el reloj decía que era hora de seguir.

Me paré a observar.

Las luces de la ciudad se reflejaban en los charcos del asfalto, porque aún no había amanecido. Los taxis amarillos se deslizaban como peces escurridizos y la gente parecía correr sin saber de qué huía.

Yo, por ejemplo, huía del silencio.

Vivía en un apartamento pequeño, en un piso alto, con paredes que crujían cuando hacía frío y una ventana que daba a la calle.

En la noche, el edificio parecía respirar. Las tuberías vibraban y escuchaba los sonidos de las paredes lejanas, lo justo para recordarme que seguía despierta.

Sophie decía que tenía «encanto *vintage*», aunque sospechaba que lo hacía para justificar el precio del alquiler. Ella es mi mejor amiga, mi brújula emocional y la única persona capaz de cantar *Flowers*, de Miley Cyrus, a las siete de la mañana sin provocar una denuncia por ruido.

Apareció bailando, como si la hubiese invocado con el pensamiento, acercándose a la isla de la cocina con su pijama de ositos y la cara hinchada por el sueño. Arrastraba los pies, pero aun así, giró sobre sí misma al llegar a la encimera. Medio dormida, y tan solo con su presencia, conseguía que el día pareciera menos terrible. Llevaba un moño despeinado que lo más probable es que se hubiese hecho nada más levantarse, con lo primero que había pillado.

«¿Un boli? Sí, parece un bolígrafo».

Si me hiciese yo uno igual, parecería algo así como un nido de pájaros en plena incubación, pero a ella… A ella le quedaba tan perfecto que cualquiera diría que había invertido horas en hacerlo.

Sophie y yo éramos amigas desde la infancia. Llevábamos viviendo juntas cuatro años y medio, aunque a veces parecía que siempre había

estado ahí, ocupando el espacio exacto que yo no sabía llenar. Era mi salvavidas, aunque no se lo decía casi nunca.

Tenía esa habilidad irritante —y maravillosa— de convertir el caos en algo soportable. Su humor era su armadura; el sarcasmo, su forma favorita de decir «te quiero» sin tener que pronunciarlo.

A veces pensaba que Sophie mantenía el equilibrio de aquel lugar. Yo me encargaba de los silencios; ella, del ruido; y entre las dos, el apartamento dejaba de parecer tan pequeño, tan vacío…

—¿Otra noche en vela? —preguntó, alzando una ceja mientras servía café como quien sirve una poción mágica.

—A eso no se le puede llamar noche —respondí con la voz ronca—. Más bien diría que he estado haciendo un examen minucioso de la pintura del techo.

Me agarré la cabeza con las dos manos, para intentar mantenerla con mayor firmeza sobre los hombros. Ella rio, con esa risa suya que siempre sonaba a desafío.

—¿Sabes? Deberías empezar a cobrarles alquiler a tus pensamientos. Si van a pasar tanto tiempo aquí, al menos que aporten algo.

—Ya lo hacen —repliqué, rozándome la piel bajo los ojos—. Me dejan hermosas ojeras.

Sophie curvó los labios, aunque en su expresión se notaba la preocupación.

Se apoyó en la encimera, con los brazos cruzados y la mirada fija en mí.

—Son más fuertes en esta época del año, ¿verdad? —dijo en un tono más bajo.

Asentí. No hacía falta explicar más. Ella sabía lo que significaban las noches de insomnio, los ataques que me dejaban sin respiración y esos sueños que no eran realmente sueños. Esa era la forma en que mi mente me arrastraba hacia el pasado cuando el calendario se acercaba a estas fechas.

—Sí. Siempre vuelven. Es como si el frío las trajera consigo —dije, mirando de reojo la ventana empañada por la lluvia.

Sophie se acercó y me puso una mano en el hombro. Noté el calor de sus dedos a través de la camiseta.

—Olivia, ya sabes lo que pienso: si el pasado quiere visitarte, que al menos traiga vino o chocolate. Algo útil, por favor.

Sonreí débilmente. Era su forma de protegerme, de no dejar que me hundiera.

—No sé cómo lo haces —le dije—. Cómo consigues que todo parezca menos… roto.

—¡Magia! —contestó, encogiéndose de hombros—. Y cafeína. Sobre todo, cafeína.

Se quedó mirándome un momento más, intentando medir hasta dónde podía bromear sin hacerme daño.

—Prométeme que no vas a pasar otro invierno sola dentro de tu cabeza —añadió luego, con voz más suave.

—Prometido —mentí con una sonrisa. Aparté la mirada hacia la taza.

—¿Vas a trabajar hoy? —preguntó, cambiando de tema mientras me pasaba la tostada más quemada de la bandeja, como si fuera un acto de cariño.

—Claro —respondí algo más enérgica—. Los viajes no se reservan solos.

—Ah, es verdad, porque la gente no sabe cómo reservar su propia habitación de hotel…

Puso los ojos en blanco.

—No me dedico solo a reservar hoteles, Phiphi —Bromeé, usando ese diminutivo que le decía de pequeña, cuando aún no sabía pronunciar su nombre—. Sabes que mis viajes organizados son mucho más interesantes.

Ella soltó una carcajada y desapareció hacia el baño, cantando a gritos.

Me quedé mirando mi taza con la frase «Viajar es vivir dos veces». No sabía en qué momento le había parecido una buena compra, pero así era ella.

Yo, sin embargo, veía la vida de otra manera.

Mientras otros viajaban, yo me quedaba mirando destinos en una pantalla, vidas que ya no me pertenecían.

—¿Maldivas o Bali? —me había preguntado una clienta unos días antes, inclinándose sobre el mostrador con los ojos brillantes por la emoción—. Es para nuestra luna de miel. Queremos algo… perfecto.

Había girado ligeramente la pantalla hacia ella, señalando las fotos de playas imposibles, agua transparente y cielos sin una sola nube.

—Bali —dije al final, tras un segundo de duda—. Tiene algo especial.

Ella sonrió como si ya estuviera allí. Yo solo cerré la pestaña cuando se fue.

Eso me hacía recordar que yo ni siquiera podía cruzar los límites de la ciudad sin sentir que me faltaba el aire.

A veces, cuando algún cliente me hablaba de «empezar de cero» o «dejar atrás los recuerdos», tenía que apartar la mirada y fingir que revisaba algo en el ordenador para disimular el efecto que eso provocaba en mí.

Suspiré, dejé la taza en el fregadero y cogí las llaves.

En ese momento, Sophie salió del baño con el pelo envuelto en una toalla. Sabía lo que pasaba por mi mente.

Lo sabía siempre, pero no insistió en que habláramos de ello; en su lugar, puso la lista de reproducción que teníamos guardada para «emergencias emocionales» y empezó a bailar, agarrándome de la mano e invitándome a seguirle el paso. Tiró de mí con más fuerza cuando dudé.

La cocina pareció llenarse de una dulzura reconfortante, como si el ruido del pasado no pudiera atravesar la música y yo no tuviera que enfrentarme sola al mundo al cerrar la puerta.

—Ve a venderle el paraíso a alguien —dijo, mientras se alejaba hacia su habitación y me lanzaba un beso exagerado.

—Eso haré —respondí, intentando afrontar el día con la fuerza necesaria.

Salí poco después, con el rastro de su voz aún en los oídos y la bufanda de rayas que me había tejido la abuela las Navidades pasadas.

La ciudad se estaba despertando; rugía como siempre, pero algo en mí se sentía fuera de ritmo.

Los semáforos cambiaban demasiado rápido, la gente caminaba con excesiva prisa y cada bocina parecía retumbar un poco más fuerte de lo normal.

Dios… cómo odiaba esos sonidos.

Metí las manos en los bolsillos, abriendo y cerrando los puños con rapidez, buscando calor o quizá alguna señal de que todo estaba bien, aunque en realidad, lo único que intentaba era que esa sensación de alerta constante desapareciese.

Crucé la calle cuando el semáforo parpadeó, apretando los dientes, sintiendo el suelo inestable.

Al llegar a la oficina, inspiré hondo antes de empujar la puerta de cristal.

Me quedé un segundo agarrando el pomo.

No sabía por qué, pero tenía la sensación de que algo, en algún punto de la jornada, iba a romperse.

Y ese algo iba a ser yo.

2

Anatomía de un fantasma funcional

ADRIÁN

—¿Otra vez por aquí, Adrián? Como sigas así, vas a acabar empadronado en la sala de urgencias —me dijo Emma, la enfermera del turno de tarde.

Ella llevaba trabajando allí más tiempo del que decía recordar y siempre conseguía sacarnos una sonrisa cuando más la necesitábamos.

Podría haberse jubilado hace años si hubiese querido, pero no dejaba de repetirnos que sin ella estaríamos perdidos, y que era demasiado buena para permitir que eso ocurriera.

En el fondo, todos sabíamos que tenía razón.

Estaba sentada tras el mostrador de urgencias, mirándome a través de esas gafas grandes y redondas que la caracterizaban, con la expresión de alguien que lleva años viendo a la gente entrar y salir sin que nada le sorprendiera.

Le sonreí, cansado.

—Ya sabes que no me fío de dejar el caos sin supervisión, Emma.

Ella resopló, me conocía demasiado bien como para creerse que era una broma.

—Claro… el caos —murmuró.

No respondí. Cogí la carpeta que me ofreció antes de que pudiera seguir con el mismo tema, aunque Emma no era de las que insistía. Llevaba años viendo cómo me quedaba más de la cuenta sin decir nada. Incluso mantenía mis coartadas cuando explicaba por qué pasaba tantas horas aquí. Había entendido que, para mí, salir del hospital era peor que quedarme.

Fue de las primeras personas que vio en mí al chico perdido que, poco a poco, se iba encontrando. O eso me hacía creer, porque yo no estaba tan seguro.

En mi trabajo, todo seguía un ritmo exacto: cada proceso, cada diagnóstico… Todos éramos miembros de un engranaje donde si algo fallaba, el resultado era crítico. Incluso cuando llegaba el caos, todo estaba medido, y eso es exactamente lo que me gustaba: no dejar nada al azar.

Golpeaba con los dedos la carpeta de informes de altas mientras escuchaba el parte del turno anterior, asintiendo sin mirar realmente a quien hablaba.

Odiaba la parte administrativa.

Cuando terminó de hablar, salí al pasillo y empecé a recorrer los boxes para visitar a los pacientes del turno anterior y di órdenes automáticas que mi cuerpo ejecutaba antes de que mi mente llegara a procesarlas.

Intervenía más de lo que me correspondía. No era mi trabajo estar en el campo de batalla, pero sin duda era donde me sentía más útil. No delegar también era una forma de no parar, y yo era adicto a eso.

Hacía tiempo que la rutina se había convertido en una especie de anestesia; mientras trabajaba, no pensaba, y eso era exactamente lo que necesitaba.

Cuando volví al control de enfermería, había más gente que antes. La tarde avanzaba con un ritmo más tenso de lo habitual. Los boxes estaban todos ocupados y en el pasillo se escuchaba el murmullo constante de un turno que empezaba a desbordarse.

Me detuve a validar pruebas que se acumulaban en la pantalla más rápido de lo que podía confirmar.

—Aún está demasiado nerviosa, no es capaz de atender a las indicaciones. —Escuché decir a una residente al otro lado del mostrador.

—¿Le has dado la medicación? —preguntó una enfermera.

—No, los de psiquiatría están ocupados, no pueden bajar ahora mismo.

Hablaban cerca, lo bastante como para que pudiera oírlas sin ni siquiera levantar la voz.

Noté sus miradas de reojo, esa pausa incómoda entre frase y frase que no tenía que ver con la paciente, sino con la falta de personal cuando se nos complicaba la jornada.

El cursor parpadeaba en la pantalla, impaciente por que continuase con mi tarea.

Solté el ratón.

—¿Dónde está? —pregunté interesado.

La respuesta llegó a medias, acompañada de un gesto hacia el pasillo.

Pero yo ya estaba caminando hacia allí.

Al abrir la puerta vi a una chica joven sentada en la camilla, con las manos apretadas sobre las rodillas y la respiración entrecortada. Su piel era pálida. Tenía los ojos vidriosos y un leve temblor en los labios, con un tono ligeramente violáceo.

No había heridas visibles, pero el dolor estaba ahí, latente.

No la reconocí. No era paciente habitual, pero algo en su forma de mirar al vacío me hizo detenerme más tiempo en su presencia. Tenía la mirada perdida, como si estuviera viendo algo que los demás no podíamos ver.

—Soy el doctor Vega —me presenté en voz baja, acercándome, pero sin invadir su espacio—. Estás a salvo, ¿de acuerdo?

No contestó, pero asintió apenas mientras cerraba los ojos, concentrándose en escuchar mi voz.

Sus manos temblaban. Las uñas se le clavaban en las palmas y la respiración le subía y bajaba el pecho en sacudidas cortas.

Me agaché despacio frente a ella, evitando cualquier movimiento brusco.

—Está bien. —Bajé aún más la voz, casi le susurraba—. No tienes que hablar. Solo respirar conmigo.

En ese momento volvió a abrir los ojos y los fijó en mí.

Marqué el ritmo con la mano de una forma lenta, constante.

Inhalar. Exhalar. Mantener.

Sin forzar, lo repetí.

Tomé su pulso, le iba demasiado rápido, pero al cabo de varias repeticiones, empezó a estabilizarse poco a poco.

—¿Has tomado algo? —pregunté—. ¿Alguna medicación?

Negó con la cabeza.

—No… solo… sentía que no podía… respirar.

Esa fue la primera frase que pronunció.

Cogí el bolígrafo y marqué unos insignificantes asteriscos en su informe, sin necesidad real, solo para darle algo más de tiempo.

La luz de la sala caía de lado sobre su rostro y acentuaba el brillo húmedo en su mirada.

Noté algo más.

No era el ataque, de esos había visto muchos.

Lo que me llamó la atención fue la forma en la que lo contenía. Intentaba ocultarlo, como si soltarlo del todo fuera peor que mantenerlo así.

—Lo que sientes es normal en estos casos —le dije para tranquilizarla—. Es una descarga de tu cuerpo. Puede ser provocado por estrés, falta de sueño o algo que llevas acumulando desde hace tiempo.

—No es la primera vez, pero… nunca había sido tan fuerte —me confirmó.

—¿Te ha pasado antes?

—Sí… Suelo tener ataques de ansiedad desde hace unos años. Pero siempre los controlo.

«Siempre los controlo».

Bajé la mirada al informe y repasé la hoja de su historial. No había registros de episodios similares. Ni uno solo.

Levanté la vista hacia ella.

Seguía sin encajar su actitud con lo que acababa de ver.

Se pasó las manos por la cara, intentando borrarse el recuerdo.

—Lo siento… No debería de haber venido. Pensé… pensé que me iba a morir.

Me aparté un poco para darle espacio. Saqué un vaso del dispensador y le ofrecí agua.

Cuando lo cogió, sus manos ya no temblaban tanto. Se sentó más erguida, intentando recomponerse.

—¿Tienes a alguien que pueda venir a buscarte?

Miró su vaso entre las manos antes de contestar.

—Sí. Mi amiga Sophie. Vive conmigo. Ya la he avisado.

Me acerqué más a ella. Revisé sus constantes una última vez y volví a mirar su historial por si algo se me había pasado por alto.

Nada.

—Te quedarás un rato en observación, ¿de acuerdo?

Asintió.

—La enfermera estará pendiente por si necesitas algo —dije mientras abría la puerta.

Al salir, la residente me esperaba en el pasillo.

—¿Todo bien, doctor? ¿Ha conseguido calmarse?

—Sí. Era un ataque de ansiedad.

Vi a la residente respirar más tranquila.

De momento solo teníamos asignados a los de primer año y empezar en urgencias requiere decisiones rápidas que no todos sabían afrontar.

Atendí a dos pacientes más del mismo pasillo, firmé un alta que llevaba demasiado tiempo siendo retrasada y escuché a medias a un residente que me preguntaba algo sobre un antibiótico.

Pero mi cabeza no estaba allí.

Iba a pasar de largo por su puerta, sin embargo, mis pasos me frenaron.

No tenía por qué hacerlo.

Ya no era asunto mío, pero al girarme para continuar, la escena volvió a mi cabeza.

El temblor y después el control.

Aquellas palabras y ningún ingreso registrado por aquellos ataques en su historial.

Me crují el cuello, antes de girar el pomo, necesitaba liberar la tensión.

Al entrar, noté que ya había recuperado el control total de su cuerpo. No estaba en la camilla, estaba sentada en la silla del acompañante, con su bolso colgado y los brazos cruzados, esperando.

—De momento estás estable, señorita Brake —dije, volviendo a leer los datos que ya habían escrito mis compañeros de psiquiatría—, pero quiero que, en cuanto salgas de aquí, pidas cita con el servicio de psiquiatría del hospital.

Ella asintió despacio sin terminar de entender, con esa mezcla de vergüenza y alivio que dejan los ataques de ansiedad cuando se van.

—¿Por qué?

Se puso de pie.

—Lo tengo controlado.

—Claro, no lo dudo. No tiene por qué volver a pasar —respondí con tranquilidad—, pero si ya has tenido episodios antes, es importante hacer un seguimiento.

Mantuve un tono neutro, lo bastante amable como para que no se pusiera a la defensiva.

—El tratamiento puede ayudarte a prevenir los ataques —añadí—, y no hablo solo de medicación: a veces basta con aprender técnicas de respiración, evitar la falta de sueño y cosas básicas del día a día que a veces olvidamos.

Ella asintió sin mirarme al principio, volviendo a perderse en sus pensamientos. Cuando alzó la vista hacia mí, me detuve a observarla.

Tenía los ojos grandes y verdes, pero no era un verde que hubiese visto antes, era un verde oscuro, como el de un bosque húmedo, con vetas marrones que rompían el color, y por un momento olvidé lo que iba a decir.

—Sí, lo intentaré —respondió de inmediato.

Esbocé una sonrisa breve, apenas perceptible.

—Eso está bien. Inténtalo. Y si vuelves a sentir algo parecido, no dudes en venir. Aunque puedas creer que no, estás haciendo lo correcto.

—Gracias, doctor.

Su voz ya no sonaba recelosa; había en ella una calma que me resultó incluso melodiosa.

Volví al control de urgencias y retomé el informe que había dejado a medias.

Mientras la noche avanzaba, el hospital empezaba a transformarse. Las luces de los fluorescentes seguían igual de intensas, pero el cansancio se hacía más visible, al menos para los que llevábamos horas moviéndonos por los pasillos sin parar de atender a pacientes. Esos pasillos que suenan a susurros y huelen a comida de máquina.

Me apreté las sienes con fuerzas, liberando ese dolor que me estaba envolviendo.

Terminé de revisar los últimos informes retrasados que quedaban antes de dar el relevo y cerré mi turno. O eso intenté, porque dejar de ser el jefe de urgencias no terminaba nunca.

Cuando por fin salí del edificio, el día estaba frío y húmedo. Había dejado de llover, aunque olía a tierra mojada, y no sabía si era cosa mía, pero el cielo sobre el hospital parecía siempre más oscuro que en el resto de la ciudad.

Caminé hasta mi coche. Vivía bastante cerca, en un apartamento que nunca terminé de amueblar. Las paredes eran lisas, sin cuadros ni

demasiada decoración. El sofá era incómodo, pero suficiente para las horas que pasaba allí.

Normalmente iba a trabajar andando, pero la tormenta del día anterior había sido lo bastante intensa como para cambiar la rutina.

Las calles ya estaban llenas, como cada mañana.

Miré el móvil por inercia: cincuenta y tres mensajes sin leer.

Abrí el chat de un grupo al azar.

«¿Hoy cenamos o qué, desaparecido?»

«Te has vuelto a quedar de guardia, ¿no?»

«Di algo, Vega.»

Cerré la conversación y seguí caminando hacia el aparcamiento. Bloqueé la pantalla sin responder. No tenía energía para conversaciones que no fueran urgentes o resultados de laboratorio.

Mis rutinas solían comenzar con el sonido del despertador y terminar con los pitidos de los monitores cardíacos.

A veces me pregunto si el hospital es una forma de penitencia o un camuflaje para mí, porque nadie pregunta demasiado cuando vives rodeado de dolor profesional. El dolor ajeno distrae del propio, y en eso era un especialista.

Arranqué el coche y salí del *parking*, incorporándome al tráfico de primera hora.

Cuando aparqué cerca de mi edificio, dediqué unos minutos a observar la acera de enfrente. Justo ahí había un parque diminuto donde los perros corrían con la ilusión de no saber que siempre volverían al mismo punto.

Apagué el motor y me quedé mirándolos con las manos en el volante.

Yo también corro, pero de otra forma: hago ejercicio, leo artículos médicos y finjo interés en cenas que no me importan.

Las mujeres dicen que tengo «mirada de misterio», pero si supieran lo que hay detrás, dejarían de encontrarlo atractivo.

—No desaparezcas otra vez. —Fue lo último que me dijo aquella chica hacía un par de semanas, de la que ni siquiera recordaba su nombre.

Aún no le había contestado.

Y no es que no les dedicase el tiempo que merecen, es que simplemente no me apetecía.

Tengo amigos, claro, o algo parecido a eso: colegas, conocidos; la camarera de la cafetería, que siempre me pregunta si quiero el *muffin* de

arándanos o el de chocolate, aunque ya sabe la respuesta. Personas que se preocupan por mí.

Mis días son precisos, equilibrados, pero en el fondo me los paso disimulando que voy por la vida como un fantasma que intenta desaparecer. Sonrío por los pasillos y así nadie nota cuándo tiemblo por dentro.

Subí los pequeños peldaños hasta mi apartamento, dejé las llaves en el mueble de la entrada y me preparé algo rápido: un sándwich frío y leche caliente, lo primero que encontré.

Me senté en el taburete del salón y volví a echar un vistazo al móvil. Esta vez sí leí los mensajes, respondí a uno con un simple «*ok*» y dejé el resto en visto.

No es que no me importe la gente. Es que, después de doce horas escuchando historias, diagnósticos y miedos, ya no sé qué decir cuando alguien me pregunta cómo estoy.

Miré el reloj. En menos de doce horas volvía a entrar en turno.

Debía dormir algo, así que apagué la luz, dejé el móvil boca abajo y cerré los ojos, esperando que el silencio de la habitación fuera suficiente para no pensar.

Por ahora.

3

Cruce inesperado

OLIVIA

El aire se detuvo. Así, sin más.

Una punzada dolorosa me atravesó el pecho justo cuando iba a alcanzar el móvil, que no dejaba de sonar con insistencia. Me aferré al borde del escritorio con demasiada fuerza, intentando mantenerme en pie. El teléfono insistía en el bolsillo de mi chaqueta, ajeno a mi colapso. Tuve la impresión de que a mi corazón se le había olvidado cómo latir.

Me quedé la última en la oficina y acababa de cerrar al público tras una jornada agotadora. Las paredes se me echaron encima como si buscaran aplastarme. La cabeza me daba vueltas. El aire, aunque entraba en mi boca, no lograba oxigenarme.

Logré, por pura inercia, estirar la mano, agarrar el teléfono y descolgar. Solo quería que el ruido parara.

—He pedido tu pizza favorita, así que no pienso aceptar un NO por respues…

—¡Sophie! —la interrumpí, en un jadeo agónico.

—Olivia… ¿qué pasa? ¿Qué te ha pasado?

—No… puedo… respirar —balbuceé.

El pánico me estaba agarrotando los dedos.

Me dejé caer al suelo, apoyada contra el lateral de la mesa, odiando haberme quedado enviando correos hasta tarde, solo por evitar volver a una habitación vacía y ahogarme en mis propios pensamientos.

—Oye, oye, cariño, tranquila. Respira conmigo, ¿vale? Inhala despacio… Olivia, ¿me oyes? ¡Olivia! No me hagas esto… ¿Has llamado a la ambulancia? Necesitas ir al hospital ahora mismo. Estás a dos manzanas del NYU Langone, llegarás enseguida. Un Uber será más rápido, te lo mando ya. Salgo para allá.

Su voz temblaba, atropellada, mientras se oía el tintineo de sus llaves al otro lado.

Sophie se quedó conmigo al teléfono, llenando el vacío con instrucciones que mi cuerpo ya no sabía obedecer. Me obligó a arrastrarme hacia la salida mientras me juraba que el coche ya estaba en la puerta. El trayecto fue un borrón de luces y náuseas. Lo último que recuerdo es pasarle el teléfono al conductor.

Después, la oscuridad se volvió densa.

Cuando volví a ser mínimamente consciente, había pasado por triaje y tenía las piernas colgando de una camilla en urgencias.

La boca se me había quedado áspera, parecía que hubiese tragado polvo, y la cabeza me martilleaba en cada latido. El corazón seguía empeñado en golpearme el pecho con fuerza desde dentro, desordenado e inquieto.

Miré mis manos y temblaban. No sabía si era por el frío que siempre hace en los hospitales o por todo lo que estaba intentando contener.

Sentía la ropa pegada a la piel, humedecida por el sudor, y cada bocanada de aire me costaba más. El olor a desinfectante y a ropa de cama almidonada me gritaba a la cara: «Bienvenida a la realidad, Olivia».

—Señorita Brake, ¿puedes oírme? Soy Amelie, enfermera residente. Estoy aquí contigo para ayudarte. Necesito que respires despacio.

Su voz tenía algo frágil, una suavidad que parecía intentar calmarme a mí… y también a ella. Me colocó los electrodos en el pecho con una delicadeza extrema. Sus manos estaban frías y su mirada era tan dulce que me hizo sentir como una niña indefensa en mitad de algún lugar hostil.

—Cuando sientas que te falta el aire, no pelees contra la sensación —me explicó—, cuenta hasta cuatro al inhalar, y luego hasta seis al soltar el aire.

No te llenes de golpe, solo deja que entre despacio.

Asentí como pude, o lo intenté, porque no fui capaz de seguir sus indicaciones.

La garganta todavía seguía bloqueada.

—No te preocupes. Tu corazón va rápido, pero no es peligroso. Se va a estabilizar.

Después, se giró hacia la puerta, y su tono se volvió un poco más firme, más profesional.

—Enseguida viene el doctor.

El box en el que me encontraba era bastante grande, la estancia estaba separada por unas cortinas color marfil que no llegaban a tocar el suelo. Había una silla de plástico gris y pude ver al otro lado una camilla con sábanas revueltas y una taza de cartón del NYU Langone Health con el logotipo violeta del hospital medio vacía junto a una carpeta desgastada.

Cuando el zumbido de mis oídos empezó a desvanecerse, escuché unos pasos decididos acercándose. La puerta se abrió y alguien entró en la habitación. Me quedé mirándolo un segundo más de lo que dictaba la cortesía, incapaz de evitarlo.

Era alto, de facciones marcadas, con unos ojos que no solo observaban, sino que parecían capaces de leer la letra pequeña de los secretos que uno intenta esconder.

La bata blanca y la expresión concentrada le daban un aire serio, casi distante, pero había algo cálido en la forma en la que sonó su voz.

—Hola, soy el doctor Vega.

Era profunda, de esas que se te quedan grabadas. Movía sus manos sin prisa mientras me analizaba con una atención abrumadora. Fue entonces cuando realmente fui consciente de lo que acababa de pasar. Hacía un momento estaba intentando ignorar mi soledad entre *emails* sobre reuniones irrelevantes y, de repente, me estaba ahogando en un recuerdo que intentaba borrar y memorizar a partes iguales.

Horas después, Sophie y yo volvíamos a casa en un silencio extraño, de esos que no tranquilizan, sino todo lo contrario. Te obligan a pensar demasiado.

Pensaba sobre todo en por qué todo había vuelto a empezar, cuando ya debería haberlo superado.

—No vuelvas a hacerme esto, Liv —dijo por fin, sin apartar la vista de la carretera. Su voz era baja, pero cargada de un matiz que pesaba demasiado

—. Cuando te llamé… me asusté tantísimo… —Hizo una pausa, y pude notar como se le quebraba la voz, aunque intentó disimular.

Me encogí en el asiento, notando como esa culpa vieja volvía otra vez a ocupar un lugar que no le pertenecía.

—No lo hice a propósito, Sophie.

Me froté las manos todavía heladas.

—No sé qué me pasó. Bueno… sí lo sé, pero… —Tragué saliva, incapaz de ponerle nombre al abismo—. Llevaba todo el día sintiéndome rara y… de repente mi cuerpo dijo «hasta aquí». Pensé que lo tenía controlado.

La frase se me escapó sola, más baja de lo que pretendía.

—Lo sé. Pero precisamente por eso, no podemos seguir ignorándolo.

—No lo estoy ignorando…

—Olivia —me cortó con demasiada firmeza—, sí lo estás haciendo. Llevas semanas fingiendo que estás bien, ¡qué digo semanas! Meses… años.

Abrí la boca para responder, pero no me salió nada.

¿Qué iba a decirle, que era peor de lo que ella se imaginaba? ¿Que nunca iba a poder dejar de sentir aquel dolor en el pecho?

—Te di tiempo —continuó—. Pensé que era eso lo que necesitabas. Pero lo de hoy me ha dejado claro que la tregua se ha acabado.

—¿Y qué quieres que haga? —solté más brusca de lo que pretendía—. ¿Volver de nuevo a la terapia como si eso pudiera arreglarlo todo? ¿Empezar otra vez de cero?

Ese «otra vez» se quedó resonando en mis oídos como una derrota.

—No es empezar de cero, Liv. Es dejar de retroceder.

Cerré los ojos un segundo, apoyando la cabeza en el asiento. Retroceder, eso era exactamente lo que yo quería.

—El médico dijo que era ansiedad —añadí más despacio porque no podía decir lo que realmente quería—. Que necesito parar, dormir, comer mejor… Lo típico.

—Pues para ti parece que eso no es «lo típico», si acabas en urgencias.

No supe qué contestar.

Sophie soltó un suspiro largo mientras aparcaba frente al edificio.

—Vas a quedarte tranquila unos días —dijo, girándose hacia mí—. Y yo voy a cuidarte.

—No hace falta que montes un operativo de emergencias…

—Demasiado tarde —me interrumpió con media sonrisa—. Podemos fingir que tenemos un virus altamente contagioso, no sería la primera vez.

No pude evitar recordar cómo eran sus planes de emergencia, pasar todo el día tumbada juntas, comiendo palomitas y solo levantarnos para ir al baño o abrir la puerta al repartidor de Uber Eats.

—Un clásico. —Suspiré.

—Exacto. Esta vez podemos hacer maratón de Disney.

Le devolví una sonrisa cansada porque sabía que lo decía en serio; lo haría por mí, de nuevo.

Subimos al apartamento midiendo cada paso, como si el suelo fuera de cristal.

Cuando Sophie cerró la puerta, me rodeó con los brazos sin decir nada. Fue ese silencio, firme y reconfortante, el que me hizo entender el miedo real que le había hecho pasar. No se trataba solo de mí. Tenía personas que sufrían conmigo.

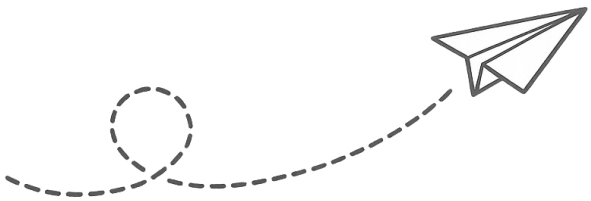
Apoyé la cara en su hombro, cerrando los ojos.

—Estoy bieeeen —susurré para calmarla.

Sophie negó con suavidad.

—No todavía —murmuró contra mi pelo—, pero lo vas a estar.

No le respondí. Me quedé quieta, disfrutando de su abrazo e intentando ignorar la presión que seguía instalada en mi pecho. Esa que conocía demasiado bien, y que por mucho que yo quisiera, no tenía intención de marcharse.



La primera vez que me ocurrió algo parecido no supe qué me estaba pasando. Acababa de llegar a casa después de pasar la tarde con mamá; habíamos salido de compras, como hacíamos siempre que queríamos despejarnos.

Al sentarme en el sofá, noté un peso en el pecho. El aire no me entraba con normalidad en los pulmones. No había ningún motivo. Pero esa sensación iba creciendo poco a poco.

Pensé que se me pasaría enseguida, pero aquello, lejos de desaparecer, fue creciendo y creciendo hasta que me desbordé.

Cuando fui capaz de abrir los ojos, estaba dentro de la bañera, abrazando mis rodillas mientras lloraba, sin ser consciente de ello.

Con el tiempo, esa presión volvía sin previo aviso, cada vez más a menudo.

Al principio no hacía nada, solo llorar, sentada en el suelo del baño, con la espalda apoyada en la puerta, esperando a que se me pasara.

Luego dejé de levantarme. Me quedaba con las persianas bajadas y el móvil sonando en la mesilla, hasta que dejaba de hacerlo.

—Olivia, esto no es normal —me dijo Sophie una noche, al otro lado de la puerta.

—No pasa nada. Estoy bien —mentí.

—No, no lo estás. Te estoy escuchando.

No supe qué contestar, y cuando no tenía más remedio que enfrentarme al mundo, aprendí a fingir: a masticar sin hambre, a reír en momentos que no entendía, a sostener conversaciones enteras sin estar dentro de ellas.

Aprendí también a reconocer esa sensación antes de que estallara, a quedarme quieta, a bajar la cabeza, apretar los ojos con fuerza y esperar a que pasara.

Me encerraba en el aseo de un restaurante o me escondía de pie, apoyada en una pared, en algún rincón apartado, contando segundos como si fueran minutos hasta que el aire volvía. Y cuando conseguía controlarlo, seguía intentando aparentar normalidad: sonriendo, mientras mentía y volvía a mi día a día con la intención de demostrar que todo estaba en orden.

Nadie lo notaba. Yo tampoco quería que lo hiciesen.

Los días fueron pasando y, poco a poco, aquella sombra perezosa que se me acurrucaba en el pecho por las noches empezó a difuminarse.

Seguía ahí, más ligera, menos constante, ya parte de mí. Había conseguido mantenerla a raya. O eso creía.

Fui levantando un muro tan grande a mi alrededor que nada ni nadie podía entrar, y ahora era yo la que no podía salir.

Pero seguía ahí, oculta, ocupando demasiado espacio.

Sentía esa ansiedad en cualquier momento, a cualquier hora y sin motivo aparente. Pero no la mostraba; solo hacía como que no pasaba nada.

Fui acumulando ese sentimiento hasta que me desbordé aquel día en la oficina.

Nunca antes había acudido al hospital por ese motivo. Nunca antes había mostrado todo el peso que realmente me estaba ahogando.

Ahora, Jackie me esperaba de nuevo con la libreta sobre el regazo y con esa sonrisa que no presiona, la deja ahí, para recordarme que puedo hablar o quedarme callada.

—¿Cómo estás, Olivia? —preguntó después de unos segundos.

Me quedé mirando mis manos antes de responder.

—Depende del momento. Hoy… mejor que hace una semana.

Jackie asintió despacio mientras leía las notas que tenía apuntadas.

—Sophie me llamó cuando estabas en el hospital. Me dijo que tuviste un episodio de ansiedad bastante fuerte. ¿Quieres contarme lo que pasó?

Apreté los dedos sobre las rodillas. Notaba como mis piernas se movían a un ritmo constante.

—No lo sé… De repente no podía respirar. No había nada… y de pronto todo.

Dudé un segundo y tragué saliva antes de continuar.

—Llevaba días durmiendo mal —añadí, más despacio—. El día que acabé en el hospital había tenido una pesadilla horrible.

Jackie no dijo nada, pero empezó a escribir en su libreta.

—Era un sueño confuso —seguí—. Llevaba el vestido azul, pero no era el mismo de siempre. Tropecé con un tipo, no lo conocía, su copa de vino cayó al suelo y todo se tiñó de rojo.

Tragué saliva mientras me apretaba el puente de la nariz, intentando recordar.

—Noté algo en mis manos. Estaban manchadas. Creo que esta vez había alguien más, yo... yo gritaba, pero mi voz no emitía ningún sonido.

Fruncí el ceño, intentando ordenarlo.

—Podía escuchar el vino gotear… o quizá era otra cosa. Tenía calor. —Negué levemente—. No… no lo sé.

Bajé la vista, notando cómo mis dedos se tensaron al recordar.

—Y en ese momento… me desperté.

Cerré los ojos, intentando apartar esa imagen que todavía parecía pegada a mí.

—Desde ese momento empecé a sentirme rara todo el día. Venían a mi mente recuerdos, pero no los sentía reales. —Me resultaba complicado expresar con palabras todos los sentimientos de aquel día—. En la oficina

abrí el último correo. Era un mensaje antiguo, sobre un viaje. Un viaje al sur de Europa.

Me llevé las manos a las sienes, incómoda.

—Y volví a escuchar una voz en mi cabeza. Pero no era su voz.

Jackie paró de escribir, no hizo nada, solo esperó a que terminara mi discurso.

Siempre hacía lo mismo, me dejaba divagar mientras yo intentaba entender qué demonios vivía en mi cabeza. Tenía que reconocer que ahora lo llevaba mejor, al menos era capaz de volver a hablar con ella.

Llevaba bastante tiempo sin hacerlo, demasiado como para fingir que todo seguía igual.

La primera vez que entré en esta consulta, no fui capaz ni de mirarla, me senté en esa misma silla y me pasé cuarenta minutos repitiendo que estaba bien, que no tenía nada que contarle.

No quería estar allí, no quería haber llegado a conocerla, porque estar sentada frente a ella significaba aceptar que todo aquello era demasiado real, que el dolor no era algo pasajero, que se iba a quedar oprimiéndome para siempre.

Salí de aquella primera sesión convencida de que no iba a volver. Pero no fue así. Volví a la semana siguiente. Y a la otra.

Hubo días en los que no decía nada, solo venía, me sentaba y esperaba a que se acabase la hora.

Otros en los que hablaba sin parar, como si al dejar de hacerlo todo fuera a venirse abajo.

—No entiendo por qué me pasa esto —le dije una vez, con las manos temblando—. Si no estoy pensando en nada.

—Tu cuerpo sí —respondió ella—. Y está intentando que lo escuches.

No quería escuchar. Quería que desaparecieran los recuerdos, pero al mismo tiempo no quería olvidar ninguno, y eso me estaba volviendo loca.

Necesitaba despertarme y ver que nada de eso había sucedido.

—No me había vuelto a sentir así desde la noche de… desde… —corregí.

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Jackie no apartó la mirada, buscando algo que yo no dejaba salir.

—Han pasado cinco años, Jackie —dije desesperada—. Cinco años y todavía hay noches en las que escucho la puerta abrirse, en las que pienso que se ha retrasado pero que va a aparecer por el pasillo y decir mi nombre.

En ese momento todo encaja, hasta que despierto y lo pierdo otra vez. Lo vuelvo a perder cada noche.

Noté cómo el pecho se me apretaba de nuevo.

—A veces pienso que, si hablo de él, la gente va a recordarme que ya no está. Pero si no lo hago, soy yo la que lo olvida.

Jackie cerró la libreta despacio y se acercó a mí con cariño.

—No se trata de olvidarlo, Olivia, se trata de aprender a vivir sin esperar a que vuelva.

Me llevé la mano al pecho, a ese punto exacto donde dolía.

No quería aprender eso, porque no era solo perder a alguien.

Era un amor interrumpido.

Era todo lo que se había quedado a medias.

Era una vida que se había detenido sin avisar mientras la mía seguía avanzando.

Y yo no quería esa vida.

4

Coincidencias (o no)

OLIVIA

—Olivia, necesito que te encargues de una nueva campaña.

Fueron las palabras de Linna, mi jefa, después de la última reunión semanal.

Una mujer práctica, de sonrisa siempre forzada y con la energía de querer estar en todas partes a la vez.

Levanté la vista del informe que estaba rellenando.

—¿De qué tipo?

—Paquetes de descanso y ocio para profesionales.

—Ajá… —Asentí, procesándolo—. ¿Puedes darme información más concreta?

Me ofreció un documento con la propuesta.

—Vamos a participar en un Congreso Nacional relacionado con la Medicina Interna que va a realizarse una vez al año.

La Health & Wellbeing Summit.

—Consiste en organizar *packs* de descanso para profesionales de la salud, donde se combinan charlas, turismo y tranquilidad. Todo junto. Es una de las nuevas iniciativas que van a adoptar para mejorar las condiciones del personal sanitario. Cada centro médico elegirá el plan que más se adapte a sus necesidades.

Me miró fijamente a los ojos.

—Competiremos con las mejores agencias de viaje de la ciudad, así que buscan algo atractivo, que sea distinto. Nada del típico paquete aburrido. Sé que puedes hacerlo.

Miré el documento, pero no estaba leyendo nada.

Llevaba una semana intentando volver a la normalidad. Acababa de incorporarme al trabajo y, sorprendentemente, me encontraba bastante mejor: más relajada, con menos peso sobre los hombros, por fin más ligera.

«Mente ocupada, cuerpo… ¿cómo seguía el refrán? Ni idea».

Pero Sophie me lo había repetido cada día que pasamos juntas durante mi recuperación. Había decidido seguirlo al pie de la letra. La idea era mantenerse en movimiento, decía.

—Es un proyecto muy importante para la agencia —continuó Lina—, así que deja lo que estés haciendo y ponte ya con esto. No tenemos mucho tiempo.

Te he enviado al correo las indicaciones que hay que seguir.

—Sí... claro.

Fue lo único que me dio tiempo a decir antes que se diera la vuelta, dirección a su escritorio.

Abrí la agenda y lo apunté a mi lista de tareas pendientes. Aquella lista era un laberinto de flechas que se movían según las prioridades de Linna, y por lo visto, esta acababa de subir al primer puesto.

No era el tipo de proyecto al que estaba acostumbrada, pero necesitaba distraerme. Esa era la oportunidad perfecta, pero no tenía ni idea de lo que tenía que hacer.

Me senté frente al ordenador y empecé a organizar mentalmente cada detalle. Es algo que siempre se me ha dado bien: la organización.

Si destacaba en mi trabajo era porque planeaba cada cosa al milímetro.

Mientras abría y cerraba webs de posibles actividades, recordé el viaje que le programé el año pasado a la familia Robinson: Italia.

Florencia, la ciudad que inventó la belleza.

Fue una excursión privada en la que me contrataron a mí personalmente para acompañarlos.

Llevaba un planificador encuadernado con cada actividad y acción del día en PDF:

08:30 – Desayuno con vistas al Arno.

(Elegir la tercera mesa de la terraza, es la que más sol recibe).

09:30 – Visita a la Galería Uffizi (Reservar entrada prioritaria).

Dos horas exactas para ver a Botticelli y Da Vinci.

11:45 – Paseo por el Ponte Vecchio.

Disfrute de las joyerías tradicionales y las vistas al río. (Ideal para fotografías).

12:30 – Aperitivo en Via dell'Ariento.

Pequeño local típico. Recomendar: bruschette y copa de Vernaccia.

13:45 – Tiempo libre para compras.

Zona Via dei Calzaiuoli y Piazza della Repubblica.

Sugerencia: tiendas locales de cuero y pañuelos de seda.

14:15 – 16:00 – Descanso en el hotel.

Regreso y tiempo libre. Se recomienda hidratarse y revisar el itinerario de la tarde.

Quedaron encantados con el viaje.

Ese tipo de paquetes, donde lo importante era conocer culturas, se me daba genial. Pero de congresos médicos y eminencias doctoradas no tenía ni idea.

No sabía nada de medicina. Ni siquiera sabía diferenciar cuándo tenía que tomarme un ibuprofeno o un paracetamol.

¿Qué esperaban ellos en un *pack* de descanso? ¿Más comodidad? ¿Más formación? ¿Tiempo para descansar?

Me sentí un poco ridícula, preguntándome si alguien me miraría y pensaría: «¿Quién es esta chica? ¿Qué hace aquí si no sabe nada de nuestra profesión?»

Ser una intrusa me ponía nerviosa.

Me levanté de la silla y fui directa a la cafetera. No me gustaba nada el café de la oficina, pero ahora mismo me daba igual.

Pasé horas dibujando un plano mental del *stand*: dónde colocar la pantalla con vídeos de destinos turísticos, qué tamaño tendrían los folletos, qué *souvenirs* podrían despertar curiosidad sin parecer baratos.

Cuando tuve aquel asunto planteado, pasé a la parte importante: Qué iba a ofrecerles para que eligiesen mi oferta de viaje.

Mis manos escribían y borraban listas de posibles actividades, horarios y traslados.

Abrí mi agenda de nuevo, en busca de inspiración. Allí apuntaba con diferentes colores, ideas sueltas, cosas que había visto en redes o actividades que podían servirme de referencia. Siempre la llevaba conmigo.

Si no estaba apuntado ahí, no existía para mí.

—Esa agenda vale oro —dijo Nick, apoyándose en mi mesa mientras cogía el bolígrafo verde y ojeaba mis anotaciones—. Te hemos echado de menos estos días.

Se inclinó y me dio un abrazo rápido antes de dejar el bolígrafo en su sitio.

—Sí, ya… tanto que me habéis dejado organizar el congreso a mí solita. —Di un sorbo al café, todavía demasiado caliente.

—¿Cómo puedes pensar eso? —se ofendió—. Todos estuvimos de acuerdo en que eres la mejor en tu trabajo.

—Qué pelota eres, Nicky. Seguro que te lo ofrecieron a ti primero y me lo endosaste a mí porque no estaba aquí para defenderme.

Sonrió con aire travieso.

—Me conoces bien, cariño, pero ya sabes que a mí se me da mejor llevar de viaje a la tercera edad.

Eso era cierto, las abuelitas de ochenta años lo adoraban.

—Voy a necesitar ayuda —dije, alargando la voz más de la cuenta.

Nick rodeó la mesa y se apoyó en el borde.

—Claro, cuenta conmigo. ¿Qué necesitas?

Le señalé la agenda llena de colores.

—¿Podrías ayudarme a hacer una lluvia de ideas? No se me ocurre ninguna experiencia que pueda destacar en un congreso para médicos.

Últimamente solo he apuntado restaurantes virales de TikTok, y no creo que quieran coincidir con los influencers de moda.

Nick soltó una carcajada.

—A ver… déjame pensar… —Se llevó la mano a la barbilla—. ¿Qué necesitan los médicos? ¿Dormir ocho horas? ¿Masajes tailandeses? ¿Llevarlos a un lugar donde no tengan cobertura? ¿Ser más amables con los pacientes?

—Eh, no digas eso… son amables. —Le di un golpe suave con el codo —. Trabajan muy duro para mantenernos con vida.

—Serán amables contigo. —Se encogió de hombros—. Yo no recuerdo ni una experiencia memorable en un hospital.

—Tú le tienes miedo a las agujas, Nick, eso no es culpa de ellos.

—Ya, pero ellos son los culpables de pincharme con esa cosa. Le tengo mucho aprecio a mi sangre, no me gusta malgastarla. ¿Te has parado a pensar qué hacen luego con ella?

Puse los ojos en blanco.

—No me estás ayudando nada. ¿Lo sabes?

—Lo sé —dijo mientras se alejaba hacia su mesa—. Por eso rechacé la propuesta hace dos días.

Cerré la agenda de un golpe.

—Geniaaaaal, eres un gran amigo —dije más alto para que pudiera escucharme.

—También lo sé. —Me hizo un corazón con los dedos antes de sentarse en su silla.

Me quedé mirando la pantalla del ordenador. Nick me había dado una pista: Necesitaban desconectar.

No podía obligarlos a dormir ocho horas, pero sí podía darles el espacio para no tener que preocuparse por nada durante unos días.

Tenía un plan: Organizaría un retiro espiritual.

¿Qué sabía sobre retiros espirituales? Nada.

¿Tenía tiempo para averiguarlo? Menos todavía.

Pero ahí estaba yo, diseñando un paquete que incluyera descanso en plena naturaleza, aromaterapia, *spa*, sauna turca y sesiones pensadas para conectar con tu verdadero yo.

El relax era algo habitual en mi cartera de clientes, pero nadie se atrevería a ofrecérselo a cirujanos cardiovasculares o jefes de cirugía.

Para ellos sería algo distinto. Para mí, no tanto.

Cinco días después, ya no era un plan, tenía que demostrarlo.

«Nadie espera que seas experta en medicina, Olivia. Solo que presentes algo útil y atractivo», la voz de Linna resonaba en mi cabeza como una canción en bucle mientras tiraba un poco de la tela que cubría la mesa.

—Desconexión y descanso —me dije a mí misma—. Eso es lo que vendemos.

Alineé los formularios en el mostrador del *stand*, intentando que todo estuviese perfecto.

Di unos pasos hacia atrás para observarlo mejor.

—Vas a desgastarlo si sigues recolocándolo una y otra vez —murmuró Nick a mi lado.

Ni siquiera lo había visto acercarse.

—Quiero encontrar la posición perfecta —respondí sin mirarlo, ajustando el último montón de *flyers*.

Nick soltó una risa baja.

—Están bien así. No lo toques más —sentenció, agarrándome del brazo para que parara.

—Es que, si los divido en dos, puede leerse mejor si vienen caminando en ambas direcciones.

Nick me giró para que pudiera echar un vistazo a mi alrededor.

—Olivia, tu *stand* está mejor que el noventa por ciento de lo que hay aquí.

Alcé la vista.

—¿El noventa por ciento es suficiente?

Bufé, apartándome de su agarre.

—Más que suficiente. Lo estás haciendo genial.

El mostrador de Breath Travel Co. ya estaba totalmente preparado para atender a los invitados.

Me situaron en la esquina derecha de la sala, justo al lado de una agencia que ofrecía retiros de yoga en Jersey City.

Nick se había ofrecido a ayudarme en el montaje.

Colocamos las lonas alrededor de la mesa y un monitor sobre la estructura donde se reproducía un vídeo informativo que invitaba a la calma.

Pero ahora había llegado el momento de enfrentarme a todo esto sola. Así que me despedí de Nick con un largo abrazo e interiorizando sus palabras de ánimo.

Horas más tarde, el hotel Wyndham bullía a mi alrededor con conversaciones bajas, pasos constantes y saludos educados entre profesionales que parecían conocerse de toda la vida.

Todo estaba listo. Yo estaba lista, pero, aun así, las manos no me dejaban de sudar.

Las froté contra la tela del vestido, ese marrón chocolate que había elegido la noche anterior. El tejido caía con un peso suave, firme, que solo tienen las telas de calidad. Era de los pocos que me hacían sentir segura sin parecer que lo estaba intentando. Las mangas eran tres cuartos; el escote, cruzado pero discreto. En la cintura, un pequeño lazo del mismo tono marcaba la silueta sin exagerar nada.

No era un vestido para deslumbrar, sino para quedarse en la memoria de alguien que lo mirara dos veces.

Lo combiné con unos pendientes pequeños que brillaban con el movimiento y unos tacones color caramelo que me resultaban bastante cómodos, a pesar de que ya podía haber recorrido varios kilómetros.

El *lobby* estaba empezando a llenarse de médicos de todas partes del país. Voces que destacaban por su seguridad, conversaciones fluidas y nombres importantes que se repetían. Todos parecían saber exactamente dónde estaban y qué hacían allí.

Pasé junto a una columna blanca, lisa, donde habían colocado un panel digital con el *planning* del evento. Me detuve un segundo, fingiendo interés.

En él se podía ver el itinerario del día. Aquellas jornadas no eran solo para buscar planes de relax —claro que no—; eran médicos, y no podían permitirse ese lujo sin más. Entre paseos por el *lobby*, asistían a charlas y conferencias en los distintos salones.

Yo hablaba, sonreía y explicaba las experiencias de bienestar con tono convincente a quienes se acercaban. Pero realmente solo estaba contando los minutos para poder volver a casa.

De repente, escuché una voz sobresaliendo entre las demás.

Me quedé con la frase a medias. Fue un leve sonido lejano.

Giré la cabeza casi sin querer y allí estaba.

El doctor Vega.

Apreté los dedos contra los folletos que sostenía entre las manos.

Desde mi posición, podía verlo con claridad. Alto, moreno, con tanta calma que parecía ensayada. No hacía nada en especial, y aun así todos parecían orbitar a su alrededor.

Llevaba el pelo peinado hacia atrás, aunque algunos mechones caían a su aire, sin terminar de obedecer.

Incluso en la distancia podía distinguir el marrón oscuro de sus ojos, tan profundo que me recordaban a la noche. No era solo el color. Era la

intensidad que había en ellos. Esa seguridad firme, casi pesada, que hacía difícil dejar de mirarlo.

La misma que recordaba en aquella sala de urgencias.

Tragué saliva, sin apartar la vista.

Su piel, ligeramente bronceada, destacaba junto a una barba perfectamente recortada que le perfilaba la mandíbula fuerte y varonil. Llevaba un traje gris que le sentaba bien —demasiado bien— y una corbata negra, anudada de forma impecable, que le daba un aire sobrio y peligrosamente atractivo.

Di un paso atrás sin darme cuenta, buscando una mejor perspectiva.

Era la clase de presencia que deja sin aliento incluso antes de que diga una sola palabra. Pude observar que hablaba con la directora del comité organizador. Por la expresión de ella, parecía encantada con su compañía.

Él sostenía un *dossier* en la mano y fruncía el ceño, concentrado.

Y entonces, como si mi mirada lo hubiese llamado a gritos, levantó la vista.

Nuestros ojos se encontraron.

Mi respiración se detuvo en ese momento.

«¿Cómo ha podido percibirme entre tanta gente? ¿Acaso ha leído mis pensamientos o he dicho aquella descripción de novela romántica en voz alta?»

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Noté cómo se me erizaban los brazos bajo la tela del vestido.

En cuestión de segundos, lo vi acercarse, despacio pero decidido, cruzando el *lobby* sin que nada pudiera desviarlo de su objetivo, y se detuvo a pocos metros de mí.

No me moví.

Miré apenas a mi alrededor, comprobando si se dirigía a otro lugar y no a mí.

—Olivia, ¿verdad? —Sonrió, con esa sonrisa que parecía más un reflejo automático que algo voluntario.

Parpadeé incrédula, sorprendida de que recordara mi nombre.

«¿Pero a cuántos pacientes atiende este señor? ¿Recuerda el nombre de cada uno de ellos?»

Yo sí recordaba el suyo porque me encargué de mirarlo en el informe de alta, después de que Sophie me obligara, literalmente, a hacerlo cuando nos lo cruzamos con él a la salida del hospital.

—¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras? —me preguntó. Parecía demasiado preocupado por ello.

—Mejor, gracias. Solo fue… una noche difícil —mentí porque no supe qué otra cosa contestar.

—Las noches difíciles suelen ser las peores —respondió él, bajando la mirada por un instante—. Me alegra verte de nuevo… fuera del hospital.

—Gracias. Yo también prefiero los reencuentros sin monitores ni ataques de por medio. —Sonreí de forma burlona.

Él me miró, divertido, sorprendido por mi comentario.

—¿Trabajas aquí?

—No exactamente. Soy de la agencia de viajes —dije, señalando el cartelito que colgaba sobre mi mesa—. Estoy preparando algunas experiencias para el congreso.

Adrián dio un paso más.

—Entonces quizá puedas recomendarme algún destino donde pueda desconectar del mundo. Si es que existen esos lugares —bromeó con aire despreocupado.

—Claro que los hay. Pero no sé si alguien como usted sabría desconectar.

La frase quedó flotando en el aire.

No podía creer que yo hubiese dicho algo así.

«¿En qué estabas pensando, Olivia? Reacciona».

Él me sostuvo la mirada, con una mezcla de interés y algo más oscuro que no supe identificar.

—Quizá tengas razón —dijo, dándose un par de toques en la barbilla, convenciéndose de aquella idea.

Un silencio breve pero cargado se instauró entre nosotros. Luego, la directora lo llamó, desconcertada, desde el otro lado de la sala, sin tener muy claro qué hacía hablando conmigo.

—¡Doctor Vega, su ponencia empieza en diez minutos!

Él se giró sobre sus pasos, pero antes de irse, cogió uno de los folletos que yo había estado acomodando en el *stand* minutos antes. De un modo sutil, su brazo y el mío se rozaron: un pequeño contacto, una diminuta sección de piel.

Dudé si había sido intencionado o no.

—Por si *aquí* encuentro mi lugar perfecto —dijo con una sonrisa ladeada, agitando el papel.

—No lo dude, doctor Vega —intenté sonar segura, disimulando el sonrojo que había dejado su roce.

—Adrián, me llamo Adrián —dijo con una mueca que dejó entrever un pequeño hoyuelo izquierdo.

Se dio la vuelta y avanzó por el pasillo con rapidez hacia la zona de ponencias, haciéndome un saludo militar con el panfleto en la mano, antes de perderse entre la multitud.

Cuando se alejó por la puerta principal, la sala pareció quedarse más vacía con su ausencia.

Me quedé inmóvil unos instantes, todavía procesando lo que acababa de pasar. Ni siquiera me había planteado cruzarme con alguien conocido, y mucho menos con alguien como él. Pero lo que no se me hubiese ocurrido pensar es que me reconocería entre aquel montón de gente.

Las conversaciones continuaban a mi alrededor, ajenas a todo lo que estaba pasando por mi mente.

Coloqué el folleto que faltaba en la pila y sacudí la cabeza. Era absurdo.

Volví a sonreír a la siguiente persona que pasó por mi lado.

Al levantar la vista hacia las pantallas del auditorio, vi que los horarios cambiaban en bucle.

Su nombre apareció entre las ponencias. No me había fijado antes.

Dudé un segundo en dejar el *stand* sin supervisión, pero, según Nick, mi idea se vendía sola y el noventa por ciento ya lo tenía ganado.

Sonreí al recordar sus palabras.

—Voy a echar un vistazo —murmuré sin que nadie pudiese oírme.

Y antes de arrepentirme, me mezclé entre la gente en dirección a la conferencia.

5

"Reiki en Alaska"

ADRIÁN

Giré la cabeza y la vi entre la multitud.

Se movía entre los *stands* del congreso, sujetando unos folletos contra el pecho, repartiendo la información a los asistentes y hablando con una energía aplastante.

En ese momento sonrió por algo que le dijeron. Fue breve, contenida, y eso hizo que le prestara más atención.

Un mechón le caía sobre la cara y no se lo apartaba. Seguía hablando.

No sé ni siquiera por qué la vi antes de que ella me viera. Simplemente estaba ahí, moviéndose entre la gente como si aquel fuera su lugar natural.

—... pretendemos dar el mejor servicio de bienestar al departamento médico.

Parpadeé.

La directora del comité seguía hablando a mi lado. Asentí sin escucharla.

Mis ojos volvieron solos a buscarla.

Ahora caminaba más despacio, explicándole algo a un par de asistentes que parecían interesados. Señalaba el folleto con el dedo, inclinándose un poco hacia delante, como si lo que decía le importara de verdad.

Nada que ver con aquella noche.

«¿Qué hace aquí?»

—La Health & Wellbeing Summit es ideal para ofrecer al servicio sanitario el descanso que sus trabajadores necesitan… —continuó la directora.

«Sí, claro. Perfecto. Justo lo que me apetecía escuchar».

Me pasé la lengua por los dientes, incómodo.

No me interesaba en absoluto nada de esto.

No pretendía irme de vacaciones con mi equipo para desestresarme.

Yo necesitaba todo lo contrario. Quería estrés, estar ocupado el mayor tiempo posible. Solo había asistido porque era una de mis responsabilidades como director de urgencias.

Seguí caminando con el resto del grupo hacia la sala donde varios colegas y yo daríamos una charla a los presentes.

La busqué una vez más antes de abandonar el *lobby*, y en ese momento, nuestros ojos se encontraron.

No aparté la mirada. Tampoco lo hizo ella.

Seguí avanzando hacia la sala, pero antes de entrar me detuve. Dudé un segundo.

«No te acerques, no te acerques…»

Mierda. Demasiado tarde.

Caminé hacia ella, antes de pararme a pensar si tenía sentido hacerlo o no.

Y cuando hablé, supe que había sonado demasiado interesado para ser casual.

—Olivia, ¿verdad? —Sonreí, pronunciando su nombre con una familiaridad que no estaba seguro de haberme ganado.

Ni siquiera sabía si se acordaba de algo de lo que pasó en urgencias —o de mí—.

Ella me devolvió la sonrisa, esa sonrisa educada que ponen las personas cuando no saben si confiar.

No fue una gran conversación. Apenas un intercambio de frases sencillas.

Dije algo sobre el congreso y creo que hasta pregunté por su programa.

—¡Doctor Vega, su ponencia empieza en diez minutos! —Escuché que alguien decía detrás de mí.

Di medio paso atrás. No me fui del todo. Quería quedarme más. Pero ya no tenía ninguna excusa para ello.

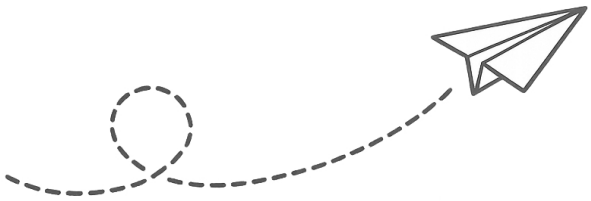
Cuando tuve que marcharme, noté una sensación extraña en mí —igual que en el hospital—, una especie de cosquilleo incómodo, y la impresión de haber dejado algo sin decir.

Mientras esperaba mi turno en el escenario, solo podía darle vueltas a la idea de asistir a una de esas actividades absurdas que intentaban proponernos a los médicos: yoga, reiki o cualquier cosa con incienso de por medio.

Si ella era quien lo organizaba, podían contar conmigo.

Me incliné hacia delante, acomodándome en el asiento.

Lo tenía tan claro que ni siquiera me habría importado practicar espiritismo nudista en mitad de las montañas de Alaska, con tal de volver a hablar con ella.



El congreso había terminado hacía menos de una hora, pero aún sentía el zumbido detrás de los ojos.

Di por finalizado el protocolo con un último apretón de manos y salí del hotel buscando despejarme.

Caminé sin rumbo fijo mientras el murmullo de la ciudad me envolvía sin llegar a distraerme. Aún me quedaban unas horas antes de volver al hospital.

En la charla que ofrecí al auditorio, había hablado sobre el control bajo presión: *Claves psicológicas del trabajo en entornos críticos.*

Un tema que controlaba demasiado bien. Respiré hondo al recordarlo. Cuarenta minutos de exposición impecable, o eso me decían los asistentes a la salida. Datos, ejemplos y conclusiones. Todo medido a la perfección. Como siempre.

Con el tiempo había aprendido a sentirme bien en ese papel: el del profesional que nunca dudaba, el que mantenía la calma incluso cuando todo a su alrededor se tambaleaba. Eso se me daba genial.

Me había convertido en alguien que inspiraba confianza, y supongo que en este oficio eso es casi tan importante como saber lo que haces.

Me pasé una mano por la nuca, notando la tensión acumulada del día.

La gente no quiere escuchar la palabra *error* en boca de alguien que lleva una bata blanca. Prefiere pensar que el fallo no existe. Así que aprendí a disimularlo. A que mi voz sonara firme, aunque por dentro temblara. A sostener la mirada cuando otros la apartaban.

Recuerdo cómo durante la charla, recorrí la sala con la mirada, sin detenerme demasiado en nadie. Ese estado se convirtió en una especie de refugio para mí, y lo cierto es que estaba cómodo dentro de ese papel.

El control me servía a mí y a los demás: me mantenía a salvo y, al mismo tiempo, les daba la ilusión de que todo estaba bajo control. De que yo lo estaba.

Supongo que, en el fondo, todos necesitamos creer en algo. Ellos creían en mí; yo, en ese frágil equilibrio que apenas me mantenía en pie.

Hablé de la mente humana como un motor: de cómo la tensión, en la dosis justa, puede mantenernos alerta, pero en exceso nos destruye.

—La presión no es el problema —dije—. El problema es no saber cuándo deja de ser útil.

Dejé esa frase en el aire, invitando a reflexionar.

Continué desarrollando la idea, insistiendo en la importancia de mantener la calma cuando todo a tu alrededor parece desmoronarse.

Expliqué la teoría del equilibrio, del autocontrol y de la distancia emocional. La ironía era que yo era el menos indicado para hablar de eso.

Mientras daba mi discurso, me sorprendí observando mis propias manos apoyadas en aquel atril: quietas, precisas, demasiado conscientes de cada gesto.

Era como verme desde fuera, representando a la versión más funcional de mí mismo.

En una de las barridas visuales que hice por el auditorio la volví a ver.

Estaba apoyada en la pared junto a la puerta lateral, cerca del pasillo, con una carpeta azul apoyada sobre el pecho.

Olivia permanecía de pie. Solo estaba allí mirando.

Durante un momento, algo en mi discurso se desajustó.

Fue casi imperceptible —una pausa mínima—, pero yo lo noté y ella también, porque dibujé una sonrisa en cuanto nuestras miradas se cruzaron y pude ver que ella me correspondió con la misma mueca.

No sé si llegó a escuchar algo de lo que dije. Yo, desde luego, dejé de hacerlo.

Quise creer que había venido a escuchar la charla por mí y no porque fuese parte de su *planning* de trabajo.

Rápidamente, volví a mis notas mentales.

—En resumen —dije—, el control no consiste en eliminar la presión, sino en aprender a convivir con ella sin que nos domine.

Hice una breve pausa y añadí un tiempo para preguntas.

Un par de manos se levantaron en las primeras filas.

Eran preguntas previsibles, formuladas con cautela, temerosas de salirse del guion. Respondí sin pensar demasiado, encadenando respuestas casi automáticas, ya las había dado antes.

La gente adora los discursos sobre la fortaleza cuando los da alguien que parece tenerla. Nadie duda que esa seguridad puede ser fingida.

Había hecho lo de siempre: proyectar una imagen profesional e impenetrable.

En cuanto se escucharon los aplausos, volví a buscarla con la mirada, pero ella ya no estaba allí.

Durante unos segundos, me quedé inmóvil, esperando volver a verla entre la gente, o incluso esperando que se acercara a mí. Pero el público ya comenzaba a levantarse y a recoger sus pertenencias. El auditorio ya se estaba vaciando y el silencio empezaba a ocupar aquel espacio.

Una bicicleta pasó demasiado rápido por mi lado, sacándome del recuerdo. Me vi caminando por la avenida hasta que el toldo verde de Buvette apareció frente a mí. Era uno de mis sitios favoritos. Aún me sobraba algo de tiempo y podía hacer una parada para comer algo.

Aparté la cortina del cristal y empujé la puerta. En ese instante, dejó de parecer Nueva York.

El calor del interior me envolvió de inmediato: olor a pan tostado, vino y el murmullo de las conversaciones. Todo mezclado en un sonido familiar, el de un pequeño bistró francés escondido en la Gran Manzana.

Pedí una mesa junto a la barra, un *croque madame* —un sándwich caliente de jamón y queso cubierto con bechamel y coronado con un huevo

frito— y un espresso doble. Ni siquiera miré la carta. Me la sabía de memoria.

Saqué del bolsillo las notas de mi charla y las dejé sobre la mesa. Las letras borrosas del título parecían recordarme que, oficialmente, el día había sido un éxito.

Apoyé los codos en la mesa mientras esperaba.

«No sé si alguien como usted será capaz de desconectar».

—No sé ni por qué sigo dándole vueltas —me dije a mí mismo.

Pero no era solo la frase. Era la forma en que la dijo, como si ya hubiera decidido la respuesta por mí.

Bajé la mirada a las hojas sobre la mesa y las ordené, ya que no podía ordenar mis pensamientos.

Entre ellas asomaban los últimos folletos que nos habían ofrecido durante la jornada.

Me quedé mirándolos un instante y busqué el suyo. Lo separé del resto. Ni siquiera recordaba haber decidido quedármelo. Me había deshecho de la mayoría al salir de allí.

Lo abrí y leí el encabezado:

«Breathe Travel — Experiencias que renuevan».

Solté una leve sonrisa.

La ironía era obvia: un médico agotado mirando catálogos para aprender a desconectar.

Pasé las páginas hasta el final y vi el correo de contacto:

olivia.b@breathetravel.com

Dudé un momento, pero terminé abriendo el portátil. Solo iba a hacer lo correcto, ¿no? Darle al departamento lo que necesita, nada más.

Si mi equipo estaba cansado, era mi deber hacer algo al respecto. Unas «vacaciones obligadas» para volver con más fuerza. En eso consistía toda la parafernalia anterior. Eso me repetía mientras redactaba el texto.

Releí el mensaje varias veces. Aunque era correcto y profesional, decidí enviarlo desde mi correo personal, no desde el del departamento.

No quería que aquello quedara registrado como una gestión profesional que pudiese llevar otra persona que no fuese yo. Le di a enviar y me quedé mirando la pantalla varios segundos después. Dándole vueltas a aquella idea. Cerré el portátil bastante animado y terminé de comer. No sé si lo que sentía era nerviosismo o simple curiosidad, pero estaba deseando averiguarlo.

El reloj de mi muñeca vibró. Tenía que volver al trabajo.

Llegué rápido, cambié la chaqueta por la bata y dejé el maletín en mi despacho antes de salir al pasillo.

—Mira quién ha vuelto del mundo exterior. —Me sorprendió la voz de Marcus—. ¿Qué tal la conferencia de viajes zen? ¿Te han enseñado a respirar por el ombligo o algo así?

Levantó la barbilla en mi dirección y dejó un par de carpetas sobre el mostrador.

—Más o menos. Aunque no sé si los pacientes están dispuestos a verme hacer eso. —Sonreí, guiñándole un ojo mientras le daba unas palmaditas en el hombro.

—Lo están, tío. Te aseguro que tus pacientes estarán encantadas de verte hacer eso. Me pido primera fila —se burló.

La relación entre Marcus y yo era simple y natural.

Era uno de mis compañeros; pasábamos tantas horas juntos en urgencias que, sin darnos cuenta, aprendimos a leer el cansancio, la ironía y hasta el silencio del otro.

Marcus se apoyó en el mostrador, cruzándose de brazos.

Él tenía ese tipo de humor que me sacaba de quicio, pero también sabía cuándo dejarme respirar, cuándo hacerme reír o cuándo cubrirme las espaldas sin necesidad de decirle ni una palabra.

—¿Las charlas las daban esos médicos arrogantes que se creen superiores por hacer operaciones a corazón abierto? —dijo a mi lado.

—¡Eh! Que yo he sido uno de los que ha dado esas charlas —dije, señalándole con el dedo.

—Ya, pero tú no cuentas, doc. Ya sabemos que eres el menos estirado de todos.

Esa era una de las bromas que siempre hacíamos sobre el personal que trabajaba en las plantas superiores.

Urgencias estaba en el sótano y aquí no teníamos despachos lujosos con asientos de cuero. Ni siquiera nos llegaba la luz natural del día.

Siempre me ha hecho gracia esa rivalidad silenciosa que existe entre las especialidades, pero en urgencias no teníamos tiempo para egos: aquí todo pasa demasiado rápido. No hay aplausos ni quirófanos relucientes, solo decisiones que pesan y vidas que cambian en minutos. Supongo que, en el fondo, cada uno lidia con la presión a su manera. Algunos con bisturís, otros con adrenalina.

—No te has perdido nada que no hayas escuchado antes —respondí mientras revisaba la tablet con los informes del día—. Ya sabes, querían recordarnos la idea de que un médico descansado actúa mejor, y ahora piensan que por «obligarnos a desconectar» un par de días, vamos a recuperar las fuerzas.

Marcus bufó.

—Hermano, si nos dieran un día libre cada vez que necesitáramos ese descanso, el hospital se quedaría vacío.

A pesar de la broma, noté el cansancio real en su voz.

Ofrecer bienestar era un asunto importante para los que trabajamos en sanidad, pero invertir más dinero en personal y medios necesarios para poder realizar nuestro trabajo era una idea aún mejor.

No podía negar que en el último trimestre y con los recortes acordados por la nueva directora del centro, se estaba notando el peso de las horas extras. Estábamos faltos de personal y las colas de pacientes para ser atendidos no terminaban nunca.

La prensa se había hecho eco de la situación y la noticia había corrido como la pólvora.

La idea del congreso era una simple tapadera propuesta por el nuevo equipo de dirección para acallar los rumores de saturación y demostrar que el hospital funcionaba tan bien que incluso teníamos tiempo de «disfrutar de unas merecidas vacaciones». A mí no me venía mal el trabajo extra, ahora podía tomarlo como obligación y no como excusa. Pero no era justo para el resto del personal.

Me fijé en Marcus, llevaba dos guardias seguidas, ojeras profundas y un vendaje viejo en la muñeca que se negaba a que se lo revisara. No había querido contarme cómo se lo había hecho.

Él también tenía sombras que no dejaba ver, y yo era el menos indicado para sacarlas a la luz. Seguro que obligarlo a coger unas vacaciones, al mismo tiempo que se mejoraba la imagen del hospital, nos vendría bien a todos.

—¿Y tú? —pregunté, devolviéndole la broma—. ¿Has dormido algo desde el martes o sigues manteniéndote a base de barritas de semillas de pájaros?

—No es comida de pájaro. —Frunció el ceño—. Son barritas multivitaminas. No llevan alpiste.

Se sacó una del bolsillo y me la ofreció. Negué con la cabeza.

—Deberías irte a casa —le ofrecí.

—Sí, lo haré, pero ahora tengo un plan infalible —dijo mientras revisaba su teléfono—: encontrar una enfermera que me adopte e irme de aquí acompañado.

—¿Como en AdoptaUnTio.com?

—Sí, pero solo busco enfermeras, son más *sexys*. Me paso el día rodeado de ellas. Sé lo que les gusta. Tú deberías de hacer lo mismo.

Sonreí sin levantar la vista de la tablet.

El otro día mientras almorzábamos, me estuvo contando que se había abierto una cuenta para ligar. Aunque a Marcus no le hacía falta ese tipo de cosas. Era un tío guapo, atractivo diría yo. Solo hay que tener ojos en la cara para verlo.

Su deporte favorito es conocer a chicas y experimentar esa adrenalina del momento una y otra vez.

Nunca acaba encariñándose de ninguna.

—Además —continuó—, no eres la persona indicada para mandarme a casa. He intentado igualarte en horas y es imposible, tío, ¿Tienes un récord que quieres batir o algo así?

—Algo así —bromeé.

Marcus rio y bajó el tono.

—Has tenido que hacer algo horrible en otra vida para querer pasar esta aquí. No sé lo que es, pero algún día lo averiguaré.

Levanté la vista de la tablet.

Ahí estaba de nuevo, tratando de buscarme las cosquillas, y se le daba de maravillas.

No iba a contarle las razones por las que mi trabajo aquí no era impuesto, sino una decisión propia.

Solté una risa corta, sin responder del todo.

Empezamos a caminar por el pasillo cuando una enfermera se acercó corriendo.

—Doctores, tenemos un paciente nuevo en Urgencias 2. Choque frontal entre dos turismos.

—Voy yo —dije sin pensarlo.

6

Canciones que no se dejan de escuchar

OLIVIA

—¡Por fin llegas! Pensé que esos médicos te habían secuestrado y donado tus órganos a la ciencia —dijo Sophie sin levantar los ojos de la televisión.

Cuando entré en el apartamento después aquella jornada tan agotadora, ella estaba tirada en el sofá con una crema verde pastosa que le cubría la cara y un cubo enorme de palomitas entre las manos. El olor a mantequilla quemada se mezclaba con el ambientador de lavanda que ella insistía en poner para «crear armonía».

En la tele, estaban emitiendo un *reality* de cocina donde gritaban más que cocinaban.

—Peor aún —contesté mientras dejaba el abrigo sobre el perchero—. He tenido que repetir tantas veces las palabras «descanso necesario», que para mí han dejado de tener significado.

Me quité los tacones y los lancé hacia el zapatero.

—Agh, el *glamour* de tu trabajo. —Suspiró, llevándose una mano a la frente cual actriz de telenovela.

Me dejé caer a su lado en el sofá.

—¿Y tú? ¿Has tenido alguna revelación cósmica hoy?

—Sip —respondió con una solemnidad fingida—. He descubierto que las aplicaciones de citas son un invento del demonio.

Reímos a la vez.

Sophie estaba convencida de que este era su año para encontrar el amor. Lo había leído en el horóscopo chino de una revista de sudokus de dudosa credibilidad.

Por un momento, todo volvió a sentirse normal. Esa normalidad que existe entre nosotras y que hace que el mundo se sienta un lugar mejor.

—No entiendo cómo te gustan esos programas. Con esos gritos es imposible que aprendas a cocinar.

Me miró extrañada.

—No es a cocinar lo que quiero aprender. Estoy cogiendo ideas de cómo llevar siempre la razón —dijo tranquila, sin perder detalle de la pantalla.

En ese instante, un concursante estaba discutiendo con otro si el problema del plato era el brócoli o el pepino de la ensalada.

Intenté seguir el programa, pero no me entusiasmó.

Así que me levanté y me fui a mi habitación a ponerme cómoda.

Bajé el cierre del vestido y lo dejé caer. Me solté el pelo, cogí mis cascos de música y volví al salón.

Desbloqueé mi teléfono para buscar en mis *playlist*.

Seleccioné una que se llamaba «Recuerdos».

Tenía una lista de reproducción para todo: para concentrarme, para fingir que estoy bien, incluso para cuando necesito creer que hago algo útil con mi vida.

Sophie siempre se ríe de eso. Dice que si algún día me pierdo, solo tendrá que revisar las últimas canciones de mis *playlists* para saber en qué punto emocional estoy, y lo más probable es que tenga razón.

Cerré los ojos y dejé que la música me envolviera.

Necesitaba que el sonido llenara los huecos en los que se colaban aquellas voces de mi cabeza.

Empezó a sonar *The Loneliest*, la versión acústica de Måneskin. Una que definía demasiado bien mi vida.

Sophie me miró de reojo y apagó la televisión.

Había reconocido la canción que estaba escuchando.

Su expresión cambió a la que usa cuando está a punto de interrogarme.

—¿Qué te pasa, Liv? Te conozco. Tienes la mirada de un videoclip triste.

—Naaadaaa —mentí fatal.

—¿Nada o «algo, pero no te lo voy a contar»? Venga, desahógate. Jackie dice que es terapéutico, y yo soy excelente escuchando. —Puso cara de súplica exagerada.

Sophie era como mi Pepito Grillo, una conciencia viva que no dejaba de revolotear a mi alrededor. Aunque sus consejos solo eran aplicables a mi persona. Ella no seguía ninguno de ellos.

—Me ha pasado algo extraño hoy en el congreso.

Sophie se giró hacia mí, cruzándose de piernas en el sofá para prestarme toda su atención.

—Pues tú dirás —dijo, invitándome a continuar.

—No es nada, PhiPhi, quizá es una mera coincidencia. Ni siquiera tiene importancia.

—¿Cómo qué no? Me encanta cuando el universo te envía señales, y lo hace constantemente. Lo que pasa es que tú te pones música para no poder escucharlo. ¡Así que suéltalo!

Entrelazó los dedos y se apoyó en sus piernas para escucharme con atención.

—Solo es que… reconocí a un tipo —dije, intentando seleccionar cada palabra—. Ya sabes que estaban invitados los principales médicos de la ciudad.

—Ajá… —Alargó la palabra con el tono detective que le gustaba a ella —. ¿Un tipo guapo?

—Demasiado. Y encima parece no saberlo, lo cual es peor.

—¡Perfecto! Ya era hora de que «algo» te despertara la curiosidad.

—No me estoy refiriendo a eso, Sophie. Además, ni siquiera lo conozco.

—Claro —dijo mientras clavaba su mirada en mí—. Pues eso es lo que tienes que hacer, CO-NO-CER-LO.

Marcó cada sílaba.

Sonreí más de lo que debería, y eso fue suficiente para que empezara a unir cabos.

—¡Un momento, jovencita! Cuando dices que reconociste a un tipo, ¿te refieres a un tipo cachas, mirada intensa y pelo despeinado a la perfección? Uno que, casualmente, te firmó el informe de alta con la delicadeza de quien firma la hipoteca de su casa. —Se acercó con la cautela de quien está ocultando un cadáver en el desván.

—No me mires así, Phiphi. Es médico. Es lógico que estuviese en un CON-GRE-SO PA-RA MÉ-DI-COS —aclaré, separando sílabas tal como ella hizo antes.

—Y también es lógico que hayas hablado con él. Porque has hablado con él, ¿no? El remordimiento de tu *playlist* te ha delatado —sentenció.

—Solo de trabajo. Nada más —me excusé.

—¡Me encanta cuando el universo hace su trabajo! —exclamó mientras se frotaba las manos, emocionada.

—¿Ves? No se te puede contar nada.—Mi tono fue brusco.

—Vale, vale, ya paro. Deberíamos salir un día de estos, hace mucho que no salimos juntas —cambió de tema con una habilidad *ninja* mientras volvía a mirar la televisión—. Hay una reedición de una de tus pelis favoritas. Ponen *La La Land* en el auditorio el fin de semana que viene.

—¿Una película romántica? ¿Primero me obligas a volver a terapia y ahora esto? No, gracias.

—Precisamente por eso. Necesitas recordar que la gente sigue viviendo su vida —replicó, llevándose palomitas a la boca con la lengua, como si no tuviera manos.

No le contesté. Me volví a acomodar en el sofá y a subir más el volumen a la música.

No me apetecía aquel plan, sabía lo que pretendía con eso, pero sí que me gustaba hacer cosas juntas.

Llevaba tiempo intentando lo mismo: obligarme a arreglarme, salir, conocer gente. Pero no entendía que yo no quería eso. No lo necesitaba.

Me acerqué a su bol y le robé las pocas palomitas que no habían sido chupadas.

—Piénsatelo, te encanta esa peli —dijo mientras me ofrecía el bol y se alejaba hacía la cocina.

Aproveché y saqué el portátil de la funda. Debía cerrar los informes del congreso y empezar a organizar posibles fechas para las actividades.

Tenía varios *emails* sin contestar. Abrí el primero.

Ya solo leyendo el asunto me dio un vuelco en el corazón.

De: Adrián Vega
Para: Olivia Brake
Asunto: Health & Wellbeing Summit. — NYU Langone
Estimada Olivia:

Te escribo para pedirte si puedes encargarte tú de la organización del retiro del equipo de Urgencias del NYU Langone Health.

El hospital ha propuesto para el personal unas jornadas de descanso, y no hay nadie mejor que tú para coordinar la logística y los detalles.

Podemos hablarlo con calma en los próximos días.

Confío plenamente en tu criterio.

Gracias de antemano.

A.

Noté mi pulso latir más rápido. No podía ser otra casualidad. O quizá sí. Releí la última línea:

«*Confío plenamente en tu criterio*».

—¿Qué es esa cara? —preguntó Sophie desde la cocina, meneando otro bol de palomitas, esta vez con chocolate.

—¿Qué cara? Estoy trabajando —intenté sonar indiferente, pero notaba el calor hasta en las orejas.

—Sí, claro. Tienes la cara de «voy a fingir que no me importa, pero acabo de flipar».

No respondí. Seguí mirando la pantalla.

Sophie ya venía corriendo hacia mí, cuchara de madera en mano.

—A ver, enséñame. —Se inclinó sobre el respaldo y leyó el asunto en voz alta, saboreando cada palabra—. «Retiro del equipo de urgencias… NYU LANGO…» ¡Oh, no! ¿Esto viene de él?

—Sophie, tienes que dejar de estar tan pendiente de mí —le dije, intentando cerrar el portátil para que dejase de leer.

—¡No puedo! Te lo ganaste a pulso el otro día cuando casi me matas del susto en el hospital. Además, me alimento del drama ajeno, ya lo sabes. —Me abrazó por detrás mientras levantó la pantalla para seguir leyendo.

—¿Y esa firma?

—Solo puso «A» —contesté—. Y está enviado desde su correo personal.

Abrió los ojos, convencida de haber descubierto un mensaje cifrado del FBI.

—¿Solo una inicial? ¿Y desde su correo personal? ¡Eso es prácticamente un código secreto! A de amante… A de amor… A de «Ahora o nunca»...

—Sophie, por favor, ¿tú te escuchas? —Intenté mantener seriedad, pero acabé riéndome.

—No me digas que no te afecta.

—No me afecta.

—Claro, claro. Por eso llevabas dos minutos mirando la pantalla sin parpadear.

Suspiré y cerré por completo el portátil.

—¡Es solo trabajo!

—Sí, ya, y yo solo baño las palomitas en chocolate cuando estoy emocionalmente estable —respondió con una sonrisa triunfal, al mismo tiempo que volvía a ocupar su lugar en el sofá.

El silencio volvió, relajando el ambiente.

Cuando Sophie volvió a prestar atención a la televisión, abrí de nuevo el portátil.

Pulsé «Nuevo correo» y empecé a escribir: *Propuesta de retiro para profesionales médicos.*

Mis dedos tamborilearon un instante, estaba nerviosa, aunque no tenía intención de reconocerlo. La música seguía sonando, mientras adjuntaba todas las actividades en las que llevaba días trabajando.

Sonreí para mí.

Solo era trabajo.

Un buen trabajo, claro.

O al menos, eso era lo que intenté creer.

7

Textos exóticos y visitas esperadas

ADRIÁN

De: Olivia Brake
Para: Adrián Vega
Asunto: Re: Health & Wellbeing Summit.
NYU Langone Health
Propuesta de Retiro para profesionales médicos.
Estimado Doctor Vega:
Le envío el documento detallado a continuación.
No dude en preguntar si necesita revisar más detalles del retiro.
Un cordial saludo.
Olivia Brake - Travel Coordinator

Había adjuntado un archivo PDF con todo lo necesario: horarios, congresos e incluso el tiempo libre exacto entre cada tarea.

Todo estaba calculado hasta el último detalle.

En él, había mapas personalizados para cada especialidad médica. Cada elemento estaba pensado para no tener que preocuparse por nada.

Yo ya estaba en casa. Había vuelto antes de lo esperado porque me había traído el papeleo conmigo, convencido de que aquí conseguiría avanzar más.

Intenté distraerme revisando el informe de una paciente que había sufrido una reacción anafiláctica severa por culpa de un fármaco mal registrado en su historial. Pasé horas reconstruyendo el error: cotejando firmas, revisando turnos y siguiendo la pista de una casilla marcada donde no debía.

Pero ni siquiera el trabajo más minucioso consiguió despejarme del todo la cabeza.

El apartamento estaba casi a oscuras, iluminado solo por la luz tenue que entraba desde la calle y la luz ambiente del salón que me ayudaba a relajarme.

Las carpetas seguían apiladas sobre la mesa como una torre inestable y, junto a ellas, una copa de vino que me serví al llegar, y sabía que no iba a terminar.

Cuando el sonido de la notificación rompió el silencio, me acerqué demasiado rápido al ordenador.

Abrí el correo. Me acomodé en la silla mientras leía cada concepto minucioso de aquel documento. Ya me había dado cuenta por la mañana de que era perfeccionista, pero aquello… aquello rozaba lo extremo.

Pulsé imprimir y esperé a que las hojas salieran una a una. Pasé la primera página mientras echaba un vistazo a las actividades propuestas.

Resultaba bastante fácil seguir el documento, era más bien como una guía. Se veía el detalle incluso en los colores elegidos. Negro para actividades grupales, azul para individuales. Rojas, obligatorias.

Esbocé una sonrisa al detenerme en esas últimas.

—«Pausa guiada de desconexión (sin dispositivos electrónicos)», «Elección de masaje terapéutico», «Circuito de balneario y descanso en silencio»… —leí en voz baja.

Obligatorias.

Nada estaba ahí por casualidad. Todo estaba pensado para, simplemente, dejarte llevar. Dejé las hojas a un lado. Sentí cómo una parte de mí se felicitaba por haber encontrado la excusa perfecta para interactuar con Olivia, aunque no respondí de inmediato, me recreé un poco más en ese pensamiento.

La elección de quién nos prepararía aquellas jornadas aún no había sido aprobada. Ni siquiera sabía si era yo quien decidía aquello realmente. Pero la excusa ya la tenía.

Me levanté de la silla del comedor y me pasé al sofá. Esta vez sí que me apetecía la copa de vino.

Estiré las piernas sobre la mesita central y apoyé el portátil en ellas. Todo lo que veía era su nombre iluminando la pantalla.

Me la imaginé escribiendo, repasando cada detalle de ese documento. Un documento redactado para mí.

Sabía que era absurdo ese pensamiento. Aun así, sonreí.

Pulsé el botón de «responder» sin saber qué decir. Todo parecía importante y, a la vez, absurdo.

Empecé a escribir. Sabía que tenía que sonar profesional, mantener la distancia justa, pero algo dentro de mí se rebelaba.

Quería que supiera que había algo más que logística detrás de mi interés. No podía parecer evidente, pero tampoco distante.

No quería perder la oportunidad. Quizá fuese la última que iba a tener.

Empecé a teclear. Borré la primera línea. Luego la segunda. Cambié una coma por un punto. Volví a empezar. Cada palabra se volvía más exigente de lo que debería.

Finalmente, escribí:

De: Adrián Vega
Para: Olivia Brake
Asunto: Re: Health & Wellbeing Summit.
NYU Langone Health

Gracias por enviarme toda la información. El nivel de detalle es impresionante; cuesta encontrar un hueco que no esté ya previsto.

Si te parece, podríamos comentarlo en persona y ver cómo encajar algunos puntos con algo más de margen, sobre todo en lo relativo a los tiempos. Me gustaría comprobar hasta qué punto ese nivel de control es tan preciso fuera del papel.

Dime cuándo podríamos coincidir.

Un saludo,

A.

Cerré los ojos y apoyé la frente en la mano.

Esperaba que, al leerlo, captara algo más que ese barniz profesional que intentaba mantener.

Pocos minutos después, el correo llegó de vuelta.

De: Olivia Brake
Para: Adrián Vega
Asunto: Re: Health & Wellbeing Summit.
NYU Langone Health

Perfecto, me parece bien.

Podemos vernos en la agencia cuando le parezca oportuno y así revisamos todo con calma.

Un saludo.

Olivia Brake - Travel Coordinator

Apoyé la espalda en el sofá, en señal de rendición.

Creía que mi intención estaba clara. Le había escrito desde mi dirección personal desde el principio para no parecer un cliente más, pero no sabía si estaba consiguiéndolo.

Todavía me quedaba vino en la copa y muchas ganas de hablar con ella.

De: Adrián Vega
Para: Olivia Brake
Asunto: Re: Health & Wellbeing Summit.
NYU Langone Health

Sí, me encantaría.

No tengo del todo claro si el descanso de la mañana del primer día será suficiente para que el equipo pueda relajarse entre el «Taller de silencio activo» y la conferencia «Encuentra tu alma». Quizá tengamos que revisar ese punto.

Empiezo a pensar que no están preparados para tanto relax de golpe. No me gustaría que alguien termine corriendo desnudo por el jardín después de una sesión de desconexión.

Por cierto, puedes tutearme. Lo de «usted» me hace sentir mayor.

Un saludo.

A.

La respuesta llegó casi de inmediato, con la naturalidad de una conversación entre dos conocidos que se resisten a colgar. Sabía que ya no estábamos añadiendo nada nuevo: el encuentro estaba cerrado, ahora solo estaba intentando alargar la despedida.

De: Olivia Brake
Para: Adrián Vega
Asunto: Re: Health & Wellbeing Summit.
NYU Langone Health

Sí, voy a dejar al menos treinta minutos entre los talleres y las conferencias para que puedan tomar un respiro, estirar las piernas o incluso tomarse un *brunch* sin prisa.

No creo que sea necesario añadir nada más.

Aunque, si alguien termina corriendo desnudo por el jardín después de un taller de relajación… supongo que será responsabilidad *tuya*.

Un saludo.

Olivia Brake - Travel Coordinator

Mientras escribía, un pequeño gesto de satisfacción se dibujó en mi rostro. Es curioso cómo alguien a quien apenas conoces puede lograr que te alegre la noche.

De: Adrián Vega
Para: Olivia Brake
Asunto: Re: Health & Wellbeing Summit.
NYU Langone Health

Deberíamos añadir un plan «de emergencia» por si ocurre alguna tragedia así.

Por cierto, ¿siempre trabajas tan tarde o es que es mi día de suerte?

A.

No sabía si obtendría respuesta. Esta vez ya no era trabajo. Ahora no es que hubiese cruzado una línea invisible, ahora acababa de encender aquella línea con luces de neón.

Cuando apareció el siguiente correo, noté ese impulso breve, casi eléctrico.

Cerré los ojos un instante, sin poder disimular la sonrisa. Hablar con ella por correo estaba resultando… demasiado fácil.

En menos de un minuto volvió a responder.

De: Olivia Brake
Para: Adrián Vega
Asunto: Re: Health & Wellbeing Summit. — NYU Langone Health

No creo que tener suerte sea estar conectada en mitad de la noche, pero me gusta mi trabajo… aunque, al final, trabaje más tiempo del necesario.

Pero no es tan interesante como las charlas sobre la mente humana o salvar vidas.

Eso te convierte en algo así como un superhéroe y a mí en una pringada.

Olivia Brake - Travel Coordinator

De: Adrián Vega
Para: Olivia Brake
Asunto: Re: Health & Wellbeing Summit. — NYU Langone Health

Jajaja, tengo que reconocer que esa doble vida no me vendría nada mal, pero realmente no se siente así.

La semana que viene voy a intentar escaparme de la cueva de Batman para que podamos vernos.

No puedo asegurarte la hora exacta, pero espero que podamos coincidir.

Buenas noches.

A.

De: Olivia Brake
Para: Adrián Vega
Asunto: Re: Health & Wellbeing Summit.
NYU Langone Health
No hay problema, Adrián, puedes encontrarme en la oficina cualquier día.
Un saludo.
Olivia Brake - Travel Coordinator

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron; solo había una persona que conocía que llamaba así: tres golpes secos, impacientes, incapaces de esperar respuesta.

—¿Estás vivo o te tragó el trabajo otra vez?

La voz de Iván llegó desde el pasillo exterior, con un tono que hacía tiempo que no escuchaba.

Cerré el ordenador y me levanté para abrir la puerta, arrastrando conmigo, la sensación mezclada de adrenalina que me había dejado la conversación y la escasa energía que me quedaba después de un día agotador.

Abrí la cerradura y allí estaba él, desafiando al tiempo y a los límites establecidos.

Apoyado en el marco de la puerta con su eterna chaqueta de cuero, demostrando esa seguridad que tan bien disimulaba, aunque los años le hubieran dejado esas cicatrices invisibles que solo yo conocía.

Me observó con aquella sonrisa cómplice que yo tenía tan familiarizada y que siempre le funcionaba genial.

—Veo que sigues sin dormir —dijo, entrando sin pedir permiso—. Sabes lo que es una cama, ¿verdad, hermanito?

Nos abrazamos con fuerza.

—Sí, me suena. Es el mueble ese que acumula polvo en la habitación del fondo sin que nadie lo use —respondí con ironía, aunque mi voz traicionaba mi cansancio.

Él se rio, y no desperdició la broma que le había dejado servida.

—Exacto, eso es lo que tienes que hacer, empezar a acumular polvos en esa cama. Pero no en este momento, porque vengo a pedírtela prestada.

Necesito quedarme aquí unos días.

Puse los ojos en blanco, aunque en el fondo me alegraba verlo. Siempre me alegraba.

La vida de Iván no había sido fácil. Las cosas no le salieron como él quería. Pero era mi hermano, y siempre había estado ahí para mí. Con eso me bastaba.

—¿Va todo bien? —pregunté mientras le servía una copa de vino.

Por un instante recordé la imagen de nosotros dos en el suelo del salón, en la casa de nuestros padres, siendo unos críos y rodeados de cajas a medio cerrar. Él, revisando cada cosa dos veces, para decidir mejor qué merecía la pena llevarse.

—Tranquilo, Adrián —dijo en aquel entonces, sin mirarme—. Da igual a dónde vayamos. Mientras estemos juntos, estaremos bien. No necesitamos demasiadas cosas.

En ese momento asentí, como si lo entendiera de verdad. Había pasado mucho tiempo de aquello.

Alcé la vista.

Iván estaba ahora aquí, y yo quería saber qué se traía entre manos esta vez.

—Depende, ¿piensas seguir escondido entre radiografías y puntos de sutura o vas a salir al mundo de los vivos? —me picó.

«Ya está otra vez con lo mismo».

Nuestros mundos eran totalmente diferentes. Él no sabía qué le iba a deparar el futuro y yo lo tenía todo planeado.

—Trabajo, Iván. No todos podemos darnos el lujo de «improvisar la vida» —le solté—, pero en serio… ¿Está todo bien? —pregunté un poco más preocupado.

—Síii, hermanito, deja de preocuparte por mí, me apaño solo. He venido por el taller, tenía que recoger unas piezas en persona, y pasé antes por aquí, pero no estabas. Así que decidí dar una vuelta con unos amigos. No tenía ganas de pasar por el hospital a por las llaves —respondió mientras bebía de la copa, con esa calma que disimulaba el caos que llevaba dentro.

Iván trabajaba en un pequeño taller de coches en otra ciudad a varias horas de aquí. Un día, mientras aún vivíamos juntos, se levantó y se fue, sin apenas avisar, sin despedirse como habría tocado. Dijo que era lo mejor para todos.

Desde entonces, su vida estaba allí y la mía, aquí.

—Sabes que las llaves serían tuyas si quisieras llevártelas, ¿verdad? —recalqué.

Fui al cajón de la cocina, busqué su juego de llaves y se las lancé al aire para que pudiera cogerlas.

Cuando compré este apartamento unos años atrás, pensé que viviríamos juntos, por eso tenía dos habitaciones, pero él nunca llegó a aceptarlo del todo. Prefería ocuparlo a su manera, invadiendo mi espacio sin pedir permiso, marcando esas fronteras que solo nosotros entendíamos.

Habíamos tenido esa conversación miles de veces.

Con él no tenía que fingir, como hacía a diario.

Habíamos aprendido a sobrevivir en esa mezcla de lo que éramos y de lo que el mundo nos había obligado a ser. Aun así, cada uno se aferraba a la vida como mejor sabía.

Lo quiero mucho, de eso no hay duda. Pero aquellos recuerdos, de los que aún no era capaz de hablar, me jugaban malas pasadas. Iván lo sabía, y por eso se mantenía distante.

—Podías haber llamado. Habría hecho la compra —le recordé, intentando que mi voz no delatara cuánto me removía volver a verlo.

—Sabrías que te he llamado si mirases el móvil de vez en cuando. No sé para qué tienes ese trasto tan caro si nunca lo usas —me recriminó mientras se quitaba los zapatos con un gesto rápido y se dejaba caer en el sofá, como si aquel espacio le perteneciera desde siempre.

Me quedé observándolo en silencio.

Recordaba a la perfección lo duro que fueron aquellos primeros meses que pasamos en esta ciudad. Él, sentado en el escritorio de mi habitación, contando el dinero que había ganado de encargos que eran mejor no preguntar, con una concentración casi obsesiva, como si de eso dependiera que pudiéramos aguantar allí un día más.

Me senté a su lado intentando alejar aquellos recuerdos del pasado y aprovechar el presente.

Iván podría sacarme de quicio y ser el mayor cabezota de la tierra, pero nunca dudé de una cosa: éramos un equipo.

Él me había cuidado toda la vida, y yo nunca dejaría de intentar hacer lo mismo con él.

«Joder, cómo lo echo de menos».

8

flat White y delulus mañaneros

OLIVIA

Había ido a la cocina, pero cuando llegué, no recordaba para qué.

Me quedé apoyada en la encimera un momento, intentando recuperar el hilo. Últimamente me pasaba muy a menudo. Estaba más cansada de la cuenta y mi cabeza parecía ir siempre un paso por detrás.

Bajé la mirada y giré el anillo con el pulgar, encajándolo en su sitio casi por inercia. Echaba de menos sentirlo ahí.

Al final, volví sobre mis pasos hasta mi habitación, sin recordar a qué había venido.

Las sesiones con Jackie me iban bien. Al menos, algunos días ya no me despertaba desorientada, y estaba agradecida por ello. Pero aquella sensación no había desaparecido del todo y empezaba a pensar que tendría que acostumbrarme a convivir con ella.

Abrí la agenda y pasé varias páginas de golpe hasta llegar al día de hoy. Tenía tantos colores que ya no sabía qué era lo que tenía más prioridad que

lo demás.

Habían pasado cinco días desde la Health & Wellbeing Summit y tenía la semana hasta arriba de trabajo.

La propuesta de hacer que los médicos desconectaran de la forma más simple había gustado más de lo que esperaba; ahora tenía que organizar un par de escapadas para un par de clínicas adjuntas que también se habían interesado por mi proyecto.

Por otro lado, quería estar a la altura de las necesidades del equipo de Adrián. Había estado haciendo cambios en la propuesta inicial que le envié. Quitando actividades que no aportaban demasiado y ajustando los tiempos, tal como él había insinuado en sus correos.

La cuenta del NYU Langone era importante para la agencia. Contar con un cliente tan grande nos aportaría prestigio y beneficio. Ya había conseguido lo más complicado: que el departamento de urgencias del hospital confiara en nosotros y, en ningún caso podía permitirme hacer el trabajo a medias. Si quería mantenerlos, tenía que estar a la altura.

Me tumbé en la cama y dejé caer la agenda sobre las piernas. Marqué con el subrayador un par de cambios que ya había corregido. Tenía que prepararme para ir al trabajo, pero había aprovechado que había madrugado para avanzar con este tema.

Un remolino humano corrió por el pasillo y asomó la cabeza por mi puerta.

—Olivia, necesito tu consejo urgente —anunció Sophie, entrando con el móvil pegado a la oreja mientras reproducía un audio—. Mi cita de ayer no hace más que ponerme a prueba.

—¿Quién es ahora? —pregunté mientras volvía a la agenda y repasaba una de las últimas rutas incorporadas.

—¡Él! —se quejó, señalándome la foto de perfil—. Me ha dicho que «soy demasiado intensa» por hablar de mis series favoritas durante toda la cita. No sé cómo pretendía que le contase cómo se apaga la humanidad de Stefan Salvatore sin ponerlo en contexto —añadió—. Y encima, terminó pidiendo otra cerveza, convencido de que así me entendería mejor.

—Sophie, ¿en serio sigues con esas citas?

—¡No puedo evitarlo! —se quejó—. Necesito tu opinión de mejor amiga. ¿Le envío un mensaje elegante pero punzante o lo bloqueo directamente y me tomo un chocolate caliente de esos que tanto te relajan.—Chocolate

caliente —respondí sin dudar—. El chocolate caliente no te cuestiona y siempre está ahí para ti.

Sophie esbozó una sonrisa, convencida de aquello. Dejó el móvil en mi escritorio y, de un salto, se tiró boca abajo a mi lado.

—Últimamente te veo muy concentrada en ese *asunto* del hospital —comentó, dándome un golpecito con el hombro—. ¿No tendrá nada que ver con un doctor *sexy* que va derritiendo a pacientes atrapadas en el pasado?

Cerré la agenda con más fuerza de la necesaria antes de responder.

—¡No hables así! Sophie. Sabes que no es eso. Es un cliente importante para la agencia, nada más —dije bastante enfadada.

—Venga, Livy, no te pongas así —replicó, con una sonrisa de cachorrito que siempre conseguía ablandarme—. Solo bromeo. Ya lo sabes. Me alegra que estés mejor de las pesadillas y que no estés haciéndote daño por intentar seguir adelante. —Su tono cambió—. Y estoy tranquila porque si necesitas aire nuevo, sé que en el hospital hay mucho «oxígeno» para repartir.

Se apartó enseguida, consciente de que estaba a un empujón de distancia.

—Eres un caso perdido, Sophie Collins.

Dejé la agenda a un lado y le hice un gesto con la mano para invitarla a salir.

—Tengo que ir a trabajar. ¿Tú no tienes que estar ya en el hotel?

Puso los ojos en blanco, alargó la mano para recuperar el móvil y volvió a abrir el chat sin decir nada. Salió canturreando por el pasillo, dándose por aludida.

Llevaba ya un buen rato en la oficina cuando el sonido de mi estómago me interrumpió en mitad de una llamada y tuve que apartar el teléfono para que no me oyera. Llevaba toda la mañana hablando con los proveedores, enlazando una empresa con otra para conseguir contratar diferentes actividades, y aún no había desayunado.

Cerré el portátil de golpe, recogí el cargador, enrollándolo con cuidado, y lo metí en el bolso. Necesitaba salir de allí.

En Breathe Travel éramos cuatro: Nick, Victoria, Linna y yo. La oficina no era pequeña; era una sala amplia donde nuestras mesas de trabajo se alineaban unas junto a otras, con la distancia justa para conservar cierta privacidad.

Me llevaba genial con mis compañeros, sobre todo con Nick. Las bromas eran constantes y siempre se alargaban más de la cuenta —con Linna, eso

sí, medíamos un poco más—. Incluso Vanessa, aun siendo la más nueva, había encajado a la perfección con nosotros desde el primer día.

Pero si pasaba demasiado tiempo allí, todo terminaba por asfixiarme: tantos planes de futuro, tantas voces cruzándose y esa energía acumulada que no sabía cómo gestionarla del todo. Así que, cada día acababa cruzando la calle para huir un rato y trabajar en solitario.

Lo había convertido en costumbre.

Entré en Bluestone Lane con la confianza que me daban los años y fui directa a mi mesa habitual. Allí podía trabajar en silencio, con WiFi, un hilo musical que me animaba el día y el mejor café de la ciudad.

La cafetería era muy bonita: las sillas de un azul intenso contrastaban con las paredes blancas. La madera clara y la luz de la mañana llenaban el espacio con una calma que agradecía a esa hora.

—Eh, Mike, ¿qué tal? —saludé mientras dejaba el móvil sobre la mesa.

—Lo de siempre, ¿verdad, Olivia? —preguntó, ya preparando mi *flat white* con esa espuma cremosa que parecía medida al milímetro.

Asentí, apoyando el codo en la mesa.

—Aquí tienes, justo a tiempo —dijo, dejando a mi lado aquella delicia que olía de maravilla—. Ya te lo estaba preparando, junto al pan de centeno calentito, como a ti te gusta.

Incliné la cabeza en un gesto de agradecimiento y acerqué la taza, calentándome las manos antes de abrir el portátil. Tiré del archivador hasta encontrar la ficha del viaje que estaba terminando de cuadrar. Era un itinerario que había denominado «Encantos de Boston». Lo estaba organizando para un grupo de niños de una escuela privada y tenía que entregarlo antes de que terminara el día.

Comprobé la hora de la recogida de los autobuses en el móvil y fruncí ligeramente el ceño al ver lo justo que iban de tiempo, cuando una voz profunda cortó el murmullo del local.

—Olivia, ¿te pillo en buen momento?

Levanté la vista y casi se me detuvo el corazón.

«Adrián».

Me obligué a enderezarme antes de mirarlo. Su perfume, mezcla de madera e incienso, quedó suspendido entre nosotros.

—Eh… sí, claro —balbuceé.

—Me han dicho en la oficina de viajes que podía encontrarte aquí —dijo, con toda la naturalidad del mundo—. ¿Puedo sentarme?

Asentí, más rígida de lo que quería aparentar.

Se quitó el abrigo gris oscuro con un gesto rápido y lo dejó sobre el respaldo de la silla, dejando a la vista una camisa de lino verde claro, remangada, que dejaba ver la línea tensa de sus antebrazos. El pantalón gris —sin ninguna arruga— y los zapatos de cuero pulido completaban un estilo que, en cualquier otro, habría parecido forzado, pero que en él funcionaba con una naturalidad que empezaba a ponerme nerviosa.

Llevaba el pelo ligeramente despeinado, con ese punto exacto de rebeldía que encaja demasiado bien en alguien que tiene todo bajo control. Algunos mechones le caían sobre la frente, pero no parecían importarle lo más mínimo.

—Quizá tenía que haber avisado antes —comentó, mostrando una expresión de niño bueno, mientras dejaba un *dossier* sobre la mesa—. No quería molestar.

—No, no me molestas, podemos revisarlo ahora —respondí, intentando sonar profesional—. Solo… es que no pensaba que fuese a venir personalmente.

—Eso fue lo que hablamos por *email*, ¿no? Por cierto, otra vez me hablas de usted, Olivia —dijo con una sonrisa ladeada. La expresión de niño bueno se le transformó en un diablillo en menos de un abrir y cerrar de ojos—. ¿Qué puedo hacer para evitarlo?

Tragué saliva. Había algo en su forma de mirar que me descolocaba; parecía estar atento a cada gesto mío.

Intenté regresar la atención a los papeles para recuperar algo de control.

—Eh… Podría llamarte Adrián —admití, encogiéndome ligeramente de hombros.

—Me vale con eso —respondió.

Apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—¿Y bien?

Busqué entre los papeles el *planning* del NYU Langone y fingí revisar una línea del documento, aunque estaba claro que no estaba leyendo nada.

Las mejillas me ardían y solo necesitaba creer que él no se estuviese dando cuenta.

—La fecha del retiro es lo primero que tenemos que plantear —empecé, pasando una página para obligarme a centrarme—. Aunque aún tenemos tiempo para ello. Serían siete días organizados de actividades y charlas pensadas para que no tengáis que preocuparos por nada.

—Ajá… Vale.

Levanté la vista un segundo. Seguía mirándome.

—Tenéis diferentes rutas, algunas contarán con un guía y otras serán libres; los talleres serán a elección de cada miembro, y lo que está marcado en rojo es indispensable —añadí, señalando una línea con el bolígrafo—. Está bastante equilibrado.

—Suena bien.

Sonó conforme, aunque no apartaba sus ojos de los míos.

—No tiene que ser todo como está aquí reflejado, esto es un simple borrador —le recordé—. También hay opciones más relajadas, por si alguien prefiere bajar el ritmo.

—¿Y tú qué recomiendas?

La pregunta me pilló desprevenida.

—Supongo que eso depende del grupo —dije algo distraída.

—No —negó con suavidad, inclinándose un poco hacia delante—. Te pregunto tu opinión. ¿Qué te gustaría a ti?

Esa respuesta me hizo volver a mirarlo de verdad.

—Yo… diría que el equilibrio es lo que mejor funciona. Quizá por la mañana podríamos agrupar las actividades que requieren más atención y por la tarde algo de charlas y relax.

—Interesante. Que elijan algo equilibrado entonces.

El silencio que dejó después se alargó lo justo para hacerme consciente de todo.

—Por como hablas parece no vas a disfrutar de este itinerario tan maravilloso que me ha llevado días preparar —solté al final con una media sonrisa.

—No voy a ir —replicó sin rodeos. —Se recostó en la silla y cruzó los brazos—. No te lo tomes a mal, me parece que has hecho un trabajo muy bueno. Pero esto es para mi departamento. No para mí. Yo tengo demasiadas cosas en la cabeza como para poder permitírmelo.

—Vaya… —Golpeé el boli contra la mesa de forma melodiosa—. Así que generoso con los demás y egoísta contigo mismo.

—Algo así.

Se pasó la mano por la nuca, como si la respuesta le hubiera resultado demasiado sencilla.

—Pues sí que va a ser cierto que no sabes desconectar —añadí, bajando un poco la voz—. A veces simplemente necesitamos a alguien que nos

obligue a hacerlo.

La respuesta me salió sola, quizá me lo están diciendo más a mí que a él.

—¿Tú crees eso? A veces puedes tener a la gente correcta delante y aun así no saber parar. Ni siquiera depende de nosotros.

Sacó su teléfono del bolsillo para rechazar una llamada que empezaba a sonar y lo dejó boca abajo sobre la mesa.

El aire entre los dos cambió. Y lo peor era que me di cuenta y no hice nada para evitarlo.

—A veces sí depende de nosotros —continué—, pero no siempre queremos verlo. A mí, por ejemplo, me encantaría hacer cosas simples para escapar de la rutina, ver lugares que casi nadie conoce y vivir sensaciones que me hagan disfrutar de los pequeños momentos. —«Como hacía antes», pensé—. Pero hay veces que no soy capaz. Y es importante que alguien nos dé ese pequeño empujón. Suena irónico porque trabajo en una agencia de viajes y normalmente soy yo la que da estos consejos.

Una sombra de sonrisa le cruzó el rostro.

—¿Tú crees que eso es lo que me pasa a mí? ¿Que no hago lo que me gustaría hacer en cada momento? ¿Que necesito que alguien me lo recuerde?

Me sostuvo la mirada al hacer la pregunta, esperando una respuesta sincera. No tenía sentido. Nada de esta conversación lo tenía en realidad. Días antes, él me había sacado de una crisis de ansiedad, guiándome paso a paso hasta que pude volver a respirar. Y ahora era yo la que estaba sentada frente a él, dándole consejos que ni yo misma me aplicaba. Aparentando saber algo sobre el sentido de la vida.

«¿Qué está pasando aquí? ¿A dónde se está desviando la conversación?»

Me quedé callada más tiempo de la cuenta. Él me miraba, esperando una respuesta que no sabía darle.

«O hablas, Olivia, o va a creer que te ha dado un *delulu* de esos».

—No puedo saberlo, esa respuesta solo la sabes tú —repliqué, intentando buscar una respuesta convincente—. Tendría que saber un poco más de ti.

En ese momento, Mike apareció a nuestro lado con una taza en la mano.

—Aquí tienes —dijo, dejándola frente a Adrián.

Me quedé mirando el café un segundo.

Un *flat white*.

Levanté la vista hacia él.

—Pedí lo mismo que tú al llegar —me aclaró, restándole importancia—. Ya te dije que confiaba en tu criterio.

No pude evitar que se me escapara una pequeña sonrisa. Cogí mi taza y di un pequeño sorbo, más por hacer algo con las manos que por otra cosa. Adrián hizo lo mismo, probando el café con calma, sin ninguna prisa.

—Está bueno —comentó, dejando la taza sobre el plato.

Incliné la cabeza, observándolo por encima del borde de la taza.

—Vamos a plantearlo de otro modo —continuó la conversación anterior, con un deje juguetón—. Imaginemos en un hipotético caso que soy capaz de desconectar de mis obligaciones y voy al retiro. —Fingió ponerse serio, aunque pude reconocer la ironía en su voz—. Como profesional, ¿qué aventura me recomendarías?

Apoyé con cuidado la taza en el plato, girándola ligeramente entre los dedos.

—Tendría que hacerte algunas preguntas para poder decidir.

—Adelante —dijo con demasiada naturalidad.

—¿Eres más de acción o de los que prefieren observar el paisaje?

—Acción —respondió sin dudar—. Aunque también me gusta observar el paisaje.

—¡Oh no, espera! Eso es trampa. —Sonreí—. No has elegido. Así no puedo darte mi *hipotética* opinión.

—Pues entonces… supongo que depende —dudó.

—¿Del momento? —me atreví a preguntar.

—De la compañía.

El comentario me dejó un segundo en blanco. No tenía claro que estuviésemos hablando de lo mismo.

—Me refiero al grupo —corrigió enseguida, apoyándose con tranquilidad hacia atrás en la silla—. Al ambiente, al plan… ya sabes.

No, no lo sabía. Ni siquiera sabía por qué le estaba siguiendo el juego y, mucho menos, por qué estaba tomando café con él como si estuviésemos confesando nuestros más oscuros secretos.

Levanté la vista hacia él otra vez.

—Entonces habría que buscar algo que obligue al equipo a interactuar —respondí, retomando el papel—. No solo actividades individuales.

—¿Como una excusa? —preguntó.

—Exacto. Algo en común que os mantenga unidos.

Se inclinó apenas hacia delante, entrelazando sus dedos frente a mí, con esa media sonrisa que no sabía cómo interpretar.

—¿Ves? Ya me estás conociendo —añadió—. A mi equipo, quería decir.

No pude evitar que se me escapara una pequeña sonrisa.

Bajé la vista al informe e hice un par de anotaciones.

—Vale —interrumpió mi escritura—. Ya hemos hablado bastante de mí. ¿Tú qué tal estás?

Levanté la vista demasiado rápido. Sabía por qué lo decía.

—Bien —dije de inmediato—. Te hice caso. Estoy intentando comer mejor, dormir más, pensar menos... Ya sabes. —Dudé un momento—. Tengo gente que se preocupa por mí y no me deja olvidar esas cosas.

Su mirada se enlazó con la mía de nuevo.

—Claro —murmuró al final.

Me llevé un mechón suelto detrás de la oreja, un gesto automático para ganar un segundo de aire, y fue entonces cuando lo noté: su mirada había caído en mi mano.

En mi dedo anular. En el anillo que recientemente me había puesto de nuevo.

Su expresión se alteró apenas un instante, pero fue suficiente para darme cuenta de ese cambio mínimo que solo se nota cuando alguien te está prestando demasiada atención.

Sabía cómo lo había interpretado y, aun así… no moví la mano.

¿Lo había hecho sin pensar… o tuve la intención de que lo viera?

Adrián no dijo nada, pero se le notó en la forma en que se detuvo.

Fue sutil, casi imperceptible. Siendo consciente de algo que hasta ese momento había decidido ignorar.

Podría haberle dicho algo. Haberlo aclarado. Pero no lo hice.

En ese momento, su móvil vibró de nuevo sobre la mesa. Esta vez, dudó en responder, pero al final lo giró y contestó.

—¿Me disculpas un momento? —murmuró, llevándose el teléfono a la oreja.

Se levantó sin prisa, pero con esa firmeza que tienen los médicos cuando saben de antemano que la llamada no va a ser simple.

Se apartó un par de metros, aunque su tono bajó a uno más serio.

Aproveché para recoger las carpetas y mantener las manos ocupadas. Respiré hondo e intenté ordenar mis papeles… y mi cabeza.

«¿Qué estás haciendo, Olivia?»

Él volvió justo cuando yo estaba guardando el último documento.

—Tengo que marcharme; es una urgencia —dijo a modo de disculpa.

—Claro, seguimos en otro momento.

Intentó recomponerse, disimulando que aquella pausa anterior no había significado nada. Eso le arrancó algo muy parecido a una sonrisa, una que le llegó a los labios, pero no a los ojos.

Se acercó para despedirse y, al inclinarse lo justo, volvió ese aroma suyo tan particular.

—Siento haberte robado demasiado tiempo. Me ha gustado charlar contigo. —Cogió su abrigo de la silla—. Puedes enviarme los cambios al *email* si te resulta más cómodo, estaré encantado de revisarlo detenidamente, *señora Brake* —dijo, con un tono más contenido, casi cuidadoso.

Se detuvo algo más de lo necesario, parecía que iba a decir algo… pero no lo hizo. Asintió a modo de despedida, ahora sí, con una sonrisa más suave.

Y se marchó.

Y yo me quedé allí, con el final de mi *flat white* ya frío, el corazón caliente y la sensación de no saber qué demonios acababa de pasar.

LA NOCHE DE OLIVIA

Recuerdo de Olivia

(Hace 5 años)

Dicen que, justo antes de que todo cambie, la vida suena perfecta.

Esa noche, creía que el mundo entero cabía en la sonrisa de Daniel, mi prometido.

Acabábamos de aparcar frente al One If by Land, Two If by Sea, en 17 Barrow St., para cenar. Era mi restaurante favorito.

Allí, Daniel y yo nos conocimos por casualidad mientras celebrábamos el cincuenta cumpleaños de mi madre. Recuerdo, al chocarnos en el pasillo, la copa de vino derramada sobre mi falda y después una broma suya que no entendí muy bien.

—Genial —dije entonces, mirando la mancha—. Primera impresión impecable.

—Dame cinco minutos y te aseguro que te la mejoro —respondió él, sin perder la sonrisa, tendiendome una servilleta como si aquello formara parte del plan.

Daniel eligió ese lugar aquella noche porque sabía que era muy especial para mi familia y para mí. Aquí celebrábamos los cumpleaños, los éxitos y cualquier cosa que mereciera la pena ser recordada.

—Livy, me encantaría llevarte a un sitio más oscuro y menos concurrido —dijo, más encantado que molesto, mientras retiraba las llaves del contacto —. Hoy es importante para mí, así que deja de mirarme así o tendré que anular la reserva y volver a ese colchón de muelles que tienes como cama.

Mis labios no dejaban de rozar la comisura de su boca.

—Siempre acabas volviendo a ese colchón. —Sonreí, todavía en su piel.

—Ya sabes que es mi lugar favorito en el universo.

—¿Más que la Luna? —dije, esperando su respuesta, sabía cómo la adoraba.

—Si te fueras a vivir a la Luna, te querría igual —murmuró, cerca de mí —. Iría a buscarte las veces que hiciera falta.

Sentí el calor de su risa en mi oído.

—Te quiero hasta la Luna.

—Te quiero desde la Luna —contesté como si fuese nuestro secreto.

Por aquel entonces, hacía semanas que lo notaba nervioso, más inquieto de lo normal, pero no podía imaginarme el motivo real de aquello.

—Me encantaría cerrar el círculo —lo había escuchado decir en varias ocasiones, como una frase que repetía sin darse cuenta.

Y allí estábamos, cerrando el círculo.

Celebrando que acabábamos de comprometernos. En el mismo lugar donde nos conocimos por casualidad. Donde todo empezó y todo terminó al mismo tiempo.

Yo había elegido un vestido midi azul intenso, con abertura en la espalda y mangas abombadas, para que hiciera juego con el anillo oval de zafiro que recién lucía en mi dedo anular. Cada detalle estaba pensado, lo había planeado para que todo fuese perfecto. Desde el delicado peinado que dejaba caer unos mechones sueltos hasta el maquillaje suave que realzaba mis ojos sin robarles protagonismo. Todo parecía conspirar para que aquel momento quedara grabado, no solo en la memoria, sino en cada poro de mi piel.

Mi mente viajó a la noche anterior, mientras estábamos tumbados en su pequeño sofá del apartamento de Grove Street y veíamos «Una cuestión de tiempo» por tercera vez. Esa película me encantaba, contaba la historia de Tim, un joven que, cuando se encerraba en el armario, podía viajar a momentos del pasado para volver a ellos, revivir instantes felices y corregir errores; me parecía perfecto poder imaginarme atrapada en un momento que quisiera conservar para siempre.

—Cásate conmigo —susurró mientras me acariciaba el pelo.

—¿Qué has dicho? —dije sin levantar la cabeza de su pecho.

—¡Cásate conmigo, Olivia Brake! —dijo en un tono más alto, seguro, sin titubeos.

—Eso ni siquiera es una pregunta —bromeé.

Me incorporé, sentándome a su lado.

Me quedé mirando aquellos ojos azules que me daban tanta paz.

—Señorita Brake, ¿me haría el magnífico honor de convertirse en mi esposa?

Antes de que pudiera contestar, hincó la rodilla en el suelo.

Mis ojos se abrieron expectantes.

Me recogí el pelo, lo tenía alborotado por la lluvia de aquella tarde y sus caricias. Aunque más bien lo hice para darme algunos segundos y asimilar la situación.

Daniel estaba descalzo y con su pijama de cuadros verdes que tanto le gustaba. Yo, con la camiseta más vieja que había encontrado en el armario aquel día.

Lo vi deslizar la mano y sacar de debajo del cojín una pequeña cajita de terciopelo burdeos. La abrió.

—Olivia, creía que no tendrías que pensarlo tanto —bromeó, intentando ocultar el nerviosismo.

Mis ojos cayeron sobre aquella piedra azul marino, engarzada en pequeños diamantes que brillaban con el reflejo de la luz del televisor.

—¡Sí, sí quiero! ¡Claro que quiero! —exclamé, besándolo con tanta fuerza que ambos caímos al suelo mientras Domhnall Gleeson viajaba de nuevo en el tiempo en aquella pantalla.

—¿Desde cuándo lleva esto escondido ahí? —dije, señalando el anillo en mi dedo.

Era el anillo perfecto.

—Más tiempo del que me hubiese gustado. —Resopló.

—¿No pensante que podía haberlo encontrado en algún momento?

—¿Lo dices en serio? Nunca mueves los cojines. Sabía que era el escondite perfecto.

Levanté aquel pequeño cojín y se lo lancé sin éxito.

—Y si ya lo tenías pensado, ¿por qué no me los has preguntado antes? —Quise saber.

—Tenía miedo de que dijeses que no estabas preparada.

—¿Bromeas? A lo que no estoy preparada es a vivir sin ti —dije, pasándole los brazos alrededor del cuello.

Cuando lo volví a mirar, esbozó una sonrisa infinita. De esas que deseas que alguien te dedique por lo menos una vez en la vida.

Esas palabras fueron lo único que le bastó para devolverme el abrazo con fuerza.

Esa noche me besó tan lento, que, si cierro los ojos, aún podría notar su calor.

De la noche siguiente, en el restaurante, recuerdo el sabor de la tarta de queso, perfecta, cremosa. La frambuesa que coronaba el plato y que yo siempre me comía antes de que pudiera arrebatármela.

—Ni lo intentes —le advertí, apartando el plato justo a tiempo.

—Algún día voy a conseguirlo —respondió, señalándome con el tenedor a modo de promesa—. Y ese día no te vas a reír tanto.

Cada detalle estaba grabado en mí, como si el mundo entero se redujera a ese momento y yo estuviese destinada a revivirlo una y otra vez en sueños.

Y luego…

Un destello.

Un ruido seco.

El coche derrapando fuera de control sobre el asfalto.

Gritos.

El crujir del metal.

El olor a gasolina y el humo inundándolo todo.

Cada día, seguía deseando ser como Tim para poder regresar al restaurante y quedarme atrapada en aquel instante para vivirlo una y otra vez.

Habría aceptado, sin dudar, quedarme a vivir en ese maldito armario, como en aquella película, con tal de no habernos montado en el coche.

Ojalá hubiese podido evitar aquel cruce de carretera.

Ojalá hubiese sabido que esas iban a ser las últimas horas que pasaría con el amor de mi vida.

10

Confusión y otros efectos secundarios

ADRIÁN

El tráfico avanzaba lento, y yo, al volante, no podía quitarme de la cabeza el anillo que acababa de ver en su dedo.

El semáforo se puso en verde y no avancé. El coche de detrás me pitó. Parpadeé lento y lo miré por el retrovisor con cara de pocos amigos.

Mi cerebro se había empeñado en repetir la misma escena una y otra vez, y cada vez me sentía más tonto por no haberme dado cuenta de lo obvio: me había estado montando una historia en la cabeza que nunca había existido.

Había interpretado cada sonrisa o cada comentario ligero, como señales de algo que mi mente había inventado. Ahora, sentado en el coche, todo parecía ridículo. Ella había sido impecable y profesional en su manera de comportarse, marcando los límites. Todo lo demás había sido cosa de mi imaginación y lo peor de todo era que ni siquiera había tenido demasiada relación con ella. Apenas unas conversaciones y un par de bromas compartidas, pero de repente, me sentía así, trastornado.

No entendía qué me estaba pasando con Olivia. No era mi forma de actuar. Normalmente, las chicas me importaban lo suficiente como para hacerlas sentir bien, disfrutar juntos de la compañía y pasar un buen rato si había la suficiente química. Pero con ella era distinto.

La llamada que había recibido mientras estábamos juntos ni siquiera era importante y lo sabía. Nada que no pudiera haber resuelto en cualquier otro momento, pero cogí el teléfono antes de que dejara de vibrar como si fuera mi única escapatoria. Solo necesitaba levantarme. Ni siquiera escuché bien lo que me decían. En ese momento necesitaba salir de ahí. Había recibido un puñetazo en el pecho sin previo aviso y tenía que recomponerme sin que se notase demasiado.

«¿Cómo de mal había interpretado las señales? ¿Cómo no me había fijado antes en que llevaba un anillo de compromiso?»

Me sentía avergonzado. Golpeé suavemente el volante con los dedos para intentar dejar de darle vueltas a la misma idea.

«Maldita sea».

Entré en el hospital con prisa, colocándome la bata sobre la marcha, todavía con la ropa de la calle.

—Bueno, bueno…

La voz de Marcus me alcanzó desde el pasillo.

—Estaba a punto de llamar al 911. Pensaba que te había pasado algo grave. Realmente he temido por tu vida.

—Siempre tan optimista —murmuré, sin frenar.

—No, en serio —añadió, alcanzándome—. Esto no es normal. Llegas tarde, bien vestido… ¿quién se ha casado? Tío, ¿tienes una hermana y no me la has presentado?

Resoplé, ajustándome la manga de la bata.

—He tenido una mañana larga.

—Ya veo —replicó, echándome un vistazo de arriba abajo—. Demasiado larga para venir así. ¡No me digas que vienes de fiesta directamente! No... no, peor aún. ¡No me digas que has salido de fiesta sin mí!

—No empieces, Marcus. Ni siquiera somos amigos.

Marcus abrió mucho los ojos y se tocó el corazón con signos de dolor.

Sonreí ante su gesto.

—Menos mal que te encanta bromear, doc, porque por un momento me lo había creído.

—Sabes que no bromeo nunca —dije ya más serio.

—Pero hoy es un buen día para empezar a hacerlo —contestó, dejándome una carpeta en el pecho—. Tienes a la tres esperando. Mordedura de perro.

—Ese no es mi trabajo.

—Tampoco el mío.

Puse los ojos en blanco, cogiendo el informe que me había ofrecido.

—¿No vas a cambiarte?

—Ahora —dije mientras ojeaba más de la cuenta el historial.

Era una costumbre. Desde que entré como director de urgencia, me había empeñado en revisar los ingresos anteriores de cada paciente. Era una manera de conocer un poco más de la vida de cada uno.

Una manía que había ido creciendo con el tiempo, sin darme cuenta.

Buscaba operaciones anteriores, enfermedades congénitas. Cualquier cosa que me diese información relevante. Podría decirse que me estaba haciendo una base de datos mental de cada paciente que entraba en el Langone desde que urgencias estaba a mi cargo.

Marcus apoyó el hombro en la pared, sin apartar la sonrisa.

—Venga, contéstame, ¿de dónde vienes tan guapo?

Dudé un segundo antes de responder. Pero sabía que cuanto antes se lo contara, antes dejaría de preguntarme… o no.

—De intentar organizarte unas vacaciones —dije, aún perdido en las páginas del informe.

—Hostia, tío, ¿tú también estás con eso? —Se rio—. No me digas que has caído en la trampa de la nueva directiva. La idea de los médicos cansados es solo una estrategia de *marketing* para los cuatro tontos que se tragan cualquier cuento. No creía que estuvieses de acuerdo con ese circo. Lo que necesitamos es más personal, no unas vacaciones con gastos pagados para limpiar el nombre del Langone en los medios de comunicación.

—Lo sé —dije bastante seguro.

—¿Lo sabes? Pues no lo parece.

—Claro que lo sé Marcus, pero no creo que la cosa llegue a más.

—Pues deberías de prestar más atención, ¿sabes? Ya he escuchado rumores de huelga por ahí.

Apreté la mandíbula.

—No me hables de eso. Ya sabes lo que provocan las huelgas. Más caos aún.

—¿Entonces estás de su parte? La dirección te sube el sueldo y tú firmas unas «vacaciones en el mar».

—No me han subido el sueldo —dije extrañado.

—Entonces es que eres idiota —dijo mientras resoplaba.

Lo miré enfadado por sus palabras. Ni sé por qué pensaba que estaba de parte de aquella junta directiva que, lejos de solucionar el problema que llevábamos años arrastrando, estaba poniendo en contra a los trabajadores.

—Ya te he dicho que he tenido una mañana larga, Marcus, no tengo ganas de escucharte.

Esta vez no sonó a excusa. Terminé de leer el historial completo, lo cerré de golpe y se lo devolví. Nada, no había nada.

—La mordedura de perro es tuya —le dije con tono grave—. Estaré en mi despacho.

Marcus se quedó parado en el pasillo con el informe entre las manos mientras yo avanzaba.

—Valeeeee, perdonameeeeee —dijo, levantando las manos—. Te ha tenido que pasar algo gravísimo hoy si vas a encerrarte ahí.

Dejé de escuchar su voz cuando cerré la puerta.

Claro que Marcus sabía que me había pasado algo. Pasaba muy poco tiempo en este cuartucho que tenía mi nombre en la puerta y que tanto detestaba. Prefería estar suturando mordidas de perro o incluso haciendo lavativas a estar aquí dentro.

Empujé la silla con el pie, apartándola de la mesa sin llegar a sentarme.

Pero tenía que conseguir que la situación en el hospital mejorara. La falta de personal hacía mella día tras día y los recortes no podía tocarnos siempre a los mismos. Así que, si tenía que convocar una huelga para que se nos escuchase, lo haría. No tenía nada que ver que yo hubiese aceptado las condiciones del retiro para estar conforme con lo que sucedía en el hospital. Eso solo había sido un impulso por el que me había dejado llevar. Un impulso de esos que ya sabía que nunca salían bien.

Me fui del hospital cuando ya había anochecido. Caminé sin rumbo, dejando que mis pasos me llevaran hasta el paseo junto al East River. Casi siempre acababa allí, observando el río oscuro y el reflejo de las luces de la ciudad sobre el agua. Era mi momento para pensar, para dejar que mi cabeza procesara lo que había pasado durante el día.

Colgada al cuello llevaba mi vieja cámara Kodak, con el metal desgastado por el tiempo y una correa negra de cuero que heredé de mi

padre.

Levanté la cámara, enfoqué y disparé.

Me gustaba fotografiar las cosas que parecen quietas, pero respiran: una ventana empañada, un cartel doblado por el viento, un ciclista que cruza apresurado la carretera. Supongo que era mi manera de capturar lo efímero y detenerlo un instante, intentando guardar algo que de otro modo desaparecería.

Me senté en un banco, apoyé los codos en las rodillas y dejé que el mundo pasara frente a mí mientras mi mente viajaba atrás, hacia aquellos días en que papá nos llevaba a bañarnos al Mediterráneo, donde el sol no quería abandonar el horizonte y los días eran eternos, con la sal decorando la piel.

Recuerdo cómo hacía pan y el olor impregnaba toda la casa, cómo nos reuníamos en los patios de vecinos, mientras el azahar florecía y lo perfumaba todo.

—No corras —decía—. Te vas a caer.

No recuerdo si me caí alguna vez. Solo recuerdo que entonces todo parecía sencillo. Que no tenía que pensar tanto.

El viento sopló con fuerza a mi alrededor y aquella sensación… se deshizo igual que había llegado.

Caminé hasta casa, dejando que la cámara colgada al cuello me llenara de recuerdos. Era irónico que la sensación de capturar momentos rutinarios me hiciera olvidarme de todo, aunque fuera por unos instantes.

Al abrir la puerta del apartamento, encontré a Iván sentado en el sofá, comiéndose un bol de cereales, con los pies sobre la mesa como de costumbre y la mirada divertida al ver lo que llevaba en el cuello.

—¿Sigues llevándola a todas partes? —preguntó, señalando la cámara—. Esa reliquia de papá parece haberse convertido en tu compañera fiel.

—Me ayuda a pensar —respondí, dejándome caer en una silla cercana—. Además, por si no lo sabías, la fotografía es arte.

Iván sonrió y meneó la cabeza.

—Solo tú puedes encontrar arte en un gato dormido sobre un coche —dijo, mirándome divertido—. Papá estaría orgulloso.

—O igual diría que estoy perdiendo el tiempo —repliqué, aunque una parte de mí se sintió reconfortada—. Hoy he tenido un día desastroso.

—¿Quieres hablar de ello?

—En absoluto.

Iván no insistió. Se limitó a asentir mientras yo dejaba la correa de cuero en un ganchito que tenía expresamente para ella, cerca de la ventana, donde la luz de la calle se filtraba, iluminando los detalles metálicos y desgastados. Cada rasguño, cada marca, traía consigo un eco de lo vivido y de lo perdido.

—Me alegra que estés aquí —le dije mientras me acomodaba a su lado y le palmeaba el muslo en señal de confianza.

—¿Sabes que mientes fatal? —dijo sin mirarme mientras seguía comiendo.

No era consciente del tiempo que llevaba mintiendo. Tanto era así que ya no era capaz de recordar la última vez que me sentí yo mismo.

—Te quiero, hermano.

Y esta vez sí que fui sincero.

Del Mar



Duerme, Adrián, niño del mar,
que la luna te va a cuidar,
y las olas de la bahía
ya te empiezan a arrullar.
*
Duerme, mi niño pequeño,
duerme tranquilo, mi amor,
que el viento canta bajito
tu nombre alrededor.
*
Las estrellas de la noche
hoy te vienen a mirar,
y el faro enciende su luz
para verte regresar.
*
Duerme, Adrián, ojos bonitos,
corazón de espuma y sal,
que hasta el mar guarda silencio
cuando te oye respirar.
*
Que nunca te falte el abrigo
de unos brazos donde descansar,
ni un lugar al que volver
cuando te canses de navegar.
*
Y si algún día te pierdes

y no sabes dónde estar,
sigue siempre la marea,
ella te hará regresar.

*

Duerme, Adrián, niño del mar,
mi calma, mi felicidad,
que incluso el mundo parece más bonito
cuando te escucha soñar.

12

Camisas horteras, sonrisas inevitables

OLIVIA

Ayer cuando salí del Bluestone Lane, mi cabeza aún seguía dando vueltas a lo que había ocurrido. Lo había visto en sus ojos, ese instante mínimo en el que algo le cambiaba por dentro. Había visto el anillo, y lo peor de todo es que una parte de mí quería que lo viese.

Hoy, había quedado en reunirme con Sophie para ir a visitar el Artists & Fleas, un mercado cubierto que siempre olía a una mezcla extraña —y agradable— de recuerdos antiguos e historia. Era uno de esos lugares que parecían diseñados para perder el tiempo a gusto: un laberinto de puestos donde convivían joyas hechas a mano, ropa *vintage* rescatada de alguna vida anterior y pequeñas obras de arte que los propios creadores te enseñaban con un orgullo casi infantil.

—Liv —dijo Sophie sin mirarme, mientras apartaba con dos dedos una blusa que bien podría haber pertenecido al siglo pasado—. La idea de venir aquí ha sido tuya.

—Ya, ya —respondí, aunque ni yo misma sabía en qué parte del mercado estaba mirando.

Sophie suspiró, teatral.

—Por favor, dime que estás aquí mentalmente o al menos a medio camino. Porque llevo tres minutos hablándote de esta blusa horrible y tú solo has asentido convencida, y no creo que fueses capaz de dejarme hacer el ridículo con esto.

—Perdón. Estoy un poco despistada.

—¿Un poco? —Se giró por fin hacia mí, con una ceja levantada, lista para soltar alguna pulla—. Olivia, cariño, ahora mismo podrías chocar con un maniquí y pedirle perdón. A ver, dime qué le preocupa a esta cabecita tuya.

Apoyé mi cabeza sobre la suya, agradeciendo ese contacto que siempre conseguía bajarme un poco a la tierra.

—Ayer vi a Adrián —solté de repente. Estaba deseando contarlo en voz alta, a ver si así me acostumbraba a aquello.

—Ajá. —Sophie entrecerró los ojos, interesada al instante—. Continúa.

—Y… bueno, acabamos desayunando juntos.

Sophie se separó de mí al instante y dejó la blusa sobre el montón sin ningún cuidado.

—Cuando dices «desayunamos juntos»… —dijo, alargando las palabras con la mano— quieres decir ¿«desayunando juntos»?

—No, no, por Dios. —Negué, soltando el aire—. No me refiero al sexo. ¿Ves como no puedo contarte nada? Siempre estás igual.

—Olivia, no te lo tomes a mal —respondió, acercándose un poco más—, es que estoy intentando entender por qué desayunar con un tío *sexy* con bata te tiene así de desconcentrada.

—Sophie, por favor… y no iba en bata —apunté, sonriendo, señalándola con el dedo acusador mientras apartaba una percha que se había quedado torcida.

—Perdón, perdón. Cuéntamelo desde el principio, prometo no interrumpir —dijo, cruzando los dedos frente a mí.

Me coloqué mejor el colgante del cuello para disimular mi nerviosismo, intentando ordenar por dónde empezar sin que todo sonara más importante de lo que era.

—Ayer estuve en BlueStone, como siempre hago, y él apareció de repente, con la excusa de hablar del proyecto que tengo con el hospital.

Luego seguimos charlando… De cosas que no tenían que ver exactamente con el trabajo, era más bien un juego que estaba surgiendo entre los dos. Y lo extraño era que me sentía bien —continué—, demasiado bien.

Al decirlo en voz alta sonó peor que en mi cabeza.

—Un tonteo —confirmó.

Levantó las manos a modo disculpa por interrumpirme.

—Hasta que, en algún momento de aquella conversación, vio el anillo.

Bajé la cabeza hacia mi dedo, recordando ese instante con demasiada claridad.

—¡No me digas que el doctor *sexy* se comportó como un gilipollas al creer que estabas casada! —Sophie se tapó la boca, como si le estuviera contando el final de *Stranger Things*.

—No. —Mi expresión se suavizó al recordarlo—. Ni mucho menos.

Pasé los dedos por el borde de una etiqueta, alisándola con cuidado, aunque no hacía falta, solo para disimular mis sentimientos.

—Seguía siendo igual de encantador, igual de atento. Aunque … —Negué levemente—. Noté que se había creado una leve distancia entre los dos.

—¿Y te sentiste decepcionada? —adivinó, rozando justo las palabras que tenía en la punta de la lengua.

Mi gesto cambió antes de que pudiera responder.

—Oh… oh. —Sophie alzó las cejas—. Vale. Ahora empiezo a entender cosas.

—¿Qué cosas? —le contesté, saliendo de ese hilo de pensamiento.

La miré, aunque ya sabía por dónde iba.

—Por eso te has quitado el anillo. —Su sonrisa iba creciendo por momentos—. ¿Crees que no me he dado cuenta?

De forma instintiva, volví a mirar mi mano, tocando aquel hueco vacío.

—¿En serio, Sophie? ¿De todo lo que te he contado te quedas con eso?

—Claro que nooop —arrastró las palabras—. Pero tampoco creo que lo importante sea que él haya visto el anillo. Eso es un simple malentendido. Y si lo que te tiene revuelta es realmente haberte sentido como una chica de veintiocho años otra vez, entonces me preocupa todavía menos.

—No me entiendes, Sophie.

Negué, buscando las palabras sin encontrarlas del todo.

—Es como si en ese rato que estuve con él hubiera sido otra persona, una diferente a mí, como si fuese…

—¿Normal? —terminó la frase por mí.

—Exacto.

Avancé por el pasillo, pasando la mano por varios percheros para alejarme un poco de ella, no quería que me pudiese leer tan fácilmente.

Sophie me observó mientras acortaba esa distancia.

—Liv, lo que sientes es una falsa culpa que tú misma te has impuesto, y estoy muy orgullosa de ti por haberte quitado ese anillo. Y no porque no puedas tenerlo, que claro que puedes, sino por lo que simboliza para ti haberlo hecho.

—Creo que tienes razón —dije, intentando convencerme, aunque no sé si iba a poder hacerlo.

—Sí. Siempre tengo razón —sentenció—. Y más cuando hay un tío guapísimo de por medio. Continuamos por el pasillo central sin detenernos en ninguna prenda; al fin y al cabo, no era la compra lo que importaba. Lo único que quería era alargar estos momentos con ella. Aunque a veces me daba miedo que me conociera tan bien.

—Pues mira, te lo voy a poner fácil. Si tú no aprovechas la situación… lo haré yo.

La miré de reojo mientras abandonábamos el mercado.

—¿Tú? ¿Aprovechar la situación con mi médico?

—¿Y por qué no? —dijo, echándose el pelo hacia atrás—. A mí un médico siempre me ha parecido un plan excelente: manos firmes, bata blanca, horarios incomprensibles…

Solté una carcajada, agradeciendo el cambio de tono.

—Por favor, Sophie, si a ti un médico no te pega nada. A ti te va algo así como un músico desordenado, con vaqueros rotos y alergia a la rutina. Eso sí que es tu estilo.

—Oye, oye. —Se señaló a sí misma, fingiendo indignación—. Que yo soy muy versátil.

—Versátil en tus sueños. Lo tuyo es caos, arte y un tipo que no sabe ni dónde dejó la guitarra la noche anterior.

Sophie se rio tanto que casi se le cayó la baba.

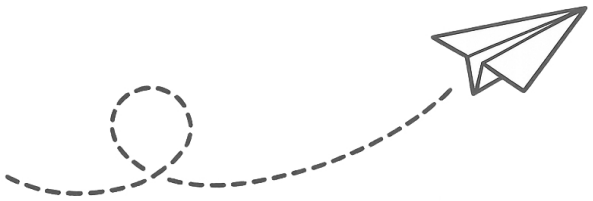
—Vale, lo admito, quizá sí. Pero también puedo evolucionar, ¿eh? Convertirme en una mujer sensata, asentada, con un novio médico que salva vidas.

—Sophie, si tú sales con un médico, te tienen que poner una placa en el hospital. Tipo: «Milagro registrado aquí».

—Ja, ja, muy graciosa. —Me dio un empujón suave—. Pero, hablando en serio, si tú no quieres al señor Ojitos Intensos, es una lástima desaprovechar semejante espécimen.

—No lo quiero, todo para ti —dije, demasiado rápido, demasiado claro, demasiado todo.

—Ya, ya. —Sus ojos brillaron con una mezcla de ternura y picardía—. Dilo otra vez, que a lo mejor esta vez te lo crees.



Pasaron los días, y el correo se convirtió en la única forma de encontrarnos.

Él siempre respondía con una amabilidad serena que hacía que quisieras sonreír solo leyendo sus palabras. Seguía con sus bromas y su toque irónico cuestionando mis métodos organizativos. Pero no había nada más.

Antes, entre línea y línea, había algo que se colaba —una chispa, una complicidad dirigida hacia mí—, algo que parecía avanzar sin decirlo en voz alta.

Ahora contestaba, cerraba el tema y después desaparecía. Y, días después, era yo quien volvía a escribirle con cualquier excusa sobre el trabajo.

Todo se había vuelto tranquilo y profesional. No sé por qué me molestaba, si eso es lo que yo había pretendido en todo momento.

Aquella misma mañana había recibido la llamada del servicio de psiquiatría del hospital. Ya tenía el informe de la valoración tras el ingreso, disponible en la consulta. Tenía que ir a recogerlo a un edificio externo de NYU Langone Health y ni siquiera me hacía falta pisar urgencias, pero quería verlo en persona de nuevo.

Solo quería comprobar si me afectaba volver a estar delante de él como la última vez o simplemente había sido todo una anécdota sin importancia que se iba haciendo cada vez más grande en mi cabeza. Lo más lógico era acabar con esta sensación, cerrar este capítulo y seguir adelante con mi vida.

Así que después de recoger los resultados me dirigí al pasillo de urgencias con pasos más lentos de lo habitual, mientras me colocaba la

correa del bolso en el hombro una y otra vez. Tenía la sensación de que cada paso que daba iba a retrasar o acelerar el momento exacto de cruzarnos.

Me detuve un segundo frente a un cartel informativo sobre una convocatoria de huelga por recortes excesivos de personal, sin prestarle atención siquiera, mientras mis ojos buscaban entre el ir y venir del personal que se reflejaba en el cristal.

Seguí mirando con disimulo hasta que lo encontré. Acababa de llegar al mostrador de recepción. Se detuvo de espaldas a mí, hablando con un compañero, con la bata abierta y las manos metidas en los bolsillos del pijama.

Me quedé quieta a unos metros, dejando que un celador con una camilla me adelantara para ganar unos segundos.

Se estaba riendo de algo que decía su compañero, y esa risa destacó por encima del ruido del pasillo.

De repente, como si hubiera detectado mi presencia —igual que la última vez—, giró la cabeza hacia mi dirección.

Se quedó congelado un segundo, entre asombrado y sorprendido. Y ese segundo se me hizo demasiado largo.

Dio un paso instintivo hacia delante antes de despedirse de su compañero, como si hubiera estado esperando que apareciera por ese pasillo durante toda la mañana.

Se dirigía hacia donde yo estaba, acortando la distancia antes de que yo pudiera siquiera decidir si quería huir o quedarme.

—Olivia, ¿qué tal? ¿Te encuentras bien? —me preguntó de golpe.

Su voz sonaba más grave con el eco del hospital.

Me sostuvo la mirada mientras me escaneaba la cara, con una mezcla de preocupación y curiosidad que me hizo sentir de cristal.

—¿Qué haces por aquí?

—He venido a recoger los análisis de las pruebas y... bueno, he pensado en pasar a saludar —respondí, bajando la vista para buscar algo inexistente dentro de mi bolso, intentando que mi voz no sonara tan forzada como mis movimientos.

Se le tensó un poco la mandíbula, un gesto casi invisible, y luego soltó un:

—¿Y qué tal todo?

—De momento, sigo viva —bromeé, esbozando una media sonrisa mientras me cruzaba de brazos, buscando aliviar esa presión que sentía en el pecho.

Adrián no respondió enseguida. Se frotó la nuca con cansancio mientras sostenía mi mirada durante un silencio que se alargó más de la cuenta, cargado de esa electricidad que los correos de estos días habían intentado enfriar.

Parecía que buscaba algo en mis ojos, quizá esa misma chispa que yo sentía que me quemaba ahora mismo.

Empecé a juguetear con el borde de mi chaqueta, arrugando la tela entre los dedos, hasta que una voz desde atrás nos sacó del hechizo.

—Jefe, hace tres horas que deberías haberte ido —dijo el chico que antes estaba hablando con él, acercándose con una sonrisa torcida—. Eres Olivia, ¿verdad?

Me quedé sorprendida y asentí rápido, agradeciendo en mi interior la interrupción, aunque ni siquiera me dejase contestar.

—No me preguntes cómo lo sé —añadió él con una sonrisa pícara—. Se me da bien adivinar cosas. Soy Marcus.

Marcus me estrechó la mano y se alejó con una excusa barata, dejándonos de nuevo en medio de aquel pasillo.

Adrián esbozó una pequeña sonrisa, como si entre ellos hubiera algún tipo de historia no contada, pero su mirada volvió a fijarse en mí con esa intensidad suya que siempre parecía leer todo lo que no decía.

Durante un instante pareció dudar, podía notar cómo organizaba sus pensamientos sobre la marcha, y yo volví a sentirme nerviosa y a preguntarme en qué maldito momento había tenido la genial idea de meterme en la boca del lobo.

13

Manos frías, corazón caliente

ADRIÁN

Me quedé mirándole la mano cuando saludó a Marcus. No había rastro de aquella pieza sencilla de oro blanco, discreta pero imposible de ignorar.

Volví a mirarla, por si lo hubiese visto mal.

«No, eso es imposible».

Ese anillo era lo que me había hecho apartarme antes; no me meto donde hay otro, y menos si no tengo claro qué terreno estaba pisando. No pensaba arrasar como un huracán en una fantasía que había creado mi propia cabeza. Y menos cuando ella no había mostrado ningún signo claro de interés.

No iba a negar que disfrutaba ver cómo me entraban sus *emails*, pero no iba a ser yo el que lo llevase más allá.

Pero ahora… ahora no estaba. El anillo había desaparecido.

«¿Es eso una señal? ¿El karma se ha olvidado de mí?»

No sabía qué había pasado con ella y su pareja, pero en ese instante me importaba una mierda.

Desplacé el peso de un pie al otro, notando cómo todo lo que había intentado dejar quieto volvía a moverse dentro de mí, sin demasiado orden.

Porque hay cosas que puedes ignorar un tiempo, pero no desaparecen.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —pregunté, sin demasiada esperanza que la respuesta fuera afirmativa.

—¿Ahora? —dijo sorprendida.

Bajó la mirada un segundo, buscando la respuesta correcta, y se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja antes de volver a mirarme. Ese mechón que siempre se le escapaba.

—Bueno… solo había pasado a saludar —empezó, dudando—, pero es cierto que puedo tomarme el resto del día libre.

Asintió apenas después de decirlo, como si acabara de tomar la decisión en ese mismo momento.

Miré alrededor sin fijarme en nada, solo para ganar ese segundo que necesitaba. No estaba seguro de si debía decir algo más, las palabras me quemaban en la garganta.

—¿Te apetece acompañarme? —solté al final—. Yo ya me iba. —Dudé un instante—. Conozco un sitio cerca que me gustaría enseñarte. Y así me cuentas qué tal te ha ido en la consulta.

Ella me miró curiosa, sorprendida por aquel arrebato atrevido, que para ser sincero me había salido sin ni siquiera tenerlo planeado.

No sé cuánto tardó en contestar, pero a mí se me hizo eterno.

—Claro, puede ser divertido.

—Dame un momento y me cambio —añadí, más ilusionado de lo que pude disimular.

Olivia se quedó en el *hall* de la puerta principal. Yo giré sobre mis talones y fui hacia la oficina.

Me cambié lo más rápido que pude. Solo tenía un pantalón de chándal, una camiseta y una sudadera, la ropa con la que había salido de casa la noche anterior.

Cogí el abrigo y, al abrir la puerta, me encontré de frente, con la mano levantada, a punto de llamar a Allison Bishop, la nueva directora de operaciones. Llevaba un traje oscuro de dos piezas y el pelo recogido, demasiado perfecta para aquel pasillo de urgencias. Solo había coincidido con ella un par de veces: el día que presentaron al nuevo equipo directivo —cuando dejó claro que venía a reorganizar medio hospital— y otra en el ascensor, de camino a una reunión en la que todos estaban más pendientes

de hacerle la pelota que del contenido que se iba a tratar, y ni siquiera llegamos a cruzar dos palabras.

—Doctor Vega —dijo, bajando la mano con una leve sorpresa—. Lo estaba buscando. ¿Tiene un momento?

No tenía tiempo, pero me extrañó verla en mi despacho.

—Depende —respondí, ajustándome el abrigo sobre los hombros—. ¿Es algo rápido?

Ella dio un paso atrás cuando salí de la oficina, pero me detuve en la puerta para escucharla, cerrándola detrás de mí.

—Han llegado a mis oídos ciertos comentarios… sobre una posible huelga. ¿Tiene usted algo que decirme al respecto?

Sabía de lo que hablaba. Era el único tema que últimamente se escuchaba por los pasillos; era cuestión de tiempo que llegase a sus oídos.

—Le dejé una propuesta en su despacho hace unos días, para evitar la huelga —dije—. Una propuesta con las mejoras que necesitamos realmente para poder atender a los pacientes como corresponde.

—Sí, la he revisado —respondió con tranquilidad—. Y, como imaginará, no es viable en las condiciones actuales en la que se encuentra el hospital.

Sabía que no iba a llegar a ningún sitio con eso, pero tenía que intentarlo.

El Langone llevaba años en números rojos. Habían cambiado la dirección hacía unos meses por ese mismo motivo, con la esperanza de estabilizarlo, pero lo único que había cambiado de verdad eran las prioridades.

Se había reducido personal en varios turnos, cerrado una de las plantas menos «rentables» y derivado pacientes a otros centros para aliviar costes.

Si se miraba sobre el papel, tenía sentido, pero en la práctica solo hacía que el hospital funcionara peor.

No era ingenuo, sabía que cuando algo no era rentable, había que recortar por algún lado. Eso era evidente. Pero no a cualquier precio. No cuando cada guardia se alargaba más de lo que debía y cada turno empezaba con menos personal del necesario.

Porque ellos, mejor que nadie, sabían a la perfección que el personal no se iba a su hora. No cuando dejabas pacientes a medias y al compañero cubriendo más de lo que podía abarcar.

Podían reajustar los números en un informe, pero no podían hacer que mi equipo mirara el reloj y se fuera sabiendo que dejaba el hospital desatendido. Porque no eran números, sino personas.

—Con todo el respeto, lo que no es viable es seguir funcionando como lo estamos haciendo —endurecí el tono.

Allison inclinó ligeramente la cabeza, evaluando hasta qué punto estaba implicado en aquel asunto.

—Me resulta curioso que esté en contra de los métodos que se están aplicando —me acusó— y, aun así, decida acogerse a ellos.

Me revisé los bolsillos para cerciorarme de que llevaba encima todas mis pertenencias y empecé avanzar. Ella me siguió de cerca.

—¿Le resulta curioso? —Fruncí el ceño, ladeando apenas la cabeza—. Una cosa no quita la otra —dije.

Sabía a lo que se estaba refiriendo: le había enviado la solicitud para que dieran luz verde a la organización del retiro que estaba organizando con Olivia.

—Y si usted está usando medidas de mierda para limpiar la reputación del hospital de cara a la opinión pública… —Esbocé una media sonrisa sin humor—, ¿quién soy yo para no beneficiar a mi equipo de ellas?

Allison se quedó parada en seco. Esa frase la había descolocado.

Yo no me detuve. Di un par de pasos más y me giré sobre la marcha para seguir hablándole, caminando de espaldas.

—Que el equipo pueda desconectar unos días no soluciona el problema, pero tampoco lo empeora. Si está dispuesta a revisar las propuestas de mejora sobre la plantilla —añadí, elevando ligeramente la voz para que me oyera desde donde se había quedado—, estaré encantado de sentarme con usted y ver cómo podemos aplicarlas. Si no… —Me encogí de hombros y dejé la frase suspendida en el aire, sin terminar de decirla.

Me di la vuelta y continué mi camino, dejándola atrás en el pasillo.

Al llegar al *hall*, empujé la puerta principal y salí a la calle. La tarde estaba gris, con ese cielo bajo que parecía quedarse enganchado entre los edificios, y el aire empezaba a enfriarlo justo como para notarlo en la piel.

Olivia estaba allí, sentada en uno de los bancos exteriores, con el abrigo cerrado hasta el cuello y las manos hundidas en los bolsillos.

Estaba distraída, observando a la gente que entraba y salía sin parar, siguiendo con la mirada el movimiento de las puertas automáticas, hasta que me vio.

Sonrió. Fue algo leve, casi contenido, pero suficiente para que todo lo anterior dejase de importarme.

—Siento haber tardado más de la cuenta —dije, mientras llegaba hasta ella.

—No te preocupes —respondió, levantándose y quitándole importancia.

La observé con detenimiento, midiendo si seguía ahí por compromiso.

—Bueno… —Me froté las manos un instante—. ¿Estás preparada?

Alzó ligeramente las cejas, sorprendida por la pregunta.

—Tengo curiosidad. ¿A dónde vamos?

Negué con la cabeza, casi divertido.

—No tengas tanta prisa. Hay que disfrutar del momento.

Solté el aire por la nariz, como conteniendo una sonrisa. Olivia imitó el gesto.

—¡Vamos! —añadí al final—. No está muy lejos de aquí.

Eché a andar sin mirar atrás. La escuché colocarse a mi lado un segundo después. Caminaba con esa manera suya de mirar al suelo, concentrada en las baldosas, como si temiera tropezar con algo que no se puede ver. De vez en cuando, daba un pequeño paso lateral para esquivar alguno de los charcos que la última tormenta había dejado en el asfalto, y yo aprovechaba ese leve desvío para acortar la distancia entre los dos.

Durante el paseo, hablábamos de cualquier cosa, sin demasiado orden. Me contó el final de la serie que había visto la noche anterior; ponía los ojos en blanco y resoplaba, indignada con el guionista, mientras yo la escuchaba, intentando no sonreír demasiado al verla tan intensa por aquella ficción. Luego saltamos a aquel libro que le habían recomendado y que yo también había leído.

—Aún voy por la mitad —confesó, encogiéndose de hombros para protegerse de una ráfaga de viento frío.

Le hablé de mis partes favoritas sin destriparle nada, y acabamos en una absurda competencia de quién conocía más curiosidades de la ciudad. En eso no tenía opción de ganar.

Nos detuvimos frente a una placa de bronce en una fachada antigua y nos enzarzamos en una discusión tonta sobre si el edificio era de finales del XIX o principios del XX.

En un par de ocasiones, me di cuenta de que le sacaba medio cuerpo de ventaja. Mis piernas eran más largas y el hábito de las urgencias me empujaba a caminar con la intensidad de llegar a un código rojo.

—Caminas como si fueras a llegar tarde —dijo, mirándome de reojo mientras hacía un esfuerzo por seguirme el ritmo.

Aflojé el paso de inmediato, adaptándome al suyo hasta que mi brazo rozó el tejido de su abrigo.

—Costumbre. A veces se me olvida que no todo el mundo tiene prisa.

—¿Y hoy? ¿Hoy no tenías prisa por llegar a ningún sitio? —preguntó de pronto, deteniéndose en seco junto a una farola y obligándome a girarme hacia ella.

La miré a los ojos antes de responder. El viento le había despeinado un poco el flequillo y el frío le había encendido las mejillas. Noté una intención oculta en su pregunta. Parecía evaluar cuánto de mi tiempo le estaba regalando de verdad.

—Hoy estoy quí contigo —dije sin más.

Al girar la avenida, pasamos por un puesto de perritos calientes y me detuve.

—Espera un segundo.

Me acerqué al carrito, saqué algo de dinero del bolsillo y pedí uno completo para mí.

—Y otro para ella con… —añadí, apartándome ligeramente para dejarle sitio y que pudiese elegir.

Olivia se acercó un poco, mirando los ingredientes de la carta.

—Sin cebolla… y sin mostaza —dijo al final—. Pero ponle pepinillos por favor.

El hombre asintió mientras abría el pan sobre la plancha. El olor a pan tostado y a carne caliente empezó a subir con el vapor.

La miré sorprendido

—¿Qué? No me gusta la cebolla —respondió, encogiéndose de hombros —. Y la mostaza le quita todo el sabor.

—Claro —murmuré extrañado por aquella combinación.

Cuando me dieron los perritos, pagué y le tendí el suyo.

Nos apoyamos en una de las mesas altas metálicas junto al puesto. Di el primer bocado demasiado rápido. Tenía más hambre de la que quería admitir.

En aquel momento pude observar a Olivia. Su pelo moreno, con reflejos castaños, atrapaban la poca luz del día. Sus ojos verdes oscuros, aquellos que me recordaban a la profundidad de un bosque, brillaban como si el mundo entero se reflejara en ellos. Tenía la piel clara y, a esta distancia, dejaba entrever un delicado mapa de pecas que cruzaban su nariz y mejillas, formando constelaciones diminutas, casi imperceptibles si no te fijabas en

ellas. Llevaba el pelo suelto, hasta la altura de los hombros, que se mecían en cada movimiento como olas suaves en un mar tranquilo. Cada pequeño gesto; la manera en que fruncía ligeramente el ceño al pensar o la curva de sus labios cuando sonreía, tenía algo de inesperado, y eso a mí me fascinaba.

—Te has quedado callada de repente —dije algo inquieto por su silencio.

—Ni recordaba el tiempo que hacía que no me paraba en uno de estos puestos —dijo, señalándolo—. Gracias por traerme.

Doblé el papel del perrito al terminar y lo lancé a la papelera más cercana.

—No pretendía llevarte a comer un perrito caliente, solo ha sido una parada técnica porque me moría de hambre.

Olivia miró un momento al puesto, luego a mí, y terminó de envolver el suyo antes de dejarlo también en la papelera, acercándose un paso.

—Quiero enseñarte un sitio más especial. Ven, está aquí cerca.

Nos metimos por un callejón estrecho entre dos edificios, y dejamos que la ciudad quedara atrás mientras el murmullo de la calle se convertía en un susurro lejano. Conforme nos acercábamos, los edificios parecían hacerse más bajos, las luces más tenues y el ruido de los coches se fundía con el silbido del viento entre los árboles. Cada paso nos acercaba a un pequeño jardín escondido detrás del teatro municipal, casi secreto y olvidado: un lugar que había descubierto en uno de esos paseos que me ayudaban a desconectar y a capturar momentos con la cámara.

En la plaza central había una fuente de piedra casi derruida, cuyos cimientos parecían guardar historias que nadie escuchaba; bancos antiguos que invitaban a sentarse y glicinas moradas trepando por las columnas, llenando el aire con su perfume delicado y floral.

Olivia levantó la vista para observarlo mejor y se adelantó un par de pasos, alejándose de mí para abarcarlo todo.

—Vaya… es precioso —exclamó, con un brillo en los ojos demasiado intenso incluso para mí.

—Sabía que te iba a gustar —dije, conteniendo una sonrisa que se escapaba sola. Ella se detuvo, se giró y me miró, entre divertida y sorprendida.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó.

—Lo mencionaste en alguna ocasión. Hablabas de que te gustaban los lugares que parecen ajenos al mundo, y que no conocieran muchas personas

—admití mientras echaba un vistazo a mi alrededor—. Creo que este no es muy conocido. Me lo tomé como una pista.

Por primera vez, ella rio. Una risa corta, suave, que me atravesó como un pequeño chispazo. Era la primera vez que la escuchaba reír así, sincera, y supe que iba a necesitar oírla más veces a partir de ahora.

Sentí el impulso de acercarme, de rozar su mejilla con la mano, pero me obligué a quedarme quieto, dejando que el momento respirara por sí mismo.

El sol empezaba a ocultarse detrás del muro del teatro, tiñendo el cielo de tonos naranja y rosa. Nos sentamos en uno de los bancos antiguos, y Olivia se acomodó ligeramente, encogiendo los hombros y cruzando los brazos sobre sí misma, casi sin darse cuenta. El aire fresco movía su cabello y hacía que se le erizara un poco la piel, aunque no decía nada.

—No puedo creer que hayas encontrado este sitio —dijo, mirando alrededor con una mezcla de sorpresa y curiosidad—. Es tan… diferente.

—Lo descubrí por casualidad —me atreví a decir, apoyando las manos sobre el banco—. A veces me gusta perderme por la ciudad y buscar lugares que pasen desapercibidos. Lugares donde uno puede… simplemente estar. Aquí todo parece tener una historia que nadie más se toma el tiempo de ver.

Ella me miró de reojo, sonriendo, y se ajustó el cuello del abrigo, buscando un poco más de calor. Sin darme tiempo a pensar, me quité el abrigo y la sudadera que llevaba debajo, tendiéndosela.

—Póntela —dije, intentando sonar casual.

—No… —respondió ella, apartando un poco mi brazo. No tienes por qué hacer eso.

—Estoy bien —le aseguré—. De verdad, cógela, por favor.

Ella dudó, pero al ver que no iba a aceptar un no por respuesta, suspiró y al final se puso la sudadera, acomodándose dentro de ella.

—Te la devuelvo luego —dijo en voz baja.

—No tengo prisa —respondí.

Mientras la miraba, me sorprendió lo fácil que resultaba estar así, a veces sin decir casi nada y otras hablar de casi todo.

El viento levantó un remolino de hojas secas frente a nosotros.

—Va siendo hora de volver a casa, se ha puesto fría la tarde —dije al final, con voz calmada, tratando de sonar neutral para que no se notase que eso era lo que menos me apetecía—. Puedo acercarte en coche. Lo tengo aquí cerca, y así no tendrás que caminar demasiado —añadí, señalando en dirección al hospital, que no andaba muy lejos de donde estábamos.

Mientras nos dirigíamos hacia el *parking*, pensé en lo fácil que sería inventar cualquier excusa para quedarnos un poco más, para prolongar esos minutos donde el mundo se reducía a ella y a mí, donde el frío era solo un detalle que nos acercaba.

La ciudad podía esperar; las urgencias, los pacientes, los horarios… cualquier cosa podía esperar porque notaba que todo iba mejor cuando ella estaba cerca de mí.

Abrí el coche y esperé a que se sentara antes de rodearlo. Cuando me acomodé al volante, el silencio se instaló de nuevo, pero no era incómodo, sino uno de esos que se forman de forma natural cuando pasas tiempo con alguien con quien tienes bastante confianza.

—¿Siempre traes a la gente a sitios así? —preguntó, apoyando la espalda en el asiento y girándose un poco hacia mí.

Negué con la cabeza, arrancando el motor. Había leído la verdadera intención de aquella pregunta.

—No suelo traer a nadie.

Ella arqueó una ceja, sin terminar de creérselo. Pero era verdad, aquel lugar lo reservaba para cuando quería aislarme de todo; solo había cabida para mi cámara y para mí.

El coche avanzó unos metros y me atreví a preguntarle por cómo le había ido la consulta. No lo hice antes porque no quería romper el momento, o simplemente que se viera obligada a contestar algo tan personal.

—¿Qué tal hoy con el doctor Harrington? —pregunté, sin apartar la vista de la carretera.

—Bien… Solo he ido a recoger el informe de lo que ya sabía.

Deslicé la mirada hacia ella ante aquel comentario.

—Ah, ¿sí?

—Sí… Episodios de ansiedad reactiva por picos de estrés. El cuerpo se satura y responde así. Nada preocupante —dijo todo de corrido como si ya lo tuviese memorizado—. Bueno, aunque eso ya lo sabrás. No sé qué hago dándote datos médicos. —Esbozó una pequeña sonrisa tímida.

—No, no me lo sé tan de memoria. —Quise quitarle importancia—. Además, prefiero que me lo cuentes tú.

—Sigo viendo a mi doctora de siempre. El doctor Harrington me ha dicho que solo tengo que ir a su consulta un par de veces más para el control, y ver cómo evoluciono con mis sesiones.

—Bien, me alegro de que sea así.

Continué conduciendo por las calles, siguiendo sus indicaciones. Vivía a pocas manzanas del hospital.

—Es ese de ahí—murmuró, señalando el edificio de ladrillos del final de la calle—. Mi apartamento está en el último piso.

Cuando llegamos, me quedé contemplando la fachada iluminada por la luz de las farolas. Ya había anochecido.

Ella se giró hacia mí, con una mezcla de timidez y gratitud en los ojos.

—Gracias… por hoy, me lo he pasado muy bien. Tengo que reconocer que he tenido mis dudas en aceptar, pero me alegro de haberlo hecho —dijo, y todo lo demás dejó de importar.

—No hace falta que agradezcas nada —susurré, con una leve sonrisa—. Más bien… me has salvado tú de estar allí encerrado.

Se inclinó ligeramente hacia mí para decir adiós y sentí que cada centímetro de mi cuerpo no quería que se fuera. Quise agarrarla del brazo para no dejarla salir del coche, pero en vez de eso, solo pronuncié un simple:

—Buenas noches, Olivia.

La vi entrar en su portal y, mientras cerraba la puerta, me quedé allí un instante de más, intentando alargar aquel momento.

Arranqué el motor del coche y, al alejarme, la silueta de su ventana iluminada quedó grabada en mi memoria. Sus gestos, su risa contenida, la sensación de cercanía… Todo se quedaba conmigo, reclamando un lugar que no estaba dispuesto a soltar.

14

De crisálidas a mariposas

OLIVIA

«¿Qué demonios acabo de hacer?»

El silencio del apartamento me recibió como una bofetada que no me dolió en la piel, sino en un lugar mucho más hondo. Cerré la puerta con cuidado, intentando recordar cada sensación vivida, y me apoyé en la pared mientras el bolso caía al suelo y un suspiro largo me apretaba el pecho.

Me quité el abrigo. Debajo seguía llevando la sudadera de Adrián, y el tejido retenía ese olor a jabón y a su perfume, familiar sin ser mío, incómodo por lo que despertaba. Me la quité casi de inmediato, como si me quemara, aunque el olor siguió aferrado a mi piel, instalado como un recuerdo reciente que no tenía intención de irse. La dejé sobre el respaldo de una silla, pero a los dos segundos la aparté un poco más, necesitaba hacerla desaparecer.

«No ha pasado nada», me repetí, intentando convencerme. Solo habíamos hablado, caminado, compartido un momento que en cualquier otro contexto habría sido completamente inocente, pero eso no bastaba para borrar lo

evidente: por primera vez en cinco años había sentido mariposas. Reales, inesperadas e imperdonables.

Y yo sabía que eso no era posible, porque Daniel se había llevado todas y cada una de ellas.

Cuando él murió, creí que aquella parte luminosa de mí —la que sabía amar sin miedo, la que aportaba cualquier muestra de cariño incluso en los detalles más pequeños— había desaparecido también, y desde entonces, mi vida había sido una sucesión de días silenciosos, de sonrisas educadas y pensamientos que nunca se atrevían a volar demasiado lejos. Hasta hoy.

Algo había cambiado. Un hombre con ojos intensos y voz de tormenta había logrado que algo dentro de mí se agitara de nuevo. Me quedé quieta en mitad del salón, sin saber si avanzar o volver sobre mis pasos.

No podía hacerle esto a Daniel.

No podía permitirme sentir algo así.

Y, sin embargo… lo había sentido.

Terminé en urgencias buscándolo sin entender del todo qué me empujaba allí; tal vez no quería reconocerlo, pero en ese instante —breve, pero devastador— en el que él me miró, el mundo volvió a tener colores.

Le había dicho que sí.

No había sido una decisión meditada, ni siquiera un impulso. Había sido una rendición.

Una parte de mí, esa que llevaba años vigilando que ninguna grieta se abriera en mi rutina, había dado un paso atrás y había dejado que otra Olivia —una que ni siquiera reconocía— tomara el mando.

Me miré las manos. Seguían temblando ligeramente, y no era por el descenso de temperatura. Era la adrenalina al recordar el «tengo que marcharme» enfrentado al «quiero quedarme» de hacía unos minutos.

—No deberías haberlo hecho —me recriminé en voz alta.

Mi propia voz sonó extraña en el apartamento vacío. Durante este tiempo, el «no» había sido mi refugio. No a las cenas, no a las salidas, no a cualquier cosa que me hiciera olvidar.

El «no» era seguro; el «no» mantenía el recuerdo de Daniel intacto, como un museo en el que todo está ordenado y al mismo lugar dispuesto para ser observado.

Pero hoy, frente a Adrián, el «no» se me había quedado atascado en la garganta.

Caminé hasta el ventanal y me senté en el poyete. Me abracé a mí misma, frotando mis brazos para generar un calor que el radiador del salón no lograba darme.

Sentí una punzada de pánico al darme cuenta de que Adrián no era solo un tipo amable. Era una amenaza. Una amenaza para el orden que tanto me había costado construir sobre las cenizas de mi vida anterior.

Cada vez que él acortaba la distancia, el suelo que yo pisaba se volvía menos firme.

«Maldita sea ¿Por qué le dije que sí?»

Quizá fuese porque por un instante quise hacerle caso a todas esas voces que me dicen que avance y yo me empeño en gritar más alto para no escucharlas.

Levanté la vista hacia la mesa del comedor, donde un marco con la foto de Daniel parecía observarme desde la penumbra. En la imagen, él sonreía con esa confianza de quien cree que tiene todo el tiempo del mundo.

—Lo siento —murmuré hacia la foto.

Sentía la culpa como un parásito que se alimentaba de mi felicidad. Sentía que cada risa compartida con Adrián en aquel jardín había sido una traición, un centímetro más de distancia entre Daniel y yo.

Me levanté de la ventana y avancé hacia el sofá, dejando que la oscuridad del apartamento me envolviera. No sabía quién era ese hombre que había aparecido en este preciso momento ni por qué parecía tener la llave de cada una de las habitaciones de mi mente. Solo sabía que, cuando me dejó en el portal, lo que más miedo me dio no fue la traición a mi pasado, sino el deseo irrefrenable de avanzar hacia un futuro.

—Dios… esto es una locura —susurré.

Pero mientras lo decía, sabía que las mariposas, una vez que rompen el nido, ya no saben cómo volver a ser crisálidas.

Justo entonces se abrió la puerta del dormitorio de Sophie.

—Ah, la viuda culpable ha vuelto —anunció con burla cariñosa—. Venga, confiesa: ¿Te dio un infarto al verlo tan guapo o conseguiste mantenerte en pie?

Le había mandado un mensaje rápido durante el paseo, avisando del motivo por el que llegaría tarde de la visita médica. Quizá ya desde entonces sabía que algo se me estaba yendo de las manos.

La miré fulminante.

—Sophie, te juro que si empiezas con el interrogatorio te arranco la lengua.

—Por favor, no dramatices. —Se dejó caer a mi lado y alargó la mano para coger la sudadera de Adrián que yo había dejado apartada.

—¿Esto es de él? Mmm… huele a problemas y a Dior.

—Devuélvemela. —Intenté atraparla, pero Sophie se movió con agilidad ninja.

—Tranquila, solo evalúo la calidad del producto. —Me guiñó un ojo—. El material es bueno… seguro que también lo es en otras materias.

—¡Sophie!

—Vale, vale. —Me la devolvió entre risas—. Pero no puedes negar lo que está pasando. Lo veo en tus ojos… la culpa te está ahogando. Te conozco.

—Fue solo un paseo. Algo… sin importancia.

—Cariño, cuatro horas no se considera «algo sin importancia» precisamente.

Le saqué el dedo con sorna y me quedé mirando el anular donde faltaba el anillo y no pude evitar sentirme desnuda.

Me había esforzado en no volver a ponérmelo, repitiéndome algo absurdo como «date una oportunidad», aunque sabía a la perfección que yo no funcionaba así.

Había llegado a amar con tanta fuerza que todo este tiempo pensé que me había quedado vacía. Había enterrado mis sentimientos junto a una urna añil bajo el cielo frío de Greenwich Village demasiado pronto, en un lugar al que regresaba más veces de las que podía contar.

—No puedo hacer esto, Phiphi. Lo echo tanto de menos…

El tono de Sophie cambió; me miró en silencio unos instantes, dejando caer la sonrisa.

—Liv… Daniel está muerto y tú sigues aquí, viva. —Su voz sonó como un abrazo.

Cerré los ojos ante sus palabras.

—Lo sé. Pero a veces siento que, si sigo adelante… lo traiciono.

—No lo traicionas. —Ella se inclinó hacia mí, bastante seria—. Te das permiso para continuar. Él se fue, Liv, pero tú no. Siempre lo vas a querer, y eso está bien. Yo también lo echo mucho de menos.

Las lágrimas empezaron a caer sin que pudiera contenerlas. No eran nuevas, pero esta vez dolían distinto.

—No sé si puedo —susurré.

—Sí puedes, ¡claro que puedes! —Volvió a su tono burlón—. Además, para tranquilizarte te digo que, si yo me muero antes que tú, tienes permiso oficial para enamorarte de alguien *sexy* y con brazos fuertes. Como mínimo, que sostenga bien las bolsas del súper, ya sabes. Ni se te ocurra guardarme luto o pienso volver del más allá solo para tirarte de esa melena tan preciosa que tienes y arrastrarte por el suelo.

A pesar de la tristeza, solté una carcajada rota.

—Eres idiota.

—Lo sé, pero soy tu idiota, que es distinto. —Me dio un golpecito en la pierna—. Y, por cierto, mañana vas a devolverle la sudadera. Y si por casualidad terminas en otra cita, ni se te ocurra venir aquí a quejarte.

Negué, aunque una sonrisa se escapó de forma inevitable.

—No pienso volver a verlo.

—Claro que no. —Sophie se levantó, divertida—. Igual que cuando yo digo que voy a levantarme a las seis de la mañana para hacer yoga. Fantasías que jamás sucederán.

Me dio un pequeño beso en la mano y se marchó riendo hacia su habitación, dejándome sola con la sudadera sobre las rodillas y con un corazón que ya no notaba del todo mío.

Acaricié la tela con los dedos y la acerqué sin querer al rostro.

—No me hagas esto, Daniel, no dejes que vuelva a sentir —susurré.

Pero, en el fondo, ya lo sabía. Era demasiado tarde.

15

Melodía pegadiza

ADRIÁN

Habían pasado un par de horas desde que la dejé en la puerta de su edificio, pero aún mantenía la sensación de su presencia, persistente. El recuerdo de la tarde latiendo en mí con demasiada claridad.

Me sorprendí a mí mismo pensando en lo fácil que me había resultado dejar atrás las urgencias. Había abandonado mi puesto casi sin mirar atrás, solo por irme con ella; una decisión impulsiva que no encajaba con el hombre que solía ser.

Volvían a mi cabeza sus silencios, esa risa breve —casi tímida— cuando mencioné que aquel lugar le gustaría, y, sobre todo, la forma en que me miró al despedirse. Fue una gratitud contenida, una tensión que se sostuvo un poco más de lo necesario y que seguía flotando entre los dos. Algo que quizá no debería existir tan pronto, pero que estaba ahí, alterándolo todo.

Me froté la nuca, notando el roce de la camiseta contra la piel, echando en falta el calor de la sudadera que ahora le pertenecía a Olivia.

Fui a mi habitación y me tumbé en la cama, intentando ordenar mis pensamientos y convencerme de que a lo mejor no debería haberla llevado a

aquel lugar. Había demasiada calma, demasiada intimidad… demasiadas cosas que Olivia quizá no estaba preparada para sentir. Lo notaba en la forma en la que se comportaba, parecía que todo aquello la pillase fuera de su zona de confort y en cómo luchaba contra algo que la frenaba constantemente.

Habíamos ido a pasear como dos personas que se están conociendo, pero para ella no parecía tan sencillo. Así que por mucho que una parte de mí me repitiera que había sido una mala idea, era incapaz de arrepentirme de ello.

Aún sentía la imagen de sus dedos resbalando por las columnas, siguiendo las grietas de la piedra como si leyera un idioma que yo era incapaz de entender. Observaba cada detalle con entusiasmo, como si al tocarlos, pudiera impregnarse de ellos.

Me sorprendió darme cuenta de cuánto tiempo llevaba mirándola sin decir nada. Su expresión cambió en cuanto notó que la estaba observando, aunque no apartó la mirada; fue como si su curiosidad se hubiera vuelto hacia mí y yo me hubiese convertido ahora en el objeto de su estudio.

Me habría gustado preguntarle qué había encontrado entre esos tonos de luz, qué había descubierto bajo el suelo cubierto de polvo, por qué lo tocaba todo como si lo que realmente buscara fuera una confirmación de por qué estaba allí.

Abrí la boca, pero la cerré antes de llegar a decir nada. Me limité a seguirla con la mirada mientras mi cabeza llenaba el silencio de preguntas que nunca llegaron a mi boca.

Esa tarde la vi como no la había visto antes, más allá de la mujer reservada del congreso y de la profesional que medía cada palabra, apareció alguien que provocaba en mí un magnetismo que no sabía explicar.

Olivia, sin duda, tenía algo que me atraía, parecida a esa melodía que no puedes dejar de tararear desde que la escuchas. Repitiéndose una y otra vez en bucle.

No podía considerarlo un flechazo ni una de esas obsesiones breves que se confunden con deseo; de esas ya había tenido algunas, las suficientes como para saber que se desvanecen en cuanto la emoción se enfría. Con Olivia no lo sentía así. No era cuestión de una noche de sexo que pudiera sacarme de la cabeza al día siguiente; era algo que se me había quedado pegado a mí. Su presencia encajaba demasiado bien en mitad del caos en el que llevaba años funcionando. Parecía como si ella recargara mi energía cuando yo ni siquiera sabía que se me estaba agotando.

Estiré las piernas sobre la colcha, notando el peso de mi propio cuerpo. No podía mantenerme quieto. Saqué el móvil del bolsillo y busqué su nombre:

Olivia Brake. Habíamos intercambiado los números casi sin darnos cuenta, entre las llamadas constantes del hospital y mi necesidad de desconectar de todo salvo de ella.

—¿Tienes que contestar a cualquier hora? —había dicho ella, sentada a mi lado, mirándome como si aquello no tuviera la menor importancia.

—Es trabajo —respondí, encogiéndome de hombros—. Si llaman, suelo contestar.

—Ya… —Ladeó la cabeza—. ¿Y si no contestas por una vez?

Me quedé mirándola como si la pregunta tuviera trampa.

—Debería —dije al final—. Siempre lo hago. Supongo que por eso me llaman a mí.

Frunció ligeramente el ceño, sin perder esa calma que empezaba a sonar a reproche.

—«Siempre» es mucho tiempo —murmuró—. Nadie puede estar disponible las veinticuatro horas. Además, si fuese un caso de vida o muerte, no creo que pudieras solucionarlo por teléfono. Hay más médicos en el hospital para hacerlo, ¿no?

Me llevé la mano al pelo, incómodo, dándome cuenta de lo obvio que sonaba en su boca.

—Déjame el teléfono —me pidió.

Se lo tendí al momento y disfruté de su roce.

—Mira —dijo, pulsando un botón—. Si le das a esta pestañita de aquí, deja de sonar.

Me devolvió el móvil con una media sonrisa.

—Ya está. Ahora solo tendrán que esperar un poco más.

—Aún le falta algo a mi teléfono —le dije mientras lo miraba extrañado.

Ella volvió a acercarse, inclinándose apenas para mirar la pantalla. El olor de su pelo me golpeó antes de que pudiera responderle. Desbloqueé el teclado despacio, disfrutando demasiado de esa cercanía.

—¿El qué? —preguntó intrigada.

Levanté la vista hacia ella justo cuando Olivia alzó la suya hacia mí.

—Tu número.

Olivia soltó el aire por la nariz, como si hubiese estado conteniéndolo sin darse cuenta, y negó ligeramente con la cabeza antes de cogerme el móvil otra vez y empezar a escribir.

El teléfono vibró ahora en mis manos, sacándome de golpe de ese pensamiento.

Parpadeé un instante, extrañado al reconocer que no era un número del hospital.

—Eh, Ethan, ¿qué pasa? —respondí sin rodeos.

—Tío, estoy intentando localizar a tu hermano —dijo al otro lado—. Me he enterado de que se quedaba en tu apartamento unos días y no lo localizo.

Miré hacia el pasillo, la puerta de su habitación estaba cerrada.

—Pues ni idea, ya sabes cómo es, no me cuenta su *planning* de cada día. He llegado hace un rato, pero no me he cruzado con él. Dame un momento, voy a ver si está.

Eché a andar sin colgar, cruzando el pasillo hasta la habitación de invitados. Llamé con los nudillos y esperé, pero no se oía nada.

Bajé el pomo y abrí la puerta. La cama estaba hecha y las cosas de Iván seguían allí —la mochila en el suelo y la chaqueta colgada en la silla—, pero no había rastro de él. Entré un poco más, pasando la mano por el escritorio, mirando alrededor sin saber muy bien qué buscaba exactamente, y no encontré nada que me diera alguna pista.

—No —dije al final, volviendo hacia el pasillo—. No está aquí. Creía que estaría contigo.

Me pasé la mano por la nuca, cerrando la puerta con el pie.

—Ya… pero hace tiempo que no nos vemos —soltó, con un deje que no llegaba a ser del todo indiferente—. Las cosas entre él y yo ya no funcionan así.

Me sorprendió oír eso. Ethan era uno de los mejores amigos de mi hermano y aunque hacía mucho tiempo que yo no sabía nada de él, pensaba que seguían manteniendo el contacto.

—Cuando aparezca, dile que me llame.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, apoyándome en la pared—. ¿Está metido en algún lío?

Dudó apenas un instante.

—Nada, que yo sepa, pero ya sabes cómo es.

Sí, sí que lo sabía, pero pensaba que aquello había quedado atrás.

—Vale. Cuando lo vea, le digo que lo has llamado.

—Gracias, tío. —Escuché, antes de colgar.

Me quedé unos instantes más allí, sin moverme, notando cómo esa conversación había arrastrado algo que prefería no remover, como si todo volviera a colocarse en el mismo lugar de siempre.

Confiaba en Iván. Por lo que yo sabía, le iba bastante bien en su taller y él estaba contento con su nueva vida. Lo que no me terminaba de gustar era el

ambiente en el que se movía cuando volvía a la ciudad. Demasiados malos recuerdos.

Busqué en la lista de llamadas pedidas y le marqué. Al cuarto tono saltó el buzón de voz.

«Joder».

Abrí el chat y comencé a escribir.

Yo: Iván, ¿dónde andas? Llámame cuando puedas.

Salí de la habitación con el móvil en la mano y, casi sin darme cuenta, abrí una nueva conversación que estaba aún en blanco.

Olivia Brake. El nombre se quedó suspendido en la pantalla mientras mantenía el pulgar inmóvil sobre el teclado, dándome tiempo para decidir algo que en realidad ya estaba decidido.

Yo: Ha sido una tarde increíble. Gracias por acompañarme. Me ha gustado hablar contigo, sin prisas, sin trabajo. Me encantaría volver a verte.

El sonido del mensaje saliendo me aceleró el corazón de una forma absurda para alguien que se supone que es un adulto equilibrado. Por un momento me arrepentí, pero ya estaba hecho.

Los minutos posteriores se me hicieron eternos. Me moví por la cocina sin saber qué hacer conmigo mismo, me serví un whisky que se me calentó en las manos y revisé la pantalla del móvil con una insistencia patética pero no aparecía nada. Solté el teléfono, me estaba quemando en las manos. Aquel silencio empezó a pesarme y comencé a darle vueltas a la idea de que quizá había sido demasiado directo, o demasiado pronto, o simplemente demasiado yo.

El teléfono me vibró en la mesa. Lo miré rápidamente.

Iván: Adri, ¿qué te pasa?

Yo: Ethan te está buscando. ¿Dónde estás?

El doble *tick* se encendió enseguida.

Iván: He quedado con una amiga. ¿Sabes qué quería?

Yo: No lo sé, no me ha dicho de qué se trata. ¡Llámalo!

Iván: *Ok*.

No tenía ni idea de qué había pasado entre ellos dos, pero ahora no iba a meterme en sus movidas. Tiré el móvil al sofá.

Me quité la ropa —seguía helado; el día había sido realmente frío— y me metí bajo el agua caliente de la ducha. El vapor empezó a empañar el espejo casi al instante, pero mi cabeza seguía exactamente igual que antes: dando vueltas alrededor de ella.

Cuando salí, fui directo otra vez al teléfono.

Olivia: Yo también lo pasé bien. Ha sido divertido.

Y ya está. Amable, correcto y ridículamente inofensivo.

Me dejé caer en el borde del sofá mientras mi cabeza empezaba a fabricar explicaciones contradictorias a toda velocidad. Quizá estaba saliendo de algo complicado. Quizá seguía atrapada en una ruptura. Quizá había alguien más en su vida. O quizá la razón era mucho más simple y bastante peor para mi ego: no estaba interesada en mí.

Volví a abrir el chat.

Yo: Me gustaría volver a verte.

Envié el mensaje de nuevo por si por alguna casualidad hubiese olvidado darle respuesta.

Esperé un poco más, pero el doble *tick* nunca apareció. La pantalla solo reflejaba un único *tick* gris clavado debajo del mensaje, que parecía burlarse de mi desesperación.

Solté una risa seca por la nariz y me pasé la mano húmeda por el pelo.

Era ridículo. Llevaba años tomando decisiones importantes en segundos, soportando guardias de más de treinta horas, viendo llegar pacientes al borde de la muerte sin permitirme dudar ni un instante… y, aun así, una mujer dejando un mensaje sin abrir era suficiente para ponerme más nervioso que cualquier noche en urgencias.

16

El peso de lo que no se dice

OLIVIA

Hacía exactamente seis días desde la última vez que tuve contacto con Adrián. No me atreví a abrir aquel último mensaje que leí con la pantalla bloqueada. No era que no quisiera hablar con él; era que, por primera vez en mucho tiempo, alguien había logrado asomarse a una parcela de mi vida que yo mantenía bajo llave, y mi instinto de supervivencia me había obligado a retroceder. Necesitaba tomar distancia para aclarar las ideas. La charla con Sophie me hizo pensar, pero no fue suficiente.

Intenté distraerme, enfocarme en el trabajo, que me estaba sentando sorprendentemente bien, salí con Sophie y algunas compañeras suyas —algo que hasta hacía poco ni siquiera me habría planteado— e incluso fui a visitar a mamá.

Quedamos a almorzar en Bryant Park, en una de las mesas junto al césped, donde la ciudad parecía más tranquila.

—Te noto bien, hija —me dijo mientras dejaba los cubiertos sobre el plato—. Estás más… aquí.

Esas palabras tenían demasiado significado, porque hacía tiempo que yo había dejado de estar «aquí».

—Me están yendo bien las sesiones con Jackie otra vez.

—Me alegro, cariño. Tu padre y yo, estábamos muy preocupados por ti, realmente preocupados. Deberías buscarte algún *hobby*, algo que te ilusione de nuevo. Podemos hacer algo juntas… quizá pintar cerámica como hacías de pequeña… O aprender a coser y hacernos vestidos la una a la otra —añadió ella, dejando escapar una pequeña risa.

No pude evitar imitar su gesto.

—Como dijimos hace años —terminé yo, sintiendo cómo algo cálido se acomodaba en el pecho.

Aun así, por las noches todo volvía. Las pesadillas, el aniversario acercándose, esa sensación constante de estar ocupando un lugar que no terminaba de ser mío. Había pensado en Adrián más de lo que quería admitir; cada noche me repetía que al día siguiente le escribiría, le preguntaría qué tal estaba, que retomaría algo que había dejado en pausa sin saber muy bien por qué. Pero en cuanto me despertaba, sudando y desorientada, posponía la idea para el día siguiente.

—Sophie me ha dicho que has conocido a alguien.

Mi gesto se congeló con el tenedor a medio camino hacia la boca.

—No te lo tomes así —añadió enseguida, suavizando el tono—. Me alegro mucho por ti. Sé que, como has dicho tantas veces, no necesitas a nadie en tu vida para seguir adelante, pero permitirte sentir algo nuevo no tiene por qué ser malo. Alguien de fuera de tu círculo… aire distinto, experiencias diferentes.

Sentí cómo los ojos empezaban a encharcarse.

—Te conozco, Olivia —continuó, bajando un poco la voz—. Y sé que puedes ser tan terca que no vas a dejar que nadie se acerque demasiado, incluso puedo imaginar cómo se te pasa por la cabeza bloquear cualquier cosa que te aleje del pasado.

No fui capaz de decir nada.

—Pero no has hecho nada malo, cariño —añadió con una firmeza tranquila—. No tienes que castigarte por seguir adelante. Daniel siempre va a estar contigo.

Las lágrimas dejaron de estar contenidas.

—Voy a matar a Sophie —murmuré entre una risa que se mezclaba con el llanto.

Mamá se inclinó hacia mí y me abrazó sin decir nada más. Ella sabía que no hacía falta añadir nada.

Y en ese gesto sencillo encontré algo que llevaba tiempo posponiendo: el impulso de dejar de huir, aunque solo fuera un poco.

A la mañana siguiente, mientras el caos de la oficina empezaba a rodearme, comprendí que, si no le ponía palabras a mi actitud, acabaría perdiendo algo que ni siquiera me había permitido empezar.

Me dirigí al Bluestone Lane como cada mañana. Había decidido que hoy iba a ser el día. Por eso le escribí. Un mensaje corto, directo, de esos que no dejan margen de error: «¿Podemos vernos? Tengo algo importante que contarte».

Apenas acababa de dar el primer sorbo cuando, como si el universo hubiera decidido no darme un respiro, apareció él.

Cuando lo vi aparecer por la puerta de la cafetería, me di cuenta de que mi plan de aparentar tenerlo todo bajo control se desmoronaba.

No venía impecable, como la primera vez, venía con el pelo revuelto y ese aire de haber salido corriendo en cuanto leyó mi aviso.

Cruzó el umbral con su abrigo gris y el pelo revuelto, dejando entrever el pijama azul del hospital debajo. Caminaba como si no fuera consciente de que su sola presencia estaba alterando el ritmo de mi respiración. Le había enviado el mensaje hacía apenas una hora y ni siquiera sabía si obtendría respuesta, pero ahí estaba. Sin preguntas, sin reproches. Solo él.

—¿Puedo? —preguntó al llegar, señalando la silla frente a mí con una timidez que me pilló desprevenida.

Recogí los informes que tenía extendidos por la mesa, alineando las esquinas más de la cuenta antes de apartarlos.

—Si no tienes miedo de llegar tarde a salvar el mundo, claro —respondí, intentando sonar ligera, aunque mi voz salió un poco más aguda de lo normal.

Adrián sonrió, una curva lenta que hizo que mis defensas bajaran de golpe, y retiró la silla antes de sentarse frente a mí.

—Hoy lo dejé en buenas manos. Además —Apoyó los codos en la mesa y buscó mi mirada—, salvar el mundo a veces también implica saber cuándo parar a tomar un café. No se puede estar SIEMPRE disponible… creo haber escuchado por ahí.

—¿En serio? Quien haya dicho eso tiene que ser muy inteligente —bromeé.

Me hizo gracia que hiciese alusión a mi discurso del otro día.

—¿Qué tal estás, Olivia? —preguntó, rompiendo aquel instante en el que se me había olvidado todo lo que quería contarle.

—Siento haberte escrito así, de repente. Pero quería hablar contigo.

—¿Estás bien?

Prestaba atención a cada gesto, y yo ni siquiera sabía por dónde empezar. Debajo de la mesa, la punta de mi zapato golpeaba el suelo en un ritmo irregular, ajeno a todo lo demás.

—Mejor —susurré—. Estos días son complicados. A veces sigo teniendo esos ataques de ansiedad, y el descanso no es precisamente mi fuerte.

—¿Como el del otro día? —se preocupó, bajando el tono.

—No exactamente… pero siguen ahí. Te he citado para poder contarte lo que realmente me ocurre.

Adrián se acomodó un poco en el asiento, mientras me miraba, indicando que podía empezar a hablar en cuanto estuviera preparada.

—Hace cinco años… —empecé, casi en un susurro que apenas competía con el ruido de la cafetera al fondo— perdí a alguien que lo significaba todo para mí.

Esperé una reacción que no llegó. Ninguna pregunta incómoda, ningún gesto forzado. Solo silencio… y presencia.

Su mano se deslizó sobre la mesa hasta rozar la mía, que no dejaba de moverse. Un toque ligero que retiró casi al momento.

—No quería que pensaras mal de mí por no contestarte el otro día —continué—. Ni que creyeras que te estaba ignorando de forma premeditada. Solo necesitaba tiempo… aunque quizá pienses que cinco años ya es demasiado tiempo.

—Nunca es demasiado tiempo cuando se pierde a alguien —me interrumpió.

—Era mi prometido. Daniel murió en un accidente.

Él se inclinó ligeramente hacia mí, acortando la distancia, pero sin invadir. No dijo nada. No hizo falta.

—Cuando llega esta época… el frío, la lluvia… el recuerdo. Todo vuelve —dije, trazando una línea distraída con la uña sobre la madera de la mesa —. Es como si la ausencia tuviera su propia estación del año. —Hice una pausa antes de añadir—: No estoy buscando nada serio… quizá solo una amistad. —Necesitaba que quedase claro—. Me sentí muy bien contigo el otro día y quería que supieras la verdad. He vivido mucho tiempo en una

burbuja en la que no he dejado que nadie entre, y por eso tiendo a desaparecer.

—No tienes que justificar nada, Olivia —me interrumpió con suavidad.

Sentí cómo algo dentro de mí se relajaba.

—No existe un manual para esto —añadió él—. No hay una forma correcta de echar de menos.

—Me siento bien cuando estoy contigo —admití, casi en un susurro.

Una sonrisa suavizó sus facciones, pero el cansancio seguía siendo visible en sus ojos

—Yo también. Y a mí me encantaría pasar más tiempo contigo. Pero solo si tú quieres. —Hizo una pequeña pausa, y una chispa ligera volvió a su expresión—. Prometo no invadir tu cafetería favorita, aunque ya sepa que te escondes aquí.

—No puedes hacer eso. Ya has descubierto que tienen el mejor café de la ciudad… Además, Mike no me perdonaría espantarle a los clientes —bromeé, lanzando una mirada rápida hacia la barra.

—Entonces tendré que volver. El café es realmente bueno.

Su móvil vibró en el bolsillo. Lo sacó en un movimiento rápido y dejó escapar un suspiro al mirar la pantalla.

—Tengo que irme, Olivia. Me escapé sin avisar en cuanto leí tu mensaje, y creo que ya se han dado cuenta.

—Claro, claro. Ya no te entretengo más. Ve a hacer tu magia. —Hice un gesto despreocupado.

—La única magia que me gustaría hacer sería quedarme aquí sentado toda la mañana —respondió, sin apartar la vista de mí.

Noté el calor subir a mis mejillas.

—Siento no prometerte nada más —dije al final, recogiendo sin darme cuenta la servilleta y doblándola en cuatro.

—Tu sinceridad ha sido más que suficiente para mí.

Antes de levantarse, se inclinó ligeramente hacia mí y, en un gesto casi inconsciente, apartó un mechón de mi pelo, colocándolo detrás de la oreja. El roce de sus dedos me recorrió la piel con un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío exterior.

Lo vi salir, cruzar la calle y ganar velocidad entre la multitud. Por primera vez en años, aunque todavía doliera, la idea de mirar hacia adelante no me asustaba tanto.

Terminé el café dando vueltas a la conversación, dejando que cada palabra y cada gesto de Adrián se asentaran en mi memoria. Sentí un orgullo inesperado por mí misma.

Sabía que no podía controlar lo que vendría después, que aún quedaban dudas y miedos, pero me permití algo que no hacía desde hacía demasiado: dejarme llevar, aunque solo fuera un poquito más. Y mientras me dirigía hacia la puerta, con el corazón latiendo todavía demasiado rápido, sonreí para mí misma, consciente de que ese pequeño acto de valentía me había hecho avanzar.

17

Carreras de secretos

ADRIÁN

Miedo.

Ahora sentía miedo de verdad.

Miedo a tocar algo que todavía sangraba. Miedo a estropearlo. A no estar a la altura de un fantasma que, aunque ya no estuviera, seguía teniendo un lugar demasiado importante en su vida.

Salí de la cafetería lo más rápido que pude. Tenía que volver a Urgencias. Había salido del trabajo en cuanto recibí su mensaje, casi sin avisar.

Seguí caminando después de llegar a la puerta del hospital, solo para no detenerme todavía. Tenía la sensación de que, si me permitía parar un segundo y pensar en todo lo que ella me había contado, dejaría de ser ajeno a mí.

Siempre he sabido muy bien qué hacer con el dolor de los demás. Lo escucho cada día, lo analizo, lo estudio, lo trato. Pero con Olivia no era capaz de hacer eso. No era una historia cotidiana más, ni un diagnóstico que encajar dentro de un protocolo. Era ella, su voz quebrada, su forma de

apartar la mirada cuando algo le dolía demasiado… Y eso no sabía cómo gestionarlo.

Porque, aunque nunca lo diría en voz alta, yo también cargaba con mi propio «hace unos años», ese momento concreto que partió mi vida en dos y dejó tras de sí una culpa muda que a veces me despertaba en mitad de la noche con la sensación de no poder respirar. Pero ahora no era el momento ni la persona para hablar de eso. No podía decirle que entendía demasiado bien esa clase de dolor. Olivia no necesitaba más sombras, y yo había aprendido a convivir con las mías como quien tolera un dolor constante, aceptándolo y evitando pensar en él a cada momento.

Aceleré el paso, intentando dejar atrás la idea, aunque sabía que no iba a abandonarme tan fácilmente.

Analicé cómo había dicho aquel nombre. Había cariño en su voz, pero también desgaste, como quien lleva demasiado tiempo empujando una piedra cuesta arriba y, de repente, se permite soltarla un momento para respirar.

Y ahí fue cuando entendí que no necesitaba competir con nadie ni ocupar el lugar de nadie. Solo tenía que estar.

Ella no me estaba pidiendo que llenara un vacío, me estaba dejando ver el suyo. Y joder… que alguien como Olivia te permita mirar la herida que lleva años escondiendo es casi un acto de confianza ciega, aunque ni siquiera fuese consciente de ello.

El teléfono volvió a vibrar, odiaba ese maldito cacharro. Lo saqué del bolsillo sin mirar quién era y colgué la llamada. Me temblaban los dedos y me molestó descubrirlo. Yo no tiemblo, no me altero. Yo soy el que recoge los trozos y los recompone, no el que se desmorona.

Pero ahí estaba, desorientado como un idiota, frente a la entrada del hospital, moviéndome de un lado para otro mientras intentaba exactamente eso, recomponerme.

El sonido de las ambulancias me arrancó de aquellos pensamientos a la fuerza. Vi las luces reflejarse en el cristal antes de apagarse.

Sabía que tenía que cruzar esa puerta y enfrentarme a mi normalidad. Solo que esta vez, algo dentro de mí se negaba a volver a esa normalidad, como si Olivia me hubiese dejado una marca bajo la piel, imposible de ignorar.

Y mientras empujaba aquella puerta de cristal, solo pude pensar una cosa, tan clara que casi me dio vértigo. Ya no sabía cómo mantenerme al margen

de ella y, para mi suerte o mi desgracia, tampoco estaba seguro de querer hacerlo.

Y deseé —quizá más de lo que debería— convertirme en ese lugar donde Olivia pudiera descansar un momento del dolor, sin sentir que el mundo iba a derrumbarse otra vez sobre ella.

Crucé al interior y bajé los escalones de la entrada sin frenar el paso.

Llegué al mostrador, acepté los análisis que estaban pendientes y revisé un par de carpetas que Emma me había entregado al entrar. Hice aquel pequeño ritual que había cogido por costumbre, comprobar los expedientes de varios pacientes que acababan de llegar, repasando fechas y motivos de ingresos anteriores con más atención de la necesaria, aunque supiera que probablemente no iba a encontrar nada extraño.

En ese momento vi a Alison Bishop al fondo del pasillo. Iba con algunos jefes de departamento, señalando informes con esa cara de «aquí mando yo».

Una de las medidas que había tomado la nueva dirección había sido la redistribución de pacientes a otros centros. Eso había despejado un poco el pasillo de urgencias y nos daba un pequeño respiro, pero no dejaba de ser un jodido parche. Personalmente, no estaba para nada de acuerdo con aquella medida. Cuantos menos pacientes atendía el Langone, menos dinero entraba.

Habían reducido la presión, sí, pero la deuda seguía ahí, creciendo igual que siempre.

Levanté la mano para saludarla, sabiendo que llevaba días evitándome desde el encontronazo en mi despacho. Por eso, ni siquiera se molestó en devolverme el gesto. Clavó los ojos en mí un segundo, se dio la vuelta y me dejó ahí con el saludo a medias.

«Vale, mensaje recibido».

Esbocé una sonrisa.

Sabía a la perfección lo que le pasaba. Como jefa de operaciones, estaba convencida de que yo era quien movía los hilos de la huelga. Se lo había dejado caer aquel día en mi despacho solo para hacerla rabiar, pero Alison no tenía ni idea de que yo apenas era un espectador en todo aquello. Los adjuntos y los enfermeros estaban hartos, y yo solo había escuchado algunas conversaciones sueltas por los pasillos.

Tampoco es que Marcus terminara de fiarse de mí en ese aspecto. Sabía que yo haría cualquier cosa por sacar adelante aquel hospital porque sin el

Langone, mi vida no tenía sentido.

Pero me daba igual si Alison lo entendía o no. Si necesitaba un culpable, prefería que me señalase a mí antes que al resto del equipo. Que descargara conmigo su rabia si eso la ayudaba a dormir más tranquila.

La realidad era esta, la misma que veíamos cada día: residentes desbordados, adjuntos insuficientes y decisiones acumulándose durante horas porque nadie tenía tiempo de supervisar nada.

Un residente puede saber exactamente qué hacer y aun así quedarse bloqueado esperando una firma. Y cuando las altas se retrasan, las camas no se liberan y Urgencias termina colapsando de nuevo.

Pero Alison seguía creyendo que aquello podía arreglarse moviendo cifras de un lado a otro. Como si el problema fueran las camas ocupadas y no la falta de personas capaces de mantener el hospital en pie.

Terminé mi turno pasada la medianoche. El hospital se quedó atrás, con sus luces fluorescentes y ese olor tan característico que se te quedaba incrustado en la piel. Fui a los vestuarios y me cambié.

Llevaba un par de días sin llover y había llegado andando al hospital, así que me puse la ropa de deporte directamente, los auriculares y salí a correr desde allí.

El aire era frío, esa clase de aire que entra en los pulmones como un recordatorio de que sigues vivo.

Las calles estaban medio vacías a esa hora. Tomé dirección al East River, mi ruta habitual, donde el ruido de la ciudad se iba apagando y solo el compás de mis zapatillas marcaba el paso.

Subí el volumen a la música. El bajo retumbaba en mi pecho y me empujaba hacia adelante, casi obligándome a seguir avanzando. Corría para no pensar, aunque en el fondo sabía que cada zancada me arrastraba más hacia mis pensamientos.

Hacia Olivia y su tristeza, hacia Alison y su desprecio, hacia mí y mi pasado.

Aceleré. Dejé que el viento me golpeara la cara, que el frío me espabilara y me hiciera continuar. Y seguí corriendo hasta que el mundo quedó reducido a eso: un camino oscuro y una respiración irregular que intentaba compensar el cansancio acumulado de todo el día.

Cuando por fin llegué a casa, estaba agotado, con las piernas pesadas como el plomo. Encendí la luz del pasillo y vi el detalle que siempre delataba a Iván: la silla donde dejaba su bolsa estaba vacía, su copia de

llaves encima de la mesa del pasillo y los platos amontonados al lado del fregadero. Había estado allí, seguro que hacía un rato, pero ahora el apartamento volvía a estar vacío.

No me sorprendió. Iván era como un errante que iba y venía según soplara el viento, dejando tras de sí solo el rastro de su desorden y la sensación de que siempre estaba huyendo o buscando algo que nunca terminaba de encontrar. Me quedé mirando aquellos platos, preguntándome si algún día su vida dejaría de ser tan caótica como la mía.

18

Adiós, hogar dulce hogar

Recuerdo de Adrián

Iván y yo corríamos descalzos por el paseo, con la arena pegada a los tobillos y las rodillas siempre llenas de raspones. Mi madre nos llamaba desde la ventana y su voz sonaba más a risa que a reproche; era, en esencia, el sonido de mi hogar.

A veces ni siquiera esperaba a que entráramos; bajaba ella misma, con el delantal aún puesto, y nos limpiaba las manos con la esquina de la tela antes de besarnos la frente, como si aquello fuera suficiente para arreglar cualquier problema.

Recuerdo el mar de mi infancia. Un mar azul que olía a sal, mezclado con los naranjos en flor. Podía recordarlos como una postal que se niega a desvanecerse: el sol cayendo lento sobre los tejados blancos, el aire caliente acariciando las piedras y el sonido de las campanas marcando las horas que se nos hacían eternas.

Me encantaba quedarme tumbado en la azotea, con Iván a mi lado, mirando cómo el cielo cambiaba de color mientras ella nos llamaba desde

abajo para cenar. Siempre decía que la comida se enfriaba, pero nunca parecía enfadada cuando bajábamos tarde.

Sus manos olían a jabón y limón y, aunque rara vez se sabía la letra entera de las canciones que cantaba mientras cocinaba, a mí me parecían perfectas. Cada caricia hacía parecer que todo estaba bien. Hasta que un día dejó de estarlo. Y mi mundo, de golpe, se quedó vacío.

La enfermedad llegó veloz, como si hubiera tenido demasiada prisa. Yo no entendía gran cosa, pero recuerdo las sombras largas en su habitación, el olor persistente a medicamentos y el modo en que mi madre se iba deshaciendo sin decirlo.

Recuerdo una tarde en la que Iván no quiso entrar. Se quedó apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, mirando al suelo, como si desde ahí pudiera desaparecer.

Yo sí entré. Me acerqué demasiado, creí que si acortaba la distancia lo iba a entender mejor.

—¿Estás bien? —pregunté, aunque la pregunta no tenía sentido.

Ella sonrió. Siempre hacía eso. Pero esa vez tardó un poco más de lo normal, como si tuviera que pensar el gesto antes de poder hacerlo.

—Claro que sí —dijo, y al levantar la mano para tocarme la cara, se quedó a medio camino. Me quedé quieto, esperando a que terminara el movimiento, pero no lo hizo. Fui yo quien acabó acercando su mano a mi rostro.

Aquel fue el momento en el que entendí, sin entenderlo del todo, que algo ya no iba a volver a ser como antes.

Cuando ella murió, el mar perdió el color y mi padre su alma.

Dejó de abrir las ventanas por las mañanas. La casa se quedó en silencio incluso cuando estábamos dentro.

Había días en los que nos sentábamos frente a él y no decía nada. Ni una pregunta. Ni un gesto. Como si no supiera qué hacer con nosotros.

Una tarde, Iván le habló durante una hora seguida y él no respondió. Solo parpadeó, lento, parecía que le costase entender lo que tenía delante.

Fue la primera vez que sentí que nos habíamos quedado solos antes de irnos.

No teníamos familia cerca. Nadie que pudiera sostenernos en esos momentos tan complicados, cuando mi padre apenas podía mantenerse en pie. Solo un nombre que casi nunca pronunciaba: el de su cuñada, la que vivía en Nueva York.

—Os cuidarán —murmuró la última vez que nos miró.

Tardó en decirlo, tuvo que obligarse a sacar las palabras. Y aunque quizá lo pensara, sabía que eso no sería del todo cierto.

La primera vez que vi Nueva York tenía doce años y el alma hecha pedazos. El ruido me golpeó como una bofetada. Todo aquí era gris, incluso el cielo. El olor del azahar quedó enterrado bajo capas de humo y gasolina.

Recuerdo agarrar la mochila con más fuerza de la necesaria mientras seguía a Iván entre la gente, intentando no perderlo de vista. Nadie nos esperaba con una sonrisa. Solo una mirada rápida, una puerta abierta y la sensación de que llegábamos a un sitio en el que nadie nos había hecho un hueco.

La casa de mis tíos era grande, pero más fría que cualquier invierno que hubiera conocido. Nunca quisieron a mi padre; no lo decían, pero estaba en cada mirada, en cada silencio, en el tono ácido que usaban para hablarnos. Que nosotros nos pareciéramos a él no ayudó demasiado. Nos acomodaron en un cuarto al fondo del pasillo, nos sentaban en un extremo de la mesa y nos trataban como si fuéramos huéspedes que no sabían cuándo debían marcharse.

La primera noche, Iván no durmió. Yo lo escuché dar vueltas en la cama, levantarse, volver a tumbarse, como si aquel sitio le quedara demasiado pequeño.

Él lo llevó peor. Era mayor que yo, más rebelde, menos dispuesto a aceptar unas reglas que parecían castigo. Empezó a salir con los chicos mayores del barrio; chicos de los que se aprende rápido, pero nunca lo que deberías aprender. Travis estaba siempre allí: dinero fácil, sonrisa fingida y problemas fáciles de encontrar. Yo lo veía. Él también. Pero por más que le advertía, no podía retenerlo.

La primera vez que volvió tarde, lo hizo con los nudillos enrojecidos y una sonrisa que no conocía. No me dijo dónde había estado. Yo tampoco quise preguntar.

Mientras Iván salía cada vez más de noche, yo me refugiaba en los libros. En la paz de las bibliotecas, en las clases de biología que me hacían olvidar el ruido del mundo, en la fascinación por entender cómo se rompe un cuerpo y cómo, a veces, puede recomponerse. Supongo que fue mi forma de intentar salvar lo que ya no podía salvarse.

Aprendí a quedarme más tiempo en clase, a levantar la mano, aunque no estuviera seguro de la respuesta, a ocupar un lugar que nadie me había ofrecido. Era lo único que podía controlar.

A veces pienso que todo empezó allí: el miedo a perder, la necesidad absurda de tenerlo todo bajo control, la costumbre de no hablar del pasado porque, en mi experiencia, decir las cosas en voz alta las vuelve reales.

Cuando alguien muere, el mundo sigue. Tú no. Te quedas quieto, mirando cómo todo continúa sin ti, hasta que aprendes a moverte otra vez.

Eso hicimos Iván y yo.

Él a su manera.

Yo a la mía.

19

Superhéroes sin capas

OLIVIA

Me desperté temprano, aunque era sábado y no tenía nada que hacer a ninguna hora concreta. Llevaba un rato con los ojos abiertos, dando vueltas en la cama, pensando en él y en la conversación del día anterior. Me sentía más ligera. Lo justo para avanzar un pequeño milímetro más lejos de ese pasado al que me empeñaba en volver.

Me estiré despacio y alargué la mano para coger el móvil. Antes incluso de mirar la hora, abrí nuestro chat y escribí:

Yo: Oye… ¿tú crees que aquellas ruinas de tu jardín secreto eran góticas o renacentistas?

El móvil vibró enseguida, tan rápido que me reí sola.

Adrián: Jajajaja, ¿esta pregunta entraba en el examen? Mmm… Diría que tenía algo de gótico. Esas ventanitas estrechas tenían toda la pinta.

Me levanté de la cama y abrí las ventanas para ventilar un poco, aún sonriendo. Entró una corriente fría que hizo ondear las cortinas, como si también quisieran despertarse. Sophie no llegaría a casa hasta la noche, así que el apartamento estaba especialmente en calma, demasiado incluso para mi gusto. Quizá por eso me alegró tanto ver su nombre en la pantalla tan pronto.

Mientras seguíamos escribiéndonos, me dediqué a recoger un poco: doblé ropa, cambié las sábanas y puse música suave, una lista de reproducción llamada «ignorar al universo con elegancia». Nada demasiado productivo, solo esa clase de tareas que haces sin darte cuenta para que la mañana no se te quede grande.

Yo: ¿También sabes de arte? Eres todo un descubrimiento.

Adrián: Realmente no tengo ni idea, solo quería impresionarte. ¿Lo he conseguido?

Yo: Casi. Aunque cualquier cosa impresiona más que esa masa de plástico a la que llamaste *hot dog*.

Adrián: Lo siento, era lo único cerca y llevaba muchas horas sin comer. Estaba bastante bueno. Probablemente lo que te supo a plástico fueron los pepinillos. Conozco un restaurante de sushi en los que te chuparías los dedos. Tendría que preguntar si cocinan sin cebolla.

Me sorprendió lo fácil que me resultaba querer saber más, así que me animé a seguir preguntando.

Yo: No todo el mundo puede tener tan buen gusto.

Yo: Juguemos a un juego, solo preguntas importantes. ¿Cuál es tu lugar favorito de la ciudad?

Adrián: Si esto entra en la categoría de preguntas importantes… A veces voy al río. Me gusta escuchar el agua y sentir que la ciudad queda lejos, aunque esté en medio de ella. ¿Y el tuyo?

Yo: Depende del día, pero me gustan los parques.

Yo: Perdona, ¿estás trabajando? ¿Te interrumpo?

Adrián: Tranquila, nunca me interrumpes. Estoy en una guardia tranquila, de momento.

Yo: Ah, claro. Ahí estás, manteniendo el orden del universo mientras el resto pensamos en qué hacer un aburrido sábado. Bastante heroico para no llevar capa.

Imaginé su expresión y dejé el móvil a un lado.

Con la casa algo más ordenada, decidí salir a dar un paseo. No tenía nada planeado y, de algún modo, la ciudad me parecía más amable ese día. Caminé sin prisa por calles cubiertas de hojas doradas, escuchando cómo mis botas chapoteaban en pequeños charcos que aún no se habían secado. El aire olía a tierra húmeda y me heló un poco la nariz.

Mientras caminaba, el móvil volvió a sonar, pero esta vez no era Adrián.

Nick: Buenos días, deudora. Hoy es el día.

Fruncí el ceño, deteniéndome un segundo en mitad de la acera.

Yo: ¿Perdona?

Nick: No te hagas la loca. Gané la apuesta del jueves.

Tenía razón, habíamos apostado el destino que elegirían las tres chicas indecisas a las que estuvimos atendiendo la semana pasada. Aunque no fue un juego limpio, porque Nick usó su poder de convicción en el último momento.

Nick: Así que hoy necesito cobrar la apuesta.

No pude evitar reírme, negando con la cabeza.

Yo: Hiciste trampas.

Nick: No hice trampas, la elección fue de ellas. Hay matices importantes.

Yo: ¿Y cuál es ese gran plan por el que tengo que sacrificar m sábado?

Le dije mientras observaba el escaparate de una pequeña tienda de antigüedades en el centro.

Nick: Es el Festival de cómic.

Nick: Y necesito a alguien que no me juzgue demasiado. Tú ya sabes cuáles son mis debilidades.

Me quedé con los dedos en la pantalla, dudando más por inercia que por convicción.

Yo: Mándame la dirección. Aunque no pienso hacer más apuestas contigo.

Nick: Te la envío. En una hora en la entrada. No llegues tarde, yo ya voy de camino.

Retomé el paso mientras revisé la dirección y pedí un taxi por la aplicación.

Yo: Tengo plan inesperado. Espero no convertirme en una friki de aquí a un rato. Deséame suerte.

Adrián: Necesito detalles. Esto suena interesante.

Cuando llegué al lugar, Nick ya estaba allí, con un café en la mano e inmerso en el ambiente como si llevara un rato observándolo todo con calma. A su alrededor, la entrada al festival del cómic era un caos de colores, disfraces y gente que parecía haber salido de universos distintos: capas que se movían con el viento, espadas de plástico chocando entre sí y grupos haciéndose fotos delante de carteles enormes.

Nick destacaba lo justo. No iba disfrazado como tal, pero llevaba una camiseta negra con un diseño que reconocí vagamente —algo de superhéroes que estaba claro que él sí entendía— y una sudadera abierta por encima. Lo único que rompía su normalidad era una diadema con unas orejas que parecían de algún personaje que no terminé de ubicar, ladeadas un poco, como si se la hubiera puesto sin darle demasiada atención.

—Has venido —dijo al verme, dando un sorbo al café—. Estaba esperando el mensaje de última hora con una mala excusa.

—No tenía muchas opciones, al parecer, tengo deudas pendientes —respondí, cruzándome de brazos mientras miraba a mi alrededor—. ¿Esto era lo que tenías en mente?

—Podría haber sido peor. —Se encogió de hombros—. Podría haberte obligado a venir disfrazada —dijo, ofreciéndome su diadema.

—Ni lo intentes.

Lo amenacé con el dedo. Me dio un pequeño abrazo y empezamos a caminar hacia la entrada mientras seguíamos discutiendo sobre quién había tenido la culpa de aquella apuesta absurda.

Yo asentía, comentaba, me reía… pero cada vez que el móvil vibraba en mi mano, algo dentro de mí se activaba sin que pudiera evitarlo.

Yo: Confirmo. Estoy rodeada de gente disfrazada. Esto es oficialmente surrealista.

Adrián: Exijo foto. Esto no me lo creo sin pruebas.

Bajé el móvil con una sonrisa que no terminé de disimular.

—Llevas un rato largo así —comentó Nick, mirándome de reojo—. Empiezo a pensar que la apuesta no era lo más interesante que tenías para hoy.

—No, qué va, no es nada.

—Claro. —Se detuvo frente a un puesto y me miró con calma—. Entonces supongo que tampoco es nada que sonrías sola cada vez que te vibra el móvil.

Puse los ojos en blanco, aunque no lo guardé.

—Solo es que… estoy hablando con alguien.

—Ya. —Alzó una ceja—. ¿Y ese alguien tiene nombre o seguimos en la fase misteriosa?

Dudé un segundo antes de contestar.

—Adrián.

Nick repitió el nombre en voz baja, parecía estar colocando en algún sitio.

—¿Lo conozco?

—Puede… es el jefe de urgencias con el que estamos cerrando el trato del retiro en el NYU Langone

La boca de Nick se abrió tanto que creía que iba a desencajarse.

—¿El doctor Vega que pasa por la oficina a buscarte?

—¡Eh! Que me busca porque estamos cerrando el *planning*, malpensado.

—Ya, y te habla un sábado porque aún tiene dudas de qué *catering* vas a contratar.

Lo miré con atención y él acabó sonriendo

—Joder tía, ¿cómo no me cuentas esas cosas?

—No tengo nada que contar, Nick, solo hemos coincidido fuera del trabajo una vez. Pero ya sabes, yo…

—No tienes que darme explicaciones, Olivia. Las excusas solo te las pones tú misma, ya lo hemos hablado un montón de veces. Me alegro de verte así. Veo que sigues manteniendo el buen gusto.

Negué con la cabeza, bajando la mirada al móvil cuando volvió a vibrar.

Adrián: Sigo esperando pruebas.

Sonreí otra vez, casi sin darme cuenta.

—Vale —murmuré—, no se rinde.

Nick se acercó un poco para mirar la pantalla.

—Quiere pruebas de que esto es real, le he contado que me has arrastrado hasta un lugar surrealista —respondí, abriendo la cámara—. Así que ven, vamos a buscar un lugar para hacernos una foto o no me va a creer.

—Ah, perfecto. Encima de que pierdes la apuesta, ahora me exiges.

Fuimos hacia la entrada principal, donde habían colocado una especie de mascota enorme de la exposición. Era un animal con la cola tan larga que era exagerada y unas uñas demasiado afiladas para resultar simpáticas. Había gente parándose a hacerse fotos delante, así que no desentonamos lo más mínimo.

—Si vas a usar mi imagen, vamos a hacerlo bien —murmuró Nick mientras se colocaba a mi lado.

Le pedimos a una chica que pasaba por allí que nos hiciera la foto y nos colocamos delante de la mascota. Nick se apoyó un poco en mí, adoptando una pose divertida, como si aquello fuera una sesión de fotos, y en el último segundo, volvió a sacar la lengua con una naturalidad que me hizo reír.

—Así está perfecto —dijo.

Le dimos las gracias a la chica y recuperé el móvil. Miramos la imagen antes de enviarla.

Yo: Vale, retiro lo dicho. Es raro. Pero no me lo estoy inventando.

Guardé el móvil justo cuando volvió a vibrar.

—¿No me digas que soy tu coartada para no quedar con él?

—No eres ninguna coartada.

—¿Seguro? Olivia, te conozco y sé que no estás dispuesta a quedar con gente nueva. —respondió, inclinándose un poco hacia mí.

—Pues mírame, estoy avanzando.

—Oye… ¿y no se pondrá celoso?

Solté una pequeña risa, negando con la cabeza.

—No vayas tan rápido. Es solo un amigo. Y, además, aunque no lo fuera —añadí, encogiéndome de hombros—, puedo quedar con quien quiera, ¿no?

—Por supuesto, no te estoy juzgando —dijo, levantando las manos—. Solo intento entender lo que está pasando aquí.

Se acercó un poco más, lo justo para ver la pantalla cuando volvió a encenderse.

—Por cierto —añadió con calma—, te queda menos del veinte por ciento de batería.

Bajé la mirada al móvil, comprobándolo.

—Normal —respondí, sin darle demasiada importancia—. Llevo toda la mañana en la calle.

—Ya —murmuró—. Y toda la mañana hablando con él.

No contesté. Solo guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—Tranquilo —dije al final, con una media sonrisa—. Traigo una batería portátil.

Nick negó con la cabeza, confirmando lo que ya sospechaba.

—Vamos, que todavía queda mucha feria que ver.

Después de la hora de comer, me despedí de Nick y volví a casa.

Por la tarde seguimos hablando de todo un poco: música, postre favorito… cualquier cosa que nos permitiera conocernos mejor.

Cuando anocheció, me senté en el sofá con una manta sobre las piernas. Afuera, el viento movía las hojas de los árboles. Me vi observando ese movimiento mientras pensaba en él, en cómo aquella conversación había convertido un sábado corriente en algo distinto.

Aunque apenas nos conocíamos, había una chispa que empezaba a formarse con prudencia, como si estuviera tanteando su propio espacio. Y, por primera vez en mucho tiempo, me permití pensar que quizá podía dejar que algo empezara a suceder. Solo tenía que dejarme llevar. Quizá eso era suficiente.

20

Manual de supervivencia para paraguas rebeldes

ADRIÁN

El sábado en el hospital se me había hecho interminable, aunque últimamente ya no distinguía cuándo empezaba un día y cuándo terminaba otro. Los pasillos del NYU Langone tenían ese brillo artificial que no entiende de horarios: el zumbido constante de las máquinas y el ir y venir apresurado de la gente se convertía en una mezcla que conseguía borrar la noción del tiempo. Y, mientras tanto, llevaba todo el día recibiendo mensajes de Olivia, con la misma ilusión que tiene un niño al abrir los regalos el día de Navidad.

Desde primera hora de la mañana habíamos estado escribiéndonos cosas sin importancia, pero que nos permitían, aunque estuviésemos en escenarios distintos, seguir conectados.

Intenté concentrarme en los informes de altas en el ordenador de la enfermería, pero las letras parecían moverse. El cansancio y la falta de sueño se mezclaban con el recuerdo de su voz. Después me serví otro café en la sala de descanso y fingí que todo estaba bajo control cuando Marcus entró con su humor habitual.

—Otra noche eterna, ¿eh, jefe?

—Como todas —respondí, sin ganas de conversación.

—¿Problemas de corazón o de turnos?

—De ambos —solté sin pensar.

Marcus rio, pero no insistió. Recogió sus cosas y se marchó. Lo notaba un poco distante desde el cambio de dirección.

Horas después, cuando por fin me senté a revisar los últimos informes antes de salir, el teléfono vibró sobre la mesa.

Otro mensaje.

Olivia: Doctor Vega, ¿cómo se llamaba el sitio de sushi del que me hablaste? Sophie quiere probar algo asiático y no quiero arriesgar mi vida con otro maki de supermercado.

Apoyé la cabeza en el respaldo de la silla y dejé escapar una risa baja, imaginándola, haciendo planes y disfrutando de su día de descanso.

Escribí despacio, saboreando esa amistad que se estaba construyendo entre los dos y esa confianza que ya casi podía tocar.

Yo: Creo que dijiste una vez que te gusta más la soja que el sushi, así que os gustará el Blue Fin, en la 8.ª con la 50. Pide los rollos de atún picante. No arriesgarás tu vida con ellos, te lo prometo.

La respuesta llegó enseguida, antes de que la luz del teléfono se apagara. Ahí estaba esa intención de seguir alargando la conversación, igual que hacía yo.

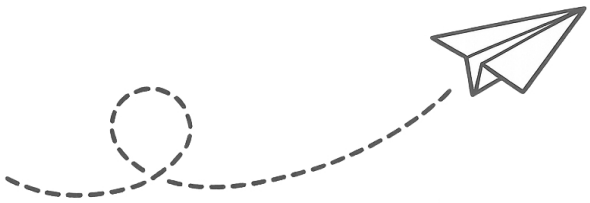
Olivia: ¿Y tú qué? ¿Ya salvaste suficientes vidas por hoy?

Yo: Algunas, sí. Otras se resisten. Pero no me rindo fácilmente.

Olivia: También deberías descansar de vez en cuando. Siempre te pillo en el hospital.

Yo: Lo intentaré cuando la gente deje de cortarse con folios asesinos.

Volví a ver esos tres puntitos parpadear. Me envió un emoji de una luna y una tirita que me dio ánimos para terminar el día.



Dos días después, volví a verla por pura casualidad, a la salida de Kinokuniya Bookstore. Era una tarde lluviosa en Manhattan, de esas en las que solo te apetece quedarte en casa con una buena película. Yo había ido a la librería para echar un vistazo a un libro de avances médicos en el que el departamento había publicado un artículo reciente.

Al salir, la vi luchando con un paraguas que el viento había vuelto del revés.

Subía las escaleras del metro riéndose sola, atrapada en una ventisca que se había desatado de golpe.

En Manhattan nunca sabes si va a salir el sol o si empieza el fin del mundo y, sin duda, aquello se estaba acercando más a lo segundo. No dudé en acercarme.

—¿Quieres ayuda o vas ganando? —le grité mientras avanzaba bajo la lluvia, con la chaqueta empapada.

Se giró, sobresaltada al encontrarse conmigo allí.

—¡Ay, madre! Me has asustado. El clima siempre está igual. Cómo lo odio.

Agarré el paraguas y lo enderecé como pude, mientras ella recogía las bolsas que había dejado en el suelo.

—Ahora sí parece un paraguas normal. Lo estabas usando al revés —dije, con un tono burlón, al devolvérselo.

—No me subestimes, sé cómo se usa un paraguas, pero ya has comprobado que puedo convertirlo en un arma letal si alguna vez lo necesito.

La lluvia empezó a apretar de golpe, miré alrededor, buscando una salida rápida, y señalé la entrada de la librería.

—Ven —dije, alzando un poco la voz.

Le cogí un par de bolsas antes de que pudiera protestar y echamos a andar casi a la vez, esquivando charcos y coches antes de que pudiesen levantar el agua del asfalto.

Paramos bajo el toldo de la librería para resguardarnos.

—¿Quieres entrar? Hay una cafetería dentro.

—Sí, creo que será lo mejor.

Entramos en la librería y nos dirigimos a la zona de cafetería. El cambio fue inmediato: el ruido de la lluvia quedó atrás y el calor nos envolvió de golpe.

Ella se frotaba las manos, y llevaba el cabello pegado a las mejillas. Yo seguía sujetando las bolsas. Encontrarla así, por casualidad, tenía algo de irónico.

—Esto no va a parar en cinco minutos —murmuré, mirando a través del cristal empañado.

—Ni en diez —respondió, dejando escapar el aire con resignación.

Se quedó observando la lluvia caer desde la ventana, valorando si merecía la pena volver a salir o rendirse del todo.

—Voy a pedir algo —dije—. ¿Qué te apetece?

—Un café con leche —respondió, acercando las manos a la mesa.

Asentí y me acerqué a la barra. Cuando regresé, ella estaba apoyada en el cristal, siguiendo con la mirada a la gente que corría bajo los paraguas al otro lado.

—Aquí tienes.

—Gracias.

El vaso estaba demasiado caliente para sujetarlo mucho tiempo seguido y el aroma del café recién hecho se mezclaba con el del papel húmedo de la librería.

Dio un sorbo y cerró los ojos, como si aquello bastara para recomponerla.

—No puedo creerme que no conociera este lugar —admitió, dejando el vaso entre las manos—. ¿Qué haces por aquí? ¿Cómo es que no estás en turno?

—Salí antes —respondí—. A veces pasa, ¿sabes? El hospital sigue en pie incluso cuando yo no estoy.

—Qué generoso por tu parte —ironizó.

—Voy aprendiendo. Pero tengo que reconocer que estaba aquí por un asunto de trabajo.

—Lo suponía —dijo, con esa pequeña satisfacción de haber acertado.

—¿Y tú? No hace un buen día para ir de compras.

—Cuando salí no llovía. He ido a comprar unas telas —añadió, moviendo la cabeza, como si la idea le resultase divertida—. Voy a aprender a coser. Es algo que queremos hacer mi madre y yo.

Me sorprendió la ternura que me dio imaginarla así, y me hizo pensar en la mía. En lo mucho que aún la echaba de menos.

Empapado aún, con la camiseta pegada a la piel, me sentía inexplicablemente a gusto. Ella dio otro sorbo al café, más despacio esta vez, y se acomodó en la silla, como si ya no tuviera prisa por marcharse.

Continuamos hablando de nuestro día mientras la tormenta empezaba a calmarse. Bueno, ella hablaba; y yo, sobre todo, la escuchaba. Tenía esa voz capaz de apagar todo el ruido a mi alrededor.

Me moví ligeramente en la silla y, sin darme cuenta, le di con el hombro a una de las ilustraciones de la pared. El marco se inclinó hacia delante y lo agarré al vuelo antes de que cayera al suelo. Olivia se echó a reír.

—No te rías, ayúdame a poner esto antes de que alguien se dé cuenta.

Ni siquiera se levantó. Seguía riéndose, apoyada en la mesa, mirándome como si aquello fuera más entretenido que cualquier otra cosa en el local.

—Así no ayudas —murmuré, intentando mantener el gesto serio mientras recolocaba el marco en su sitio.

Ajusté la esquina un par de veces hasta que quedó recto.

—Mira eso —dijo ella, ya más calmada.

Seguí su gesto. La ilustración enmarcada tenía motivos japoneses: peces, olas y trazos que recordaban a tinta antigua.

—Eso me recuerda —dijo entonces—, que al final Sophie y yo no fuimos al restaurante que me recomendaste.

—Ah, ¿no? —respondí, apoyándome en el respaldo, intentando no volver a tocar la pared—. Vaya… ¿No te fiabas de mí o qué?

—No es eso —negó enseguida—. Es que Sophie tuvo… una cita.

Arqueé una ceja.

—Dices «una cita» como si hubiera sido una experiencia cercana a la muerte.

—Porque, según ella, lo fue —respondió—. Era un informático que no dejaba de hablar de algoritmos y de lo mucho que disfrutaba ordenando cables en su tiempo libre. Y Sophie solo quería saber si le gustaban más los perros o los gatos.

—No quiero ni imaginármelo.

—Me escribió a los veinte minutos —continuó—. Mensaje de emergencia. Así que fui a rescatarla y… nada de sushi.

—O sea, que os quedasteis con las ganas.

—Un poco sí —admitió, girando el vaso entre las manos—. Pero tampoco pasa nada, ya iremos otro día.

—Podríamos arreglarlo.

—¿El qué?

—Lo del sushi.

Su expresión cambió apenas un matiz.

—¿Ahora? Pero si estamos empapados.

Bajó la vista a su chaqueta aún húmeda y yo me encogí de hombros.

—Eso tiene fácil solución. El coche está a dos calles. Enciendo la calefacción… y en diez minutos no te acordarás de esta tormenta.

Intenté no parecer muy insistente, pero me apetecía mucho la idea.

Miró hacia la ventana, donde la lluvia empezaba a caer con menos fuerza, y luego volvió a mirarme.

—Tenía un plan mejor —dijo, con una media sonrisa.

Mi cara tuvo que ser un poema porque esbozó una sonrisa malvada.

—Sofá, manta y una serie coreana de esas que prometes ver un capítulo y acabas viendo cinco.

—¿Y eso no puede esperar? —respondí, siguiéndole el juego—. Nadie debería quedarse con el antojo de sushi.

—Podría hacer una excepción —aceptó—. A estas alturas, el resfriado ya lo tenemos asegurado.

—Entonces no hay tiempo que perder —dije, poniéndome en pie. Recogí las tazas antes de que pudiera hacerlo ella, para no darle tiempo a pensarlo demasiado.

Fuimos a buscar mi coche, que estaba aparcado unas calles más atrás, y en unos minutos, llegamos al Blue Fin.

Aparqué en el *parking* más cercano. Olivia salió primero, y tuve que rodear el coche para alcanzarla. El suelo aún estaba húmedo y el reflejo de las luces del local se extendía sobre el asfalto como si todo estuviera un poco más brillante de lo normal.

Entramos en el restaurante. Aflojé el paso casi sin darme cuenta, dejando que fuera ella la que avanzara primero entre las mesas, quería ver su reacción antes de decidir dónde sentarnos.

El sitio tenía una luz tenue que lo volvía todo más íntimo. El olor a soja, jengibre y arroz recién hecho llenaba el ambiente. Una camarera levantó la vista al vernos entrar y dudé un segundo antes de señalar hacia el fondo, donde las mesas quedaban algo más apartadas del ruido de la entrada.

—Por allí —dije, inclinando ligeramente la cabeza.

Nos dirigimos a la zona del restaurante donde las mesas se situaban bajo unas lámparas azules con forma de medusa que daban al lugar una atmósfera

única.

—Guau, esto es mucho más bonito de lo que pensaba —susurró cerca de mi oído justo antes de tomar asiento.

Se adelantó para sentarse y yo me quedé por un momento de pie frente a la mesa antes de hacerlo, como si todavía no tuviera claro en qué momento aquello había dejado de ser una casualidad.

—Me alegro de que te guste. Es un sitio al que suelo venir cuando tengo noches complicadas —confesé—. Aquí nadie te pregunta si dormiste lo suficiente o cuántas vidas salvaste. Solo te sirven sake y te sonríen.

—Suena a terapia oriental de las buenas.

—Lo es, pero sin copago.

Entre bromas, pedimos sushi, sopa miso y un par de copas de vino.

Cuando la camarera se alejó con la comanda, Olivia se quedó un instante con el menú entre las manos antes de dejarlo a un lado, parecía no tener claro si había pedido bien o no.

Yo hice girar la copa vacía sobre la mesa, siguiendo el borde con el pulgar, sin llegar a levantarla.

—Se nota que vienes mucho por aquí —afirmó, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Sí, cuando puedo —respondí—. O cuando necesito dejar de sobrepensar.

—No pareces de los que dejan de pensar tan fácil.

—No lo soy. Por eso vengo.

Olivia asintió despacio, como si aquella respuesta le encajara más de lo que esperaba, y desvió la mirada hacia el resto del local antes de volver a centrarse en la mesa.

Jugueteaba con los palillos con una torpeza adorable mientras yo la observaba sin perder detalle.

—¿Siempre miras así a tus pacientes? —preguntó al notarlo.

—Normalmente no. Solo a las que me parecen peligrosas. Además —Hice un gesto de extrañeza—, tú no eres mi paciente.

Ella dudó, sin entender muy bien a qué me refería exactamente.

—¿Yo? ¿Peligrosa?

—Sí, tanto que me haces olvidar que tengo un turno eterno dentro de un rato.

Se quedó callada, sonrojándose, y bajó la mirada. Yo no tenía ninguna intención de romper ese momento.

—No digas eso o me harás sentir culpable.

—No es culpa tuya querer dedicarnos algo de tiempo. Te prometo que no hay nada que me apetezca más que quedarme aquí contigo.

Hubo un silencio perfecto y, mientras Olivia intentaba retomar su lucha con los palillos, observé cómo las luces de Times Square se reflejaban en el cristal que tenía a su lado. Nada me pareció tan bonito como su perfil iluminado por la ciudad.

—Te voy a confesar algo —dijo al fin—. No tengo ni idea de cómo se usan los palillos.

Me reí porque ya no podía disimular más aquella situación. Tomé con suavidad los suyos y, sin rozarla más de lo necesario, coloqué sus dedos, mostrándole cómo sostenerlos. El contacto fue mínimo, pero la electricidad entre ambos fue inmediata.

—Así. ¿Ves?

—Creo que sí. La teoría la sé. Pero si aplasto el sushi, no me culpes.

—Jamás —prometí—. Aunque siempre puedes pedir un tenedor.

—¿Y ser la oveja negra del local? Ni lo sueñes.

Terminamos de cenar sin prisas, alargando la conversación todo lo posible.

Cuando salimos, la lluvia había cesado por completo y las calles brillaban bajo la luz de las farolas. En el camino de vuelta, hablamos de su trabajo y de lo difícil que le resultaba convencer a la gente de que un viaje es algo más que una foto bonita.

—A veces planeo viajes que sé que no van a disfrutar —dijo—. Les hablo de culturas, rincones, paisajes… y solo preguntan por el Wi-Fi o el tamaño de la piscina. Hacen que mi trabajo se vuelva vacío y frío. Cuando decidí dedicarme a esto, quería provocar sensaciones, experiencias que pudieran recordar para siempre. Y ahora creo que mi vocación ha perdido el significado.

—Suenas como una médica frustrada —bromeé—. Pero lo que haces es precioso: quieres crear recuerdos, que al final no tienen nada que ver con lo material. Intentas curar el alma con la experiencia, y ellos solo buscan una pastilla de efecto rápido, no es tu culpa.

—Supongo que por eso me parece increíble lo que haces tú. Tú salvas gente de verdad —dijo, con admiración.

—No siempre es un trabajo admirable. A veces solo puedo hacer que todo se mantenga.

—Eso también es salvar. No eres Dios, Adrián.

Mi nombre en su boca me paralizó.

—¿Y tú? —continuó—. ¿Qué haces cuando no estás en el hospital? Si es que ese momento existe.

—No creas que puedo recordar quién soy fuera de esas cuatro paredes. Aunque lo intento.

—¿Y lo consigues?

—Algunas noches sí. Como hoy.

Ella no dijo nada, pero lo entendió todo.

El resto del camino hablamos de todo y de nada, de sueños que nos quedan por cumplir y de los que ya habíamos conseguido. Conducía despacio, como si la carretera nos diera permiso para no llegar todavía.

Paré frente a su portal, se volvió hacia mí y apoyó la mano cerca de mi pecho. Ese contacto me quemó.

—Gracias por el sushi.

—Gracias por acompañarme.

—Buenas noches, Adrián.

—Buenas noches, Olivia.

La vi desaparecer tras la puerta de cristal. Me quedé allí parado, con ganas de ir detrás de ella, atraparla contra aquella pared de ladrillo y besarla. Pero me conformé con verla marchar, consciente de que dar ese paso habría cambiado demasiadas cosas.

21

Señales divinas

OLIVIA

Volví a casa con el pelo aún húmedo por la tormenta y el olor a soja todavía prendido en la ropa. Me quedé unos instantes mirando el apartamento en penumbra antes de avanzar, intentando ordenar mis pensamientos *otra vez.*

Adrián me había acompañado, cuidadoso como siempre, pero el camino de vuelta había sido suficiente para descolocarme por completo. Habíamos vuelto a conectar, y más de lo que debería. Había intentado dejarme llevar como todos me aconsejaban, pero parecía que en cuanto entraba en estas cuatro paredes el mundo se me derrumbaba de nuevo.

Me fui a mi habitación sin encender la luz; me daba miedo prenderla y que las sensaciones desaparecieran de repente y que volviera el arrepentimiento. Quería conservarlas un ratito más. Todo en mí funcionaba bien cuando estaba con él. El problema ocurría cuando me quedaba a solas con mis remordimientos.

Aún podía sentir la electricidad en la piel: el recuerdo de su manera de mirarme, del roce de sus dedos en el restaurante. Sensaciones conocidas

que, sin pedir permiso, me devolvieron a él. A Daniel.

Volví a verme una tarde de verano en Long Island, cuando todavía pensábamos que la vida sería siempre así de sencilla. El calor era insoportable y el aire olía a protector solar que me obligaba a reaplicar una y otra vez y a la sal marina que llevábamos en la piel. Yo insistí en subir hasta un mirador ridículo que, según la guía, «valía cada escalón». Daniel, claro, se burló durante media hora, arrastrando la mochila como si cargara un piano.

—Esto es una misión suicida, Olivia —refunfuñó—. Si algún día nos casamos, exijo una luna de miel en la que no haya ni una sola cuesta. Ni una, ¿eh? Lo pienso dejar por escrito.

Le lancé una botella de agua vacía; él se hizo el herido y acabó tumbado de forma dramática sobre la hierba, con una mano en la frente, fingiendo desmayarse, mientras dos señoras que pasaban se reían de su teatralidad. Yo también me reí, porque con todo era así: fresco, divertido y casi infantil. Tenía la virtud de convertir cualquier complicación en un chiste, de hacerme creer que nada podía salir mal mientras él estuviera allí.

Cuando por fin llegamos arriba, con el corazón acelerado y la piel pegajosa por el sudor, el paisaje apareció ante nosotros: el océano brillaba como si acabaran de pulirlo, el viento subiendo desde la playa nos movía el pelo, y desde allí, podíamos contemplar la luz dorada del atardecer que solo existe a finales de julio. Se quedó callado un segundo —rarísimo en él— y me miró con una expresión que aún hoy me desarma cuando la recuerdo.

—Vale —dijo al fin—. Retiro todo lo que he dicho. Si las cuestas llevan a esto… firmo lo que sea.

Se acercó por detrás y me abrazó, apoyando la barbilla en mi hombro. Luego hizo algo tan típico suyo como inesperado: sacó la entrada del *ferry* que habíamos tomado esa mañana, arrancó un trocito y lo convirtió en una nota diminuta, escrita con su torpe letra:

«Olivia, si un día dudas, recuerda esto: me haces feliz sin ni siquiera intentarlo».

La guardé, riendo, en el bolsillo, sin imaginar que años después ese trozo de papel acabaría en una caja que no me atrevía a abrir. Le encantaba dejar notas con sus pensamientos, y yo me dedicaba a buscarlas como si fueran un tesoro. A veces las metía en los bolsillos de mi abrigo; otras, las dejaba escondidas entre algún libro. Cualquier sitio le parecía perfecto para una declaración de amor.

Tragué saliva, volviendo al presente. Ese recuerdo siempre llegaba como una punzada: un muro invisible que me recordaba que avanzar era peligroso, injusto para él y para mí, para lo que tuvimos. Ahí estaba la traición otra vez.

Fui a la cocina y me serví un vaso de agua, aunque no tenía sed. Me apoyé en la encimera y bajé la cabeza mientras mi mente repetía, insistente:

«Lo necesito a él. A sus palabras de ánimo. Que me diga que no estoy haciendo nada malo. Necesito sus abrazos, esos que me permiten respirar».

No quería que el miedo se apoderase de mí otra vez, tenía que controlarlo tal como había estado haciendo, pero no funcionaba, los recuerdos venían a mí una y otra vez. Entonces, fui a buscar esa caja que llevaba años evitando. La guardaba en la balda superior del armario, donde meto todo lo que no quiero afrontar. Pero necesitaba sentirlo de nuevo, tenerlo aquí conmigo.

Dentro había sobres viejos, fotos, entradas de cine… y también ese billete del *ferry*, doblado en cuatro.

Lo abrí despacio y una tarjeta de hotel cayó al suelo, como si hubiera estado esperando ese preciso instante para aparecer. La recogí del suelo con cuidado.

Era su letra inconfundible. Otra nota de las suyas.

«Amor, me encanta verte feliz. No permitas que nada ni nadie borre esa sonrisa».

Las lágrimas cayeron, despacio.

Nunca había visto esa tarjeta. Apenas había sido capaz de revisar esos recuerdos.

Cuando me mudé con Sophie, fue ella quien se encargó de guardarlo todo para que yo pudiera enfrentarlo algún día, pero nunca encontré el momento adecuado. Supongo que escribió esa nota en algún punto del viaje y estuvo esperando a que yo la encontrara, como hacía siempre. Pero no la había encontrado hasta ahora.

«¿Era eso una señal para permitirme avanzar de una vez?»

Solté el billete y la tarjeta en el suelo, cerré la caja y respiré como había aprendido en terapia.

—No estoy haciendo nada malo… —me dije a mí misma, intentando creer cada palabra.

«No estoy haciendo nada malo».

Y, realmente, puse todo mi esfuerzo en creerlo. Me dejé caer en la cama, abrazándome las piernas, y cerré los ojos con fuerza hasta que me cansé de

llorar, pero había conseguido tener la sensación extraña de haber dado un pequeño pasito más.

«Quizá esté lista», pensé. «Quizá esta sea mi señal definitiva». Quería creerlo, de verdad que quería, y eso, en mí, era casi un milagro.

22

Nuestro pequeño Big Bang

ADRIÁN

—Te voy a decir una cosa, jefe —bufó, doblándose sobre las rodillas mientras yo reducía el ritmo a su lado—. Si lo que pretendías era humillarme, lo estás bordando.

Llevábamos diez minutos corriendo por Riverside Park cuando Marcus empezó a quedarse atrás.

—Solo estamos calentando, tío, no seas quejica.

—¿Calentando? —repitió, incrédulo—. ¿Tú estás bien? Últimamente pareces otro.

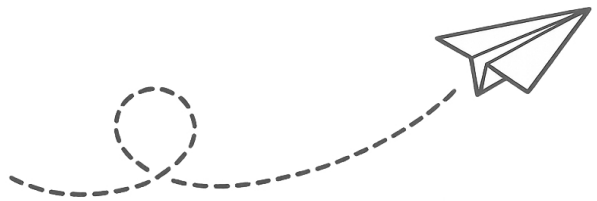
No respondí. ¿Qué podía decirle? ¿Que llevaba días evitando escribirle a alguien que no conseguía sacarme de la cabeza? ¿Que el silencio de Olivia me sostenía y me descolocaba a la vez? ¿Que por primera vez en años no tenía claras mis propias reglas? Preferí callar, seguir corriendo y fingir que aún tenía el control.

Habían pasado solo unos días desde que fuimos a cenar sushi, aunque a mí me parecieron semanas enteras. En ese tiempo intenté mantener la

distancia. Olivia necesitaba espacio para respirar, ella misma me lo había dejado claro, y yo no iba a presionarla. Notaba el patrón: cada vez que nos acercábamos, después desaparecía. Ahora entendía por qué.

Aun así, cada vez que cogía el móvil, me entraban ganas de escribirle —aunque fuese un simple «¿cómo estás?»— pero terminaba dejándolo boca abajo sobre la mesa, como si así pudiera convencerme de que era lo correcto.

Para mantenerme ocupado, acepté incluso lo que de normal siempre rechazaba: salir a correr con Marcus antes del turno. Yo necesitaba quemar algo que no quería recordar todo el tiempo; él no sé lo que pretendía con exactitud. Llegó con una sudadera de los Lakers, la capucha torcida y la expresión de quien preferiría estar en cualquier otro sitio. No le gustaba correr, aunque se empeñaba en hacerlo por algún motivo que no supe descifrar.



El sábado, mientras revisaba unos documentos en mi despacho, una enfermera llamó a la puerta con algo de prisa y preocupación en su tono.

—Doctor… Hay una chica que pregunta por usted. Dice que es importante.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Nadie venía a buscarme a Urgencias con buenas noticias.

Cuando salí al pasillo, la reconocí al instante: Sophie. La amiga de Olivia, su familia elegida. La había visto en fotos de cumpleaños, de vacaciones, en momentos que Olivia recordaba con mucho cariño y añoranza; la llevaba incluso en su fondo de pantalla.

Se plantó frente a mí con más decisión de la que esperaba.

—Tú debes de ser Adrián —dijo, aunque sonó como si me conociera de toda la vida.

—Sí —respondí, acercándome—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Sé que estás trabajando y no quiero entretenerte —empezó, respirando hondo—, pero necesitaba hablar contigo.

Aquello me encendió todas las alarmas.

—¿Ha pasado algo con Olivia?

—No, no. Nada malo —se apresuró a aclarar—. Solo… —bajó la voz, como si nadie más debiera oírlo mientras se acercaba con total confianza a mí— está cambiando, y creo que tú tienes mucho que ver.

No supe qué decir, me pilló desprevenido su confesión.

—No vengo a decirte lo que tienes que hacer. Olivia no suele dejar entrar a nadie en su vida. Le cuesta demasiado. Pero contigo lo intenta, y quiero asegurarme de que entiendes lo que eso significa.

Tragué saliva, sin apartar la mirada. Sophie tampoco la bajó; pretendía intimidarme y lo estaba consiguiendo.

—Si no puedes con lo que implica —añadió, señalándome con el dedo—, aléjate ahora. Le evitarás más dolor. Pero si sabes dónde te estás metiendo… Entonces, no la sueltes.

No sé por qué, pero sus palabras me golpearon más de lo que debería haberlo hecho alguien a quien ni siquiera conocía.

—No arruines esto —dijo al final, antes de darse la vuelta.

No esperó respuesta ni despedida. Simplemente se marchó por el pasillo con paso rápido, dejándome allí, clavado en el sitio, como si el simple aleteo de esas palabras hubiera empezado a alterar mi orden establecido.

Volví al despacho, cerré la puerta y me dejé caer en la silla. Toda aquella confesión me había descolocado.

Estaba despertando algo en Olivia, algo que ella misma quizá aún no sabía cómo manejar. Y eso solo significaba que la oportunidad era real. Parecía apenas una rendija, pero para mí era más que suficiente. Quería llegar a ella sin forzar nada, con el cuidado de quien sostiene algo que desea proteger.

Esa misma tarde, me pasé un buen rato buscando actividades en la ciudad; cualquier excusa que pudiera gustarle, algo que no fuese demasiado invasivo pero que tampoco sonara a distancia.

Encontré una proyección especial en el Planetario de Nueva York. Compré dos entradas. Le escribí y ella aceptó.

Y ahí estaba yo, unas horas después, bajando de un taxi frente al edificio.

El coche se alejó y me quedé quieto, observando la estructura de cristal del Rose Center for Earth and Space, con esa esfera tan espectacular brillando detrás del enorme ventanal. Parecía un planeta flotando atrapado dentro de una caja de luz cambiante que invitaba a mirarlo sin poder apartar

la vista. Era uno de esos lugares que imponen incluso aunque no entiendas nada de astronomía.

Hasta que, bajando la vista de la esfera, la vi a ella.

Olivia me esperaba junto a la entrada, apoyada ligeramente en la barandilla de cristal, con la mirada perdida en el interior del edificio. Al escuchar mis pasos acercarse, levantó la cabeza y la comisura de sus labios se curvó en una sonrisa discreta, sin estar muy segura de si debía enseñarla del todo.

—Llega justo a tiempo, doctor, me estaba quedando helada —dijo, mirando su reloj.

Estaba preciosa, con esa melena castaña medio recogida que dejaba entrever su rostro de forma sutil. Bastante abrigada esta vez, y con un leve nerviosismo por el lugar en el que estábamos que me resultaba enternecedor.

Entramos juntos en silencio, uno al lado del otro, demasiado cerca.

El vestíbulo estaba iluminado por luces azuladas que le daban un aspecto casi irreal, como si hubiéramos cruzado a otro lugar sin darnos cuenta.

Descendimos por la rampa hacia el nivel inferior, donde la enorme esfera del planetario se recortaba suspendida sobre nosotros como una luna artificial dentro de un cubo transparente. La temperatura era más agradable dentro, y el sonido de las voces bajas, los efectos luminosos y los pasos amortiguados por la moqueta crearon un ambiente relajado que nos envolvía mientras nos dirigíamos hacia la sala principal.

Nos sentamos cerca del centro, un poco inclinados hacia atrás, rodeados de ese murmullo suave que siempre precede a algo grande. La gente apenas conversaba, parecían respetar el silencio en una iglesia, y cuando las luces empezaron a apagarse, el sonido se fue deshaciendo por completo.

De pronto, la cúpula se volvió negra. Absolutamente negra.

Olivia tomó aire; no con demasiada fuerza, pero sí lo suficiente para que yo lo oyera, parecía que algo dentro de ella reconocía ese silencio y lo aceptara.

—Hacía mucho que no venía aquí —dijo, aunque no estaba seguro si se lo estaba recordando a ella misma.

Quise decir algo, tocarle la mano, hacerle saber que estaba allí… pero esperé.

Un punto de luz apareció, luego otro, y después otro más, hasta que de pronto estábamos envueltos por un cielo entero proyectado sobre nuestras

cabezas. El narrador, con una voz profunda y serena, comenzó a hablar del origen del universo, de cómo la luz viaja durante eones, de galaxias moviéndose a velocidades absurdas y de estrellas que ya no existen, aunque aún brillan en nuestro cielo.

Pero yo no escuchaba la voz, sino su respiración.

Olivia tenía los ojos fijos en la cúpula, abiertos de una manera que le brillaban por la emoción. Las estrellas que veía reflejadas en sus pupilas parecían reales, como si formara parte de su iris, motas intercaladas en ese verde casi imposible.

—Es precioso —susurró, sin mirarme.

—Tú también —respondí, casi sin darme cuenta.

Ella parpadeó, desconectando un segundo de aquel universo para volver a la tierra, pero no se ruborizó ni apartó la mirada; solo respiró más despacio, procesando mis palabras desde un lugar muy profundo.

Durante un instante creí que iba a decir algo, pero simplemente inclinó la cabeza para seguir una constelación que se deshacía en la cúpula y, al hacerlo, nuestros hombros se rozaron. Fue un contacto leve, casi casual, aunque tan exacto que mi cuerpo respondió sin que pudiera evitarlo.

Acerqué mi mano sin llegar a tocarla, dejándola simplemente cerca, lo bastante como para que notara mi presencia. Fue ella quien buscó la mía, entrelazando sus dedos con una delicadeza casi cautelosa que me obligó a apretarle la mano con más firmeza, dándole la seguridad que parecía necesitar.

La proyección nos llevó entonces a través de nebulosas gigantes y colores que se deslizaban sobre nuestras cabezas. En un momento, la cúpula se transformó en un túnel de luz que nos envolvió por completo en un destello blanco y azul, y me vi disfrutando de todo más de lo que había imaginado, quizá porque estaba viviendo el universo desde la forma en la que lo veía ella.

Cuando el viaje galáctico terminó, las luces comenzaron a encenderse de forma progresiva. La sala recuperó su forma poco a poco y la gente empezó a levantarse despacio, aún emocionada por la experiencia de haber podido mirar el universo desde fuera. Olivia siguió observando la cúpula incluso cuando ya no quedaban estrellas, como si su mente necesitase unos segundos más para regresar.

Ella miraba el cielo y yo la miraba a ella.

Salimos sin prisa, avanzando por el pasillo que conducía a la Cosmic Pathway, una rampa que comprime trece mil millones de años de historia a lo largo de su recorrido. Olivia se detenía en cada panel: leía, tocaba el cristal, comparaba escalas entre galaxias y átomos, moviéndose con una calma nueva, recuperando una parte de sí misma que había olvidado durante demasiado tiempo. Yo caminaba a su lado sin interrumpirla, dejando que la curiosidad la guiara.

Nos detuvimos frente a la sección de Scales of the Universe, donde lo gigantesco y lo diminuto conviven en la misma pared. Olivia entrecerró los ojos con cierta fascinación.

—Da vértigo pensar que somos tan pequeños —murmuró mientras seguía mirando la exposición.

—Yo diría más bien que es un consuelo —respondí—. Significa que podemos hacer cosas sin que el universo se derrumbe.

Se volvió hacia mí con una mirada real, profunda, de esas que te hacen sentir que por fin estás siendo visto. Una chispa divertida se encendió en sus ojos, apenas un breve instante, pero suficiente para que deseara quedarme allí para siempre.

Disfrutamos de todas las salas, hasta que nos cansamos de conocer datos científicos.

Cuando salimos, la noche seguía fría, pero eso no nos impidió pasear por los alrededores. Ante nosotros se abría una hilera de árboles sin hojas y un cruce de caminos que obligaba a elegir una dirección concreta. Los coches pasaban rápido por Central Park West, levantando pequeñas ráfagas de viento que nos obligaban a encogernos levemente. Ella metió las manos en los bolsillos del abrigo antes de empezar a caminar sin ningún destino. Yo la seguí a su ritmo, sin prisa, dejándome llevar por la forma en que la ciudad nos envolvía.

Avanzábamos comentando cualquier detalle que se cruzaba en nuestro camino —un escaparate raro, un perro con un abrigo demasiado grande, una pareja discutiendo por los ingredientes de la pizza— y, aunque nada de aquello era importante, todo parecía tener un peso distinto esa noche.

Caminábamos bordeando el museo casi sin darnos cuenta, dejando que el camino se decidiera solo.

Las escaleras principales del Museo de Historia Natural aparecieron ante nosotros, iluminadas por los focos de la fachada, amplias y ya casi vacías porque había terminado la hora de visita.

Olivia se detuvo en el primer escalón sin necesidad de decir nada, ese lugar la había frenado. Yo me quedé a su altura, observando cómo la luz de la luna le suavizaba los rasgos y su respiración se volvió más lenta.

Entonces rio. Una risa baja, inesperada, que pareció pillarla desprevenida que me arrancó a mí otra sin darme cuenta. Nos quedamos ahí, demasiado cerca, sin prisa por avanzar.

El corazón me golpeaba fuerte. Lo sentía demasiado grande para mi pecho. Olivia se giró hacia mí, todavía con esa sonrisa que no parecía acostumbrada a existir, y de pronto tuve muy claro que no quería irme ni dejar que la noche se deshiciera sin más.

—Gracias… por esto —dijo, con ese tono hipnótico que usaba cuando algo le interesaba de verdad. No dijo «la noche», ni «la compañía», ni «el planetario». Dijo «esto», como si se refiriese al instante.

—Supongo que no lo sabías, pero este lugar es muy importante para mí y había olvidado cómo se sentía al volver.

Asentí sin saber qué responderle, incapaz de encontrar una palabra que no sonara pequeña o vacía frente a todo lo que estábamos sintiendo. Ella bajó un instante la cabeza y la solapa del abrigo le ocultó parte del rostro. Acerqué mi mano y levanté suavemente su mentón con los dedos para poder verla bien, no quería perderme nada.

En cuanto la toqué, su respiración cambió. Apenas un suspiro, un temblor que cortó el aire entre nosotros. La mía también se descompuso.

Podía sentir el pulso en mis manos y el calor subiéndome desde el pecho hasta la garganta, como si cada latido acortara la distancia que nos quedaba y, a la vez, la hiciera más grande.

Había algo hechizante en la proximidad de su rostro, estaba tan cerca que podía distinguir las pecas que el invierno había intentado esconderle bajo la piel, y tuve la sensación de que la ciudad entera también contenía la respiración con nosotros.

—Olivia… —murmuré, y mi voz salió convertida en una súplica baja, dudaba entre pedir perdón o permiso; quizá las dos cosas al mismo tiempo.

Ella no dijo nada. Tampoco se apartó. Solo levantó la mirada despacio, dejándome ver en sus ojos ese conflicto familiar: dos emociones que tiraban de ella en direcciones opuestas y que, aun así, avanzaban hacia el mismo punto.

Y en ese instante supe que ya no quedaba nada que pensar. Me acerqué despacio, saboreando la poca distancia que quedaba entre nosotros, y la

besé.

La besé como si temiera perderla, como si todo el tiempo que había pasado sin hacerlo se hubiera reducido a ese único instante.

Sus labios eran suaves, cálidos y, cuando respondió al beso, sentí el vértigo envolverme por completo, avisándome de que tardaría demasiado tiempo en olvidar esa sensación.

La acerqué a mí lentamente, sin prisa, sin hambre; solo sentía necesidad. La necesidad de recordar que seguíamos aquí, que algo dentro de ella —y algo dentro de mí— empezaba a crecer.

Cuando nos separamos, ella mantuvo los ojos cerrados un poco más, intentando guardar ese momento antes de tener que volver a la realidad. Su frente rozó la mía y respiramos juntos, sincronizados, como si el aire tuviera que repartirse entre los dos.

—No sé si puedo hacer esto —susurró, aún cerca de mi boca, y su voz llevaba un temblor que no tenía que ver con el frío, sino con la verdad que le ardía por dentro.

—Lo sé —admití—. Pero no hacerlo me dolía más.

Ella sonrió, una sonrisa mínima, vulnerable, pero tan honesta que me golpeó de lleno.

Y supe, sin margen de error, que estaba perdido.

Irremediablemente perdido por ella.

23

Cruasanes interrumpidos

OLIVIA

Eran más de las nueve cuando el timbré sonó.

Abrí la puerta demasiado deprisa, convencida de que sería Sophie, porque anoche no estaba cuando llegué. Me la estaba imaginando sin llaves, medio congelada y maldiciendo su vida.

Así que aparecí con el moño torcido, una camiseta que había sobrevivido a demasiados inviernos y una cara que no esperaba seres humanos que solo se tiene recién levantada.

Y ahí estaba él, con una bolsa en la mano y esa expresión de «he dudado tres veces antes de llamar, pero aun así, aquí estoy».

Tenía el brazo apoyado en el marco de la puerta, intentando aparentar una seguridad que se le escapaba con cada respiración. Llevaba un abrigo corto e informal, pantalón de chándal azul y una sudadera a juego. Parecía haber salido corriendo de casa sin pensarlo demasiado.

Olía a jabón y suavizante, mezclado con ese olor a incienso que lo delataba.

El pelo aún lo tenía húmedo, con esos mechones despeinados que no obedecían a nadie y le daban un toque de rebeldía.

Estaba guapo, muy guapo, de ese modo despreocupado que no busca gustar. Y, precisamente por eso, acaba haciéndolo; con esa belleza inesperada que parece pedir que la mires, mientras te obliga a hacer justo lo contrario.

—Buenos días, dormilona —dijo, alzando la bolsa algo nervioso—. Traigo el desayuno… y la brillante idea de venir sin avisar.

—Ya veo… ¿Y si hubiese estado acompañada? —repliqué, intentando sonar ofendida, porque la ironía me ayudaba a disimular los nervios.

Él abrió un poco los ojos, sorprendido, como si la idea de encontrar a alguien más detrás de la puerta le hubiera llegado tarde. Se le escapó ese gesto medio torpe —la ceja levantada, la boca entreabierta— que lo delataba.

—Entonces me habría arrepentido de no haber traído más *croissants*.

Puse los ojos en blanco y me aparté para dejarle espacio.

—¿Quieres pasar? —le dije, intentando sonar más tranquila de lo que estaba.

Él entró con un poco de menos seguridad que de costumbre, aunque lo disimulaba bastante bien. Mientras se desabrochaba el abrigo y lo dejaba en el perchero, comentó, burlándose de mí:

—¿Así de bien recibes a todas tus visitas? Creía que me iba a costar más trabajo que me dejaras entrar.

—No te creas, solo entran las que traen comida. Las otras esperan en el rellano —respondí, arrebatándole la bolsa.

Él sonrió de lado, acercándose lo justo para que lo notara.

—Menos mal que vine preparado.

Adrián me siguió hasta la cocina, donde me dispuse a sacar unos platos del mueble y la cocina empezó a quedarse pequeña. No sé si fue por su tono o por el roce de su brazo contra el mío mientras me ayudaba con el desayuno. Intenté fingir calma mientras sacaba los *croissants* y el café de la bolsa, pero sus manos rozaban las mías y se me estaba olvidando en qué consistía la motricidad.

—¿Sabes? Te imaginaba de muchas maneras, pero no así —dijo, en voz baja, mientras me rodeaba por detrás.

—¿Así cómo…? —pregunté despacio, intentando que mi voz no me delatara.

—Despeinada, con una camiseta enorme… y más bonita que nunca.

Sentí su aliento en mi cuello. Y ahí fue donde todo se detuvo. El tiempo, el aire, mi lógica…

Su mano rozó mi cintura, primero con la yema de los dedos, como si necesitara comprobar que estaba ahí de verdad, y después con mayor decisión, deslizándose un poco hacia mis caderas. Ese gesto me hizo girarme hacia él de forma automática.

Levanté los brazos de forma instintiva y los llevé a su nuca, sintiendo el calor de su piel bajo mis manos.

Enredé los dedos en su pelo, suave y húmedo, y tiré de él despacio, acercándolo hasta que quedamos lo suficientemente cerca.

El movimiento lo descolocó por un momento; noté cómo se le tensó el pecho, cómo se le escapó una exhalación breve, sorprendido de que yo tomara la iniciativa.

Sin embargo, respondió apoyando la otra mano libre en mi cadera, pero esta vez me tocaba la piel por debajo de la ropa, guiándome hacia él con una firmeza que me hizo arquearme un poco. Su cuerpo chocó con el mío, caliente, demasiado cerca como para mantener cualquier distancia mental. Su nariz rozó mi mejilla al inclinar la cabeza y sentí cómo sus labios buscaban los míos antes de llegar a ellos, rozándolos apenas, midiendo mi reacción.

Yo me aferré un poco más a su cuello, moví los dedos entre su pelo, y él dejó escapar un suspiro bajo contra mi boca. Ese sonido tan involuntario me recorrió de pies a cabeza.

El beso fue lento, pero cargado de ganas.

Luego todo cambió: se volvió más intenso, pero sin perder la delicadeza de quien sabe con exactitud dónde parar. Yo me pegué más, siguiendo el ritmo que él marcaba, sintiendo cómo cada movimiento suyo encontraba una respuesta en mí, era un movimiento casi ensayado.

Cuando por fin nos separamos para respirar, lo hicimos a escasos milímetros.

Las frentes juntas, la risa flotando en el aire y el pulso enredado.

—Definitivamente este no era el plan —dijo, con la voz temblorosa y una sonrisa torpe.

—¿No? Creía que este era realmente el plan —respondí, todavía con mi aliento en su boca, antes de volver a besarle con la misma urgencia, como si despedirme de sus labios fuera una misión imposible.

Él seguía pegado a mí. Notaba el peso de su cuerpo inclinado hacia el mío, el calor atrapado entre los dos y el temblor leve en su pecho después del beso. Su aliento rozaba mi mejilla al respirar, más por inercia que por intención, y su mano aún reposaba en mi cintura, firme, como si no hubiera decidido si soltarme o acercarme más.

Y entonces:

—¡OLIVIAAAA, ya he llegado!

El grito rebotó por el pasillo y nos arrancó de golpe de aquel instante íntimo.

Adrián se apartó tan deprisa que casi tiramos un taburete. Yo di un pequeño paso hacia atrás, colocándome la camiseta, como si eso pudiera devolverme el control que acababa de perder.

Sophie asomó la cabeza por el marco de la entrada con una naturalidad que solo ella conseguía sin esfuerzo. Estaba empapada de arriba abajo. El pelo lo llevaba pegado a la cara, la bufanda le arrastraba y el abrigo estaba tan mojado que goteaba sobre el suelo. En una mano sostenía una bolsa del supermercado y, en la otra, unas flores que seguramente había comprado en su floristería favorita.

Su mirada bajó y subió como un escáner: primero hacia mí, despeinada, en pijama y claramente fuera de órbita; luego hacia Adrián, con la sudadera arrugada y el pelo revuelto de una forma que no dejaba lugar a errores; y después estaba nuestra distancia absurda: dos pasos que no eran suficientes para borrar lo que acabábamos de hacer.

Sophie se quedó parada un momento en la puerta, inclinando la cabeza con descaro, como si necesitara examinar la escena desde distintos ángulos para asegurarse de que lo que estaba viendo era real.

—Bueno, bueno, bueno… —dijo, cuando por fin avanzó, dejando la bolsa sobre la encimera con un golpe que salpicó un poco de agua en el suelo—. Veo que el desayuno llegó temprano.

Yo tragué saliva. Sentía las mejillas arder, y no sabía si era por el beso o porque Sophie tenía el don de convertir cualquier situación íntima en un espectáculo.

Adrián carraspeó, se pasó una mano por el pelo —con la mala suerte de dejarlo aún más revuelto— y dio un paso atrás, como si buscara un lugar donde esconderse.

—Hola, Sophie —dije, intentando recomponer la voz mientras me bajaba la camiseta hasta las rodillas por puro reflejo—. Te presento a… Adrián.

Ella abrió la boca, fingiendo sorpresa. Una sorpresa tan mal disimulada que cualquiera habría pensado que estaba viendo a un completo desconocido por primera vez. Sus ojos brillaban con una satisfacción evidente, parecía estar disfrutando de una serie cuyo giro inesperado acababa de revelarse.

—¿Adrián? —repitió, exagerando la vocal—. ¿Tú eres Adrián?

Sonrió. Una sonrisa lenta, afilada y peligrosamente curiosa.

—Mucho gusto. Me alegra conocerte al fin.

Adrián parpadeó, fuera de juego.

Yo me llevé una mano a la frente porque sabía a la perfección lo que Sophie estaba haciendo: teatro puro, el papel de su vida.

Él extendió la mano con torpeza para responderle. Me dio la sensación de que estaba saludando a la madre de alguien en una cena formal y no a la mejor amiga de la chica que acababa de besar apasionadamente en una cocina.

—El placer es mío —respondió él, y la voz le salió tan suave que parecía pedir perdón por la escena que acababa de presenciar.

El silencio que siguió se volvió denso, incómodo… y un poco gracioso también. Era de esos silencios que pedían a gritos un comentario fuera de lugar.

—¿Te quedas a desayunar, Doctor Sexy? —preguntó mientras se quitaba prendas mojadas y las dejaba sobre el suelo—. Prometo no interrumpir ninguna… exploración anatómica.

Yo casi me atraganto con el aire.

Adrián bajó la mirada y soltó una risa nerviosa, de esas que salen cuando no sabes dónde meterte.

Me sorprendía verlo así, siempre tan seguro, tan firme, y ahora parecía una criatura indefensa.

—Me temo que me tengo que ir ya. Solo venía a traeros el desayuno —dijo, ajustándose las cuerdas de la sudadera como si fueran un salvavidas.

—Ah, sí, claro muy amable por tu parte —respondió Sophie, cruzándose de brazos, con una expresión de no estar creyéndose nada.

Su ironía flotó por la cocina como vapor de agua.

Yo le lancé una mirada que decía «te mato después». Ella me devolvió otra de «sí, pero ahora estoy disfrutando».

Adrián ya estaba en la puerta, abrochándose mal el abrigo y todavía nervioso. Antes de salir, se inclinó ligeramente hacia mí, lo justo para que

Sophie no pudiera captar cada matiz.

Su voz bajó de golpe.

—Disfruta el desayuno —susurró, dándome un ligero beso en la frente.

Él salió y la puerta se cerró con un clic suave, dejando un extraño silencio en la cocina.

Sophie me miró. Solo eso. Una mirada larguísima, cargada de mil discursos comprimidos en cinco segundos.

Luego soltó una carcajada, se dejó caer sobre el taburete y señaló el lugar donde yo estaba hacía un minuto con Adrián.

—Vale, habla. ¿Qué demonios ha sido eso? Y no me digas «nada», porque os he visto más pegados que un imán en la nevera —preguntó, todavía sonriendo.

Yo apoyé las manos en la encimera, todavía sintiendo el calor de sus dedos en mi cintura, los labios un poco hinchados y el temblor en el vientre.

—Por lo visto… un desayuno muy mediterráneo.

24

Desayuno con Drama-ntes

ADRIÁN

Salí del apartamento de Olivia con el cuerpo ardiendo y las piernas torpes. Caminé por el pasillo lo más rápido que pude. No estaba seguro de haber respirado bien desde que ella me abrió la puerta.

En realidad, no respiraba bien desde la noche anterior cuando salimos del planetario. Todavía tenía en los labios el recuerdo de aquel primer beso… y la necesidad de que no fuera el último.

Nos despedimos en la esquina donde ella pidió un taxi, demasiado rápido para lo que mi cuerpo estaba gritando. Me habría encantado acompañarla a su casa y sentirla de nuevo. Su boca. Sus manos. El sonido que hizo cuando nos separamos para respirar. Pero volví a darle espacio para asimilar aquella cita perfecta.

Al amanecer ya no pude esperar más. Necesitaba verla. No sabía con qué excusa, pero sí sabía que, si no la veía pronto, iba a pasar toda la mañana con ese nudo en el estómago. Así que bajé a la panadería, compré *croissants* como si eso justificara lo que estaba a punto de hacer y me fui directo a su

portal. Mientras decidía si estar allí era correcto o no, alguien salió y me aguantó la puerta para dejarme pasar. Busqué su nombre en el buzón, como un puto psicópata, y toqué el timbre antes de tener tiempo de arrepentirme.

Cuando abrió la puerta, despeinada, en pijama, mirándome con sorpresa, entendí que había hecho exactamente lo que tenía que hacer.

—Disfruta el desayuno. —No sé por qué demonios dije eso. Había sonado patético.

El aire frío de fuera me vino bien. Algo tenía que bajar mi temperatura. Me dirigí al coche y puse rumbo al hospital. Intenté pensar en las urgencias del día, en los informes atrasados, en la reunión con el jefe de servicio. Nada sirvió.

—Buenas, doc —saludó Marcus, que me estaba esperando como si me echara de menos, mientras me ofrecía café—. Menuda cara traes. ¿Has dormido poco?

Me aclaré la garganta.

—Algo así.

Él me miró con esa expresión que siempre me daba miedo: la de quien sabe leer entre líneas.

—¿Algo emocionante? —preguntó, con una sonrisa ladeada.

«Demasiado», pensé.

Pero dije:

—Nada que contar.

Mentira.

Había demasiado que contar, demasiado que ordenar, demasiado que asumir.

Pasé la mañana entre consultas, revisiones y un par de urgencias por las que tuve que correr. Funcioné por inercia. Mi cerebro había decidido dividirse en dos: una mitad hacía su trabajo; la otra seguía en aquella cocina.

A media mañana, Marcus volvió a aparecer y dejó caer una carpeta sobre la mesa, sin mirarme siquiera. El golpe del papel contra la madera sonó seco en el silencio del despacho.

—Tenemos que hablar de esto —dijo—. Esto ya no es algo puntual.

Abrí el documento por puro reflejo. Mis ojos pasaron por los turnos marcados en rojo, los nombres tachados y recolocados con flechas improvisadas. Tres residentes menos en urgencias. Reubicados a otros departamentos otra vez.

—Ya lo he visto —respondí. Mi voz sonó más cansada de lo que pretendía.

—No, no lo has visto bien —insistió Marcus. Apoyó las manos en la mesa, inclinándose hacia delante—. Esto ya no es reorganizar, es cubrir huecos imposibles. Y cada día va a más.

Cerré el informe despacio, notando el borde rígido de la carpeta bajo los dedos. Sabía que tenía razón. Llevábamos semanas moviendo pacientes a otros centros, reduciendo ingresos y repartiendo turnos entre los mismos de siempre.

—¿Sabes qué es lo que no entiendo? —soltó de repente—. ¿Por qué nos están quitando a nosotros a los residentes? ¿Por qué los mandan a planta, a consultas, a servicios que son más tranquilos, y aquí…? —Se señaló el pecho—. Aquí, que somos el filtro, el cortafuego, la primera línea… es donde más nos recortan.

No respondí. Porque esa parte tampoco la entendía.

—Ayer teníamos doce pacientes esperando en el pasillo —siguió—. Doce. Y dos llevaban más de cuatro horas sin que los llamasen, ni siquiera para triaje. ¿Sabes lo que es mirarles a la cara y decirles que esperen un poco más porque no hay manos?

Tragué saliva.

—Lo sé.

—¡No! No lo sabes. Si lo supieras de verdad, harías algo —repitió, más bajo—. Porque esto ya no es trabajar al límite. Es empezar a fallar.

El silencio se tensó entre los dos.

—Tienes que sentarte con Alison —añadió—. Esto no se arregla solo con ajustar los cuadrantes.

Exhalé por la nariz, apoyando la mano en la mesa.

—Ya lo hice, Marcus. Le envié el informe completo. Horas, ratios, incidencias… Todo.

—¿Y? ¿Qué te dijo?

Negué despacio.

—Nada. Que no puede hacer nada.

Marcus dejó escapar una risa sin humor.

—Genial. Y tú te quedas tan tranquilo. ¿Entonces qué? ¿Estamos jugando a ver quién aguanta más?

Miré al exterior. Podía ver desde aquí el *parking* lleno y una ambulancia acababa de parar en la entrada de urgencias. El ritmo no paraba.

—Ella cree que esto es estrategia —añadió Marcus—. Mover piezas, ajustar números… como si estuviéramos hablando de balances.

—Y no lo es —respondí sin dejarlo terminar.

—No. Aquí a la gente no le importa las movidas de los inversores. ¡Joder! Esperan que les atendamos cuando vienen graves.

—Lo sé.

—Entonces haz algo más —insistió—. ¿Qué les decimos nosotros cuando no podamos atenderlos? ¿Qué vengan mañana?

Lo miré en silencio porque no tenía ninguna respuesta lógica ante aquella situación.

—Necesitamos más personal —dije al final—. Y no nos lo van a dar, ya me lo ha dejado claro.

Marcus bufó mientras se movía nervioso.

—¡Perfecto! Pues dime qué quitamos. ¿Cerramos boxes? ¿Reducimos triaje? ¿Le decimos a la gente que no se ponga enferma?

—Iremos a la huelga —dije bastante serio.

Marcus frunció el ceño. Se quedó quieto, mirándome como si no estuviera seguro de haberme oído bien.

—¿Cómo?

—No lo digo por decir, Marcus —añadí—. Sé que así no vamos a poder aguantar mucho más tiempo.

Se pasó una mano por la cara, arrastrando el cansancio con el gesto. Durante un segundo, negó despacio, pero al bajar la mano, apareció una sonrisa que no consiguió ocultar del todo.

—Es una puta locura —murmuró—. ¿En serio vas a apoyar eso?

—No tenemos otra opción. Prefiero parar esto a que pase algo grave.

—Sabes que la primera cabeza que va a rodar es la tuya, ¿no?

—Lo sé y no me importa.

El silencio que siguió fue distinto. Más tenso. Más consciente.

Marcus apoyó una mano en la mesa y soltó una risa breve, esta vez, más cómplice.

—Vale… —dijo—. Pues avísame antes de que empiece todo, necesito estar preparado para ver eso. No quiero enterarme por un correo mientras estoy intubando a alguien.

—Tranquilo. Si esto pasa, se va a notar. Pero primero necesito tiempo. Quiero averiguar qué es lo que está pasando aquí en realidad y ver si

podemos solucionarlo antes de hacerlo volar por los aires. La huelga no nos viene bien a nadie —sentencié.

—Sí, lo sé. Haz lo que tengas que hacer, jefe. Estoy contigo, siento haber dudado de ti estos días.

Le puse la mano en el hombro. Luego cogí la carpeta y salimos al pasillo. Marcus se dirigió a los *boxes* y yo fui directo al ascensor. En cuanto entré pulsé la planta de dirección.

Las puertas se abrieron y avancé por el pasillo acristalado hasta el despacho del fondo. La placa de la puerta brillaba bajo el reflejo del sol que se colaba por los ventanales.

Alison Bishop, jefa de operaciones.

Pude leerlo incluso antes de llegar. No llamé. Abrí directamente.

Alison levantó la vista de la pantalla.

—Vaya, doctor Vega —dijo, recostándose en la silla—. Pensaba que no tenía tiempo para pasarse por aquí.

Dejé los papeles sobre su mesa, con un golpe seco.

—¿Me puedes explicar esto?

Alison bajó la mirada al cuadrante, pasó una hoja con calma y volvió a mí.

—Ya lo hemos hablado. Es temporal.

—No, esto ya no es temporal —corté—. Tener cada día menos residentes en urgencias mientras los mandas a otros servicios que están medio vacíos está empezando a sonar sospechoso.

—Estamos redistribuyendo recursos donde se necesitan.

—¡Se necesitan aquí! —Señalé el papel—. Somos la primera línea. Si esto falla, falla todo lo demás.

Alison no apartó la mirada. No le estaba gustando nada mi tono.

—Lo que me preocupa es sostener este hospital a largo plazo, doctor Vega. Y eso no se consigue llenando urgencias de casos que pueden resolverse con facilidad en otros centros.

Fruncí el ceño, intentando buscarle lógica a su razonamiento.

—¿Así que eso es lo que queréis? ¿Vaciar urgencias?

—Optimizar recursos —corrigió—. Queremos derivar lo que no es crítico. Reducir la saturación e invertir en los departamentos que realmente aportan valor —dijo, como si tuviese aquel discurso memorizado.

—¿Valor a qué, exactamente?

—Especialidades, cirugía programada… Unidades que posicionan al hospital donde merece estar.

Las piezas empezaron a encajar en mi cabeza.

—O sea, que queréis convertirnos en una jodida clínica estética.

Mi voz salió más ronca de lo que pretendía. Alison no respondió.

No era en realidad eso lo que buscaban, pero ya entendía hacia dónde iba todo aquello. Urgencias nunca había funcionado como el resto de los departamentos del hospital. Allí no existía una selección real de pacientes: atendíamos a cualquiera que cruzara esas puertas, daba igual el seguro que tuviera, si podía pagar el tratamiento o si el hospital terminaba asumiendo parte de los costes.

Y aun así, lo hacíamos. Porque para eso servían unas urgencias.

Pero Alison no estaba hablando de medicina. Estaba hablando de imagen, estadísticas y rentabilidad.

Las especialidades privadas, las cirugías programadas y determinados tratamientos convertían al hospital en una marca atractiva para inversores y pacientes con dinero. Urgencias, en cambio, era impredecible, caro y difícil de controlar. Demasiados pacientes entrando a todas horas y demasiados recursos destinados a personas que el hospital no podía rechazar, aunque aquello no encajara en el modelo que ella quería construir.

Y entonces entendí el verdadero plan. No querían cerrar urgencias. Querían que dejara de ser el centro del hospital.

Saturarlo poco a poco. Reducir personal y recursos hasta que los pacientes empezaran a buscar otras opciones por puro agotamiento. Y, con el tiempo, transformar el Langone en un hospital conocido por sus especialidades y cirugías, no por recibir a cualquiera que apareciera desangrándose frente a sus puertas.

—No voy a permitir que te cargues urgencias sin luchar por ella. Tengo médicos maravillosos que salvan vidas cada día, probablemente lo estén haciendo en este mismo instante y vamos a luchar por nuestros derechos y por los de los pacientes. —Alison se incorporó en la silla—. No me dejas otra opción. La huelga ya está en marcha —dije, seguro de mis palabras, aunque eso no era del todo cierto.

—¿Perdona? —su tono cambió—. ¿Te pasas semanas diciendo que no tienes personal suficiente y ahora vas a hacer que dejen de trabajar? ¿Sabes lo que va a pasar? Que los que se queden en servicios mínimos van a doblar o incluso triplicar turnos.

—No te preocupes —respondí—. Los servicios mínimos los voy a cubrir yo.

Di un paso hacia la mesa.

—Pero ellos no van a seguir trabajando en estas condiciones.

El silencio se quedó suspendido entre los dos. Recogí los papeles y giré sobre mis pies para salir.

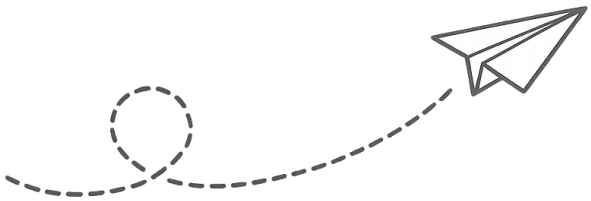
—Doctor Vega. —Me detuve ante su llamada—. Quiero que sepa que su propuesta para el retiro ha sido aceptada. Espero que esos médicos a los que pretenden mantener en servicios mínimos disfruten de un descanso merecido cuando todo este circo termine.

Sabía lo que pretendía: hacer dudar al equipo de en qué bando estaba yo por aceptar medidas contrarias a lo que ahora estaba defendiendo. Pero no me importaba.

Seguí avanzando y salí sin cerrar la puerta.

Una huelga era la peor publicidad que podía tener un hospital. Eso implicaba tener a los pacientes descontentos e iniciar una investigación externa para saber dónde iban a parar esos recursos que nosotros estábamos reclamando.

Todo lo contrario a la apariencia impecable que Alison pretendía dar del hospital.



A la hora del almuerzo, me senté solo en la cafetería. Ni hambre tenía. Me limité a apoyar los codos en la mesa y frotarme los ojos, intentando mantenerme despierto.

Mi móvil vibró. Por un instante pensé que era ella. Lo deseé más de lo que debería. Quería llamarla, pero no debía. No después de salir huyendo como un adolescente al que acaban de pillar con las manos en la masa. Además, no me apetecía que pensase que era un acosador.

Olivia era prudente por fuera, pero intensa por dentro.

Yo… al revés. Y ahí estaba el desastre.

Desbloqueé el teléfono. Solo era una notificación del sistema interno del hospital que utilizamos para comunicarnos todos los trabajadores:

PROPUESTA HEALTH & WELLBEIG SUMMIT DEPARTAMENTO URGENCIAS ACEPTADA.

«Qué hija de puta». Quería poner al personal que apoyaba la huelga en mi contra.

—Doctor Vega.

Me sobresalté.

Era el jefe de UCI.

«Perfecto, otra ocasión más para quedar como un idiota».

—Tenemos revisión de casos en diez minutos. ¿Va todo bien?

Sonreí lo mejor que pude. ¿Cuántas veces me habían hecho esa pregunta en los últimos días? Demasiadas.

—Sí. Todo bien.

Mentira número dos del día.

Al final del turno, volví a salir a la calle con la sensación de haber sobrevivido a la presión constante y agradecí no tener guardia esa noche.

Saqué el móvil para mirar la hora y entonces lo vi: una notificación de Olivia.

«Debería añadir *croissants* al desayuno del retiro. Serían todo un éxito».

Me metí las manos en los bolsillos y eché a andar con la sensación de haber conseguido una pequeña victoria.

25

De urgencias... a urgencias sentimentales

OLIVIA

Un par de días más tarde me encontraba esperando el final de su turno como quien espera en la cola de un concierto. Estaba apoyada en su coche desde hacía rato, con las manos metidas en los bolsillos de mi cazadora y los pies helados, pero con una energía en mi interior que rebosaba.

Nunca me había parado a pensar en la vida que movía un hospital, salía gente sin parar, familiares agotados, enfermeras con la coleta medio caída… y, entre todo ese movimiento, yo solo buscaba una silueta concreta.

Sabía que llevaba más de doce horas en Urgencias.

Doce horas de ese caos que él parecía controlar mejor que su propio corazón.

Cuando por fin lo vi aparecer por la puerta principal, me alegré de haber planeado esto. Llevaba la bata desabrochada, el pijama azul oscuro asomando por debajo y las ojeras marcadas en la cara. Pero incluso así —o quizá precisamente así—, me resultó tan guapo que casi me dio rabia.

Siempre me pasaba lo mismo: memorizaba su cara muchas veces al día, pero cuando volvía a verlo, la realidad superaba a mi imaginación.

Caminaba con los hombros algo vencidos hacia delante, como si el día le pesara. Sin mirar ningún punto concreto, solo avanzaba por inercia.

Él siempre había sido el que se encargaba de todo: el que salvaba, el que cuidaba, el que sostenía. Pero esa noche me tocaba a mí.

Cuando levantó la mirada y me vio apoyada en su coche, frunció el ceño primero, como si su cerebro tardara un segundo en reconocer que era yo la que estaba allí.

—¿Olivia? —preguntó, sorprendido, deteniéndose a unos pasos.

—¿Esperabas a otra persona? —bromeé, incorporándome del capó y cruzándome de brazos. Ese tira y afloja nuestro era demasiado emocionante.

Su sonrisa apareció, cansada pero genuina, como si de pronto el turno se le hubiera hecho un poco menos pesado.

—No, lo único que me esperaba era una ducha y una cama solitaria —admitió, acercándose.

—Pues tendrás que conformarte solo conmigo.

Sus cejas se alzaron y aquella chispa apareció en sus ojos, por muy agotado que estuviera.

—¿Estar contigo en vez de dormir? Eso suena delicioso.

No quise explicarle nada. Por muchas preguntas que tenía intención de hacerme. Solo le indiqué con la cabeza que me siguiera y me separé del coche. Él dudó intrigado, se quitó la bata, la tiró en el asiento trasero sin mucho cuidado, cogió un abrigo largo que llevaba en el maletero y cerró de un portazo. Empezó a caminar a mi lado, curioso e ilusionado.

Pasamos frente a la floristería del hospital, esa que siempre me llamaba la atención. Estaba cerrada, pero el escaparate seguía encendido y los ramos estaban colocados a la perfección. En la esquina inferior había un ramo de lirios blancos preciosos, destacaban incluso detrás del cristal.

—¿Sabes qué es lo más raro? —dije, deteniéndome para observarlos mejor.

Él frenó conmigo.

—¿Qué?

—Que haya una floristería en un hospital —dije casi riéndome, aunque aquella imagen siempre me había provocado una tristeza difícil de explicar —. Supongo que la gente necesita flores para las visitas… o para recordar

que incluso donde hay dolor también puede existir algo bonito —añadí antes de poder callarme.

—Lirios —murmuró—. Te gustan los lirios.

—Me encantan. Son sencillos, pero elegantes —dije, encogiéndome de hombros—. Aunque ahora que lo pienso, siempre me he preguntado quién compra flores para adornar un lugar del que todos quieren irse.

Adrián soltó una risa baja y cansada que me dio ternura. Nadie mejor que él conocía el sufrimiento que se acumulaba cada día entre aquellas paredes.

Empecé a caminar de nuevo. Él seguía parado frente al escaparate, pero notaba su mirada en mi espalda como un roce invisible.

—¿No vienes?

Aligeró el paso hasta colocarse a mi lado y me pasó el brazo por los hombros para acercarme a él. Sentí el calor de su cuerpo y también su voz mucho más cerca de mi oído, y un escalofrío me recorrió la piel.

—Bueno, ¿puedo saber ya qué te trae por aquí? —preguntó—. ¿Te has quedado sin *croissants*?

Lo miré de reojo.

—He hecho una reserva en un sitio. Ya era hora de que yo te enseñara alguno —dije, bastante orgullosa de mi actuación—. Es algo así como una cita.

—¿Algo así como una cita? —repitió divertido—. ¿Cuándo planeaste todo esto?

—Cuando decidí que tenía que devolverte el desayuno —respondí, marcando las comillas con los dedos.

Su expresión cambió. La línea de su boca se relajó y sus ojos se suavizaron. Asintió divertido, como si por una vez no tener el control tampoco le molestara demasiado.

El restaurante estaba escondido en una calle lateral muy cerca de donde estábamos. Dentro, el espacio era mínimo: mesas de madera, paredes claras sin demasiado lujo y una distribución improvisada. Olía a orégano, albahaca y masa recién horneada.

Lo llevé a una pequeña terraza interior, un patio medio escondido con tres mesas, alguna planta trepando por la pared y una estufa que ofrecía algo de calor. Nuestra mesa nos esperaba con dos copas servidas y una cesta de pan en el centro.

La cena que había organizado era pizza y vino, y por su expresión al darse cuenta le pareció perfecta. Adrián se dejó caer en la silla con un

suspiro largo.

—¿A quién en su sano juicio se le ha ocurrido que una ducha y una cama era el mejor plan teniendo esto? —bromeó.

—No cantes victoria, aún tienes que dejar que elija yo los ingredientes de la pizza antes de decidir eso —repliqué.

Hablamos de cosas pequeñas y, sin darnos cuenta, de cosas grandes. De turnos imposibles, de pacientes que no se olvidan, de libros a medio leer, de mis miedos —que se me escaparon más de la cuenta— y de sus intentos torpes de restarles peso sin invalidarlos.

A veces reíamos tan fuerte que la mujer de al lado nos miraba por encima de la copa; otras, bajábamos tanto la voz que parecía que nos susurrábamos secretos. Y luego estaban las miradas. Esas que no se sostienen mucho rato por miedo a delatarse. Esas que notas cómo recorren tu cuerpo, cómo se detienen un segundo de más en la boca, en las manos, esas que te dejan la piel con ansias.

Cuando salimos, con el cuerpo pesado y la cabeza ligera, él respiró hondo.

—Ha sido perfecto.

—Aún no ha terminado —respondí, con una media sonrisa.

Me miró, sabiendo que tramaba algo, pero no preguntó. Caminó a mi lado hasta su coche, aparcado en el *parking* del hospital. Se apoyó un momento en la puerta y cerró los ojos.

—Solo necesito una ducha y cambiarme —murmuró—. Luego vuelvo a ser todo tuyo. La cama puede esperar te lo juro.

—¿Puedo acompañarte? —pregunté, fingiendo inocencia.

Abrió muchos los ojos, encantado con mi pregunta.

—Eso no tienes ni que preguntarlo.

Su apartamento era exactamente como lo había imaginado: amplio, práctico y con ese toque sutil de desorden que lo hacía humano. Una estantería llena de libros apilados, un sofá con una manta mal doblada, una taza olvidada en la encimera con restos de algo que un día fue café, una bata colgada en el respaldo de una silla.

Me quité el abrigo y lo dejé a un lado.

—Así que este es tu santuario —comenté, paseando la vista por la estancia.

—Mi cueva —corrigió él, dejando las llaves en un cuenco junto a la puerta.

—Te pega demasiado —dije, sonriendo—. Aunque un poco más de color no le vendría mal.

—Anotado. —Hizo un justo con el dedo—. Le diré a mi agente que lo apunte en las tareas que nunca voy a poder terminar.

Se acercó al baño y se detuvo en la puerta, mirándome como si quisiera decir algo más y no lo hiciera.

—No tardo nada, estás en tu casa, puedes coger lo que necesites —dijo finalmente.

Escuché la puerta cerrarse y, pocos segundos después, el sonido del agua.

Me quedé sola en el salón, de pie en medio de su espacio, con la sensación extraña de estar en un lugar que no era mío y, aún así, me sintiera cómoda.

Intenté concentrarme en los lomos de los libros, en los escasos marcos que decoraban los estantes y en aquella pobre planta casi moribunda junto a la ventana.

Mi cabeza, muy profesional ella, decidió imaginar cómo estaría él al otro lado de la puerta. El agua resbalando por su espalda. Sus manos enjabonando su cuerpo. El cansancio cayéndole encima. Me mordí el labio y me obligué a pensar en otra cosa.

Spoiler: fracasé.

Cuando abrió la puerta, yo seguía en la misma posición, pero el aire pesaba distinto. El vapor se coló por el pasillo, arrastrando el aroma del jabón y el rastro de la piel caliente.

Adrián apareció por la puerta, descalzo, con el pelo húmedo y peinado hacia atrás. Solo llevaba una toalla anudada a la cintura. Unas gotas se deslizaban desde su clavícula hasta desaparecer por debajo de la toalla.

Tragué saliva.

—Olivia, puedes sentarte, no tienes que esperarme ahí de pie. ¿Quieres algo de beber? —preguntó con un gesto hacia la cocina, como si no tuviera ni idea del efecto que estaba provocando en mí.

—Agua —atiné a decir, anclando la vista en su pecho.

Él sonrió de lado, tensando ese gesto pequeño que siempre parece saber más de lo que dice. Volvió de la cocina con el vaso en la mano y me lo ofreció.

Al cerrar los dedos sobre el cristal, nuestras yemas se rozaron de manera intencionada.

Él mantuvo el contacto; se le notó en la forma en que clavó su mirada en la mía, como si ese roce nos hubiera bloqueado en el mismo punto.

—Quiero que te quedes.

Lo dijo despacio, con una voz ronca que vibró en el aire. Su sonrisa se ensanchó, marcando ese hoyuelo en su mejilla mientras sus ojos me recorrían.

—Y yo quiero quedarme —admití, apretando el vaso frío entre las manos.

Dio un paso lento, estudiando mi reacción. Pude notar algo en sus ojos, algo oscuro.

La distancia se encogió de golpe. Sus dedos empezaron a recorrer mi brazo sin apartar la mirada, un toque que subía y bajaba, reclamando una respuesta. Mi cuerpo se tensó hacia él. Dejé el vaso en la encimera y apoyé la mano en su pecho, aún tibio por la ducha, sintiendo el latido desbocado bajo mis dedos.

Sus ojos bajaron a mi boca y luego volvieron a los míos, buscando un último freno mientras se acercaba a mi cuello.

—Dime que me detenga… —dijo sobre mi piel.

No lo hice. Eché la cabeza hacia atrás para dejarle mayor acceso, cerrando los ojos cuando sentí la descarga eléctrica de su aliento.

Me pegué a su cuerpo hasta que el espacio desapareció. Sus manos me agarraron por la cintura y me atrajeron con una firmeza que me hizo jadear. Enredé las mías en su nuca y dejé que el cuerpo decidiera.

El beso llegó lento, casi reverente. Bastó con que entreabriera los labios para que todo lo contenido estallara.

Sus manos recorrieron mi espalda por debajo de la ropa. Yo me fundí contra él, midiendo la tensión de sus músculos. Notaba la toalla contra mis piernas y, debajo, la evidencia de que estaba perdiendo el control.

Nos movimos con torpeza hacia su habitación, sin romper el contacto.

Hubo roces de cadera, risas ahogadas y susurros cortos. Mi nombre se escapaba de su boca como un rezo. Adrián me quitaba la ropa con una paciencia que fue perdiendo poco a poco, forcejeando entre el autocontrol y el deseo.

Cuando caímos sobre la cama, el mundo pareció encogerse hasta quedar reducidos a sus manos y las mías. Su boca bajó por mi cuello con una lentitud que me desarmó cuando empezó a desabrocharme el sujetador.

Adrián se hundió entre mi pecho, rodeando la curva de uno con la palma de la mano mientras su lengua trazaba un camino de fuego hacia el pezón. Solté un gemido que vibró en su boca cuando lo atrapó, succionando con una necesidad que me hizo tirar de su pelo hacia atrás.

Sus manos bajaron por mi ombligo, dibujando mi silueta con tanta intensidad que tuve que cerrar los ojos.

Cuando sus dedos descendieron por mis piernas, rozaron el borde de la banda *beige* que envolvía mi muslo. Se detuvo en seco. Pude notar cómo se activaba ese reflejo suyo, la parte de Adrián que nunca desconecta.

—¿Te molesta… esto? —susurró, palpando la tela con la yema del dedo, evaluando el vendaje con la mirada de ese médico que quiere asegurarse de que todo está controlado, incluso cuando está a punto de perder la cabeza.

—No demasiado. Pero prefiero dejármela puesta —respondí.

Sus ojos se suavizaron. Asintió y la recolocó con delicadeza, acariciando el algodón como si fuera un objeto sagrado.

Volvió a besarme, trepando con sus manos por mi espalda, alejándose con cuidado de esa zona. Respetando el límite.

Sus dedos se colaron bajo mi ropa interior, reclamando mi piel con una seguridad que me robó el aire. La tela descendió por mis piernas hasta quedar olvidada en alguna esquina de la habitación. Sus dedos buscaron entonces un contacto más profundo, separándome con una delicadeza que duró apenas un suspiro antes de empezar a acariciarme con un ritmo que me hizo perder el control de mis propios músculos. Estaba empapada, buscándole, y él lo sabía porque sus ojos no se apartaron de los míos mientras me exploraba, subiendo la presión hasta que mi espalda se despegó del colchón.

El roce de sus dedos era constante, un ancla que me mantenía unida a él mientras el resto del mundo se desdibujaba. No tenía ninguna prisa; disfrutaba de la forma en que mi respiración se cortaba cada vez que su pulgar presionaba un poco más, marcando un compás que solo nosotros empezábamos a entender.

—Mírame —murmuró, y su voz vibró en mi pecho.

No pude evitarlo. Abrí los ojos, encontrando los suyos oscuros, fijos en mí con una mezcla de posesión y vulnerabilidad. Sabía exactamente cuándo mi cuerpo pedía más y cuándo la fricción se volvía una necesidad insoportable.

Sus dedos se hundieron con más firmeza, encontrando ese ritmo constante que me hacía arquearme contra él. El calor era tan intenso que me costaba respirar. Busqué su mano libre, entrelazando mis dedos con los suyos, apretando con fuerza mientras el placer empezaba a subir desde donde él me tocaba hasta quemarme cada centímetro de piel. Estaba a punto de perder el control, y la intensidad de su mirada solo empeoraba las cosas.

—Adrián... —su nombre salió como un ruego, apenas un hilo de voz.

Él no se detuvo. Al contrario, subió la apuesta. Se inclinó sobre mí, atrapando mi gemido con un beso profundo, mientras sus dedos dictaban la sentencia final que me hizo perder, por completo, el sentido de la gravedad.

No se detuvo ahí. Bajó por mi vientre con besos húmedos, evitando la venda con cuidado de no rozarla, hasta que sentí su aliento caliente justo donde más lo necesitaba. El contacto de su boca fue un latigazo; sus labios y su lengua trabajaron con una intensidad que me obligó a hundir los dedos en las sábanas, ahogando un grito mientras él me saboreaba como si fuera lo único que lo mantenía con vida.

De repente, el ritmo cambió. Se subió de nuevo por mi cuerpo, rozando su erección contra mi muslo, recordándome que el límite estaba a punto de romperse. Las manos aprendían deprisa y los cuerpos iban directos a lo que ya deseaban. Me aferré a él cuando sentí cómo entraba en mí, lento al principio, decidido después, arrancándome el aliento.

Todo se redujo al colchón de su cama, el calor compartido y el cruce de nuestras respiraciones agotadas. Hubo momentos suaves, armoniosos; y otros en los que la necesidad ganó terreno y el ritmo se volvió más intenso, más desordenado. No recuerdo todo en orden, pero recuerdo la sensación con claridad: la de estar donde quería estar.

Cuando nos rendimos el uno al otro, nos quedamos enredados, con la piel pegada y el cuerpo volviendo despacio a su ritmo. Su frente descansaba en mi hombro, su mano seguía en mi cintura y yo aún notaba el pulso acelerado encendiéndome las mejillas.

—Dije que la cama podía esperar —murmuró él, sin apartarse del todo, cuando ya llevábamos un buen rato en esa postura, y sentí su sonrisa temblar en mi cuerpo—, pero ahora estoy empezando a tener mis dudas.

—Si el doctor Vega tiene que descansar, yo no soy nadie para impedírselo.

Me besó de nuevo, más suave esta vez, lo sentí como un agradecimiento. Sus ojos se cerraban casi por inercia. Estaba completamente exhausto.

El resto fue una sucesión de silencios tranquilos y de caricias que hablaban más que cualquier frase bien construida. Nos quedamos relajados, abrazados y con la sensación de que el tiempo se había detenido en un lugar que no dolía.

Escuché cómo su respiración se suavizaba y fue como un calmante para mí. Sentí el peso de su brazo sobre mí, su olor mezclado con el mío, el cansancio en sus músculos, y cerré los ojos en el silencio de su habitación.

Y pensé, medio dormida, que quizá los hospitales tienen floristerías porque incluso en los lugares donde todo duele, a veces florece algo hermoso.

26

Amanecer en primera fila

ADRIÁN

Abrí los ojos antes que ella, cuando estaba amaneciendo. Me quedé quieto como una estatua, con Olivia dormida a mi lado. Tenía las sábanas enredadas en sus piernas como prueba de la batalla librada durante la noche, y su cabeza seguía apoyada en mi pecho. Me invadió la sensación de que, si me movía, me despertaría de aquel sueño.

Llevaba años durmiendo solo, en una cama que siempre encontraba estirada a la perfección. Moví la mano bajo la sábana, notando el pliegue que ella había dejado enredado entre sus piernas. Me bastó verla así, tranquila, para entender que ese era el desorden que quería en mi vida.

Pasé los dedos por su mejilla, apenas un roce leve. Mantenía la respiración pausada y sus largas pestañas pegadas a la piel. Me quedé observándola un poco más, memorizando la línea de su boca, la silueta de su nariz y ese mechón rebelde que siempre se colaba sobre su frente.

Era mi forma de guardar este momento. Me obligué a no apartar la mirada, como si así pudiera retenerla un poco más.

El móvil vibró sobre la mesita. Alargué el brazo con cuidado de no perturbar su sueño, pero ella se movió ligeramente, abrió los ojos y esbozó una sonrisa, todavía medio dormida.

—Buenos días… —dijo, con la voz ronca de recién despierta.

—Buenos días —contesté, intentando que el latido de mi corazón no me delatara.

El móvil insistió.

—Debe de ser del hospital —murmuré, aunque por dentro rezaba porque me dejaran un minuto más así.

Miré la pantalla: Iván. El nudo apareció de inmediato en mi estómago. Desde que se marchó no había sabido nada de él, y que llamase tan temprano no presagiaba nada bueno.

—Dime —respondí en voz baja.

—¿Te pillo dormido? —su voz sonaba cascada, como si no hubiese pegado ojo.

—No, estoy… —Miré a Olivia, que se había incorporado un poco y se tapaba con la sábana con una timidez repentina que me resultó adorable—. Estoy en la cama todavía.

—¿En la cama? —dijo Iván, con ese tono de hermano mayor que mezcla burla y cariño—. Pues nada, solo quería avisarte de que no puedo ir contigo al béisbol esta semana.

—¿Qué? ¿Por qué? —la pregunta me salió más cortante de lo que pretendía.

Olivia levantó la mirada, alerta pero discreta. Ella hacía como que no escuchaba mientras se alejaba de mí para darme algo de intimidad, pero Iván hablaba tan fuerte que era imposible no escucharlo a través del aparato.

—No me odies —siguió Iván—. Me ha surgido un plan con melena rubia y piernas largas y no puedo negarme.

Puse los ojos en blanco ante su respuesta, pero sentí cómo la tensión de mis hombros cedía.

—Impresionante excusa, esta vez.

—Te compensaré, lo juro. Ah, y hermanito… —Hizo una pausa larga— cuida lo que tienes ahí. Tiene que ser importante.

Colgó sin dar opción a respuesta, típico de él. Me quedé mirando la pantalla, tratando de entender cómo demonios sabía que no estaba solo.

Cuando levanté la vista, Olivia estaba sentada con las piernas cruzadas a los pies de la cama, observándome con una mezcla de curiosidad y reproche.

—¿Tu hermano? ¿Tienes un hermano y no me has dicho nada? —preguntó, claramente sorprendida por el vacío de información.

—Vaya… vaya… ¿Escuchando conversaciones ajenas, Olivia? —respondí, mientras buscaba una excusa coherente para explicarle por qué no

lo había nombrado antes—. Sí, Iván es mi hermano —me atreví a decir, y nuestra historia es un poco… larga. Es lo único que me queda de familia y el tema del que menos me gusta hablar.

—Larga suena a historia complicada —dijo, analizando mi reacción.

—Quizá te la cuente algún día —admití.

Lo que menos me apetecía en ese momento era contarle a Olivia lo que me llevaba atormentando media vida.

Me incorporé un poco más para dar por zanjado el asunto.

Ella se detuvo a observarme, intentando leer mi incomodidad. Valorando si seguir preguntando o no. Al final, decidió darme tregua.

—Me encantaría conocerlo algún día —comentó.

—Quién sabe, podrías encontrártelo cualquier día por aquí. Tiende a aparecer y desaparecer sin previo aviso —respondí de forma automática, aunque me sorprendió la naturalidad con la que aceptaba que ella pudiera estar en mi casa cuando Iván apareciera.

La sonrisa que me dedicó después debería de estar prohibida.

Estaba despeinada, desnuda y en mi cama. Me entraron ganas de salir corriendo al salón para coger la cámara y hacerle una foto. Atesorarla junto a mis momentos especiales.

Debí de quedarme enredado en mi pensamiento, porque ella dio una palmada sobre sus piernas para hacerme regresar.

—Tengo que irme, doctor. Algunos de nosotros trabajamos temprano.

—Cruel —dije, riéndome mientras me pasaba una mano por el pelo.

Miré el uniforme azul colgado tras la puerta. Yo también tenía pacientes esperándome en el hospital, pero el deseo de retenerla era mucho más fuerte que mi sentido del deber.

—Quédate un rato más, por favor.

Le agarré con suavidad del brazo cuando pasó por mi lado y fui dibujando una hilera de besos por su piel, lentamente. Ella dejó escapar una risa discreta y se quedó a medio camino entre marcharse y rendirse.

Tiré de ella con cuidado, acercándola de nuevo hacia mí, disfrutando de esa duda en su cuerpo. Tenía las manos frías y la piel caliente, una mezcla que empezaba a volverme loco.

—Adrián… —protestó, aunque su voz era un susurro que me buscaba.

La acerqué un poco más, lo justo para que apoyara su frente contra la mía.

La respiración se le enganchó por un instante y por un momento creí que la convencería de olvidar el mundo exterior. Pero negó, divertida.

—No puedo, voy tardísimo —dijo al fin.

Me rozó la boca con un beso rápido, uno de esos que duran poco, pero dejan la intención clara, y se apartó antes de que pudiera retenerla otra vez.

La observé moverse por mi habitación con una naturalidad que me divertía. Levantó una zapatilla del suelo, buscó su ropa esparcida y se hizo un moño improvisado.

Cuando llegó a la puerta, se volvió hacia mí.

—¿Sabes? —dijo—. Me gusta cómo se ve el amanecer desde aquí. Tu apartamento tiene unas vistas impresionantes.

—Puedes venir a verlo cuando quieras —respondí, con una sinceridad que me dejó expuesto.

Me miró como si aquello fuera la promesa que necesitaba escuchar. Luego la puerta se cerró y la habitación se quedó en silencio. Me tumbé de nuevo en la cama, buscando su calor en el hueco que había dejado en el colchón antes de tener que enfrentarme a la realidad.

Pensé en lo absurdo que resultaba sentir esperanza a estas alturas, pero si ella quería ver amanecer desde mi ventana, yo le guardaría ese lugar.

27

Entre sabuesos y detectives

OLIVIA

Acababa de entrar a mi apartamento cuando Sophie apareció en mi habitación como un terremoto con piernas. Ni llamó. No sé de qué me sorprendía, nunca lo hacía.

—¡Olivia! —exclamó nada más cruzar el umbral, mirándome de arriba abajo—. Vale, explícame ahora mismo por qué hueles a… —Aspiró de manera dramática— feromonas de hombre. Feromonas recientes, por cierto.

Me quedé quieta con la bota mano.

—¿Cómo puedes oler eso? —pregunté, realmente asustada de su precisión olfativa.

—Porque soy tu mejor amiga y tengo un máster en detectar cambios importantes —respondió, acercándose para olfatearme como si fuese un perro policía—. Y, cariño, no has pasado la noche aquí y ahora sales corriendo. Así que dime: ¿Qué demonios ha pasado? ¿Y por qué has entrado aquí como si te persiguiera la Interpol?

—Sophie, necesito ducharme. Ya voy a llegar demasiado tarde —repliqué, buscando ropa limpia como si me fuera la vida en ello.

Ella se cruzó de brazos, bloqueando la entrada al baño con una habilidad que llevaba practicando años.

—Ni hablar. Hasta que me expliques por qué no te duchaste allí. Que digo yo… ya que estabas en su casa, ¿qué te costaba usar su agua caliente?

Puse los ojos en blanco.

—Porque si me duchaba allí, me quedaba. Y si me quedaba, llegaba al trabajo al mediodía. Y si llegaba al mediodía, me despiden. ¿Te vale así?

Sophie abrió mucho los ojos, como si acabara de descifrar un caso importante.

—Ajá... O sea, que no te fuiste porque quisieras huir como siempre, sino porque, si te metías en esa ducha, aparecías en otro huso horario.

—Exacto.

—Interesante. Este culebrón está tomando forma.

Dejó de hablar mientras me observaba abrir y cerrar cajones y ese silencio fue lo que me hizo mirarla. Seguía sonriente, pero algo en ella se había ablandado.

—Olivia… —dijo al fin, acercándose un paso—. Te lo digo totalmente en serio, me alegro por ti. Mucho. —Me rozó el brazo, suave—. Y no es porque estés con él. Tú no necesitabas un hombre para avanzar. Eso ya lo estabas haciendo sola, aunque no fueses consciente de ello. Pero también sé que quedarte quieta donde estabas te estaba dejando atrapada en un lugar horrible. En un estado que no merecía convertirse en tu vida estilo de vida.

Sentí un nudo en la garganta, inesperado.

—Y estoy orgullosa de que sigas adelante, aunque sea despacio. De que te permitas vivir un poco más. La vida continúa, cariño, y tú por fin te estás moviendo con ella. No sabes lo feliz que me hace —dijo, con una sonrisa que le iluminó los ojos.

Tragué saliva antes de apartar la mirada.

Sophie dio una palmada, cambiando de tono de inmediato.

—Y ahora vete a ducharte ya —ordenó, señalando el baño—. Que sigues oliendo a «cosas deliciosas» y eso me desconcentra.

Me eché a reír, sacudiendo la cabeza.

—Eres imposible.

—Y tú llevas una sonrisa que no tenías hace meses. Venga, date prisa, que aún tengo que interrogarte cuando salgas. Necesito detalles jugosos —respondió, divertida.

La dejé hablando sola mientras entraba en el baño a toda prisa.

Abrí el grifo del agua caliente, recordando que tenía diez minutos para recomponerme y parecer una persona normal. Diez minutos para esconder la evidencia de que había dormido en la cama de un hombre que me descolocaba más de lo que quería admitir… y diez minutos hasta que Sophie me arrinconara de nuevo.

Cerré los ojos, recordando los instantes vividos esa noche. La facilidad con la que todo ocurrió, como si llevara años esperando que alguien me tocara de esa manera sin que me doliera.

No quería romantizar nada. Pero había algo en él que me desordenaba por dentro, una especie de vértigo agradable que no sentía desde hacía demasiado.

Pero lo que más me sorprendía en realidad no era él, sino yo.

Esa persona que se había quedado paralizada tanto tiempo, encerrada en una especie de silencio emocional. Ahora me encontraba libre, había recuperado el control y no tenía intención de soltarlo.

No necesitaba a Adrián para avanzar, eso ya lo sabía. Ya llevaba un tiempo empujándome sola, aunque los días me pesaran.

Pero él… él había sido como abrir una puerta que yo misma había olvidado que existía. Y, maldita sea, eso me asustaba, pero también me daban vida.

Me aclaré la cara, intentando recomponerme antes de enfrentarme a Sophie otra vez. Ella me conocía demasiado; iba a leerme entera en cuanto pusiese un pie ahí fuera.

Salí de la ducha todavía secándome el pelo con una toalla cuando la encontré sentada en mi cama, piernas cruzadas, mirando su móvil como si estuviera preparando un informe.

—Bien —dijo sin levantar la vista—. Ya estás limpia. Ahora cuéntame por qué pareces haber vuelto del paraíso en vez de haber pasado la noche con alguien. Quiero detalles.

La miré incrédula, alucinando de que de verdad creyese que iba a tener esa conversación con ella en aquel momento. Ella levantó la cabeza muy despacio, como un tiburón que huele sangre.

—¿Sabes qué es lo peor, Olivia? —dijo con voz seria antes de soltar la bomba—. Que te has acostado con un tío que parece salido de un anuncio de colonia y estás tan tranquila como si hubieras ido a comprar pan. ¡Pan, Olivia!

—Mira que eres dramática ¡No es para tanto!

—¿Cómo qué no? —Se llevó la mano al pecho—. Adrián… el Adrián de mandíbula tallada con cincel, el de los ojos que parecen que te analizan el

alma, el que salva vidas por deporte… Ese Adrián. ¿Y tú vienes aquí a decirme «no es para tanto»? Creo que deberías dejar la medicación.

Me tapé la cara con las dos manos avergonzada.

—Por favor… ¿Tú te oyes?

—NO. No hay «por favor» que valga. —Se puso en pie de un salto—. Mira, yo llevo años viendo machitos que parecen pan rallado. Hombres sándwich. Hombres calcetín. Incluso hombres microondas. Y tú, ¡tú!, Olivia, te acuestas con un hombre que tiene más atractivo en un parpadeo que todos mis ex juntos usando esmoquin… y te haces la humilde.

Me eché a reír sin poder evitarlo mientras me ponía los calcetines a la pata coja.

—Sophie, por favor, si alguien te oye…

—¡Que escuchen! —dijo, agitando la mano—. Además… —Me miró, entornando los ojos— ese hombre te mira raro.

—¿Raro, raro cómo? —pregunté, vistiéndome a la velocidad de la luz, aunque esta conversación me estaba pareciendo demasiado divertida.

—Raro bien —respondió sin pensarlo—. Raro de «si pudiera, te envolvía en una manta y te escondía debajo de la cama para que nadie más te viera». Me señaló de forma dramática.

—Tú eres su debilidad, Olivia. Y créeme, un hombre como ese, débil… es una fantasía.

—Estás loca. —Me reí, mientras me peinaba en el espejo del escritorio.

—Puede ser. —Se encogió de hombros—. Pero tengo ojos, cariño. Y ese hombre está obsesionado contigo.

—No lo está —susurré, mientras me perfumaba.

—¿No? —Se acomodó a mi lado—. He visto cómo te mira. Parecía… cómo lo diría… parecía malditamente humano. ¿Sabes lo peligroso que es eso? Que un hombre así deje de ser perfecto para empezar a ser real contigo. Eso es oro del bueno.

—Sophie…

—Olivia… —me imitó—. Te lo estoy diciendo en serio: Adrián te mira como si hubieras sido la única cosa buena que le ha pasado en meses. Quizá en años. Y tú —Me empujó con el hombro— tienes la misma cara.

La miré a través del espejo.

—Solo digo una cosa más —añadió, levantando un dedo sin disimular que llevaba más de cinco minutos hablando sin respirar—. Si ese hombre vuelve a tocarte, prométeme que esta vez me mandas un mensaje a tiempo real.

—Prometido. —Me reí, ofreciéndole el meñique. Seguro que ya se estaba imaginando una escena típica de *Love Island,* ese *reality* donde la gente se enamora, se acuestan juntos y cambia de pareja cada dos días.

Sophie suspiró con orgullo, enredando su dedo con el mío.

—Así me gusta. Ahora date prisa, que vas tarde al trabajo y no quiero ser yo quien explique a tu jefa que llegas tarde por haber estado haciendo guarradas.

Ella era así, todo lo que tenía de exagerada lo tenía de buena persona, simplemente había que soportar toda la intensidad que soltaba por la boca y quererla mucho.

La abracé antes de salir a toda velocidad de la habitación. Cogí las llaves de la entrada y el bolso con el portátil. Busqué el móvil, que había dejado tirado en el salón al entrar, y miré la pantalla.

Un mensaje.

Adrián: Aún siento tu lado de la cama caliente.

Me quedé quieta, con el corazón golpeándome como si quisiera escapar de su sitio.

Otro mensaje entró antes siquiera de que pudiera reaccionar.

Adrián: Y por si tienes dudas… Ya te echo de menos.

Las piernas se me aflojaron.

—Dios… —murmuré, sin aire.

—¿Qué? —gritó Sophie desde el pasillo—. ¿Es él? ¿Te ha enviado una foto desnudo? ¡Enséñamelo!

Yo solo podía mirar la pantalla, incapaz de borrar la sonrisa idiota que se me escapaba. Ignoré a Sophie y cerré la puerta con fuerza.

Hoy iba a tener un buen día.

28

El precio de la decisión

ADRIÁN

Apoyaba los codos en el mostrador, aún maldiciendo lo rápido que volvía a estar en ese maldito hospital.

Desde el enfrentamiento con Alison no había dejado de darle vueltas al asunto. No a lo que le había dicho —eso lo tenía claro—, sino a cómo demostrarle que el problema venía de mucho más atrás de lo que ella estaba mirando.

Le había pedido a Emma un informe detallado de la proporción de pacientes que entraban por Urgencias, de a qué departamento iban derivados después y de cómo lo hacíamos cuando el equipo contaba con la plantilla completa.

El problema era ese. Hacía tanto tiempo que funcionábamos bajo mínimos que habíamos aprendido a soportarlo, hasta el punto de que ya casi nadie recordaba cómo se trabajaba cuando había personal suficiente, y quería comprobar si en aquel tiempo éramos realmente más rentables para el hospital.

Emma me entregó los datos, le eché un vistazo y me dirigí hacia el despacho de Alison.

Esta vez sí llamé. Tenía que cambiar la táctica.

—¿Tienes un minuto? —pregunté, asomando la cabeza por la puerta.

Alison no levantó la vista del todo.

—Depende de si vienes a discutir o a proponerme algo útil.

Cerré la puerta a mi espalda.

—A las dos cosas.

Eso hizo que me mirara. Me acerqué a la mesa, dejé la carpeta delante de ella, pero no la abrí.

—No voy a discutir los números, de eso ya os encargáis vosotros —empecé—. Es obvio que Urgencias no te da lo mismo que otras unidades.

—Por fin estamos de acuerdo en algo —me interrumpió.

—Pero el problema está mal enfocado —añadí—. Llevamos tanto tiempo con reducción de personal que entiendo que ahora os parezca insostenible, pero esto no viene de hace un año. Aquí están los datos, incluso desde antes de que yo entrara en este hospital.

Alison apoyó la espalda en la silla mientras pasaba las páginas con una calma que contrastaba demasiado con mi estado de ánimo.

Emma había recuperado datos de años atrás, de una etapa anterior a los recortes, cuando Urgencias no solo funcionaba bien, sino que era la base real de la pirámide que sostenía el hospital.

El problema era que durante años había resultado más fácil seguir invirtiendo en los departamentos que daban beneficios inmediatos que reforzar uno que funcionaba como punto de partida para todos los demás.

Los números habían empezado a torcerse poco a poco, sin que nadie señalara aquella decisión como el verdadero origen del problema. Porque asumirlo implicaba aceptar que llevábamos demasiado tiempo construyendo mal el sistema.

La tensión que se creó en el despacho no era cómoda; era de esos silencios largos en los que uno de los dos acaba cediendo.

Pero yo no pensaba hacerlo.

—Urgencias no es el problema —dije, señalando la carpeta, sin apartar la mirada de ella—. Es lo que mantiene en pie todo lo demás, aunque desde aquí arriba parezca lo contrario.

Alison pasó otra página antes de contestar, como si necesitara terminar ese gesto antes de entrar en la conversación de verdad.

—Urgencias es el servicio que menos factura de todo el hospital y, casualmente, el que más recursos consume —respondió con esa seguridad medida que no dejaba espacio para la duda.

Apoyé las manos en la mesa y me incliné hacia ella. No pretendía sonar agresivo, quería obligarla a mantener la atención en mí.

—Claro, porque estamos en un hospital, no en una cadena de clínicas privadas donde puedes elegir qué pacientes te interesan y cuáles no.

—Estamos en un hospital privado en Nueva York —corrigió, levantando la vista por fin—, y eso implica tomar decisiones rentables.

Negué despacio, sintiendo cómo me subía la presión, pero manteniéndola controlada.

—Implica salvar vidas y entender cómo funciona en realidad el sistema sanitario. La mayoría de los pacientes que entran por Urgencias no se quedan solo aquí; pasan a UCI, a quirófano, a cardio, a reconstrucción… A todos esos departamentos que sí te preocupan porque son los que generan beneficios.

No respondió, pero tampoco apartó la vista, y supe que seguía midiendo cada una de mis palabras.

—Lo que a ti te parece un gasto es, en realidad, la puerta de entrada de todos los demás servicios.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros.

—No somos los que atendemos resfriados —insistí, sin bajar el tono—. Somos los que detectan lo que nadie ha visto todavía. Los que deciden quién necesita una cirugía, quién termina en reconstrucción y quién entra directo a una operación a corazón abierto. Todo lo que viene después empieza abajo. En Urgencias.

Dejé que aquello se asentara antes de seguir.

—Y tú estás intentando analizar el problema como si cada departamento funcionara de forma aislada, cuando todo aquí está conectado. Llevamos así desde la pandemia, arrastrando una falta de personal que nunca se ha corregido, y pretendemos que los resultados cambien sin tocar la base, cuando lo único que hacemos es sostener el sistema a base de improvisación constante.

Podía notar cómo mis palabras le calaban más hondo de lo que quería demostrar, así que seguí insistiendo.

—Tu teoría está muy bien, de verdad. Convertir esto en un centro de lujo es el sueño de cualquier inversor, pero eso no se consigue ni en un año ni en dos, y mientras tanto, lo único que estás haciendo es debilitar el sistema.

No aparté la mirada al decir lo siguiente. Quería que entendiera exactamente cómo nos sentíamos nosotros ahí abajo.

—¿De verdad crees que vas a conseguir cambiarlo, así como así? Porque en cuanto los números vuelvan a no cuadrar, los accionistas van a hacer

contigo lo mismo que hicieron con el anterior jefe de operaciones. Sustituirte por otra persona aparentemente más rentable.

Ya no era solo un discurso ético. Era una realidad que ambos conocíamos demasiado bien.

Quité los brazos del escritorio y me moví por aquel despacho que no reflejaba ni una pizca de lo que representaba el hospital en realidad. El lujo de la madera y la luz cálida contrastaba demasiado con las camillas de metal y la luz alógena a la que estaba acostumbrado.

—Llevamos años diciendo lo mismo y nadie ha querido escuchar, y tú puedes cambiarlo. Si de verdad miraras esto con perspectiva, verías que el problema no es Urgencias.

Volví a mirarla.

—Así que, por favor, dame los medios necesarios. Déjame un equipo sólido. Residentes que no estén de paso, adjuntos que puedan formarlos como corresponde… y te demostraré que los números cambian.

Sostuve su mirada unos segundos más antes de rematar:

—Porque la pirámide no se levanta desde arriba. Se sostiene desde abajo.

El teléfono del despacho interrumpió mi discurso, y Alison lo miró, valorando si podía permitirse ignorarlo o responder la llamada para hacerme callar.

—Bishop —respondió, manteniendo ese tono firme que no dejaba ver nada más.

Me quedé donde estaba, observando cómo escuchaba, porque había algo en la forma en la que se tensó su expresión que me hizo entender que aquello no era una llamada cualquiera.

—¿Quién está con el paciente ahora mismo? —preguntó—, ¿la familia está allí?, ¿han pedido hablar con dirección?

Mientras hablaba, fui encajando las piezas casi sin querer, porque ese tipo de preguntas no tenían nada que ver con lo clínico, sonaba más bien a un problema difícil de solucionar.

—¿Cuándo fue la derivación?… ¿Anoche? —continuó, y su mirada se quedó fija en un punto de la mesa, como si ya estuviera reconstruyendo todo lo que había pasado sin necesidad de estar allí.

—¿Y ahora mismo está en…? ¿Ha entrado en parada? —Escuchó la respuesta y asintió apenas—. De acuerdo, bajo ahora mismo.

Colgó y se levantó sin perder tiempo.

Yo ya tenía la escena completa en la cabeza antes de que hablara.

—¿Qué ha pasado?

—Un paciente que fue derivado anoche desde Urgencias —explicó mientras se dirigía a la puerta—, ha regresado en parada y la familia está en recepción preguntando quién autorizó su alta.

No necesité más. Salí detrás de ella, pero en cuanto pisamos el pasillo, aceleré el paso, dejando que ella se desviara hacia el ascensor mientras yo bajaba por las escaleras de servicio.

El pasillo de Urgencias estaba lleno, como siempre, pero cuando sabes lo que buscas, lo encuentras al instante.

—¿Qué tenemos? —pregunté nada más entrar al box mientras aún estaban realizando la RCP.

—Varón, cincuenta y ocho años —respondió la residente, moviéndose rápido entre el equipo—. Dolor torácico desde ayer. Estuvo aquí hace algunas horas, pero fue enviado a su casa tras un leve chequeo. Ha vuelto hace diez minutos y está en parada.

—¿Cuánto tiempo llevaba antes de llegar?

—No lo sabemos con exactitud. —Escuché tras de mí.

Me puse los guantes.

—Déjame a mí —le pedí para que me dejara hacerle el relevo.

Esto era lo que pasaba por enviar pacientes a casa sin hacerles pruebas necesarias.

—Vamos —gruñí sobre él, colocándome para empezar las compresiones.

El monitor no mostraba un ritmo que me resultase útil, y aun así, no aparté la vista mientras comenzaba, marcando el ritmo con el peso del cuerpo y notando cómo el tórax cedía bajo mis manos.

—Seguid —indicaron a mi lado mientras yo mantenía las compresiones sin bajar el ritmo, dejando que los segundos se acumularan sin respuesta, sin un solo cambio que justificara el esfuerzo.

El equipo se movía bien, coordinado. El personal no era lo que fallaba. Era la falta de él, y eso se notaba en cada decisión que se toma de forma precipitada.

—Preparad desfibrilador —pedí, y esa orden se mezcló con el ritmo de las compresiones, sin interrumpirlo.

—Carga.

El aparato comenzó a cargarse mientras yo no soltaba el ritmo, notando cómo cada compresión costaba un poco más que la anterior.

—Listo. —Escuché a mi lado. Solté las manos el tiempo justo.

Descarga.

El cuerpo se arqueó bajo el impacto y volvió a caer exactamente igual, sin respuesta.

—Seguimos —gruñí, retomando las compresiones con más fuerza, como si apretar más pudiera compensar lo que faltó antes.

El aire en la sala se volvió más difícil de respirar, más pesado, como si a su vez el tiempo se hubiese detenido a nuestro alrededor.

—Otra vez —grité—. Carga.

En cuanto el sonido avisó, lo solté.

Descarga.

Otra vez el cuerpo se tensó y otra vez cayó.

Volví a hacer las compresiones, los brazos me pesaban.

—Vamos… Vamos, aguanta —murmuré, más bajo, sin parar el ritmo.

—Otra vez. Carga.

Esperé la señal sin detenerme.

—Ahora.

Descarga.

Y esta vez, tras ese segundo suspendido en el que nadie dijo nada, el monitor devolvió algo distinto.

—Tenemos pulso, doctor. —Escuché a la residente que me acompañaba.

Bajé de la camilla, exhausto por la situación, notando el peso en los brazos mientras me quitaba los guantes.

El ambiente se notó más relajado en aquel instante. No era una victoria, pero sí una nueva oportunidad.

—Preparad el traslado a la UCI. Id avisando a cardio —ordené.

Giré y vi a Alison cerca del mostrador de admisión y pude deducir que lo había visto todo desde el pasillo. Observé una muestra de agradecimiento en su expresión mientras empezaba a caminar hacia mí. Cuando llegó a mi lado, antes de que pudiese hablar…

—Tengo prisa —dije.

No tenía nada que hablar con ella.

Horas más tarde, Marcus apareció por mi lado con su tercer café del día y un par de donuts. Me ofreció uno, como si eso fuera a salvarme la vida.

—Tienes la misma cara que los residentes después de una guardia doble —dijo, dejándome el donut delante.

—Estoy cansado.

—¿Y eso? ¿Has vuelto a salir a correr sin mí? —Arqueó una ceja—. ¿O te pasaste la noche con alguien que no te dejó apenas dormir?

Puse los ojos en blanco. Llevaba días pinchándome para que soltara cualquier cosa sobre Olivia.

Le di un bocado y resoplé, intentando ordenar mi cabeza.

Marcus tenía su café en una mano y el donut en la otra, plantado delante de mí como si estuviera esperando a que anunciara las noticias de última hora. Y, después de la mañana que llevaba, yo no iba a negarme a hablar de Olivia si me lo ponía en bandeja.

—¿Sabes? —dije, mirando su vaso humeante—. Olivia toma el café con dos sobres de azúcar… pero nunca lo revuelve.

Marcus se me quedó mirando, divertido. Seguro que no era ese contenido el que esperaba escuchar.

—Interesante. ¿Y ese dato lo aprendiste antes o después de quedarte embobado mirando cómo se lo bebía?

Me hizo reír, aunque intenté ignorarlo.

—Siempre desmenuza la comida antes de darle un bocado, como si necesitara entender cada parte antes de probarla.

Marcus soltó una carcajada.

—Dios mío. Estás poético.

—Y cuando sonríe… empieza con timidez, apenas se le marca una curva pequeña, pero luego se le ilumina la cara entera…

—Espera, espera. ¿Acabo de pagar para ver un recital de Shakespeare? —Se sorprendió.

—Tiene tres lunares justo aquí —continué, tocándome la parte interior del hombro—. No sé por qué me fijé en eso, pero ahora no puedo dejar de mirarlos.

Seguí con mi declaración en voz alta solo para fastidiarlo, él odiaba toda esa pastelería emocional, aunque tengo que reconocer que yo estaba demasiado cómodo con mi discurso.

Marcus casi se atraganta riéndose tan fuerte que un grupo de enfermeras se volvió a mirarnos.

—¡Dios santo, Adrián! Tú no estás enamorado, tú estás enfermo.

Negué con la cabeza, aunque se me escapó otra sonrisa. Sabía que no le estaba gustando nada mi delirio mañanero.

—No exageres.

—¿Exagerar? Jefe, si sigues así, en dos días te veo componiendo canciones o escribiendo cartas a mano. Aunque no estoy seguro de que eso aún siga de moda.

Iba a contestarle, pero mi teléfono vibró.

Miré la pantalla: Iván.

Me acababa de mandar las entradas del partido al que no iba a venir.

Contesté de manera mecánica, pero Marcus notó algo de enfado en mi expresión que le hizo fruncir el ceño y, de paso, robarme el donut que había dejado apartado para contestar al mensaje.

—¿Qué pasa, problemas con la luna de miel?

—Es Iván —respondí, guardando el móvil—. Tiene que atender un «asunto» y no puede venir al partido. Teníamos las entradas reservadas para la zona VIP del partido de los Brooklyn Cyclones.

—¿Béisbol? ¿Zona VIP? ¿Vas en serio? —Marcus abrió los ojos. Parecía que acababan de ascenderle a neurocirugía.

—Sí. Pero no pienso ir.

Marcus tardó dos segundos exactos en contestar.

—Pues yo sí quiero ir, nunca me habéis invitado a ese rollito de *brother* que tenéis —aseguró.

—Claro, Marcus, es que Iván es mi *brother,* es normal que tenga ese *rollito* con él —dije, siguiéndole la broma.

—Pues yo quiero ir, también me considero tu *brother.*

—Ni siquiera te las he ofrecido.

—Da igual, lo doy por hecho —dijo, inflando el pecho—. ¿A qué hora nos vemos?

Negué con la cabeza, aunque su entusiasmo me animó. No pensaba ir sin Iván, era algo demasiado suyo, pero Marcus parecía bastante emocionado con aquella idea.

—Si quieres ir, son tuyas. Te las regalo —terminé diciendo.

—Perfecto —respondió demasiado rápido, aunque enseguida ladeó la cabeza con una sonrisa astuta—. Pero yo quiero ir contigo, si fuésemos juntos… y viendo cómo llevas media mañana hablando de Olivia… ¿Podrías invitarla y así me la presentas oficialmente? ¡Mejor aún! Que se traiga a alguien, así no tengo que aguantar vuestras miradas de tortolitos toda la tarde. Y oye, yo haré un gran esfuerzo por hacer nuevas *amistades.*

Tuve que contenerme para no reírme demasiado alto. Marcus disfrutaba tanto de «conocer» a alguien como de «desconocerlo» al día siguiente.

Era su *hobby* favorito, de hecho. Pero la idea empezó a tomar forma sola, como si ya hubiera estado esperando en algún rincón de mi mente.

—Podría preguntarle si le apetece venir —añadí.

—¡Eso es! Y que se traiga a cuantas más amigas, mejor. Tus entradas VIPS no tienen límite de aforo, ¿verdad?

No respondí. Mi cabeza ya había volado a Olivia, a su sonrisa tímida, a la forma en que se había quedado dormida apoyada en mi pecho hacía unas horas. La imaginé en el partido, con una cerveza en la mano, mi gorra de los Cyclones y esa risa que me gustaba provocar siempre que podía.

Marcus me dio una palmada en el hombro.

—Venga, tío, que ya tenemos plan.

Y se alejó por el pasillo con las manos en alto, haciendo un bailecito de vencedor.

29

Tres discusiones y un cuarto prohibido

ADRIÁN

Llegó el día del partido y salí de casa después de ducharme y cambiarme. Vaqueros, camiseta de los Cyclones, chaqueta de cuero y gorra. Como siempre había hecho en cada partido, pero hoy estaba especialmente nervioso.

Pasé por casa de Marcus para recogerlo. En cuanto subió al coche, supe que me iba a arrepentir.

—¡Jefe! ¿Estás preparado?

Me saludó de aquella forma que tanto odiaba y con la que él disfrutaba haciéndome rabiar mientras dejaba caer algo en el asiento del copiloto.

—Nací listo —respondí, aunque no estaba del todo seguro.

Encendí el motor y me dirigí a casa de Olivia mientras él derrochaba energía por los dos.

—Oye… así que hoy conozco a Olivia, ¿eh? Bueno, ya la he saludado antes, pero eso no cuenta —soltó, acomodándose el cinturón con un tono burlón, demasiado pendiente a mi reacción.

Era la primera vez que mezclaba esas dos partes de mi vida, y Marcus conocía muchas versiones mías, demasiadas, lo que convertía esa presentación en algo que no quería etiquetar como importante. Pero lo era.

—¿Puedes tranquilizarte un poco? —le dije mientras aparcaba.

—¿Tú me lo dices? —respondió, señalándome con una botella de agua —. Estás más tieso que el palo de una escoba. No te preocupes por mí, si seguro que le caigo mejor que tú.

Le iba a contestar cuando se abrió la puerta del edificio. Olivia salió primero, Sophie detrás, hablando las dos a la vez como si hubieran ensayado la coreografía.

Sophie nos vio y agitó la mano con entusiasmo. No la conocía mucho, pero podía intuir que era una bomba de relojería y que yo llevaba la mecha que lo prendía todo, sentado en el asiento del copiloto.

No sé en qué momento me pareció una buena idea montar esta cita de cuatro.

Olivia llegó al coche, sonriendo con timidez. Me bajé enseguida y les abrí la puerta trasera.

—Pasad. Prometo que Marcus no muerde. Pero no lo provoquéis, por si acaso.

No terminé la frase cuando Sophie ya estaba bordeando el coche.

—Yo voy delante —anunció, como si por gritarlo se hubiera ganado el puesto.

Marcus agarró el tirador de la puerta por dentro para que no pudiera abrir.

—Ni de broma. Este sitio es mío.

—Me mareo detrás —protestó ella, ofendida.

—Pues hoy te aguantas, princesa, y además, ni siquiera te conozco. No voy a dejarte el mejor sitio así porque sí.

Sophie abrió la boca para replicar… y decidió rematar por todo lo alto:

—Pues que se siente Olivia delante, ¿no? Que es la novia de Adrián. Es lo lógico.

El silencio cayó tan brusco que hasta se escuchó el motor del coche ajustar el ralentí. Olivia se quedó paralizada con la mano aún en la puerta. Marcus y yo giramos la cabeza a la vez. Sophie sonreía como si hubiera resuelto un problema matemático.

—Subid al coche —ordené antes de que aquello escalara hasta transformarse en una reunión familiar incómoda.

Sophie entró detrás resoplando; Olivia intentaba evaporarse; y Marcus se resbaló por el asiento del copiloto como si acabara de ganar una batalla al Risk.

«Me encanta ese juego de mesa».

Una vez todos dentro, el coche se convirtió en un caos rodante: Marcus soltando comentarios; Sophie contraatacando sin filtro; Olivia en modo *tierra, trágame*… y yo intentando no mirarla cada dos malditos segundos por el retrovisor.

Una vez llegamos al estadio y nos acomodaron en los asientos de siempre, los ánimos entre todos se habían calmado un poco más. Olivia, Sophie y Marcus admiraban con disimulo cada rincón.

Olivia estaba a mi lado, le había prestado mi gorra y llevaba el pelo escapándose por los lados y una expresión en la cara que dejaba claro lo mucho que estaba disfrutando.

A mi otro lado, Marcus hablaba sin parar, intentando convencer a Sophie de que el béisbol era «un deporte de estrategia y no de suerte».

—Sí, claro, la estrategia de pasar tres horas viendo a hombres rascarse el culo con pantalón blanco —contestó ella, mordiendo una patata frita.

—Eso es parte del ritual. No todos entienden el arte —replicó Marcus, con una sonrisa ladeada.

Contuve una carcajada. Sí que eran dinamita los dos; un tipo de dinamita que rezaba para no tener que desactivar después.

—¿Y tú? —me preguntó Olivia, rozando mi brazo para llamar mi atención—. ¿Eres *«team* estrategia» o *«team* pantalones ajustados»?

—Soy del *team* que piensa que estos dos van a matarse —dije sin filtro.

—Pues entonces estoy en tu equipo —dijo ella, dejándose caer en mi hombro.

Y verla mirarme de vuelta, con ese brillo nuevo en los ojos, me dejó sin mis muros de defensa.

Sophie carraspeó de forma teatral.

—No quiero ser indiscreta, pero estáis haciendo ojitos encima de mis nachos.

Olivia le devolvió el golpe con una sonrisa. Marcus fingió indignación. Y yo no pude evitar reírme, porque por primera vez en días me sentía… ligero. Sentía que el hospital, las guardias, el agotamiento… todo se hubiera quedado en otra vida.

Cuando cayó el atardecer y encendieron las luces del estadio, me quité la chaqueta y se la tendí a Olivia. No porque tuviera frío —aunque lo tenía—. Me gustaba protegerla, cuidarla. No era frágil; era todo lo contrario. Resistente, y a la vez rebosaba una ternura que no enseñaba a cualquiera. Y quizá por eso, porque no regalaba esa parte de ella, me temblaba un poco el pulso cada vez que me la mostraba a mí.

Durante el descanso del partido me levanté del asiento para estirar las piernas y le tendí la mano a Olivia para que me siguiera, mientras Sophie y Marcus seguían discutiendo acerca de una bola mal bateada, como si trataran de conseguir la paz mundial mientras bebían cerveza de sus gorras con pajita.

—Deberíamos dejarles solos. Quiero que veas algo.

—¿Y perdernos eso? Ni loca —bromeó.

Pero sonrió y se levantó para acompañarme, tendiéndome la mano. Olivia siempre parecía medir bien sus pasos, sin dejar nada al azar, así que verla reaccionar con esa naturalidad me pilló un poco fuera de juego. Le ajusté la gorra, más por buscar una excusa para volver a tocarla que por necesidad y eché a andar, consciente de que la gente empezaba a volver a sus asientos y de que quizá no teníamos demasiado tiempo antes de que el descanso terminase.

Al llegar al pasillo, Olivia se acomodó la chaqueta en los hombros y me miró de lado, intentando averiguar el motivo real de aquella huida.

—Vale, habla —dijo—. ¿Qué es eso que querías enseñarme?

Me apoyé en la barandilla y señalé hacia el extremo del pasillo, donde un grupo de niños hacía cola delante de la enorme máquina de bateo que habían montado para el descanso.

—Eso —respondí.

Olivia soltó una risa que casi me obligó a sonreír.

—Así que me sacas del campo para que vea cómo unos críos se dan pelotazos. Muy romántico.

—No te he sacado por eso. Lo que quiero enseñarte está detrás. Acompáñame —dije, inclinándome hacia ella.

Caminamos entre la gente, rodeando la máquina, hasta una puerta metálica que pasaba desapercibida entre carteles y cajas de refrescos. La empujé con la naturalidad de quien ha entrado ahí mil veces.

—¿Qué es esto?

—Una de las salas de trofeos del club —expliqué.

Dentro olía a madera vieja y a barniz. Había vitrinas llenas de copas, fotografías de equipos pasados, camisetas firmadas y un par de cascos descoloridos por el tiempo. Olivia avanzó despacio, mirando alrededor como si no supiera dónde fijarse primero.

—¿Y tú cómo…? —empezó a preguntar.

—Porque me he criado aquí —respondí antes de que terminara.

La guie hasta un pequeño mural al fondo, un *collage* de recortes y fotos de distintas épocas. Señalé una imagen en la que aparecían dos niños: uno sonriente, alto para su edad, con una medalla colgando del cuello; y otro más pequeño a su lado, sujetándole la gorra, orgulloso.

—Ese de ahí es Iván —dije, tocando la foto—. Mi hermano. Ganó un campeonato estatal en la Senior League. Y el enano de al lado soy yo.

Olivia se acercó un poco más.

—Estás… muy pequeño.

—Di el estirón a los veinte —me burlé—. Y pasé parte de mi infancia persiguiéndolo por aquí. Era nuestro lugar seguro cuando llegamos al país. Le iba bien, muy bien. Los entrenadores decían que tenía cabeza para jugar. Pero se lesionó antes de poder convertirse en jugador profesional. Y entre eso y… —Hice un gesto con la mano, intentando espantar algo invisible— las circunstancias de la vida, lo dejó.

—¿Circunstancias? —preguntó en voz baja.

—Cosas que ya no importan —mentí, porque importaban más de lo que quería admitir.

—Entonces por eso te invitan a la zona VIP.

—Sí. A Iván le gusta volver de vez en cuando. Dice que es para «ver a los colegas», pero yo sé que… bueno, que le duele un poco. Perder algo que pensabas que era tu sitio siempre duele, aunque lo tapes con bromas, como suele hacer él. Así que yo lo acompaño las veces que no se inventa excusas para no venir, como hoy. —Me encogí de hombros.

Intenté que mis pensamientos no se fueran muy lejos. Quería disfrutar cada momento con ella, empaparme de todo lo que quisiera compartir conmigo. No hablar de mi pasado. Así que salimos de la sala de trofeos dejando atrás ese recuerdo que nunca quise que sonara triste.

Caminamos hacia la barra para pedir algo de comer y un par de bebidas. La cola era larga, así que nos quedamos allí esperando, rodeados de ruido, gente y olor a comida caliente.

Me acerqué por detrás y la abracé por la cintura, agachándome lo justo para apoyar la barbilla en su hombro. Olivia apoyó su cara sobre la mía en un gesto demasiado dulce y luego la sentí relajarse contra mí. Besé la curva de su cuello, un gesto rápido, casi discreto, pero suficiente para que ella soltara un suspiro que me obligó a detenerme.

Se giró sin decir nada, colocó los brazos alrededor de mi cuello y me besó. Esta vez menos despacio. Más segura. Su boca sabía a algo dulce que llevaba demasiado tiempo sin sentir cerca.

El beso empezó siendo un impulso y terminó siendo una necesidad. Así que tiré con suavidad de su brazo, alejándola de la fila sin que protestara. Ella me siguió sin soltarme, con una mirada pícara pero arrebatadora.

La megafonía anunció que el partido estaba a punto de reanudarse y la gente comenzó a volver a sus asientos, despejando los pasillos. Avanzamos entre la bulla, con prisa, en el sentido contrario, hasta que el ruido quedó atrás. Me dirigí a un pasillo más estrecho, uno que conocía demasiado bien por haberlo recorrido desde niño. La luz empezaba a apagarse en ese tramo; quedaba solo la tenue de emergencia, suficiente para vernos, pero no para que nadie más reparara en nosotros.

Llegamos al final del pasillo. Abrí una puerta lateral que siempre quedaba mal cerrada, la misma que Iván y yo descubrimos de pequeños mientras buscábamos un baño.

—¿Qué haces? —susurró Olivia, divertida.

—Ven, es solo un momento —dije, empujándola dentro conmigo.

Era el cuartito de limpieza de siempre: estanterías llenas de cajas, fregonas apoyadas en un cubo y un olor a lejía que no combinaba con nada de lo que estaba a punto de pasar allí. Cerré la puerta con el hombro y el ruido del estadio desapareció por completo.

Olivia me miró como si acabara de contarle un secreto que no tenía derecho a conocer. No hizo falta decir nada más. Giré su gorra y la besé; ella respondió con tanta decisión que me empujó suavemente contra una de las paredes. Se agarró a mi camiseta y me atrajo más, sin dejar hueco entre nosotros.

Mi mano bajó por su espalda casi sin darme cuenta, encontrando la curva firme de su culo. Olivia suspiró contra mi boca y me agarró del cuello para profundizar el beso. La otra mano se deslizó por su costado y mis dedos rozaron el borde de su pecho cuando ella se movió hacia mí, marcando el contacto ella misma, como si hubiera estado esperando ese gesto.

Su respiración chocaba con la mía en un espacio ridículo, pero suficiente para dos personas que no tenían ninguna intención de separarse. Ella me buscaba, yo la seguía, y la pared detrás tembló cuando la pegué un poco más. Mi mano desabrochó su pantalón y deslicé los dedos por dentro de la tela de encaje, notando su piel caliente y cómo ella se tensaba bajo mi roce.

Soltó un gemido ahogado que me incendió y presionó contra mí como si necesitara más contacto del que yo podía darle entre esas estanterías.

Noté cómo su respiración se aceleraba, cómo me buscaba con movimientos cortos, desesperados, y yo sentí como si la habitación, la gente y el maldito partido de fuera hubieran dejado de existir.

La sostuve de la cadera, guiándola hacia mí, marcando el ritmo que ninguno de los dos estaba diciendo en voz alta. Sentí cómo se estremecía, cómo me atrapaba con las manos mientras me besaba y me obligaba a acercarme más, a seguir, a no frenar el movimiento de mi mano.

Entonces, la puerta chirrió.

Me moví tan rápido para ocultarla que casi tiro una caja del estante.

Un joven empleado del estadio entró con un cubo en la mano y se quedó paralizado al vernos allí, respirando como si hubiéramos corrido una maratón.

—Eh… perdón, yo… solo necesitaba esto —balbuceó mientras recogía algunos productos sin levantar la vista.

—Sí, claro, ya nos íbamos —dije, intentando recuperar la dignidad que había perdido unos segundos antes.

Olivia se tapó la boca para aguantar la risa. El chico cerró la puerta lo más rápido que pudo.

Un par de minutos después, salimos al pasillo como dos criminales que no saben esconder las pruebas del delito. Caminamos a paso ligero hacia las gradas sin tocarnos, pero con un brillo en los ojos que nos unía con cuerdas invisibles. Cada vez que rozábamos los brazos —aunque fuera por esquivar a alguien— sentía una descarga, como si aún estuviéramos dentro de ese cuartito.

Olivia se arregló el pelo bajo mi gorra y me lanzó una mirada rápida, de esas que parecen fugaces pero que te dejan sin equilibrio.

Cuando empezamos a subir los escalones, escuché a lo lejos la voz de Sophie soltando alguna queja sobre el árbitro y a Marcus replicándole con su sabiduría inventada.

Teníamos tiempo para recomponernos. O eso pensé.

—¿De dónde venís? —preguntó Sophie en cuanto nos vio acercarnos. Parecía llevar horas esperándonos.

—Fuimos a por agua —solté, aunque ninguno de los dos llevaba nada en las manos.

—Ya… claro —respondió Marcus, levantando una ceja—. Y os la bebisteis toda porque os entró calor.

Olivia reprimió una risa que me dio la estocada final. Nos sentamos, ella a mi lado, exactamente igual que antes, solo que nada era igual.

Su muslo rozando el mío ya no era casualidad; no después de cómo me había agarrado en aquel cuarto. Intenté centrarme en el partido, en el marcador, en cualquier cosa que no fuera su respiración tan cerca de mi oído, pero era inútil.

Unos segundos después, sin mirar siquiera en mi dirección, Olivia apoyó la punta de sus dedos en mi rodilla.

30

Secuestro frente al Hudson

OLIVIA

Llevaba varias horas en la oficina revisando cláusulas y corrigiendo cifras.

En la pantalla tenía un contrato abierto con el mánager de una aerolínea que llevaba tres días dándome largas. Había exigido acceso prioritario a pistas internacionales y no dejaba de enviarme mensajes diciendo que «en su nivel, el tiempo valía más que el combustible que gastaban mis vuelos».

Me mordí la lengua para no responderle que el tiempo de todos valía lo mismo, aunque él no lo creyera.

Mientras ajustaba una tabla de costes, la puerta se abrió de repente. Adrián apareció y se apoyó en el mostrador central, con el uniforme del hospital todavía puesto y la tarjeta de identificación colgando del bolsillo. No entendía cómo podía estar aquí con esa energía cuando llevaba días encadenando guardias interminables. Yo, en cambio, después de cinco horas negociando con intermediarios que se creían más importantes de lo que eran, ya me estaba ahogando en un vaso de agua.

Cada vez que él entraba —y lo hacía a menudo, cuando conseguía escaparse un rato o cuando se tomaba un café en Bluestone Lane fingiendo que no sabía que me encontraría allí—, la oficina cambiaba de ritmo. Era una suerte que el NYU Langone quedase a pocas manzanas de allí. No sé cómo lo hacía, pero tenía una forma de colocarse que hacía que todo el mundo lo mirara como si llevara la palabra autoridad tatuada en la frente. Saludó a todos mis compañeros, que también estaban enfrascados en sus asuntos.

—¿Olivia, tienes la tarde libre? —me preguntó desde una distancia prudente para que todos pudieran escuchar esa pregunta, como si fuera lo más normal del mundo.

Miré a Linna, mi jefa, esperando que me frenara, que preguntara algo, que hiciera cualquier gesto que indicara que aún necesitaba que terminara el informe financiero. Pero no levantó ni la cabeza del ordenador cuando dijo:

—Mañana quiero la tabla de datos en mi escritorio, si la tienes, puedes irte.

Y así, sin más, quedé libre de mi turno de tarde gracias a una frase suya y a la total indiferencia de mi jefa. Que estuviésemos en medio de una gran contratación con el NYU Langone para el retiro de los médicos colocaba a Adrián en un cliente PREMIUM para la oficina y, por consecuencia, yo me estaba aprovechando de la situación mientras me escaqueaba del trabajo más de lo debido.

—¿A dónde vamos? —le pregunté mientras salíamos del edificio—. Y, por cierto, tienes que explicarme qué muñeco vudú usas con mi jefa para que haga siempre lo que dices.

—¿Vudú? —Sonrió, dando por sentado lo evidente—. Es por el uniforme, Olivia.

—¿En serio lo piensas?

—Claro. ¿Por qué crees que me lo he dejado puesto? —Me guiñó un ojo, señalando su acreditación, como si llevar la tarjeta del hospital colgando fuera parte de un plan que yo aún no había pillado.

—Te voy a llevar de viaje —dijo al final, muy orgulloso de su decisión.

Me quedé quieta en mitad de la avenida.

—Tranquila, tendrás ese informe mañana en su mesa. O quizá pasado mañana si no consigo separarme de ti antes —se burló, porque sabía a la perfección que no me iba a dejar que me encerrase a trabajar.

Pasamos por el hospital para que se cambiara. Tardó menos de cinco minutos, lo justo para confirmar que había venido a verme con el uniforme a propósito.

Cuando salió en vaqueros y sudadera, y con el pelo húmedo por el agua del lavabo, supe que algo estaba tramando.

Subimos a su coche y arrancamos hacia la autopista. Yo, por inercia, empecé a buscar pistas del destino por la ventanilla, pero lo único que veía eran señales que no me decían nada. Hasta que, levantando una pequeña manta de cuadros del asiento trasero, encontré una cesta de picnic muy bien organizada, pero no me dejó cotillear mucho más. Ni se molestó en mirar atrás; solo sonrió, como si hubiera esperado que la encontrara en algún momento.

—No mires tanto, que me vas a estropear la sorpresa.

Puse los ojos en blanco, aunque la sonrisa se me escapó igual. Me volví a acomodar en el asiento, pendiente de las señales de tráfico para no perder ninguna pista. Por lo que pude ir descubriendo, íbamos rumbo a Cold Spring, NY, un pueblo junto al río, con senderos entre montañas, miradores y praderas. Yo nunca había estado allí, pero conocía la zona y sabía que era perfecta para desaparecer un rato del caos de la ciudad.

Conecté mi móvil a la radio del coche.

—El copiloto es el que elige la música, te sabes la norma, ¿eh? ¿Qué vas a poner? —curioseó rápidamente mi teléfono, a la vez que mantenía los ojos en la carretera.

—Mi lista de *Good Vibes*.

—¿Eso existe?

—Claro. Es mi lista para dejarse llevar cuando te secuestran sin previo aviso, así que no te quejes, porque es de las mejores.

Los primeros acordes empezaron suaves, con notas de piano. Sonaba *Mysterious Girl*, de Damiano David. Él me miró de repente al reconocer la canción y subió el volumen, golpeando el volante con los dedos mientras tarareaba: *our love isn't toxic, baby, oh, it's intoxicating*… Mientras la ciudad quedaba atrás, me di cuenta de cómo había cambiado en tan poco tiempo y sentí que en realidad «todo mejoraba cuando estábamos cerca».

Al llegar a Cold Spring, Adrián aparcó cerca del Little Stony Point Overlook, un mirador sencillo pero precioso, con una valla de madera, un par de bancos desgastados por la lluvia y una vista impresionante del río Hudson que parecía pintada.

Aparcó junto al inicio del sendero y bajamos del coche. Adrián abrió la puerta trasera para coger la cesta de picnic y la manta, y yo fui a ayudarle porque, sinceramente, aquello tenía pinta de pesar como si hubiera metido medio supermercado dentro.

—Déjame que te ayude —le dije, estirando la mano para sujetar una de las asas laterales.

Me miró divertido, y cuando nuestros dedos se rozaron, levantó la mirada hacia mí. Bastó ese instante para que se le suavizara la expresión, como si hubiera estado esperando una excusa mínima para acercarse. Tiró un poco hacia él de la cesta que yo también tenía agarrada, obligándome a dar un paso más. Me besó ahí mismo, entre los árboles y el coche, con el aire frío rozándonos la cara y ese silencio de bosque que hace que todo parezca más íntimo. Un beso lento, demasiado, que me hizo sentir un cosquilleo en el vientre.

—Ahora sí —murmuró contra mi boca, antes de apartarse—. Podemos irnos.

Me reacomodé la bufanda, intentando aparentar normalidad mientras él cogía el resto de las cosas del coche.

Nos dirigimos a la zona del picnic mientras el viento movía las hojas de los árboles y la luz se filtraba entre las ramas. La cesta pesaba, sí, pero entre los dos llegamos sin problema, y para cuando extendimos la manta, la sensación era la misma que había tenido en el coche: esa especie de burbuja donde el mundo solo nos contemplaba a nosotros.

—No es nada del otro mundo —dijo, acomodando la manta y las bolsas sobre un banco cercano—, pero me apetecía sacarte de la ciudad y ver este anochecer contigo.

El aire olía a pino y la sensación del agua fría y las hojas otoñales que decoraban el suelo creaba un ambiente acogedor. A nuestro alrededor pasaba gente paseando perros, un par de ciclistas subían las cuestas y había esa tranquilidad que solo existe lejos de Manhattan.

Estuvimos charlando y poniéndonos al día del hospital, de mi jefa, de la cantidad absurda de correos que me esperarían mañana. Y luego, como si fuera lo más normal, mencionó lo del retiro.

—Me han dicho que ya está todo cerrado para el equipo de Urgencias del Langone —dijo mientras abría un táper con algo que parecían empanadillas —. Tenéis carta blanca para organizar lo que queráis, están entusiasmados con la idea.

—Sí, estamos en ello. No sabes lo que significa eso para mí. Muchas gracias —respondí.

Esa era una noticia que nos había llegado a la oficina hacía relativamente poco tiempo porque estábamos a la espera de que aceptasen los presupuestos y los permisos.

—Yo no he hecho nada, ahora el trabajo duro te toca hacerlo a ti —replicó, quitándose una pelusa imaginaria del pantalón mientras disimulaba que no le había afectado mi entusiasmo.

—Bueno, pero si no hubieras estado ahí, quizá no hubiese salido adelante. Es un gran proyecto que nos abrirá tanto a la oficina como a mí muchas puertas.

Se encogió de hombros, incómodo ante cualquier mérito que le tocara directamente.

Probé un bocado de lo que había preparado —algo con especias y pollo— y asentí, porque esa modestia suya tenía algo de real y algo de cabezonería, y sabía que no iba a ganar esta batalla.

—Por cierto, he pensado que quizá puedan alojarse en el hotel de Sophie, tiene unas instalaciones maravillosas y está acondicionado para todas las actividades que tenemos en mente —añadí—. No está en medio de la montaña, pero si se plantea bien puede ser una experiencia de lo más relajante. Ha sido una idea que se me ha ocurrido a última hora, aunque aún no hay nada decidido. Con ella al mando, no les va a faltar nada.

—Eso sí es verdad —dijo Adrián, riéndose por lo bajo mientras bebía de su vaso de plástico—. Sophie puede con todo. Y con todos.

—El tema es la fecha, he pensado retrasarlos unos seis meses más o menos. Si me pongo con ello ahora, me encontraré con muchos problemas de agenda, salones reservados y actividades imposibles de planificar con tan poca antelación —dije, cruzándome de piernas y acomodándome más cerca suya—. Además, prefiero que haga mejor tiempo, quizá primavera o verano, y así disfrutar de los talleres al aire libre.

Adrián asintió satisfecho con un brillo en los ojos que reflejaba emoción. Se incorporó un poco y sacó algo de la mochila que había dejado junto a la manta. Era la cámara de fotos, la de su padre. Esa de la que hablaba con tanto cariño cada vez que tenía la oportunidad.

—¿Has traído tu cámara? —pregunté, aunque la respuesta era evidente.

—Siempre la llevo cuando salgo de la ciudad —dijo, ajustando el objetivo con demasiado mimo.

Empezó a disparar como si quisiera atrapar ese mismo instante. Fotografió el cielo encendiéndose en naranja, el reflejo del Hudson, la forma en que el viento levantaba la esquina de la manta. Y luego me fotografió a mí.

Sin decir nada, como si yo formara parte del paisaje y fuera lo más lógico del mundo. Me hizo una foto mientras bebía del termo; otra cuando subí la vista al mirador; otra cuando me reí de una tontería que acababa de contar. Imágenes rápidas, sinceras y sin poses. De esas que parecen sacadas de Pinterest porque no están pensadas, solo capturadas.

—¿No te cansas de hacerme fotos? —pregunté entre bromas.

Cuando tenía la cámara en las manos se le notaba cómodo, ilusionado, como un niño con zapatos nuevos.

—No —respondió sin apartar la vista del visor. Lo dijo como quien dice un dato objetivo. Como decir «hoy hace frío» o «esto está bueno». Con una seriedad de la que ya me había encariñado. Sin querer impresionar a nadie, tan seguro de él, tan seguro de mí.

Siguió un rato más, haciendo alguna foto a la montaña y al agua, pero aun así sabía —se nota cuando alguien mira así— que estaba intentando disfrutar el momento. Volvió a guardarla justo cuando el viento cambió, anunciando que la luz estaba a punto de irse.

El anochecer fue precioso, sin embargo, el frío empezó a colarse por la ropa hasta congelarnos los huesos, así que recogimos todo y volvimos al coche. La vista había sido increíble y el lugar tenía algo casi mágico, pero lo que de verdad se quedó conmigo fue el trayecto entre la ida y la vuelta: no teníamos interrupciones, ni llamadas, ni urgencias. Solo la carretera, la música baja y nosotros dos en un espacio pequeño donde nadie podía molestarnos.

Ese rato —sin prisas y sin ruido— fue más especial que cualquier mirador.

Ya de camino a la ciudad, Adrián empezó a contarme anécdotas de urgencias que me hicieron olvidar por completo la cantidad de trabajo que había dejado sin hacer hoy y que me esperaba al día siguiente.

—El otro día entró un tipo con una sartén enganchada a la mano —dijo, riéndose—. Tenía gran parte de la mano dentro del orificio que tiene el mango. No quiso decirnos cómo había pasado, pero su mujer lo miraba con una cara que sabía a la perfección lo que había ocurrido.

—¿Y cómo se la quitasteis?

—Con aceite y mucha paciencia —respondió—. Marcus casi le rompe la muñeca tirando.

Mientras él seguía hablando, aproveché para terminar el informe que mi jefa quería para mañana. Retocaba las últimas cifras, revisaba un par de cláusulas y envié el documento al servidor de la empresa.

—Listo. Terminado —murmuré, guardando el portátil en la mochila.

—¿Te quedas en mi casa y pedimos algo de cenar, entonces?

Sonó informal, casual… esa forma suya de proponer planes como si fueran inevitables.

—¿Es que aún no te cansas de mí? —respondí casi orgullosa por su interés.

—A veces —dijo con una seriedad completamente falsa—, pero solo cuando tus planes tienen que estar apuntado punto por punto en tu agenda. Es complicado luchar contra ella. Escríbelo si quieres.

Sacó un bolígrafo de la guantera y me lo pasó para que pudiese anotar.

—Mira que eres tonto —le solté, empujándolo con el hombro, sin intentar disimular la sonrisa.

Llegamos a Manhattan con el cielo ya oscuro y el tráfico más fluido de la noche. Aparcó cerca de su edificio y subimos. Su apartamento estaba igual que la primera vez que vine: ordenado, pero vivido. Esta vez había más libros abiertos en la mesa del salón y una manta estaba revuelta en el sofá como si hubiese dormido allí en algún descanso del turno.

Sobre una cómoda pude ver una hilera de fotografías que aún no había enmarcado: él con su hermano de pequeños, otra con un grupo de compañeros del hospital en lo que parecía una cena antigua de Navidad, y alguna más que contaba fragmentos de su vida sin necesidad de palabras. Me quedé un instante quieta, con la sensación inesperada de que, sin haberlo planeado, me estaba dejando entrar en un lugar mucho más profundo que su casa.

31

Entre mantas y verdades

ADRIÁN

Olivia dejó su bolso en el perchero nada más entrar y yo lancé las llaves al cuenco de la entrada como hacía siempre. Me gustaba verla cruzar la puerta como si mi apartamento fuese un espacio que podía habitar sin pedir permiso. A pesar del tiempo que pasamos con la calefacción en el viaje de vuelta, seguía con las mejillas rojas por el aire del río y el pelo un poco revuelto, pero aun así tenía ese brillo cansado y feliz que tanto me gustaba.

—¿Tienes hambre? —pregunté, dejándome caer en el respaldo del sofá.

—Mucha.

—Perfecto, entonces afrontemos una cuestión existencial: ¿comida china o comida tailandesa?

—Me da igual… ¿tailandesa?

—Incorrecto —dije, con la seriedad más falsa que pude—. La respuesta correcta es china, siempre china.

—¿Y entonces para qué preguntas?

—Para discutir un rato contigo —respondí, inclinándome lo suficiente como para rozarle la sien con la nariz.

Ella sonrió y bajó la mirada, pero ese gesto ligero fue más que suficiente para desarmarme. Me acerqué y le robé un beso rápido, casi una interrupción. Solo para recordarle —y recordarme— que llevábamos todo el día buscando excusas para acercarnos.

Me separé un poco.

—Pediré lo que prefieras, ya lo sabes, aunque tengas un gusto pésimo eligiendo comida —añadí.

—Ahora sí que quiero tailandesa —dijo ella, divertida.

Fui a por el móvil para llamar, pero me giré al verla frotarse los brazos. El frío se le había quedado pegado bajo la piel.

—Si quieres darte una ducha caliente, adelante —le ofrecí—. Puedo dejarte algo de ropa. Seguro que algo hay por ahí. Ponte cómoda.

Ella alzó una ceja, mirándome con esa picardía que me volvía loco.

—¿Está intentando que me quite la ropa, doctor?

—No, ya sabes que prefiero quitártela yo —dije, acercándome con calma de nuevo, casi en voz baja.

Ella se quedó quieta, pero no apartó la mirada. A menudo me hacía sentir que estaba a punto de besarme o de reírse de mí. Y, sinceramente, cualquiera de las dos me servía.

—Adrián… —susurró, como si fuese una advertencia.

—¿Qué? —pregunté, apoyando una mano en su cadera, acercándome demasiado.

—Que luego dices que soy yo la que provoca.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —contesté, simulando estar confundido, pero sin alejarme nada—. Aunque no voy a negarlo porque sí que me provocas demasiado.

Rozó mi pecho con la mano para apartarme, pero no lo hizo con fuerza, fue más bien un gesto simbólico, casi tierno, como si necesitara tocarme para poder alejarme, pero sin dar ni un solo paso atrás.

—Vaaaaale, voy a darme una ducha —dijo al fin, mirándome a los ojos, como si necesitara decírselo a ella misma para moverse.

—Perfecto. Yo voy a esperarte aquí mismo. Sin moverme. Ni siquiera voy a ir detrás de ti cuando entres en el baño.

Me dio un empujón suave con la mano en el estómago para obligarme a apartarme un poco, pero justo cuando pasó a mi lado, la agarré de la

muñeca. Muy leve. Como quien detiene un pensamiento más que un movimiento.

—Olivia.

Se volvió. No dije nada. Solo la miré. A veces era suficiente; otras, un problema. Esta vez fue ambas cosas.

Ella dio un paso hacia mí, quizá porque la tenía cogida, quizá porque quería, y me besó antes de que yo pudiera hacerlo.

—Cinco minutos —murmuró contra mi boca.

—Se me van a hacer eternos —dije, soltándole la muñeca con una sonrisa que no pude disimular.

La vi caminar hacia el baño, moviendo la cabeza, simulando que estaba harta de mí, sin ocultar ese gesto traicionero en los labios. La puerta se cerró y escuché el sonido del agua empezar a caer unos segundos después.

Puse la calefacción más alta y me dirigí a la habitación para buscarle toallas limpias y algo de ropa con lo que pudiera sentirse cómoda. Llamé a la puerta del baño y entré solo lo justo para dejarle las cosas, mientras luchaba contra mis propios pensamientos, que me susurraban que retirara la cortina y entrara con ella en la ducha.

Para cuando la comida llegó, aún se veían restos de vapor escapando por debajo de la puerta del baño y, minutos después, Olivia apareció sujetándose el borde de la sudadera con las manos. Parecía necesitar esconderse un poco dentro de ella.

Solo llevaba aquella sudadera azul marina de SUNY Downstate Medical Center —donde me había formado como residente—, con el logo bordado en blanco: un escudo sencillo, rodeado por un anillo universitario y el nombre de la facultad en mayúsculas. Le quedaba enorme, cayéndole por un hombro y cubriéndole media pierna.

El pelo húmedo le caía sobre la clavícula, oscuro por el agua, y la cara la tenía completamente limpia, sin rastro de maquillaje. Eso dejaba ver sus pecas con mayor claridad, esas que siempre intentaba disimular, pero que eran lo primero en lo que me fijaba cuando la tenía así, sin defensas ni artificios.

Dios. Era preciosa, de una manera que me volvía lenta y desesperadamente loco.

—Te queda bien —dije, intentando que sonara casual y disimulando lo que en realidad me hacía sentir.

—Me queda enorme —respondió, encogiéndose dentro de la prenda.

Vino descalza hasta el sofá, arrastrando un poco los pies sobre la alfombra mientras se agarraba la tela que le caía por las manos. Tenía algo infantil ese gesto, pero había algo en ella que me encendía de una forma que no tenía nada de inocente.

Puse las bolsas de comida sobre la mesa, abrí una botella de vino que tenía guardada en la despensa y llené dos copas. Nos sentamos a cenar, hombro con hombro, con la tele apagada y la ciudad brillando al otro lado de las ventanas.

Cruzó las piernas sobre el sofá de una manera relajada y, al hacerlo, dejó entrever una cicatriz, una línea irregular y profunda que cruzaba el lateral de su muslo. No una de las que te haces en un resbalón o en una caída tonta. La piel estaba estirada de forma asimétrica: eso significaba puntos internos, sutura profunda y una reconstrucción que no debió de ser sencilla.

Caí en la cuenta de que eso era lo que llevaba oculto el otro día bajo la banda de compresión que no me dejó quitarle.

Me quedé mirándola más de lo que debería y Olivia lo notó.

Su expresión cambió en un parpadeo, como si de pronto se diera cuenta de que había estado demasiado cómoda y se le hubiese olvidado ocultarla.

Bajó la mirada, se mordió el labio y se abrazó las piernas para cubrirla, con la urgencia de esconder media vida bajo aquella tela.

Todo su cuerpo se tensó, igual que la primera vez.

—Lo siento —dije yo, demasiado rápido, sintiéndome culpable por haberla hecho sentirse expuesta.

—No te preocupes, estoy bien —respondió, aunque la rigidez en sus hombros decía lo contrario.

Me acerqué más y le besé la frente mientras la abrazaba, no tanto para consolarla como para dejar claro que no necesitaba esconderse de mí.

La cicatriz no me importaba en absoluto; lo único que me inquietaba era lo que provocaba en ella y ese empeño casi desesperado por ocultarla.

La cena fue estupenda. Cada vez que abría la boca descubría una faceta nueva que me atrapaba más: su forma de reírse con la cabeza un poco echada hacia atrás, su manera de picarme cuando sabía que llevaba razón o ese gesto inconsciente de tocarse el cuello cuando se ponía nerviosa.

Nos reímos, nos besamos, nos abrazamos en intervalos que no tenían ningún orden lógico. Pusimos algo en la tele solo para tener un ruido de fondo, pero ninguno de los dos le prestó atención; acabamos más pendientes de la piel del otro que de cualquier serie. Cada vez que

intentábamos centrarnos, alguno soltaba un comentario tonto o un roce demasiado largo y volvíamos a perdernos.

Había algo en ella —en su olor mezclado con mi jabón después de la ducha y en esa sudadera gigantesca que la hacía parecer peligrosamente mía — que me hacía imposible mantener las manos quietas.

Y ella respondía igual, con una urgencia lenta, pero casi desesperada.

Cada roce tenía un efecto hipnótico. Cada beso daba lugar a otro. Cada carcajada terminaba en un susurro pegado a mi cuello.

En algún punto la tele quedó olvidada, la comida fría y el tiempo reducido a la respiración acelerada que compartíamos.

Su boca se volvió más insistente, sus dedos recorrieron mi espalda como si surcaran un mapa que ya conocían, y mis manos se perdieron en sus curvas. Entre caricias que se volvieron más profundas, besos que ardían y ese deseo que nos llevaba a un ritmo lento pero imparable. Mis manos recorrieron sus caderas y, al deslizarse un poco más abajo, me di cuenta de que llevaba una diminuta ropa interior, por lo que podía notar cómo el calor de su piel se pegaba a la mía.

Olivia se arqueó un poco contra mí, como si ese gesto involuntario fuera una respuesta más sincera que cualquier palabra. Mi pulgar trazaba círculos por su piel suave y su respiración se volvió más irregular, más rápida, casi contradictoria con el ritmo lento al que la seguía acariciando.

Ella me devolvió el toque, deslizándolo bajo mi pantalón, pero sin quitármelo; parecía disfrutar del roce, como si fuera aún más intenso sentirme a través de la ropa. Sus dedos avanzaban despacio, aunque su cuerpo buscaba el mío con urgencia, como si ambos no supiéramos si queríamos perdernos deprisa o prolongar el deseo hasta el límite.

Ese contraste nos arrastró. A veces nos movíamos con rapidez, como si el tiempo fuera a acabarse de repente, aferrándonos el uno al otro, buscando más, queriendo fundirnos sin barreras. Y luego, sin previo aviso, todo se volvía lento. Sus caderas encajadas contra las mías, respirando hondo, como si hubiera decidido saborear cada milímetro de contacto mientras nuestras piernas se enredaban.

Terminamos tumbados en el sofá, agotados tras la plena batalla de caricias. Su cabeza quedó apoyada en mi hombro, su mano perdida aún bajo mi camiseta, y la mía descansando en su vientre, con el pulgar justo sobre ese borde que había aprendido a reconocer con el tacto.

Era más de medianoche cuando me di cuenta de que nos habíamos quedado dormidos en el sofá.

Olivia descansaba sobre mí, con su respiración tranquila y una manta cubriéndonos a los dos. Mi primer impulso fue despertarla y llevarla a la cama, pero estaba tan cómoda que cualquier movimiento habría sido una torpeza. Así que simplemente me quedé ahí, mirándola.

Mientras lo hacía, no pude evitar mirar la cicatriz en su muslo. Una línea que rompía la armonía de su piel, pero no su belleza.

Sentí un gesto reflejo —y estúpido, lo sabía— de querer borrarla con mis propias manos.

Acerqué los dedos y toqué la piel alrededor, siguiendo su contorno, apenas sin rozarla.

Se despertó. Pero esta vez no se tensó. Simplemente abrió los ojos y me miró con una calma que no esperaba, casi dormida aún.

—¿Sabes que es un poco acosador que me observes mientras duermo? —murmuró, con una voz ronca marcada por el cansancio.

No dije nada; solo la contemplé un rato más. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, mirándonos, parecía estar buscando el momento perfecto para empezar a hablar.

—Me la hice cuando murió —dijo, bajando la mirada hacia la cicatriz—. En el accidente. Daniel y yo íbamos juntos en el coche.

Sentí cómo el corazón me golpeaba el esternón. Una presión intensa, real, como si mi propio cuerpo intentara terminar de procesar lo que acababa de escuchar.

Daniel, su prometido. El hombre al que había llorado durante años. Ese que yo creía que había perdido en un accidente de tráfico… había muerto a centímetros de ella.

Me quedé en silencio. Cualquier palabra habría sido pobre, torpe e insuficiente. Así que hice lo único que podía hacer: escucharla. Dejar que hablara. Que soltara, poco a poco, los pedazos de un recuerdo que seguía doliendo demasiado. A veces lo más complicado era mostrar esas cicatrices internas, las que no se veían tan fácil como la que marcaba su piel.

—Veníamos de celebrar nuestro compromiso… —empezó, deteniéndose un instante, como si necesitara buscar fuerza para lo que estaba a punto de revivir—. Recuerdo que llovía muchísimo. Por eso nos quedamos un rato más en el restaurante.

Sus ojos se humedecieron al instante. Tomé su mano y la acerqué a mis labios, besándola con suavidad. No quería interrumpirla, sino decirle, sin palabras, que podía seguir… o parar. Que yo estaba aquí con ella y que no tenía que hacerlo sola.

—Fue una noche perfecta. —Esbozó una sonrisa frágil, rota por las lágrimas que ya le caían por las mejillas.

—Daniel era… el hombre más romántico y, a la vez, el más desastroso que he conocido en mi vida. Ese era su encanto.

Me moví un poco sobre mis brazos para acomodarla mejor.

—Ese día fuimos a cenar al restaurante donde un día nos conocimos por pura casualidad… Cuando me destrozó un traje de dos piezas Chanel azul marino que me habían regalado por mi primer ascenso en la agencia.

Un pequeño hilo de aire escapó entre sus labios, casi una risa.

—Por eso la noche de mi compromiso elegí llevar uno del mismo color. Y el anillo… —añadió, mirándose la mano como si aún lo llevara— también tenía ese tono de azul. Daniel no dejaba nada al azar. Todo tenía un significado para él.

La imagen de aquel anillo volvió a mi mente. La tenía grabada dentro desde el primer momento en que lo vi.

—No puedo contarte mucho más de lo que pasó cuando nos subimos al coche —murmuró, sorbiéndose las lágrimas—. Sé que cambiamos nuestra ruta habitual porque la lluvia había provocado retenciones en la zona alta de Manhattan, pero yo ni siquiera estaba prestando demasiada atención a la carretera. Creo… creo que tuvimos que coger un atajo.

Su voz empezó a quebrarse de nuevo.

—Y al coger una curva, solo recuerdo un volantazo, el coche derrapando… y el impacto contra el suelo.

Cerró los ojos con fuerza. Parecía que esa imagen se estuviese reproduciendo en su mente a tiempo real.

—No tengo un recuerdo nítido de lo que pasó. A veces lo confundo con lo que veo en mis pesadillas y ya no sé diferenciar qué fue real y qué no. —Abrió los ojos y los clavó en los míos—. Por eso los sueños… Los ataques… —Negó levemente con la cabeza—. Siento que quieren decirme algo, que hay algo que se me escapa. Pero cuanto más intento recordarlo, más desaparece.

Subí una mano hasta su pelo, deslizándola despacio, masajeando su cuero cabelludo para traerla de vuelta aquí.

El nudo en mi garganta estaba creciendo sin permiso. Su dolor empezaba a clavarse dentro de mí.

—Mi psicóloga dice que mi mente rellena los huecos, que no todo lo que recuerdo tiene que haber pasado en realidad.

Ya no me miraba. Ahora tenía la cabeza hundida contra mi pecho, y mi otra mano seguía aferrada a la suya, como si soltarla fuese dejarla caer.

—Cuando fui consciente de lo que había pasado, estaba tirada en la carretera mojada —continuó, con un hilo de voz—. Vi fuego a mi alrededor. Quizá fue el calor lo que me hizo darme cuenta. Pero no sentía nada. Intenté buscar a Daniel…

Su respiración se volvió irregular.

—Sentí a alguien acercarse. Pensé que serían él, o quizá los pasajeros del otro coche… pero luego me dijeron que no hubo ningún otro implicado. Que Daniel se salió de la carretera por la tormenta.

Soltó mi mano despacio. Sus dedos descendieron por su muslo hasta encontrar la cicatriz, aferrándose a ella con fuerza. La seguí sin pensar, recorriendo esa línea irregular, mal cerrada, cosida con prisa. *Demasiada prisa*. Intentando suavizar su propio roce. En ese momento entendí por qué siempre la llevaba tapada. Era un recordatorio constante de ese momento, que la llevaba de vuelta allí una y otra vez.

—Vi mucha sangre, en ese instante creí que iba a morir…

Ahora fui yo quien cerró los ojos.

—Debía de haber muerto —afirmó.

Su voz sonó más firme y volvió a entrelazar sus dedos con los míos.

—Perdí el conocimiento demasiado rápido, porque no recuerdo nada más. Ni siquiera sé si lo que te acabo de contar ocurrió así en realidad o mi mente lo ha ido intoxicando con cada pesadilla. Nadie supo con certeza lo que ocurrió.

Solo me quedó una última sensación —continuó muy despacio—. Una explosión. Y un peso sobre mí… presionándome.

Se tocó el pecho sin soltar mi mano.

—Luego… solo escucho silencio. Un silencio que llevo años sin saber llenar.

Ella apoyó la frente en mi clavícula mientras me contaba sus recuerdos y yo la envolví entre mis brazos con cuidado.

Solo quería sostenerla mientras dejaba de huir de su propio dolor.

Ese que llevaba dentro. Tan dentro como lo hacía yo.

32

Despertar sin ti

(Recuerdo de Olivia)

El pitido era constante, una aguja clavándose rítmicamente en mi sien. Abrí los ojos y la luz me golpeó sin aviso, obligándome a cerrarlos al instante. No sabía dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado, pero el olor a humo seguía ahí, pegado a las paredes de mi nariz, mezclado con otro más limpio, incluso artificial, como si hubieran intentado borrar lo ocurrido sin conseguirlo del todo.

Intenté mover la pierna. Y ese fue el primer error.

El dolor intenso me atravesó el cuerpo, obligándome a soltar el aire de golpe. Me quedé inmóvil, con los dedos tensos sobre la sábana, esperando a que pasara.

Ahí supe que estaba viva. Y durante unos segundos, mientras el techo giraba despacio sobre mí, no tuve claro si aquello era una buena noticia.

—Daniel… —salió de mi garganta.

O eso intenté, porque lo que escuché fue un sonido áspero, irreconocible, como si mi propia voz se hubiera quedado atrapada en algún punto del

camino.

Nadie respondió.

El silencio se fue alargando poco a poco, metiéndose en la habitación, llenándolo todo. Una enfermera se acercó y me tocó el brazo. Su tacto era firme, pero había algo en la forma en la que evitaba mirarme que me hizo tensarme.

Intenté incorporarme de nuevo, pero mi cuerpo no respondió. Pesaba demasiado, no lo sentía mío.

—¿Dónde está? —insistí, obligando a mi garganta a funcionar—. Daniel… iba conmigo en el coche. ¿Está bien?

El monitor seguía marcando su ritmo, ajeno a todo. Cada pitido me retumbaba dentro, sin dejarme siquiera escuchar mis propias palabras. La garganta me ardía. Tragué saliva y encontré solo sequedad y un sabor metálico que me dio arcadas.

—Estaba conmigo, ¿por qué no está aquí? —insistí mientras miraba a mi alrededor.

No entendía por qué nadie corría. Nadie salía de la habitación a buscarlo. A decirle que ya me había despertado, que quería verle.

Esperé a que alguien me diera una explicación.

Pero nadie hablaba.

Y entonces lo entendí. No hizo falta que nadie me dijese nada. Lo leí en su expresión. En aquella forma en la que me ajustaba el suero y me desenredaba los cables. Nadie se mueve así de tranquilo cuando todavía queda algo que salvar.

—No… —negué, primero despacio, luego con más fuerza, aunque el movimiento me hiciera daño—. No, no, no, no, no… No puede ser.

Esperé que me sacara de mi error. Que me dijera que estaba equivocada.

¿Por qué no hablaba? ¿Por qué no decía nada aquella maldita mujer?

Solo tenía que negarlo.

Me aferré a ese silencio como si fuera lo único que me mantenía allí. A que una puerta se abriera. A escuchar sus pasos en el pasillo, esa forma suya de caminar como si llegase tarde a todos lados. Pero el pasillo siguió en silencio.

Las manos empezaron a temblar sin control. Una sacudida interna que me recorría los brazos me subía al pecho y se quedaba atascado en la garganta.

Quise encogerme. Doblarme sobre mí misma, hacerme una bola y desaparecer dentro de mi propio cuerpo, pero el dolor me mantuvo clavada

a la cama, expuesta, obligada a sentir cada segundo de dolor interno y externo sin poder moverme.

—El doctor vendrá a hablar contigo en un momento, Olivia.

Mi nombre sonó desconocido en la voz de aquella enfermera que no me adelantaba información.

A lo lejos, como si hablaran de alguien que no era yo, escuché a los médicos decir algo relacionado con la herida de mi pierna. Cerré los ojos.

Y por un momento lo vi. Vi a Daniel dentro del coche, herido, gritando mi nombre. Abrí los ojos de golpe. Seguía en aquella habitación, vacía.

Lloré… lloré hasta que no pude más.

Los días después se desdibujaron. Solo sentía cortinas que se abrían y se cerraban. Voces que hablaban sin que yo las escuchara del todo. Manos que me ayudaban a sentarme, a dar pasos, a respirar sin que el pecho me ardiera por dentro.

Aprendí a caminar otra vez. A sostenerme de nuevo, a vivir una vida que no era la mía. Porque no era solo que él no estuviese. Era que todo lo que habíamos sido dejó de existir en el mismo instante en que el coche estalló por los aires.

Su nombre sigue aquí. En los silencios. En las noches en las que el sueño se confunde con la realidad y tardo unos segundos en recordar por qué me duele tanto respirar.

A veces me lo repito en voz baja, casi sin darme cuenta:

—En esta vida no pudo ser… Pero quizá podamos encontrarnos en la siguiente.

No sé si creía que eso fuese posible, pero necesitaba creerlo.

Porque mientras mi cuerpo cicatrizaba, mi mente seguía atrapada allí, en ese punto exacto donde todo terminó. Y nunca conseguiría salir.

33

La noche en la que todo ardió

ADRIÁN

A veces pienso que el destino tiene un sentido del humor especialmente retorcido, porque fue justo cuando empecé a creer que podía ser feliz de verdad cuando la vida decidió plantarse frente a mí.

Empeñada en recordarme de qué estaba hecho yo y de qué estaba hecha ella.

De todo lo que llevábamos años arrastrando por separado y que ahora empezaba a salir a la superficie.

En ese mismo instante, fui consciente de todas las cosas que no sabía que necesitaba hasta que apareció en mi vida y convirtió mi caos en algo parecido a la calma. Una calma que nunca supe pedir, que nunca creí merecer y que —ahora lo entendía— también era capaz de transformarse en mi mayor castigo.

Olivia hablaba con una serenidad cansada que solo tienen aquellas personas que han aprendido a convivir con el dolor sin dejar que los parta en dos.

Ajena por completo a lo que estaba despertando en mí su relato.

Mientras hablaba, mantuve mi cuerpo anclado al de ella.

Un músculo de la mandíbula se me tensó sin que pudiera evitarlo, como si mi propio cuerpo quisiera recordarme que seguir allí sentado tenía un precio.

La escuché sin interrumpir, pero por dentro estaba intentando no derrumbarme.

Cada vez que hacía una pausa para ordenar sus ideas, yo respiraba también; sentía que tenía que coger aire como el que va a sumergirse en el agua.

Por un instante pensé que seguía dormido, que aquello era una pesadilla mal hilada por mi subconsciente, una de esas en las que intentas convencerte de que nada es real.

Pero lo era. Era demasiado real.

Su voz daba justo en el punto que yo intentaba evitar. Mientras describía el giro brusco del coche o la forma en que las luces se fundieron en un destello blanco, algo en mí reaccionaba de forma automática. Mis dedos hacían un gesto casi imperceptible, como si aún intentara alcanzar el cinturón que no conseguí desabrochar aquella noche. El recuerdo de ese sonido —el clic que nunca llegó— resonó tan claro que tuve que parpadear para no quedarme atrapado ahí.

Fue un impacto fugaz en mi memoria, pero el efecto fue como el de una hemorragia lenta: de esas que empiezan en el estómago, suben como un ascenso frío hacia el pecho y te dejan sin aliento antes siquiera de poder reaccionar, porque sabes, con una certeza atroz, cuál va a ser tu final.

No hubo una frase concreta. No hubo una imagen definitiva. Fueron los detalles.

Pequeños puntos de luz que recordaba demasiado bien: la curva, el asfalto encharcado, el coche atravesado en mitad del cruce, las luces parpadeando para recordarme que estábamos allí.

Fragmentos que ella pronunciaba sin saber lo que significaban para mí y que, uno a uno, fueron encajando como piezas de un rompecabezas que llevaba años intentando completar.

Dijo *derrapó*, y lo escuché.

Dijo *explosión*, y la sentí de nuevo.

Y entonces añadió lo que terminó de desestabilizarme: que nadie consiguió explicar lo sucedido, que su supervivencia seguía sin lógica.

Se lo oí contar con esa sonrisa leve que usa cuando algo le duele tanto que solo puede disfrazarlo. Una sonrisa que siempre aparenta ser tranquila, pero que yo había aprendido a reconocer, porque esconde un dolor pasado, uno que nunca desapareció del todo.

Mientras la escuchaba, una parte seguía allí, en ese sofá, observando cómo apretaba mi mano para espantar el frío del recuerdo, y la otra me arrastraba sin remedio hacia aquella oscuridad desoladora donde recordaba mi propia voz, desesperada, intentando que alguien me respondiera.

Mi mente ya no estaba aquí con ella. No estaba en ese salón. No estaba sujetando su cuerpo mientras nos abrazábamos semidesnudos horas antes.

Y lo supe. Dios… claro que lo supe. Ya estaba muy lejos de Olivia. Tan lejos que probablemente no iba a poder regresar nunca.

Hubo un momento en el que ella se llevó la mano al cuello, como si un recuerdo afilado la hubiera tocado. Ese gesto me hundió. Me recordó cómo pasé mis dedos por ese mismo lugar mientras buscaba su pulso, con una urgencia desesperada de quien sabe que cada segundo cuenta y ninguno sobra.

Aparté la mirada, fingiendo acomodarme, para que no viera el temblor que se me había instalado en la garganta.

Cuando hablaba de oscuridad, yo sentía lo contrario: la luz temblorosa del móvil que usé para comprobar si seguían respirando, la lluvia golpeando el parabrisas destrozado, mis botas clavándose en el barro mientras intentaba abrir la puerta que no cedía. Todo volvía en ráfagas que no necesitaban permiso para reproducirse una y otra vez.

Ella no tenía ni idea.

No conocía la verdad completa. No tenía la respuesta que llevaba años buscando en silencio. Pero yo sí.

Podía rellenar cada laguna que dejaban sus palabras, reconstruir los segundos que ella no recordaba con la precisión exacta de quien estuvo allí.

Podía ver el coche deformado, oír el crujir de los cristales, sentir el calor del fuego acercándose.

Podía recordar la sensación de su sangre derramada por mis manos, la presión que tuve que ejercer en su pierna para intentar cortar la hemorragia.

Ese dolor que sentí en mi pecho cuando intenté salvar una vida que creía perdida mientras la otra se me estaba escapando.

Olivia hablaba desde la oscuridad.

Yo, desde el propio incendio.

34

Silencio administrativo

OLIVIA

Sabía que tarde o temprano iba a tener que contarle a Adrián cómo me hice la cicatriz del muslo. No era una historia que quisiera repetir; no porque me avergonzara de ella, sino porque parte de mí se quedaba todavía atrapada allí.

Yo solo estaba intentando alargar el momento. Estirar ese paréntesis que, sin pensarlo demasiado, me había permitido para estar con él.

Mientras hablaba, Adrián no dejaba de acariciarme el pelo. Era un gesto suave, constante, casi hipnótico, pero sus dedos se tensaban cada vez que avanzaba un poco más en mi relato. Noté cómo su mirada a veces se volvía fría, como si de pronto hubiese una distancia inmensa entre mis palabras y sus pensamientos.

Sentí cómo se perdía, cómo se dispersaba, cómo contenía algo dentro que parecía querer salir a borbotones mientras lo mantenía apretado entre los dientes, aunque se empeñó en disimularlo.

Y con esa tensión regresó un sentimiento que detestaba: la lástima.

La reconocí en mi interior antes incluso de verla en sus ojos. Era la misma que aparecía siempre que alguien conocía esa parte de mí.

Por eso había tardado tanto en contárselo. Por eso había querido alargar el momento, porque temía perder lo que habíamos creado en ese breve espacio donde todo parecía fácil.

En algún momento de la noche, mientras seguía apoyada contra él, me quedé dormida. Exhausta. Quizá por la confesión, quizá por todos esos sentimientos que habíamos vivido en ese día tan especial.

Cuando abrí los ojos no supe dónde estaba. El techo era distinto.

Parpadeé varias veces, intentando reconocer algún punto que me sirviera de referencia. Las sábanas olían a él —a ese aroma limpio que siempre asociaba con la seguridad—, pero tardé unos segundos en recordar que no estaba en mi casa.

Estaba en su habitación. Adrián me había llevado allí cuando me quedé dormida.

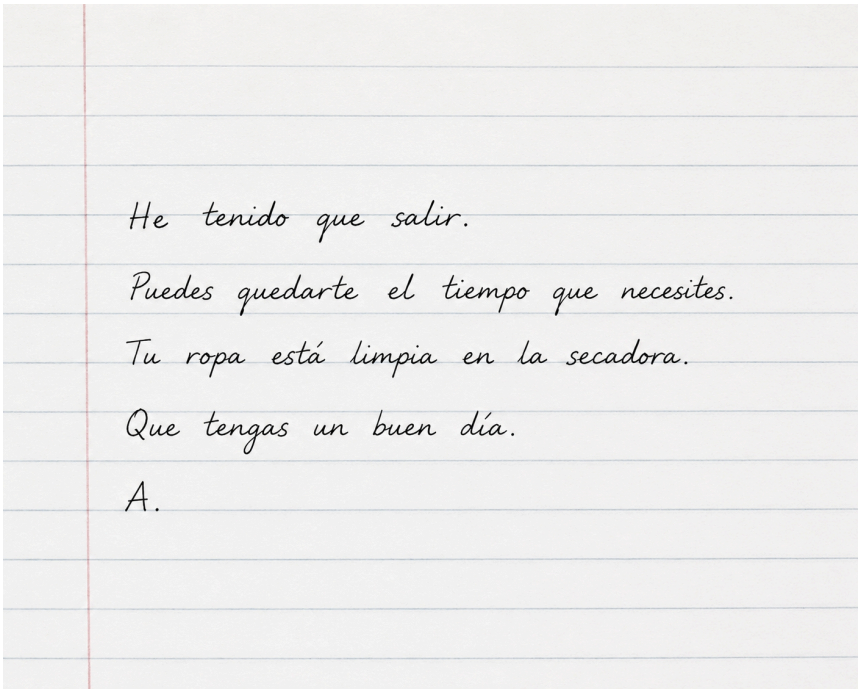
Me incorporé despacio; la sensación de no verlo a mi lado me dejó un vacío incómodo. Me levanté para buscarlo, pensando que quizá estuviera en la ducha o preparando café.

Solo quería abrazarlo. Solo quería sentir su seguridad rodeándome y recordarme que seguía a salvo, que no tenía que defenderme del pasado.

Pero no estaba.

Recorrí la casa despacio, descalza, con el pulso algo acelerado. No había ruidos en el baño. No había nadie en el salón. Y cuando entré en la cocina vi el desayuno preparado.

La cafetera lista para servir, un cuenco con fruta y una nota doblada junto al plato.



Me quedé un rato de pie, observando aquellas líneas que parecían tan sencillas y, a la vez, tan desconcertantes. Había algo extraño en ellas. No sabía si era preocupación, distancia o esa sensación extraña que se instala después de contar una verdad. Una que viene con demasiada carga.

Me llevé la mano al muslo por instinto, recorriendo con la yema de los dedos la cicatriz. Ese trazo irregular que marcaba el antes y el después de mi vida.

La casa de Adrián tenía esa calma que me relajaba, pero también estaba haciendo algo de tiempo por si volvía pronto. No recordaba que me hubiese dicho que tuviese que salir.

Cada objeto que metía en mi bolso me llevaba a pensar que había despertado sola en la habitación de Adrián sin saber cuándo había salido, cuánto tiempo llevaba fuera o por qué no me había despertado.

Terminé el desayuno despacio, apoyada en la encimera, dejando que el café se enfriara un poco antes de dar el último sorbo. Llevé el plato al fregadero, enjuagué la taza y pasé un paño por la superficie, igual que si fuese mi propia cocina.

No quería dejar nada fuera de lugar.

Luego me vestí, recogí mi ropa de la secadora, doblé la nota y me la guardé en el bolsillo.

Antes de irme, eché un último vistazo al salón: el cojín que él había movido la noche anterior seguía allí, un poco torcido. No lo toqué. Me dio la

sensación de que, si lo colocaba bien, borraría algo de todas las sensaciones que vivimos anoche.

Respiré hondo, cogí mis cosas y cerré la puerta detrás de mí.

Al llegar a casa me fui directa al dormitorio.

No podía volver a la oficina con la misma ropa del día anterior, no después de haber salido de allí con Adrián, así que abrí el armario y escogí el primer conjunto limpio que encontré.

Me duché rápido y recogí el pelo en un moño flojo.

Coloqué algunas prendas que estaban fuera de su sitio y cerré la ventana que había abierto al llegar. Repasé rápidamente los informes que tenía que entregar, metí el portátil en la funda y salí casi de inmediato.

Después de un rato le escribí:

Yo: Podías haberme despertado :) Gracias por el desayuno.

La respuesta llegó más tarde de lo normal, pero tampoco lo suficiente como para inquietarme.

Adrián: Espero que hayas dormido bien. De nada.

Me detuve un segundo mirando la pantalla, porque no era su manera habitual de contestar. Le faltaba… su tono, ese que siempre se cuela entre los mensajes, incluso en los cortos. El que me arranca conversaciones absurdas cuando ninguno de los dos quería despedirse todavía. Pero no pensé mucho más; tenía cosas que hacer.

En la oficina me metí de lleno en lo de siempre: respondí a los correos que se habían acumulado y actualicé una base de datos que parecía no tener fin. Entre una cosa y otra, el día fue avanzando sin que me diese cuenta.

A media tarde, mientras revisaba un contrato y esperaba que la impresora dejara de hacer ese ruido agónico que siempre hacía, le escribí de nuevo:

Yo: Si te apetece, luego puedo pasarme a verte. No tengo planes.

La respuesta llegó enseguida:

Adrián: Hoy me viene regular, tengo bastante lío.

Me quedé con el móvil entre los dedos unos instantes.

Otra vez… ese tono extraño.

Podía estar cansado, o realmente ocupado, o quizá era yo viendo cosas donde no las había.

Guardé el móvil en el cajón y seguí con lo mío. Terminé lo que tenía pendiente, hablé un par de minutos con Victoria sobre una reunión de la semana siguiente y ordené algunos papeles de mi mesa que llevaba tiempo aplazando.

Cuando el sol empezó a caer, le mandé un último mensaje, casi por inercia:

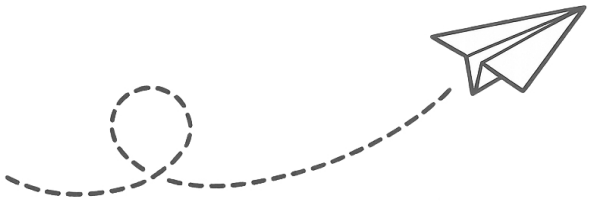
Yo: Espero que hayas tenido un buen día.

Esta vez no contestó. Ni en ese minuto ni en los siguientes.

Me quedé un instante con la pantalla encendida entre los dedos, como si pudiera hacer que vibrara solo con la mirada. Pero no pasó nada.

Pensé que estaría cansado, que mañana me escribiría él, que no había nada raro más allá de esa pequeña distancia que a veces tienen las personas cuando están metidas en mil cosas al mismo tiempo.

Solo eso, un leve desajuste.



A la mañana siguiente, me desperté antes de que el despertador sonara.

La habitación estaba aún medio a oscuras, con esa luz azulada que entra por las rendijas cuando la mañana todavía no termina de decidirse. Di vueltas y vueltas en la cama intentando averiguar por qué estaba despierta tan pronto, hasta que recordé los mensajes del día anterior.

Revisé el móvil y nada. Ningún mensaje suyo.

Al salir de mi habitación, Sophie estaba en el salón, sentada en el sofá con su desayuno apoyado en las rodillas y una revista abierta que estaba leyendo con un interés bastante sospechoso. Llevábamos un par de días sin coincidir en el apartamento —cada una con nuestros horarios, nuestros líos y nuestras vidas cruzándose sin tocarse del todo— y verla allí tan concentrada me hizo sonreír por dentro.

Por supuesto, no tenía intención de contarle nada.

Ni lo de Adrián, ni la noche anterior, ni la nota, ni los mensajes.

Sophie ya tenía bastante con sus propios dramas, como para añadirle los míos. Además, si le daba la más mínima pista, iba a enloquecer, a hacer teorías imposibles e intentar sacarme información a base de café y preguntas directas, como siempre hacía.

Pasé por su lado fingiendo normalidad, preparándome mentalmente para la inevitable frase suya tipo «cuéntamelo todo», pero, para mi sorpresa, no levantó la vista.

Estaba demasiado enfrascada en su revista. O fingiendo que lo estaba, que tampoco sería raro en ella.

—Buenos días —dije al aire, más enérgica de lo que pretendía.

—Mmm humm —respondió, sin apartar los ojos de la página.

La conozco demasiado bien.

Ese *mmm humm* no significaba que estuviera ocupada; significaba que estaba esperando a ver si yo decía algo más. Pero obvio que no dije nada.

Me serví un zumo, cogí mi bolso y me despedí con un gesto rápido.

No tenía cabeza para aguantar su radar emocional esa mañana y preferí huir antes de que detectara cualquier microexpresión que pudiera despertar su polígrafo interno.

En el fondo sabía que, tarde o temprano, se daría cuenta. Pero no iba a ser hoy.

Llegué a la oficina con la idea de que, si Adrián no me escribía antes del mediodía, le mandaría yo un último mensaje casual, sin presión.

Me puse con unos presupuestos que había dejado a medias, me pasé demasiado tiempo al teléfono con el representante de un grupo de excursionistas e hice una lista de tareas en un post-it que pegué en el borde de la pantalla.

A la mínima distracción miraba el móvil como un gesto automático. Esperando quizá un «buenos días» o un simple «¿cómo vas?».

Después de la hora del almuerzo me animé a mandarle un mensaje corto, sin pensarlo demasiado:

Yo: Buenos días :) Espero que hoy tengas un día más tranquilo. Te echo de menos.

Lo envié y dejé el móvil boca abajo, prometiéndome no volver a mirarlo hasta después de la pausa. Fui a la máquina, me compré un té y me quedé charlando con Nick sobre el evento que había organizado para el viernes.

Cuando regresé a mi mesa, giré el móvil para desbloquearlo y vi que seguía sin noticias suyas.

Ahora ya no era que me molestara, sino que estaba empezando a preocuparme. Busqué su número y le di a llamar. Después del último tono, me saltó el buzón de voz.

35

Otro whisky, por favor

ADRIÁN

Aquella noche no pude pegar ojo desde que se durmió sobre mi pecho.

Sentía cómo su respiración se iba calmando, cómo su cuerpo se relajaba poco a poco… y yo iba en dirección contraria. Cada minuto que pasaba allí con ella me ponía tan tenso que pensaba que me iba a derrumbar.

Cuando cerró los ojos, yo ya sabía que no podía quedarme allí, con ella.

No después de todo lo que me había contado.

No iba a ser capaz de mirarla a la cara y mentirle, y menos cuando toda ella se había convertido en un recordatorio constante.

Me levanté despacio, con cuidado, retirando su mano de mi camiseta como si fuera lo más frágil del mundo. La llevé a la cama para que así pudiera descansar mejor. Me vestí en silencio, preparé algo de desayunar, escribí una nota, cogí las llaves y salí del apartamento sin mirar atrás.

El pasillo estaba oscuro y solo se oían mis pasos en la madrugada, pero tenía la sensación de que cualquier ruido iba a despertarla y no quería devolverla a la realidad.

Así que hice lo que mejor sabía hacer cuando no podía respirar: Ir al hospital.

No era mi turno, nadie esperaba verme allí, pero tampoco se sorprenderían. Desde hacía años, ese edificio se ha convertido en mi guarida, mi excusa y mi condena.

La sala de urgencias estaba tranquila para ser tan temprano —o tan tarde—. Un par de camillas entrando, enfermeras revisando historiales y el sonido de un monitor marcando un ritmo que conozco mejor que el mío.

Saludé con un simple gesto. No tenía energía para justificar mi presencia ni ganas de inventarme una explicación para nadie.

Me puse la bata, me metí en el área de trauma y dejé pasar las horas aplazando el momento de enfrentarme a la realidad.

Cuando notaba que mi cuerpo ya no rendía más, me iba a la sala de descanso, dormía lo suficiente para recuperarme y volvía a empezar.

Ni siquiera sé cuánto tiempo llegué a pasar en el hospital. Pero cuando noté que ya no podía alargar más mi estancia sin levantar demasiada sospecha, tuve que salir de allí.

Manhattan brillaba con ese resplandor sucio de los días lluviosos. Todo seguía su curso como si el mundo no hubiera cambiado radicalmente para mí.

Caminé sin rumbo. No quise volver al apartamento.

«No podía».

Pensé en alejarme, desaparecer unos días. Quizá semanas.

Una distancia que no pareciera un castigo, pero que me diera tiempo para pensar. Tenía que descubrir cómo se le dice a alguien que estuve allí. Que todo aquello fue por mi culpa. Que vi lo que ella no recuerda, que tu voz fue la última que oyó. Y que, sin quererlo, fuiste parte del peor momento de su vida.

Estaba sentado en uno de los bancos de St. Vartan Park, cuando Marcus me escribió.

Marcus: En Malone’s, ¿vienes?

Malone’s era el tipo de bar que te recibe como si ya te conociera: ladrillo visto, madera vieja, luces cálidas que parpadean por culpa de una instalación antigua y un murmullo constante de conversaciones sin importancia. Olía a alcohol mezclado con esa humedad y calor que solo tienen los lugares donde la gente va a esconderse un rato.

Marcus estaba ya en la barra cuando llegué, apoyado en el taburete como si llevara allí toda la tarde. Tenía aquella sonrisa burlona que usa siempre que

está preocupado y no quiere admitirlo.

—Tardaste.

—Tráfico.

—Y cara de haber atropellado un gato, por lo que veo. ¿Qué te pasa tío? —Rio, dándome una palmada en el hombro.

Hablar en monosílabos era demasiado típico entre nosotros: poca información, solo la justa, nada de aparentar.

Yo había aprovechado para pedir en la barra antes de que él se diera cuenta de mi presencia.

—Nada

—No me jodas, Adrián. Te conozco. Cuando pides whisky sin mirar la botella, algo va mal. Además, sabes que en el hospital se sabe todo, y que hayas decidido «acampar» allí es algo difícil de ocultar.

Le devolví una sonrisa que no me llegó ni a los ojos. No sabía por dónde empezar. No había una manera sencilla de decirle que mi vida se había ido a la mierda sin soltar toda la verdad, sin sonar culpable, y sin abrir un agujero más grande del que ya tenía.

—Solo… estoy cansado, tío.

Marcus bufó, como si hubiese oído esa palabra mil veces, y casi todas de mi boca.

—Otra vez lo de «cansado». —Bebió de su botellín y me miró de reojo—. No me lo trago, siempre que dices eso, tiendes a desaparecer.

—Quizá eso sea lo que debería hacer —dije mientras movía el líquido ámbar de mi vaso.

—¿Huir?

—Sí. Desaparecer. Irme lejos…

Marcus dejó la cerveza en la barra, lentamente, como si mi respuesta hubiera descolocado alguna idea en su mente.

Él mejor que nadie sabía mis sentimientos por Olivia, y que esa fuese mi respuesta le hizo sospechar.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Es por Alison? ¿Te ha amenazado por la huelga?

—No, no es por eso. —Centré mi mirada en algún punto lejano entre la gente—. Es porque a veces estar cerca de alguien que quieres solo sirve para destruirlo.

No era una clara confesión, pero era lo más cerca que podía estar de admitirlo sin delatarme. Marcus no lo entendió del todo —cómo iba a hacerlo —, pero vio algo en mis ojos que bastó para que dejara de bromear.

—No sé qué ha pasado con Olivia. Pero si piensas desaparecer, al menos avísala. No la dejes sin saber por qué. Que nos conocemos.

Me mordí la lengua. Si decía algo más, si daba un paso más, se me caería el poco autocontrol que me quedaba.

Me terminé la copa de un trago y pedí otro whisky. Vi cómo el hielo se deshacía poco a poco dentro del vaso, derritiéndose en silencio, como si imitaran la forma en la que yo me estaba sintiendo.

Pensé en Olivia. En cómo se quedó dormida sin saber quién era yo en realidad. En cómo nada de lo que haría a partir de ahora sería justo para ella.

Había pasado años castigándome por aquella noche. Convenciéndome de que, si trabajaba lo suficiente, si seguía avanzando sin detenerme, podría compensar de alguna forma todo lo que no pude salvar aquel día.

Por eso convertí el hospital en mi vida. En el único lugar donde el cansancio era tan fuerte que conseguía apagar mi cabeza durante unas horas.

Pero con Olivia ocurría algo distinto. Con ella, por primera vez en mucho tiempo, sentía paz y estaba a punto de perderla.

Salir del bar significaba cruzar una línea que no quería cruzar. Iba a tener que enfrentarme a la verdad y no me sentía preparado para ello.

Me despedí de Marcus cuando se reunió con unos amigos de la facultad.

La lluvia había vuelto, fina pero persistente. El neón del cartel se reflejaba en un charco frente a la puerta, creando un destello que vibraba con cada gota.

Había un pensamiento que se me repetía constantemente:

No conoces la luz hasta que vives en la oscuridad, no conoces el verdadero amor hasta que te destroza.

36

Apagado o fuera de cobertura

OLIVIA

Estaba en el sofá, con una manta sobre las piernas y un cuenco de pasta a medio terminar en la mesita baja, hojeando un libro que llevaba días leyendo y que me tenía enganchada a la trama, hasta que la pantalla del móvil se iluminó de repente. Lo cogí a toda velocidad, esperando que fuera él.

Había desistido de mandarle más mensajes y lo había llamado bastantes veces sin obtener respuesta.

Marcus: ¿Sabes si Adrián se encuentra bien? Está raro. Me preocupa.

Lo primero que pensé fue por qué demonios Marcus tenía mi número; y lo segundo fue qué se suponía que quería decir con *raro*. Me quedé con el móvil en la mano, pensando cuál era la mejor respuesta que podía darle, sin entender nada de lo que estaba pasando, y escribí:

Yo: No lo sé. No he tenido noticias suyas desde hace unos días.

Tardó en contestar. Lo suficiente como para que dejara el libro boca abajo sobre el sofá, apartara el cuenco hacia un lado y empezara a preocuparme de verdad.

Marcus: Salimos a tomar algo. No está borracho, pero… no está «aquí». No sé cómo explicarlo.

Volví a marcar el número de Adrián, pero esta vez me saltó el buzón de voz directamente. ¿Le habría pasado algo? No podía contactar con él.

Me puse el abrigo y bajé a la calle sin un plan concreto, solo con la necesidad de moverme, de sentir el aire frío para aclarar lo que fuera que llevaba dentro.

Caminé despacio, repasando mentalmente nuestra conversación de los últimos días: sus respuestas cortas, esa forma extraña de estar sin estar.

Podía imaginarlo a la perfección, sentado en un bar cualquiera, apoyando los codos en la barra, entrelazando los dedos como hace cuando está inquieto, perdido en un punto que nadie más ve.

El móvil vibró de nuevo.

Marcus: Dijo que quizá necesitaba alejarse un tiempo. No me contó nada más.

Me detuve frente a un escaparate de una tienda cerrada y respondí:

Yo: He salido a buscarlo. ¿Alguna idea de dónde puede estar?

Al mirar mi reflejo en aquel escaparate sentí el peso de mis inseguridades caer sobre mí. O quizá fue la primera vez que entendí lo difícil que debía de ser para Adrián cargar con una historia que nunca había sido suya.

Me pregunté si era eso lo que veía cuando pensaba en mí últimamente. Si por eso parecía tan distante incluso cuando intentaba mantenerse cerca.

Marcus: Te diría en el hospital, pero por lo que se ve, no le van a dejar echar más horas. Prueba en su apartamento; si no está, puede que ande por ahí socorriendo a cualquier ardilla del Central Park, o quizá esté con su hermano Iván, pero no creo que le haya dado tiempo de salir de la ciudad. Te aviso si me entero de algo.

El comentario sobre la ardilla me arrancó una pequeña sonrisa, porque describía a Adrián mejor que cualquier análisis de su personalidad: él siempre encontraba una forma de anestesiar lo que sentía volcándose en lo que les pasaba a los demás, como si ayudar fuese la única manera que tenía de respirar con calma.

Guardé el móvil, respiré despacio y levanté la mano para detener un taxi, con más impulso que convicción. Le di la dirección al conductor y me dejé caer en el asiento trasero, observando las fachadas iluminadas, algún bar todavía abierto y a la gente paseando por la ciudad, ajena a todo mientras mi cabeza no conseguía quedarse quieta.

Cuando bajé del taxi frente a su apartamento, subí las escaleras con esperanza y prudencia sin saber lo que me iba a encontrar.

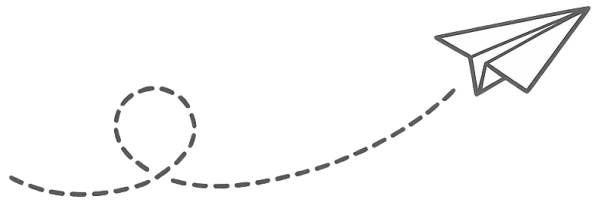
Toqué el timbre una primera vez, esperando escuchar algún ruido al otro lado. No hubo respuesta. Volví a intentarlo, con un poco más de exigencia. Y después una tercera, alargando el gesto, aunque ya imaginaba lo evidente.

El apartamento parecía vacío. Saqué el móvil y marqué su número otra vez, esperando a que el tono sonara a través de la puerta, por si acaso estaba dormido o distraído, pero enseguida saltó el buzón de voz.

Probé otra vez; el mismo resultado. El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Me quedé frente a la puerta, sin saber si insistir o asumir que no tenía sentido seguir allí. Al final, miré a mi alrededor en busca de cualquier detalle, un gesto absurdo porque sabía que no iba a encontrar nada. Guardé el móvil en el bolsillo y bajé de nuevo las escaleras, consciente de que no podía hacer mucho más. Pedí otro taxi y regresé a mi apartamento, repitiéndome que Marcus me avisaría si se enteraba de algo y que, en algún momento, Adrián aparecería.

La ciudad seguía su rutina nocturna mientras yo subía por el ascensor de mi edificio, con ese nudo en el pecho que no podía interpretar del todo. No sabía dónde estaba Adrián y solo rezaba para que no le hubiese ocurrido nada malo.



Mis pensamientos iban y venían mientras permanecía tumbada boca arriba en la cama, observando cómo la penumbra cambiaba con lentitud en las paredes. El móvil seguía descansando sobre mi pecho, convertido en un recordatorio de todas las llamadas que había hecho y que nunca obtuvieron respuesta. Su nombre aparecía una y otra vez detrás de otra, formando una lista de llamadas realizadas que parecía burlarse de mí:

Adrián, Adrián otra vez, Adrián una vez más.

Ni un mensaje, ni una señal mínima que me permitiera saber que estaba bien o que simplemente había leído alguna de las notificaciones.

En algún momento tuve que quedarme dormida, porque a las seis y media de la mañana, el teléfono me despertó de repente y casi lo dejé caer del susto.

—Adrián… —Mi voz salió más baja y frágil de lo que pretendía.

Durante unos instantes, solo escuché su respiración de una forma lenta y meditada que no me daba demasiada información.

—Lo siento —dijo al fin, con un hilo de voz que parecía desgastado—. Anoche no… no estaba bien.

—Te llamé muchas veces. Fui a buscarte a tu apartamento.

—Lo sé.

—Pensé que te había pasado algo —dije, mientras me recorría un suspiro de alivio.

—Estoy bien. Solo necesitaba… despejarme.

Esa palabra quedó suspendida en el aire como una pieza suelta que no encajaba en ningún sitio, un término demasiado amplio y, al mismo tiempo, demasiado vago para definir lo que estaba ocurriendo entre nosotros.

Despejarme.

Como si uno pudiera despejarse de sus propios pensamientos.

Y no pude dejar de pensar que aquello tenía que ver conmigo. Con todo lo que le había contado días antes. Con la forma en la que me había mirado después de escucharme hablar de Daniel.

—Estaba muy preocupada. Podías haber avisado al menos de que estabas bien —intenté mantener un tono neutro, pero se me quebró un poco.

—No quería asustarte —aseguró.

—Pues lo hiciste igual.

La pausa que siguió fue larga, casi dolorosa por su lentitud. Pude imaginarlo con los ojos cerrados, con la mano apoyada en la nuca, tratando de ordenar aquellos pensamientos que no era capaz de decirme.

—Lo siento —repitió, esta vez más despacio—. No fue por ti.

Aquella frase, que pretendía tranquilizarme, solo consiguió hacerme más daño, porque, aunque dijera que no era por mí, todo en su voz parecía apuntar en mi dirección.

—Entonces… ¿por qué? Podemos darnos más distancia, si eso es lo que te preocupa —pregunté con suavidad, como si temiera asustarlo.

—No, no es eso, lo juro. Me encanta estar contigo. —Su voz tembló un poco, pero lo suficiente para que yo lo notara.

No supe responder. No comprendía qué estaba pasando, qué era exactamente lo que se había roto entre los dos. Pero necesitaba que me lo aclarase.

—¿Dónde estás, Adrián?

—Cerca. Caminando un poco.

—¿Quieres que nos veamos? —pregunté, aunque sonó más a súplica.

Escuché cómo dudaba; lo percibí en su respiración, en ese silencio que se estira cuando alguien no se atreve a decir lo que piensa en realidad.

—No lo sé… Quizá sí. Más tarde.

Su *más tarde* sonó ambiguo, mitad promesa, mitad excusa.

—Está bien, tómate el tiempo que necesites —susurré.

Hubo un instante en el que pensé que añadiría algo más, que intentaría acercarse, aunque fuese a través del teléfono, pero lo único que escuché fue mi nombre pronunciado en un susurro que llevaba cansancio, disculpa y algo que no fui capaz de descifrar.

—Olivia…

Después, nada.

Un silencio pesado, que dolía como una quemadura lenta.

Colgué sin estar segura de si debía haber alargado la conversación o si era mejor dejarlo respirar, y apoyé la frente contra el cristal frío de la ventana mientras la mañana terminaba de abrirse paso. Permanecí allí un rato largo, sin moverme, intentando convencerme de que aquello era solo un tropiezo momentáneo, una sombra pasajera, pero había una sensación extraña instalándose bajo mi piel.

Algo había cambiado y yo no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo.

LA NOCHE DE ADRIÁN

Lo que ocurrió aquella noche

(Hace 5 años)

Recuerdo lo que pasó ese día como si fuese ayer. La mañana había amanecido extraña, con una niebla densa que aportaba a la ciudad ese tono apagado que la volvía casi irreconocible.

Iván estaba de pie junto a la mesa del salón, inmóvil, con las manos hundidas en los bolsillos de su viejo impermeable azul, ese que siempre olía a tabaco. Yo estaba preparándome para ir a unas prácticas, en mi segundo año como residente.

Cada vez que un relámpago cruzaba el cielo, su sombra temblaba sobre la cortina, como si la tormenta estuviera recordándonos que lo inevitable ya había comenzado.

—No pienso dejar que vayas —dije, aunque en mi voz había más agotamiento que enfado, una parte de mí ya había aceptado que la discusión estaba perdida desde antes de empezar.

—No tengo opción, Adrián —respondió sin apartar la mirada del exterior. Se pasó la mano por el pelo, húmedo, como si ya hubiera salido a la lluvia —. Les debo más de lo que puedo pagar. Esta vez solo quieren hablar. Devolveré una parte del dinero y me darán más tiempo.

—¿Y tú te lo crees? Travis no «habla», Iván. Travis hace desaparecer a la gente. —Me acerqué lo suficiente como para oler el sudor mezclado con ese miedo que uno intenta disimular cuando sabe que está siendo acorralado.

Su sonrisa torcida —tan propia de él— me dio la certeza de que, dijera lo que dijese, ya había elegido su camino.

—No puedes protegerme siempre, chaval.

Era verdad, pero no podía admitirlo. Tampoco podía aceptar que se dirigiera directo hacia un desastre que los dos conocíamos demasiado bien.

Veía pasar las agujas del reloj demasiado rápido, y yo no conseguía quedarme quieto: caminaba de un lado a otro, pasando los dedos por el borde del sofá para aliviar los nervios y escuchando el golpeteo de la lluvia contra los cristales como quien espera un veredicto final.

—Déjame ir contigo —dije al fin, sintiendo cómo la ansiedad me apretaba el pecho.

—Ni hablar. Si apareces tú, pensarán que es una trampa. Solo voy, entrego el dinero y me vuelvo.

—¿Y si no vuelves? —pregunté, bajando la voz porque temía la respuesta.

No respondió. En lugar de eso, su móvil vibró un instante. Contestó con un «sí, lo sé, nos vemos esta noche» dicho entre dientes y se dirigió a la mesa, donde buscó un bolígrafo en el cajón.

Observé, atento, cómo escribía algo rápido sobre un pequeño papel. Lo hizo a un ritmo atropellado, con esa caligrafía suya que siempre parecía hecha desde la prisa.

Cuando colgó, guardó el papel en el bolsillo interior del abrigo, junto al sobre del dinero, en un gesto demasiado cuidadoso como para no despertar mi sospecha.

—No te metas, Adrián. Te lo pido por una vez —dijo, señalándome con el dedo antes de salir.

La puerta se cerró y tuve la sensación de que algo acababa de irse con él.

Me pasé una mano por la cara, intentando pensar, mientras me movía por el pasillo de un lado a otro, pero algo llamó mi atención. Sobre la mesa, el bolígrafo seguía abierto, y debajo estaba el bloc de notas donde Iván acababa de escribir.

Lo moví, buscando que la luz se reflejase para poder observar el surco que había dejado su letra al escribir. Froté con suavidad la punta de un lápiz sobre la superficie y allí estaba, una dirección escrita que pude descifrar por las siluetas que había dejado la presión al escribir.

Lo reconocí al instante. Era un lugar que unía dos puntos de la ciudad, pero con poca iluminación, sin demasiado movimiento por la noche, ideal para algún asunto turbio. Perfecto para Travis y devastador para cualquiera que confiara en él.

Me guardé el papel. En ese momento supe que lo seguiría.

Esperé a que cayese la noche, me puse mi chubasquero gris, me calcé las botas y salí sin paraguas. La lluvia me golpeó con tanta fuerza que

enseguida dejó de importarme si me calaba o no.

Conduje sin saber en realidad dónde me estaba metiendo, dejándome arrastrar por el miedo. El limpiaparabrisas apenas conseguía apartar la cortina de agua y mis pensamientos intentaban buscar un plan que aún no tenía decidido.

Cuando por fin llegué a la carretera vieja, la lluvia se había vuelto más fina, pero el cielo seguía negro, como si la noche se resistiera a revelar lo que ocultaba.

Apagué las luces y aparqué, oculto tras unos arbustos bastante apartado en la cuneta. No sabía la hora exacta a la que habían quedado, pero desde allí podía ver el punto donde Iván debía reunirse con los hombres de Travis.

Después de varias horas, apareció una furgoneta negra que aparcó de forma oblicua fuera de la carretera; tres figuras moviéndose cerca y el brillo rojizo del cigarro que uno de ellos fumaba, apareciendo y desapareciendo en la oscuridad.

Me incliné hacia el volante para ocultarme un poco más, pero una sensación desagradable me recorrió el cuerpo.

«Joder. No me gusta esto».

Llamé a Iván, pero no contestaba.

El silencio al otro lado era peor que cualquier respuesta. Sostenía el teléfono con las manos tensas, sintiendo cómo la preocupación me subía por el pecho en oleadas. No sabía con exactitud qué esperaba que ocurriera, pero sí sabía una cosa: Iván debía demasiado dinero y no llevaba encima ni la mitad. Conociéndole, intentaría ganar tiempo, negociar, improvisar… y nada de eso solía acabar bien.

La furgoneta de aquellos hombres estaba apagada, incluso algo escondida. Desde mi distancia no conseguía ver bien.

Llamé otra vez a Iván.

Nada.

Aumenté la cámara de mi teléfono para distinguir mejor la escena y entonces lo vi: un bidón de gasolina, medio escondido bajo una lona junto al arcén. Un detalle que no pintaba nada en absoluto en una entrega de dinero.

El hombre que estaba más cerca le dio una patada con desgana.

El sonido contra el asfalto me heló la sangre.

—Joder, joder, joder… —mascullé, marcando de nuevo, como si pudiera comunicarme telepáticamente a través del teléfono.

Y justo entonces vi los faros.

Un coche apareció desde la curva a demasiada velocidad.

El coche de mi hermano.

Mismo color. Mismo modelo.

—¡Oh, mierda! —grité, sin tiempo para reaccionar.

Abrí la puerta, dispuesto a salir corriendo a detener lo que estaba viendo formarse delante de mí, pero no llegué a dar un paso. Rodaron el bidón al centro de la carretera. Segundos después, el hombre del cigarro dejó caer la colilla sobre el charco impregnado de gasolina.

El chisporroteo apenas se oyó.

El coche dio un volantazo para evitar aquella bola de fuego que apareció de la nada, saliéndose de la carretera y chocando con el quitamiedos, dando unas vueltas de campana y quedándose boca abajo.

Corrí sin pensar. Solo podía gritar el nombre de mi hermano mientras el calor me golpeaba de lleno.

Pero cuando logré abrir la puerta destrozada, no era Iván a quien encontré.

Era un desconocido.

Un chico joven, rubio, con la cara cubierta de sangre y la respiración colgando de un hilo.

Seguía respirando. Yo estaba en *shock*. Todo había pasado muy rápido; pensaba que era mi hermano al que iba a encontrarme ahí dentro.

Tardé unas décimas de segundo en volver a la realidad. Me incliné hacia él, intentando soltar el cinturón. Pero estaba atascado, no iba a poder desabrocharlo con facilidad y sin ninguna herramienta a mi alcance. Tiré con todas mis fuerzas mientras notaba como el humo y el calor me asfixiaba. Giré la cabeza un momento para tomar aire y entonces la vi.

Había una chica. Estaba tendida en el asfalto, a unos metros del vehículo, inconsciente, con una herida profunda en el muslo que sangraba demasiado rápido.

Me acerqué arrastrándome entre cristales y trozos metálicos. Su pulso era débil, apenas detectable.

Mis manos se movieron sin pensar: presioné la herida, pero la hemorragia no cedía. Tenía una laceración profunda en el muslo, justo en el trayecto de la femoral. La sangre salía a borbotones, a un ritmo tan violento que sabía que, en cuestión de dos o tres minutos, entraría en *shock* hipovolémico si no

lograba detenerla. Una hemorragia que, con cada segundo, la alejaba más de la vida.

Entre la sangre y la lluvia apenas podía ver lo que estaba haciendo. Me quité el cinturón del pantalón e hice un torniquete como pude. No sabía si había llegado a tiempo.

Un crujido de cristales me paralizó. El fuego avanzaba rápido. No quedaba tiempo, en cuanto el fuego llegase al depósito de gasolina, el coche explotaría por los aires.

Volví a mirar al interior del coche. El chico seguía consciente, atrapado entre la deformación del chasis y el cinturón de seguridad. Iba a ir hacia él, tenía que sacarlo antes de que el fuego avanzara. Pero en cuanto me puse de pie entendí lo inevitable.

Ella estaba demasiado cerca si todo aquello explotaba.

Volví a agacharme junto a la chica. La gasolina le empapaba la ropa, el pelo y la piel. La cogí en brazos, ya no notaba su respiración. La alejé todo lo que pude del coche. Me di la vuelta para volver a por él y, en ese instante…

¡Boom!

La explosión me lanzó al suelo. Solo pude girarme para cubrir el cuerpo de aquella chica con el mío mientras el calor me abrasaba la espalda.

Y allí, con la carretera aún temblando bajo mis rodillas, la culpa se incrustó bajo mi piel. Cada chasquido del metal ardiendo era una acusación. Oí pasos acercarse, pero mis piernas no respondían.

Travis y sus hombres aparecieron de entre las sombras con una calma que no encajaba con aquel desastre.

—Eres muy listo, Adrián —dijo el más alto—, pero tu hermano no va a tener siempre una flor en el culo. Quiero mi dinero y lo quiero a él. No va a librarse de nosotros tan fácilmente.

Sentí que me golpeaban, aunque apenas notaba mi propio cuerpo; era como si flotara, todavía sacudido por la onda expansiva. Ni siquiera recuerdo cómo acabé de nuevo dentro de mi coche.

Yo no era el que lo conducía.

Solo sé que, mientras me alejaban de allí, las llamas se hicieron pequeñas en el retrovisor y, aunque las vi desaparecer, el fuego siguió dentro de mí.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que recuperé la consciencia. Cuando me desperté estaba tirado en el arcén de una carretera mucho más al sur. Supuse

que encontraron mi coche escondido y me habían dejado varios kilómetros alejados del accidente.

Pero también me dejaron algo más: la imagen de un chico que había muerto, la de una chica sin pulso y una culpa que no tenía retorno.

38

Dos corazones sin vida

ADRIÁN

Nunca supe cómo se confiesa algo así. Había pasado una semana desde que mi vida había estallado por los aires, y ya no podía soportar más esta situación. ¿Cómo se mira a los ojos a la persona que amas y le dices que fuiste el origen de su infierno?

Llevaba días buscando el momento adecuado, ensayando palabras que se deshacían antes de llegar a la boca. Sabía que, en cuanto se lo contara, no habría vuelta atrás. Y aunque la había estado evitando —y ella ya notaba que algo iba mal—, prefería esa distancia a enfrentar el instante en que todo se rompería para siempre.

La esperé apoyado en una farola a la salida de su oficina. Sentía un nudo subiéndome por la garganta, y cada vez que tragaba me daban arcadas. Las manos me sudaban tanto que tuve que frotarlas una y otra vez contra el pantalón.

Cuando la vi salir del trabajo supe que no habría forma de contenerlo ni un segundo más. No podía seguir mirándola sin decirle quién era en

realidad.

—Olivia, espera un momento —logré decir. Solo al pronunciar su nombre me tembló la voz.

Se giró, sorprendida. Llevaba aún la llave de la oficina en la mano.

—¿Adrián? ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Respiré hondo. Ella se quedó parada cerca de la puerta. Yo me acerqué, pero no demasiado. Esa distancia la estaba poniendo nerviosa.

—Necesito contarte algo —logré decir—. Algo que debí decirte antes.

Frunció el ceño, inquieta. No habíamos vuelto a hablar desde aquella llamada, pero seguro que no podía imaginarse el motivo real de mi distancia.

—¿Qué ocurre, Adrián? —dijo, mirando a su alrededor.

La calle estaba casi vacía y las luces del atardecer caían sobre su rostro. Pensé que no había nada más hermoso ni más doloroso que verla así, momentos antes de meter los dedos en la herida. Tenía que soltarlo. Tenía que ser ahora.

—Aquel accidente… —empecé, y solo al mencionarlo sentí cómo la sangre me abandonaba el cuerpo—. El accidente en el que perdiste a Daniel…

Su respiración cambió y su mirada se intensificó. No estaba entendiendo nada; podía notar su desconcierto. Seguí hablando. No podía permitir que el silencio hiciera el trabajo sucio.

—Yo estaba allí, Olivia.

Su expresión se tensó, como si una parte de ella empezara a entender y otra se negase por completo. Yo ya había borrado de mi cabeza el discurso que quería decirle, porque en realidad no quería decirle nada. Solo quería abrazarla y llevarla muy lejos, donde nada de esto hubiese ocurrido.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que estabas allí? —Su voz sonó desconcertada.

Y entonces, allí, en medio de la calle, le conté todo y nada a la vez. Yo no me estaba escuchando; y ella, aunque quería, tampoco podía oír demasiado.

Le conté cómo mi hermano se había metido en un lío con la gente equivocada.

Cómo me di cuenta de que querían acabar con su vida.

Cómo todo se salió de control.

Era demasiada información, imposible de asimilar en ese momento.

—No lo sabía, Olivia —acabé diciendo, como si eso fuese una justificación razonable.

Ella se llevó las manos al rostro. Di un paso hacia adelante, pero no me atreví a tocarla.

—Intenté ayudar —añadí, recordando esa imagen que se repetía en mi cabeza una y otra vez—. Intenté sacarlo… pero no podía, y tú… tú te estabas desangrando.

—¿Qué? —Su voz era apenas un soplo, incrédula.

—Te alejé de allí. —Tragué saliva—. Iba a volver a por él, pero no pude.

Las lágrimas me ardían, pero las contuve, yo no era la víctima aquí.

Ella lloraba ya, en silencio. Cada lágrima suya era una bala en mi pecho.

—Por eso desaparecí aquella noche de mi apartamento, cuando me contaste tu historia —continué—. Llevo obsesionado con el día del accidente desde hace años.

Bajé la mirada y continué hablando, sabía que si paraba de hacerlo no iba a encontrar la fuerza para retomar la conversación.

—De repente, un día te conocí, y mi vida volvió a tener sentido. Tu risa, tu forma de mirar, la manera en que haces que el mundo parezca menos jodido…

—No… No puede ser —consiguió decir a duras penas mientras negaba con la cabeza—. Fue un accidente.

—Ojalá no fuera verdad, Olivia. Si supieras cuánto me he odiado todo este tiempo… —dije en un hilo de voz.

Di un paso más, casi sin darme cuenta.

—Lo siento, Olivia. Debería haberlo evitado y no lo hice.

Me miró con los ojos llenos de dolor, pero noté algo más. Era una mezcla insoportable entre amor y rabia, entre querer y no poder.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —preguntó.

Sonreí con amargura.

—Porque necesitaba volver a verte. Porque, antes de poder decir *te quiero*… ya te había perdido.

El silencio se estiró entre nosotros. El viento me golpeaba en los oídos y cada segundo parecía eterno. Quise acercarme un poco más, sostenerla, acompañarla en esa bofetada de realidad, pero cuando lo intenté, ella dio un paso atrás.

Y supe que ya la había perdido.

El amor de su vida había muerto por mi culpa. Y sí, fue mi culpa, porque jugábamos en terreno peligroso, y yo, aun sabiendo lo que podía pasar, permití que ocurriera.

Pero también entendí algo más: Olivia seguía viva.

Y después de pasar años convencido de que había llegado demasiado tarde para los dos, aquello fue lo único a lo que pude aferrarme.

Aunque me odiara. Aunque hubiese destrozado su corazón y jamás pudiera perdonarme.

Estaba viva.

39

Ella, mi Hogar

OLIVIA

No sentí nada al principio, como si mi cuerpo se hubiese desconectado con un interruptor. Ni rabia, ni dolor, ni lágrimas. Luego llegó el golpe, uno de esos que no esperas y te dejan sin aire.

Adrián seguía allí, mirándome con esos ojos que hasta hacía nada habían sido mi refugio y que a partir de ahora no podía mirar sin pensar en el accidente. El mismo en el que perdí a Daniel, ese que había intentado borrar una y otra vez sin conseguirlo.

Quise hablar, pero la garganta no me obedeció. Pensé que se trataba de algún tipo de broma macabra, una cámara oculta o simplemente una pesadilla de las que solía tener.

—No… no puede ser —murmuré, aunque la voz sonó como si no fuese mía.

No quería que se acercara y di un paso atrás.

Todo dentro de mí gritaba que no lo quería cerca, pero una parte diminuta —la más cruel— aún temblaba por su cercanía.

La cabeza me daba vueltas. Recordé sus manos, las mismas que me habían sostenido cuando creí que el mundo se hundía de nuevo… y que ahora sabía que también habían estado allí aquella noche. Él fue quien me salvó.

Y lo odié por eso.

Y lo amé por eso.

Y me odié a mí misma por seguir sintiendo algo más que rabia.

Porque ¿cómo se odia a alguien que te devolvió la vida?

Me di la vuelta sin saber adónde ir. Él no me siguió. Oí que murmuraba algo, pero yo ya estaba corriendo, huyendo de sus palabras, de su verdad, de mí misma.

Mis piernas se movían solas, torpes, hasta que me apoyé en el primer banco que encontré. Mis lágrimas caían cada vez más rápidas. La gente pasaba a mi lado sin detenerse; solo intuía sombras que cruzaban mi campo de visión y parecían alejarme aún más de la realidad. Me levanté dispuesta a seguir avanzando. Sentía el viento frío cortarme la cara, el ruido lejano de un coche, el sonido de mis pasos contra la calzada. Ni siquiera sabía si intentaba huir de algo o simplemente no era capaz de quedarme quieta.

Su nombre era una herida abierta. Su voz, su risa, sus abrazos…

Todo volvía de golpe, ahogándome.

Y, de repente, su recuerdo se mezclaba con el de Adrián. Y eso me revolvió el estómago. Porque no debería sentirlo igual.

Era *la verdad que nos unía.*

Dos vidas entrelazadas por un hilo invisible que yo no había podido ver.

Pensé en las veces que había sentido mariposas al mirarlo. En cómo se me erizaba la piel cuando me rozaba sin querer. En el primer café, en el primer mensaje, en esa absurda sensación de que el destino me estaba dando una segunda oportunidad. Y ahora entendía la ironía. El destino no me estaba dando nada. Solo me estaba devolviendo al punto de partida, para ver si esta vez era capaz de sobrevivir.

No podía soportarlo. Ni a él, ni a mí, ni a esta maldita casualidad.

Porque justo cuando había empezado a creer que podía amar otra vez, todo mi mundo se había dado la vuelta y no sabía qué hacer con tanto vértigo.

Saqué el móvil con las manos temblando. Escribí y borré. Mis dedos apenas atinaban a escribir.

Yo: Sophie, ¿estás en casa? Voy para allá. No quiero estar sola.

Seguí caminando. Me había alejado bastante de la oficina sin darme cuenta. Ni siquiera supe dónde me encontraba hasta que levanté la cabeza para situarme. Me sequé las lágrimas con la manga del jersey. Tenía que llegar a casa, tenía que calmarme. Lo que menos quería era tener que volver al hospital por otro ataque de ansiedad incontrolable y encontrarme con él.

Entré en la aplicación y pedí un Uber. Cuando por fin llegué al portal, tuve que apoyarme en la barandilla porque las manos no me respondían para abrir la puerta. Pulsé el timbre una y otra vez con insistencia.

Y entonces, la puerta se abrió de golpe.

Sophie estaba allí. Con el pelo a medio cepillar y un pijama de esos calentitos que tanto la identificaban. Me miró apenas un segundo a los ojos y luego me examinó rápidamente con la mirada. Estaba evaluando la gravedad de la situación como solo ella sabía hacerlo.

—Ven aquí —dijo, sin dramas. Me rodeó con los brazos y yo me hundí en su pecho como si hubiera estado conteniendo la respiración durante horas. Olía a su suavizante de siempre, el de casa, ese que decía que era «demasiado caro, pero demasiado perfecto para cambiarlo». Y sentí que ella era mi hogar. Mi tabla salvavidas, esa que se dedicaba a mantenerme a flote hasta que encontraba la fuerza necesaria para llegar a la orilla.

Ni siquiera lloré con fuerza. Solo me quedé ahí, apoyada en ella, sintiendo cómo su mano subía y bajaba por mi espalda en un gesto lento y familiar.

Ese gesto que solo hace alguien que sabe el punto exacto donde te duele.

Me apartó un poco, lo justo para verme la cara.

—Olivia, cariño… ¿Qué ha pasado?

Negué con la cabeza. No podía contarlo todavía. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Sophie no insistió. Me cogió de la mano y tiró de mí hacia dentro del apartamento, cerrando la puerta detrás.

—Vale. Estoy aquí. Todo va a salir bien, mi niña. Ya lo verás.

Me sentó en el sofá, me trajo una manta que no recordaba haber visto nunca y se acurrucó a mi lado como llevaba años haciendo.

Me apoyé en su hombro y cerré los ojos. El temblor de mi cuerpo se fue deteniendo poco a poco. La garganta dejó de arder y el mundo dejó de girar tan deprisa.

40

Mercurio retrógrado, déjame en paz

SOPHIE

Desde que abrí la puerta, supe que algo dentro de ella estaba hecho pedazos. Otra vez. No hacía falta que dijera una sola palabra. Tenía esa expresión que solo le sale cuando intenta contener el peso del mundo para que no se le derrumbe encima, aunque ya esté derrumbado.

Durante los días siguientes apenas salió de la habitación. La primera mañana entré con un café y lo dejé en la mesilla. No lo tocó. Por la tarde seguía allí, en la misma postura, con los ojos abiertos, mirando a ningún sitio.

Aquella noche, en la que se enteró de lo ocurrido, lloramos hasta quedarnos sin voz, hasta que ya no salían lágrimas y solo podíamos susurrar. Recuerdo intentar decir algo y que solo me saliera aire. Fui yo la que avisó en su trabajo. Dije que habíamos cogido algo contagioso y que teníamos que guardar una cuarentena, y colgué antes de que hicieran más preguntas. Ya me las apañaría luego con el justificante médico. Sabía a la perfección a quién pedírselo.

En mi trabajo en el hotel tampoco tenía que dar muchas explicaciones. Ser la hija de los dueños ayudaba bastante.

Pero ahora parecía estar desconectada de nuevo. Actuaba como si aquella conversación que tuvo con él no hubiese ocurrido nunca y simplemente hubiéramos regresado al pasado, donde Daniel todavía era un recuerdo demasiado reciente y Adrián nunca hubiese existido.

Era como si lo hubiera borrado. Como si hubiese creado una realidad paralela y no recordase nada de lo que había vivido en los últimos meses.

Me acerqué despacio a ella y me apoyé en la encimera de la cocina.

—Vale —dije, porque alguien tenía que romper el silencio—. Lo que ha pasado es muy fuerte y… estoy flipando. Mucho. O sea, de verdad, ¿qué narices le pasa al universo? Mercurio retrógrado se lo está pasando demasiado bien gestionando nuestras vidas.

Ella dejó escapar una risa mínima. No le duró ni un segundo, pero ahí estuvo.

—Phi, es que… no quiero que empieces con esto otra vez —murmuró, sin dejar de mover cosas de un lado para otro, como si mantener las manos ocupadas pudiera ordenar la cabeza. Ni siquiera estaba mirando lo que cogía; dejó una cuchara en el sitio equivocado y la volvió a cambiar sin darse cuenta.

—Lo sé —respondí—. Entiendo que no quieras pensar en ello, porque esta casualidad da demasiado miedo. Pero, Olivia, cariño… —Me acerqué un poco más, bajando la voz—. Tienes que hablar con él.

Levantó la mirada de golpe, como si le hubiera pedido algo cruel.

—¿Hablar con él? ¿Después de esto? ¿De todo esto?

—Precisamente por eso —dije, sin apartar mis ojos de los suyos—. Porque no sabes todavía la historia entera. Y tú no eres de las que huyen sin escuchar. No después de lo que habéis vivido. No después de cómo él te ha mirado todo este tiempo.

—Sé demasiado y quiero olvidarlo todo —dijo, con la voz rota—. Me duele muchísimo. No quiero volver al punto de partida. Solo necesito avanzar. Tú misma lo dices siempre.

—Y lo sigo diciendo, pero Adrián… —Me quedé callada, intentando ordenar la avalancha de pensamientos que llevaba días arrastrando—. Mira, todo esto es una tragedia. Tú y yo sabemos que nadie en su sano juicio podría haber imaginado algo así, ni siquiera en las novelas románticas que tanto nos gustan. Y sé que ahora has vuelto a abrir la herida y a echarle sal, pero dale la oportunidad de explicarse de verdad. Aunque sea para poner un punto final. O para entender. O para lo que sea que necesites. Ignorar lo ocurrido como si no hubiese pasado no sirve de nada.

Adrián llevaba llamándome desde entonces. Incluso el día que todo salió a la luz, antes de recibir el mensaje de Olivia, yo ya tenía varios mensajes suyos pidiéndome que no la dejara sola.

Ignoré las llamadas, pero leí todos los mensajes que me enviaba.

Adrián: No sé cómo arreglar esto. Solo dime que está bien. Por favor.

Adrián: Cuídala, Sophie, no la dejes sola. Avísame para cualquier cosa que necesite.

Los abría y los dejaba en visto, sin contestar a la mayoría. Y cuando lo hacía, respondía con un «todo bien» o «yo estoy con ella». Eran mensajes de perdón, de arrepentimiento, escritos por alguien destrozado por encontrarse en una situación que nadie querría vivir.

Él no buscaba nada: no me pedía verla, no intentaba convencerme de nada. Solo pedía perdón, una y otra vez, y repetía que estaría ahí para lo que necesitáramos, que contaría todo lo que sabía y que haría justicia.

Me acerqué aún más a Olivia y, esta vez, sí le cogí la mano.

—No te estoy diciendo que le perdones, ni mucho menos. Ni siquiera que pases página. Solo digo que merece escuchar la verdad completa y hacer las preguntas que necesites antes de decidir qué quieres hacer con tu vida.

Sus ojos se humedecieron y no intentó disimularlo.

—¿Y si me arrepiento de escucharle?

—Pues me llamas y yo vengo corriendo a abrazarte —respondí sin dudar —. Pero, Olivia… si no le escuchas, te vas a arrepentir todavía más. Porque entonces, el silencio lo escribirá todo por ti, y te conozco: odiarías tomar una decisión basándote solo en el dolor.

La vi respirar despacio, intentando sostenerse. Me quedé a su lado, sin prisas, dándole el espacio que necesitaba para que el desorden encontrase su sitio.

—Lo pensaré —dijo al fin, apenas audible.

Apreté su mano.

—Eso es lo único que te pido. Nada más.

41

La prueba definitiva

ADRIÁN

Había transformado los últimos días en una sucesión de rutinas. Tenía mi vida organizada en una tabla estricta, casi asfixiante, que necesitaba para poder avanzar. Buscaba el ruido blanco que apagaba las voces de mi cabeza, las luces frías que me aislaban del mundo exterior y jornadas lo bastante caóticas como para que el tiempo pasara lo suficiente rápido. Me aferraba a ese ritmo mecánico porque era la única forma que tenía de mantenerlo todo a raya.

Hasta que ella apareció sin avisar.

Estaba en la puerta del despacho. Yo llevaba un rato allí, terminando de redactar el documento de las condiciones que queríamos negociar con Alison antes de llegar a la huelga.

Su silueta se recortaba contra la luz del pasillo y, por un instante, el orden de mi tabla estricta de tareas se desmoronó. Durante ese momento, ni siquiera respiré. El aire se me quedó anclado en la garganta, como si el oxígeno se hubiera agotado de golpe.

—Quiero hablar contigo —dijo, demasiado seria.

Llevaba el pelo recogido en una cola baja. Estaba más pálida, más delgada. Y sentí cómo se me apretaba el pecho al verla así. En su voz había una calma extraña que me ponía nervioso. No había fuego en sus palabras, solo cenizas.

Asentí. Me levanté de la silla y la rodeé para cerrar la puerta. Lo hice a propósito; necesitaba acercarme a ella, quedarme con ese instante porque sospechaba que esa era la única oportunidad que iba a poder hacerlo.

Olivia cerró los ojos, respirando hondo, llenándose los pulmones de algo que no sabía si era fuerza, coraje o simplemente odio.

El reloj de la pared marcaba las cinco y media, el segundero golpeaba el silencio como un martillo. Pero podía haber sido cualquier hora, porque el tiempo se detuvo para mí. Volví al escritorio y me apoyé en él, hundiendo las palmas contra la madera fría, necesitando anclarme a algo.

—Siéntate, por favor —le dije, señalando la silla que quedaba justo enfrente de mí.

Se sentó con las manos entrelazadas, rígida. Yo me pasé una mano por el cabello, intentando encontrar algo de valor para soportar lo que venía.

Si la primera vez que se lo conté fue dolorosa, ahora, con detalles, iba a ser demoledora. Una ejecución a cámara lenta.

—Supongo que quieres saber por qué… —comencé. Mi propia voz me sonó ajena.

Ella asintió, clavando sus ojos en los míos. Dos faros que buscaban la verdad entre mis ruinas.

Tomé aire, porque lo que estaba a punto de confesar era más que un recuerdo: era la sombra que había marcado el ritmo de mi vida. Por un instante volví a sentirme aquel niño que vivía en un apartamento frío, con la nevera vacía y las sirenas de policía rompiendo la tranquilidad de las noches.

—Iván es mi hermano mayor —empecé, forzándome a ordenar mis pensamientos para poner en pie la historia—. Nuestros padres murieron cuando éramos unos críos. Mi madre se apagó por una enfermedad autoinmune y mi padre… —Me detuve, tragando el nudo de amargura—. Cuando ella murió, él también se dejó morir. Se convirtió en un fantasma que no podía cuidarse ni a sí mismo, imagínate cuidar de nosotros.

Hice una pausa, intentando leer a Olivia, pero su rostro era una máscara de piedra.

—Los servicios sociales nos sacaron de allí. Cogimos un avión que atravesó medio mundo hasta que llegamos aquí a Nueva York, a un lugar donde nadie nos quería.

Le expliqué cómo abandonamos la única vida que conocíamos, buscando un hogar que no existía. Teníamos unos tíos que eran nuestra única familia directa, gente que jamás quiso ni siquiera conocernos. Nunca aceptaron a mi padre y, por extensión, tampoco nos aceptaron a nosotros.

—En esa casa éramos una carga y, como nadie iba a darnos nada, Iván empezó a buscarse la vida demasiado pronto. A juntarse con personas que te ofrecen el mundo mientras te roban el alma. —Crucé los dedos detrás de la nuca, intentando adentrarme en aquel recuerdo sin quedarme atrapado en él.

Olivia permanecía en silencio. Había venido preparada para escuchar la historia como una espectadora, no vi que tuviera intención de rebatir y apenas se movía del asiento. Seguía mirándome casi sin parpadear, con la mirada tensa y brillante, y apretaba el bolso como si temiera derrumbarse en cuanto lo soltara. Ese silencio dolía más que cualquier reproche.

—Al principio eran encargos pequeños —continué—. Trabajos sueltos que, según él, solo servirían para ahorrar dinero y salir de la casa de mis tíos. Pero con esa gente nunca hay «algo pequeño», Olivia. Te dan la mano como si quisieran sacarte del pozo… y cuando te das cuenta, ya te han atado los tobillos y estás colgando boca abajo.

Recordé cómo todo se torció cuando Iván se lesionó y perdió su oportunidad deportiva. El deporte era lo único que lo mantenía a salvo de sí mismo; cuando aquello desapareció, se llevó también su equilibrio.

—El béisbol era todo para él. Lo descubrió tarde, pero se había aferrado a aquel deporte como si fuese su salvavidas. Cuando su hombro dejó de funcionar, empezó a beber y a drogarse cada vez más a menudo y, poco a poco, terminó convertido en la mano derecha de Travis, el cabecilla de la banda. Ese fue el punto de no retorno. Intenté sostenerlo, pero salvar a alguien que no quiere ser salvado es una batalla perdida. Y cuando Iván tocó fondo, yo terminé hundido con él. Me metí en ese mundo para cubrir sus deudas; hice cosas que todavía me pesan, pero era mi hermano. Él siempre había intentado protegerme. Ahora me tocaba a mí.

Pero no era lo único.

Hice una pausa breve. Agarré con fuerza el escritorio, intentando controlar el nerviosismo que me recorría el cuerpo.

—Cuando terminé el instituto, me dieron una beca para estudiar Medicina —admití—. Una beca que yo creía que había conseguido por mis notas, por mi expediente… pero no fue así. Años más tarde descubrí que no había caído del cielo. Travis la consiguió. O, mejor dicho, la compró.

Olivia parpadeó por primera vez en mucho rato, y vi un destello de asco en su mirada.

—No lo supe entonces —continué—. Ni siquiera sospeché nada. Yo solo veía una oportunidad. La única que tenía. Pero esa beca se pagó con dinero que Iván aún no había terminado de devolver. Travis puso el dinero para que yo pudiera estudiar, pero no lo hizo por generosidad. Lo hizo para atarnos un poco más.

Notaba la boca seca. Estaba resumiendo en tres minutos gran parte de mi vida y no sabía cómo hacerlo sin parecer que me estaba justificando.

—Mientras yo estudiaba —continué—, Iván siguió metido en ese mundo. Me ocultó durante años que seguía trabajando para Travis. Yo pensaba que ya estaba limpio, que por fin estábamos lejos de aquello. Y no. Seguía pagando mi beca. Seguía pagando… mi futuro.

Me froté la cara, avergonzado de una culpa que no había pedido y que, aun así, pesaba demasiado.

—Cuando me enteré de aquello, ya era tarde. Él lo hizo para que yo tuviera una vida distinta, para que saliera de esa mierda. Y yo… yo no tenía ni idea.

El despacho parecía encogerse a nuestro alrededor mientras avanzaba la historia hacia la parte que sabía que nos rompería a los dos. Me acerqué un poco más, invadiendo su espacio personal, buscando que viera la verdad en mis pupilas empañadas.

—Por eso, cuando supe que Iván aún les debía tanto dinero, entendí que esta vez no lo dejarían marcharse —dije, sin suavizar nada—. Nadie sale sin consecuencias de las manos de esa gente. Son veneno. No lo notas hasta que ya te están consumiendo.

Los ojos de Olivia estaban empañados, pero intentaba no parpadear para que no le rebosaran. Quería aparentar fortaleza, aunque le costaba.

Le conté la llamada que escuché cuando lo citaron. Cómo intentó fingir que no pasaba nada, aunque yo conocía el temblor de su voz. Intenté detenerlo, convencerlo de que no fuera. Pero Iván siempre quiso demostrar que podía con todo solo.

—Así que fui yo también. Fui sin ningún plan más que sacarlo de allí —admití.

—Por eso estabas allí esa noche —murmuró Olivia.

Fueron las primeras palabras que dijo desde que se había sentado frente a mí. Su voz era un hilo, pero cortaba como un cristal.

Asentí.

—Conseguí la dirección por casualidad, y me escondí esperando a que Iván apareciera a la cita. Sabía que no llevaba encima todo el dinero que debía. Pensé incluso que se retrasaba porque habría ido a buscarlo a cualquier parte, algún préstamo, algún amigo que le hiciera un favor…

Recordaba todos los escenarios que me pasaron por la cabeza en esas horas interminables que me pasé solo en mi coche, esperando bajo aquella tormenta.

—No tenía ningún plan trazado. Solo me quedé ahí, escondido, dispuesto a intervenir cuando Iván apareciera y las cosas se pusiesen feas.

»Supuse —continué— que podría equilibrar la balanza si no lo dejaba solo si empezaban a pelear. Pero cuando vi que se acercó una furgoneta y bajaron aquel bidón de gasolina, fui consciente de que no iba a presenciar una simple pelea en la que vuelves con un ojo morado y el labio roto.

Vi cómo las lágrimas de Olivia ya no aguantaban más. Las mías las siguieron.

—Intenté llegar antes de que lo hicieran. Pero debían tener el coche vigilado varias calles antes, porque todo pasó demasiado rápido. Cuando aquel bidón tocó el suelo, el coche apareció por la curva.

»Corrí lo más rápido que pude, grité hasta quedarme sin voz, pero no llegué a tiempo. El coche chocó contra aquel bidón y se salió de la carretera.

Olivia empezó a temblar, un movimiento leve que nacía en sus hombros. Estaba volviendo a revivir aquel momento. La oí suspirar desde lo más profundo.

—Pensé que era mi hermano. Conducíais el mismo coche que él. Debieron de confundirlo porque, ¿Qué probabilidad había de que pasase en ese momento un coche igual? —Mi voz rota sonó como burla macabra—. Cuando llegué a él, vi a aquel muchacho atrapado en el asiento, aún consciente. —Me froté los ojos con fuerza—. Lo intenté sacar del coche, forcejeé con el metal, pero estaba atrapado. Y no sé cómo, pero de repente

te vi. Inmóvil, tirada a unos cuantos metros. Solo pude fijarme en la velocidad en la que la sangre abandonaba tu cuerpo y corrí para evitarlo.

Olivia se llevó la mano al muslo sin reparar en ello hasta que mi mirada se desvió allí también y la dejó quieta al darse cuenta de aquel gesto.

—Cuando conseguí taponar la hemorragia, quise ponerte a salvo. Alejarte del fuego. Y cuando fui a por él, todo estalló por los aires —conseguí decir mientras me secaba las lágrimas con rabia.

—Intenté salvaros a los dos —confesé con la garganta cerrada—. Quizá debí llamar a la policía antes de bajarme del coche. Quizá tendría que haber hecho palanca para sacarlo antes... No lo sé. Luego no recuerdo gran cosa. Desperté a kilómetros de la ciudad y fue como si nada hubiese ocurrido. Busqué en las noticias, en los hospitales, miré expediente por expediente y no había nada.

No sabía tu nombre. No sabía nada de él. Erais dos desconocidos que desaparecieron esa noche. No existían dos personas que hubiesen tenido un accidente por ninguna parte. Busqué informe por informe, hasta hace unos días aún lo seguía haciendo a diario.

Incluso volví al mismo lugar, y si no fuese por las huellas de frenada en la carretera, hubiese pensado que me había vuelto loco. Nadie me creyó. Ni siquiera Iván. Travis lo ocultó todo, tenía poder para eso y más.

Olivia pareció conectar puntos en su cabeza antes de hablar.

—Me desperté en una pequeña clínica en Yonker, al principio no entendí por qué estaba tan lejos de casa, pero me dijeron que con el temporal estaban colapsados los quirófanos. Ni siquiera me pareció extraño. —Movía la cabeza sin apenas dar crédito.

—Os lloré durante años —continué—. Y he vivido desde entonces intentando ser mejor que el hombre que fui. Pagando una deuda que nunca termina. Convirtiendo esto —dije, señalando a mi alrededor— en mi propia condena.

Ella inspiró, pero apenas entró aire.

—Olivia —empecé a decir, porque no sabía cómo consolarla en ese momento.

—No puedo… —susurró—. No puedo respirar.

Di un paso hacia ella, pero levantó la mano sin mirarme.

—No me toques.

Se levantó y avanzó hasta la pared, apoyando la palma contra el azulejo, como si necesitara algo sólido para no desmoronarse.

—¿Sabías quién era yo? ¿Por eso te acercaste a mí en el congreso? —Quiso saber mientras intentaba controlar la ansiedad.

Negué despacio.

—No, no lo supe hasta que vi la herida de tu muslo y me hablaste de que también estuviste en el accidente. Ahí tuve un hilo del que tirar. Encontré tu informe manipulado y comprobé que la fecha era falsa. Faltaban datos y no había ni rastro de Daniel en él. Lo borraron todo. Solo pude encajar las piezas después de lo que me contaste en mi apartamento.

Negué una vez más, aunque ya no con la misma seguridad.

—O eso creía. Ahora ni siquiera sé qué creer… A veces pienso que alguna parte de mí sí te reconoció aquella noche, aunque yo no fuera consciente de ello, porque desde que te vi hubo algo en ti que me atrapó demasiado rápido como para ser casualidad.

Resoplé apenas, sorprendido incluso de haber dicho eso. Olivia había aguantado demasiado bien, hasta que dejó de hacerlo. Sus hombros cedieron, cansados, como si aceptara al fin que la verdad duele más cuando deja de ser una sospecha.

—Necesito salir —murmuró, mirando la puerta como si me suplicara terminar con aquella tortura.

Asentí casi al instante, tragándome las ganas de acercarme a ella. La puerta se abrió y el ruido del pasillo entró de golpe, devolviéndonos a una realidad quizá peor que la que acabábamos de sacar a la luz.

La llamé antes de que cruzara el umbral. Se detuvo, pero no se giró.

—Olivia, gracias a ti ya tengo las pruebas. Puedes ir contra ellos… y contra mí. No me voy a defender.

Ella no me miró, pero su voz se volvió firme como un cuchillo afilado.

—Puedes estar seguro de que lo haré.

El portazo hizo temblar el despacho y vibrar el suelo bajo mis pies. El silencio que quedó después fue mucho peor que la confesión.

Y, al marcharse, pude sentir cómo se había llevado mi corazón, arrastrándolo por aquel pasillo frío.

42

Catorce

OLIVIA

No recuerdo haber cerrado la puerta. Solo escuché el portazo, como si ese gesto lo hubiera hecho otra persona, y de pronto ya estaba caminando por el pasillo, sin sentir el movimiento de mis piernas. No podía pensar; ni siquiera podía organizar el dolor para entender dónde me estaba doliendo exactamente.

Seguí avanzando hasta encontrar un hueco vacío entre dos columnas. En ese instante, parecía el único rincón del hospital donde nadie iba a mirarme. Me toqué el pecho porque el corazón me latía demasiado fuerte. Tenía frío y calor al mismo tiempo. Quería pensar, ordenar todo lo que acababa de escuchar, pero cada vez que intentaba centrarme en una imagen, otra le caía encima y lo mezclaba todo de nuevo.

Tragué saliva varias veces, intentando recomponerme. Me doblé un poco hacia delante; pensé que iba a desmayarme. Cerré los ojos un momento y eso bastó para que una lágrima volviera a escapar, después otra y después todas a la vez. Me cubrí la boca con la mano porque no quería escucharme

llorar. No quería que nadie lo escuchara. Lloraba en silencio, ese tipo de llanto que quema porque no sale hacia fuera, sino que se queda tan atrapado en la garganta que duele.

Había algo bastante injusto en entender todo lo que había pasado. En que su voz me importara. En no poder borrarlo del todo de un plumazo.

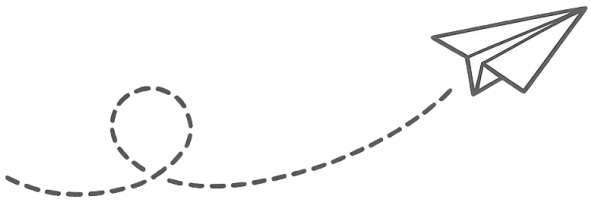
Me obligué a incorporarme, a recuperar algo que se pareciera a una postura normal. Tenía que moverme, salir de allí antes de que él abriera la puerta y me encontrara hecha pedazos.

Me pasé las manos por las mejillas, sabiendo que no servía de nada, pero necesitaba sentir que estaba haciendo algo, lo que fuese, para recomponerme.

Empecé a caminar hacia el ascensor. Di un paso y después otro. Cada uno más firme que el anterior. Necesitaba demostrarle al mundo —o quizá solo a mí misma— que aún podía caminar, aunque en realidad no pudiera ni sostenerme.

Entré en el ascensor y apreté el botón sin mirar cuál era. No me importaba adónde iba; solo necesitaba dejar ese pasillo atrás. Cuando las puertas se cerraron, dejé caer la cabeza contra la pared de acero.

El ascensor empezó a moverse y, en ese instante, sentí que ya estaba demasiado lejos de allí.



Pasé unas semanas muy duras en las que fui procesando toda la información gracias a las sesiones con Jackie, mi psicóloga. A veces me preguntaba cómo había sido capaz de seguir viviendo con tantas piezas mal encajadas, con tantos huecos vacíos haciéndome creer que ya no quedaba nada por ordenar.

Poco a poco fuimos rellenando esos huecos. Con el paso de los días pude empezar a hablar de Adrián.

—¿Qué es lo primero que te viene a la mente cuando pronuncio su nombre, Olivia?

Estaba sentada en aquel sillón orejero burdeos que ya sentía como mi segundo hogar.

—No lo sé —dije, por sexto día consecutivo.

Aquella pregunta era la última que me hacía Jackie antes de acabar la sesión, y yo me negaba a contestar. Hoy me la formuló la primera, sin aviso. Quería pillarme sin tiempo para prepararme.

—¿No lo sabes o no me lo quieres contar?

Fijé mi vista en la figura de leopardo que tenía justo detrás de su escritorio, en la estantería. Siempre me fijaba en ella. Contaba cuántas manchas tenía cada vez que no quería profundizar en alguna de sus preguntas.

«Catorce. Tenía catorce».

Las recorrí despacio, una por una, siguiendo el mismo orden de siempre. Necesitaba mantener la mente bajo control para no escupir la respuesta.

—No puedes hacer como que no te afecta —dijo Jackie, mientras se puso de pie. Se dirigió a la estantería, cogió la pieza de leopardo y la guardó en el armario—. Si me ayudases a ver qué es lo que despierta en ti, quizá no tendría que preguntártelo cada día. No voy a juzgarte, ya lo sabes.

—Lo odio —sentencié.

—¿Por qué?

Miré a la estantería. El hueco estaba ahí.

—¿Por qué lo odias, Olivia? —insistió.

—Porque estuvo allí, porque no lo salvó. Jackie, no lo salvó —dije con una rabia que acabó en llanto de nuevo.

—¿Crees que pudo hacer más de lo que hizo?

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué lo odias, Olivia?

No lo sabía, ni siquiera sabía si eso era lo que sentía realmente o lo que me empeñaba en sentir.

—¿Por qué tuvo que ser él, Jackie? —solté de golpe—. De todas las personas… ¿por qué él tenía que estar allí?

Jackie escribió algo rápido en su libreta.

—¿Eso es lo que te molesta? —preguntó tras finalizar.

«¿Eso es lo que me pasa? ¿Que lo odio porque no soy capaz de odiarlo?»

No supe qué contestar.

Salí de aquella sesión con la sensación de no haber respondido a nada y, aun así, de haberlo dicho todo.

Poco a poco conseguí observar los acontecimientos desde una perspectiva más objetiva, y entendí que él nunca iba a perdonarse, que había hecho de su culpa una casa en la que vivir, amueblando cada habitación con remordimientos y promesas que jamás podría cumplir.

Comprendí, sesión tras sesión, que esa obsesión por arreglarlo todo era el resultado de una vida en la que siempre había tenido que salvar a alguien, condenado por el propio universo a ser un héroe involuntario.

Y luego llegó la parte más dolorosa: aceptarlo. No solo aceptar lo que él había hecho o dejado de hacer, sino aceptar que mi historia ya no podía entenderse sin la suya. Que su culpa no era la mía y que, sin su ayuda, yo no estaría aquí. No habría respirado aquel día. No habría vuelto a caminar. No habría podido reconstruir lo que pasó en realidad.

Después vino la culpa propia. La que era solo mía.

Esa que no sabía dónde colocar, parecida a un objeto extraño que aparece en tu habitación y no sabes si tirarlo o guardarlo.

Esa culpa me golpeó en el pecho cuando descubrí que, entre mi rabia, había algo más.

Algo que no podía permitirme sentir… y que, sin embargo, estaba ahí.

Una semilla creciendo en ese terreno quemado, empeñada en sobrevivir dentro de mí, aunque ya no tuviese sentido.

Porque mientras ese día él, en su despacho, me contaba su historia, una parte de mí quería acercarse. Quería rozar sus dedos para que dejaran de temblar e impedir que siguiera sintiéndose como aquel niño que nunca se sintió protegido.

Quería mirarlo a los ojos sin rabia, aunque en ellos encontrara más dolor del que ambos podíamos soportar.

Aprendí que comprender a otro ser humano era mirar su herida y reconocer en ella algo que se parecía demasiado a la mía. Era el desconcierto de saber que alguien podía dañarme sin querer y, aun así, salvarme de toda la tragedia.

Esa parte de mí no sabía olvidar lo que había pasado, pero tampoco sabía ignorar la manera en que él me miraba, esperando una sentencia, como si yo tuviera el poder de destruirlo o liberarlo; como si mi perdón —ese que él sabía que nunca sería completo— pudiera cambiar algo.

Pensé que quizá ese perdón solo serviría para dejar de luchar contra lo inevitable: que, a pesar de todo lo que nos rompió, algo oscuro, incomprensible y terriblemente real nos unía.

No sé si algún día podré perdonarle. Pero ahora sabía que podía entenderle. Porque todo se ve más claro cuando dejamos de mirar solo nuestras heridas y empezamos a ver también las del otro.

Porque hay batallas que no se ganan, solo se comparten, para que duelan menos.

43

La justicia imperfecta

OLIVIA

El sobre llegó una mañana cualquiera, sin previo aviso. Tenía mi nombre escrito a mano. Lo sostuve un momento antes de abrirlo; no tenía ni idea de lo que contenía.

Pesaba más de lo que aparentaba. Dentro había un *dossier* grueso, dividido en carpetas con nombres, fechas, extractos de llamadas y copias de informes que nunca existieron en la base de datos del hospital. Algunas hojas estaban subrayadas; otras, marcadas con pequeños Post-it amarillos. Había anotaciones al margen y números de expediente. Todo ordenado con una meticulosidad que no dejaba lugar a la improvisación.

Bajo aquellos documentos apareció una tarjeta con el nombre y el teléfono de un abogado.

La giré entre los dedos antes de dejarla sobre la mesa. Y entonces lo supe. No necesitaba ninguna firma para reconocer quién me estaba poniendo todo aquello en bandeja.

Había empezado sin mí. Adrián había abierto el caso.

Me senté en la mesa del comedor. Abrí una de las carpetas al azar y reconocí en él la fecha antes de terminar de leerla.

Informe de ingreso Olivia Brake.

Firma: **Dr. M. Kessler.**

Anotado al margen, con la letra de Adrián: *«Esa semana el doctor se encontraba fuera del país. Adjunto billetes y registro del congreso*».

Bajé la vista a la siguiente línea.

Número de expediente: 172022-3

Ese número no está registrado en ningún archivo del hospital. No pertenece a ningún informe válido.

Esa anotación volvía a estar escrita a mano, en el borde izquierdo del papel.

Cerré la carpeta un segundo, como si necesitara comprobar que aquello no era un error de lectura.

En la siguiente, se puede leer una transcripción de una llamada que nunca llegó a constar en ningún registro oficial. Los informes manipulados, los testimonios desaparecidos, un informe de tráfico corregido a mano que ahora tenían explicación.

La banda de traficantes con la que se cruzaron cuando eran apenas unos críos estaba siendo investigada; el accidente que mató a Daniel ya no era solo un simple accidente, sino una pieza dentro de algo mucho más grande. Aquella tragedia no había sido un capítulo cerrado por descuido, sino el resultado de una cadena de errores y encubrimientos.

Sentí alivio. Un alivio raro, incómodo y tan necesario como doloroso. Me alegré de que Daniel no quedara reducido a un simple titular de prensa y que la verdad empezara a abrirse paso, aunque me costara asimilarla.

Debajo de los documentos encontré una breve carta. La leí despacio.

Olivia,

Sé que no puedo cambiar el pasado,
pero pretendo cambiar tu futuro.

Aquí tienes todo lo que he podido recopilar.
La policía está al tanto de todo.

No sé cómo pedirte perdón sin repetir
lo mismo de siempre. Por eso ahora solo
quiero darte las gracias por ese tiempo
que pasamos juntos. Por haberme hecho
sentir algo que ya creía olvidado.

Te deseo toda la suerte del mundo.
Sal a buscarla porque estoy seguro
que te está esperando.

Doblé la carta con cuidado, la guardé en el mismo sobre y la dejé apartada. No supe muy bien por qué, pero no quise mezclarla con el resto de los papeles.

Cuando la policía me llamó para declarar, decidí obviar su nombre. Y también el de su hermano, Iván. Dudé antes de hacerlo; dudé más de lo que quería admitir. Legalmente, debía incluirlos en el relato. Moralmente, sentí que sería como empujarlos de vuelta al mismo barro del que llevaban años intentando salir.

Así que me dediqué a explicar lo que antes no había sabido ver.

Que no había sido un accidente. Que el coche no se había salido de la carretera por sí solo. Que alguien había colocado un bidón de gasolina a propósito.

El inspector se sentó frente a mí.

—¿Recuerda si vio algo o alguien más en el lugar de los hechos?

—Una furgoneta negra apartada de la carretera —dije, porque ahora sí tenía esa información.

—¿Recuerda quién la alejó del vehículo?

Apreté los dedos contra la mesa.

—*No.*

Durante la investigación, confirmé lo que ya intuía: Iván hacía mucho tiempo que no tenía relación con esa gente. Vivía lejos de todo aquel pasado, con una vida tranquila, sin llamar la atención, como si hubiera necesitado esconderse en la normalidad para sobrevivir.

Había escapado. Forzado su propia paz. Arrastrarlo de nuevo no sería justicia; sería crueldad.

Y sobre Adrián... No era mi intención convertirlo en el enemigo. Él también había sido víctima de ese mundo; también había tenido que pagar con miedo y silencio. Quizá no fuese justo dejarlo fuera. Quizá el juicio quedase incompleto. Pero tampoco fue justo el día que Daniel murió, ni la vida que yo tuve que seguir llevando sin él.

La justicia real nunca era perfecta, por eso simplemente me limité a no permitir que el olvido ganase.

Yo luchaba por Daniel, aunque ya no pudiera escucharme. Luchaba por su nombre, para que nadie pudiera borrarlo de la historia con un informe falso.

Ese fue mi modo de honrarlo. Y, aunque nunca lo diría en voz alta, también fue mi forma de perdonar a quienes sobrevivimos.

44

Lo que no te dije

ADRIÁN

Habían pasado cuatro meses desde que todo salió a la luz. En ese tiempo no tuve más remedio que volver a la realidad, fingir que nada había cambiado y disimular que no me había quedado vacío por dentro.

Regresé a lo que sabía hacer: al trabajo, a mis horarios y a ese vacío que parecía tragárselo todo. Sin embargo, había algo que tenía claro: después de lo ocurrido no podía dejar las cosas así. No esta vez.

Cuando todo estalló, dediqué cada día, cada minuto, a descubrir la verdad. Recopilé lo que ya tenía y busqué lo que me faltaba. Metí las manos donde no debía, hablé con personas que creí haber enterrado en el pasado y pagué a gente que ojalá nunca hubiese tenido que conocer.

Una noche salí de un almacén abandonado con un sobre en la chaqueta y la sensación de que, si alguien hablaba de más, todo volvería a estallar.

Había cruzado a Brooklyn sin pensar en dónde me estaba metiendo. Las calles empezaron a cerrarse, los edificios dejaron de parecer viviendas y se convirtieron en bloques de ladrillos, naves con persianas metálicas bajadas

y grafitis que nadie se molestaba en cubrir. Olía a metal y humedad. El río no se veía, pero estaba ahí, podía notarlo.

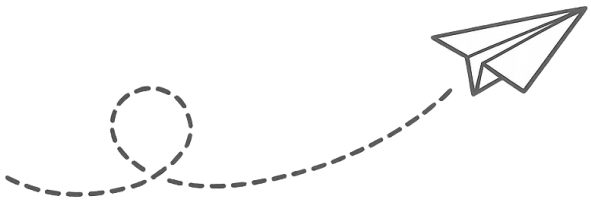
Cada dato, cada documento, cada informe manipulado… todo acabó en mis manos.

Si Olivia tenía que enfrentarse a la verdad, lo haría con toda la información posible. Con la verdad desnuda y sin adornos. Podría haber llevado yo la información del caso. Podría haberlo denunciado personalmente, pero pensé que era algo que a ella le daría fuerzas para continuar y para cerrar esa historia de una vez.

Así que solo hablé con algunos conocidos de la comisaría central para avisarlos de lo que se venía encima. No iba a ser fácil, había demasiadas personas involucradas. Personas importantes en la ciudad. Y el escándalo no tardaría en llegar.

Por eso, en cuanto obtuve todos los datos, se los entregué. Le di las piezas completas, las que había guardado durante años por si alguna vez tenía que proteger a Iván y todo lo que había conseguido en este último tiempo.

No sabía si volvería a verla después de hacerlo. Tampoco lo esperaba. Pero había llegado el momento de que ella caminara sin sombras, costase lo que costase. Esta vez no decidí salvar a nadie; solo depositar la verdad en las manos correctas.



Era un jueves por la tarde de final de mes. Estaba apoyado en el mostrador, revisando varias facturas. La lista de pedidos tenía algunos pequeños errores y me estaba llevando más tiempo de la cuenta solucionarlos. Odiaba el trabajo administrativo, pero era una parte necesaria para que todo funcionara.

El ambiente ya no era el mismo. Después de semanas tensas, Alison y yo habíamos llegado a un punto intermedio en nuestra negociación. No era lo que ninguno quería al principio, pero por lo menos, funcionaba. Reorganizamos los turnos y dejamos de forzar una estructura que no estaba aguantando.

Era una solución temporal. Un parche, más que otra cosa, mientras el hospital terminaba de estabilizarse.

Ahora, cuando urgencias se saturaba, los residentes bajaban a reforzar y luego volvían a los departamentos prioritarios para Alison. No era perfecto, pero había dejado de ser un caos y a nosotros nos ayudaba a salvar vidas.

La presión seguía ahí, pero ya no tenía la sensación constante de que todo iba a estallar en cualquier momento.

Por lo menos, no se hablaba de la huelga en cada turno. El ambiente entre los compañeros había mejorado y parecía que el sistema nos había dado una tregua. Confíaba en que en algún momento, cuando el hospital se recuperase económicamente, volviésemos a contar con el personal necesario.

Cerré el Excel para analizar en otro momento, porque no encontraba el dato que me desestabilizaba el presupuesto mensual. Había anotado en un papel los nuevos gastos, para revisarlo con el departamento de finanzas personalmente. En ese momento, noté cómo se hacía un pequeño silencio antes de que alguien pronunciara mi nombre.

—Adrián.

Lo supe antes de girarme. Reconocería su voz en cualquier parte. Sonaba más serena de lo que recordaba, o quizá fuese porque llevase demasiado tiempo sin escucharla.

Me di la vuelta despacio, con cuidado, por si un movimiento brusco pudiera hacerla desaparecer.

Olivia estaba allí, frente a mí, con unos vaqueros claros y una chaqueta fina, el pelo recogido con prisa. Su rostro parecía tranquilo, nada que ver con la tristeza que tenía grabada en la memoria desde la última vez que la vi.

Las mejillas se le habían sonrojado, quizá por el aire frío de la mañana o por haber entrado demasiado deprisa. Estaba más guapa que nunca guapa, pese a que habría jurado que eso era imposible.

Y ahí estaba otra vez esa reacción rápida e inesperada en mi cuerpo. Los nervios me subieron de golpe, como siempre me pasaba cuando estaba con ella.

Llevaba meses sin verla. Meses imaginando qué le diría si volviese a encontrármela, y justo cuando ya había aprendido a callarlo todo, la tenía frente a mí, sin saber qué decir.

La lengua se me quedó tan quieta como el bolígrafo que aún sostenía entre los dedos. Noté el latido del pulso en la muñeca; todo lo demás quedó en segundo plano.

Olivia se detuvo frente a mí. Me sostuvo la mirada unos segundos, analizando mi reacción. Intentando encajar el recuerdo que tenía de mí con la persona que tenía delante. Yo solo pude mirarla de vuelta, torpe, casi inmóvil.

Entonces sonrió. Fue un gesto pequeño, pero me bastó. Sentí cómo la tensión se aflojaba, aunque lo único que deseaba era abrazarla y decirle lo orgulloso que estaba de lo lejos que había llegado, de la fuerza con la que estaba aprendiendo a sostenerse.

Había sabido de ella a través de Sophie. Al principio apenas me decía nada. Respondía con frases cortas, midiendo cada palabra. Más de una vez me quedé mirando el móvil después de escribirle, esperando algo más que no llegaba, recordando que no podía forzar nada, que ese no era mi sitio.

Sophie nunca estuvo de mi parte. Eso lo entendí con rapidez. No me protegía a mí, la protegía a ella. Y era lo lógico.

Aun así, con el tiempo, empezó a dejar caer cosas. Detalles sueltos, casi sin importancia, que me daban información sobre Olivia: que había vuelto a salir sola, que ya no evitaba acudir a ciertos sitios, que había días en los que conseguía no mirar atrás.

Eran pequeños avances. Para algunos no significaría nada; para mí, lo era todo.

Me aferré a cada uno de ellos como si fueran la única forma de saber que Olivia seguía adelante, aunque no fuera conmigo.

Y ahora estaba frente a mí. Era tan ella, pero a la vez tan distinta. Como si hubiera encontrado un equilibrio en el que se mantenía cómoda.

Me acerqué despacio.

Joder, cómo la echaba de menos.

—Hola —dije, y me odié por sonar tan simple, tan lejos de lo que sentía.

Sostenía unos papeles en la mano. Los apretaba por el borde, con fuerza, y me los acercó.

—He venido a traerte esto. Es una resolución provisional del caso. Han dejado por escrito que Iván no tiene ninguna vinculación. Y han aceptado que no fue un accidente.

No me atreví a tocarlos al principio. No a los papeles, sino el gesto. Ella había venido a buscarme. Después de meses evitándonos, meses en los que

tuve que aprender a respetar su distancia, a no escribirle, a no buscarla.

Necesité unos segundos para asimilarlo.

Me obligué a moverme, cogí el sobre y sentí calor en la punta de los dedos, como si hubiera rozado algo más que papel.

—Gracias. Significa mucho para mí —logré decir.

—No quería que te enterases de cualquier manera. Prefería decírtelo yo misma.

Sentí una punzada en el pecho.

Todas las palabras que no habían encontrado hueco antes se agolparon de golpe. Quería decirle que la había echado de menos, que pensaba en ella mucho más de lo que podía imaginar, que estaba orgulloso de verla así, tan entera. Los papeles eran lo de menos; lo importante era que hubiera venido, que estuviese aquí.

Pero me lo guardé todo.

—Gracias por dejarme acabar con todo. Sé que has estado ahí todo este tiempo —añadió.

—Para lo que necesites, sabes dónde encontrarme, Olivia.

Fueron las únicas palabras que pude articular.

Asintió. Aún quedaba camino por recorrer para que la justicia terminara de hacer su trabajo, o al menos parte de él. Un juicio como aquel tardaría tiempo en resolverse.

Antes de irse, me sostuvo la mirada. Había algo nuevo en sus ojos: una especie de paz imperfecta que le sentaba demasiado bien.

—No quiero que sigas viviendo como si fueras el culpable de todo, Adrián. No mereces vivir así. Cuídate.

Un nudo en la garganta me impidió contestar. Cada una de sus palabras sonó a despedida.

Dio un paso atrás, como quien por fin cierra algo importante.

La vi irse sin hacer nada para detenerla. Porque quererla también era dejarla ir.

45

A su debido tiempo

ADRIÁN

Las semanas continuaron y, por primera vez en mucho tiempo, mi vida dejó de sentirse como una cuerda tensada a punto de romperse. Todo fue bajando de intensidad, como si mi cuerpo, después de meses recibiendo golpes, hubiera encontrado un ritmo nuevo para sobrevivir.

No sé en qué momento ocurrió, pero empecé a entender que hay errores con los que se conviven y se aprende. Iván y yo éramos el mejor ejemplo de ello. A veces pasaba semanas sin verlo. Otras aparecía como si nada. Pero cuando lo hacía, se quedaba de verdad. Abría la nevera, se servía algo, preguntaba cualquier cosa sin importancia, pero que al final acababa en una conversación más profunda.

Durante años intentamos vivir sin incomodarnos, fingiendo que no nos debíamos nada, como si hablar del pasado pudiera traerlo de vuelta. Y ahora, después de dejar caer todas las máscaras, nos habíamos convertido en algo parecido a una familia de verdad. Estábamos más unidos, mucho

más sanos. Incluso sentía que, por fin, estábamos creciendo juntos, aunque fuera tarde.

Una noche, mientras cocinaba, lo noté especialmente incómodo.

—Adri, con respecto a Olivia…

No quería hablar de eso, no otra vez.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Yo no sabía nada. Si hubiese imaginado que algo de eso iba a pasar…

—Ya lo sé —dije, porque no quería volver a discutir aquello.

—Hablé con ella —continuó, mirándome, mientras removía el refrito para contemplar mi reacción—. Tranquilo, solo fue por su declaración. Quise disculparme y agradecerle lo que hizo por nosotros.

—Está todo bien, Iván, de verdad —mentí.

Estaba bien jodido, sobre todo porque yo no había vuelto a hablar con ella más de dos palabras desde hacía demasiado tiempo.

El hospital seguía ocupando muchas horas de mis días, pero de una forma distinta. Simplemente estaba ahí. Había aprendido a salir cuando tocaba, a no esconderme entre turnos interminables ni a usar el cansancio como excusa. Me importaba mi trabajo, sí, pero por primera vez no lo utilizaba para protegerme de mi propio dolor.

Marcus fue un pilar fundamental durante ese proceso. Estuvo conmigo cuando la separación con Olivia me dejó en ruinas, cuando ni siquiera sabía cómo respirar sin ahogarme en la culpa.

Recuerdo el día en el que le conté toda la historia.

Fue durante una guardia en la que, por alguna razón, no entró ningún paciente en casi una hora. Algo que, en ese sitio, era casi irreal.

Cuando terminé, se quedó callado un momento.

—Hostia… jefe —dijo al final—. Sabes que meamos juntos, ¿no?

Tuve que reírme. Solo Marcus podía reaccionar así después de escuchar todo aquello.

—Si me lo hubieses contado antes, hubiese estado ahí, contigo.

—Siempre has estado conmigo, Marcus.

Negó despacio.

—Contigo de verdad.

—Lo sé.

Y lo sabía. Solo que durante todo ese tiempo creí que el peso era mío y que tenía que cargarlo solo.

Por la mañana entró en mi despacho como si nada, y con la mano aún en el pomo se limitó a observarme. Le hice un gesto para que hablara.

—Jefe, ¿sigues sin saber nada de Olivia? —preguntó, directo a la diana.

—Sí, desde el día que apareció en el hospital —respondí, sin saber muy bien a qué venía eso.

Asintió despacio, dudando si continuar o no con la conversación.

—Sabes que hablo a menudo con ella, ¿verdad? Por lo del retiro —se decidió a decir.

El retiro. Ese proyecto que ella había levantado desde cero y al que había dedicado meses. La había visto implicarse en cada detalle, hablar de ideas que aún no existían como si ya fueran reales, y tuve que contener el impulso de querer saber más de ella.

Su nombre seguía activando todos mis sentidos.

—Ajá. —Fingí normalidad mientras rellenaba formularios.

Marcus dio un par de pasos hacia el centro del despacho y ladeó la cabeza.

—¿No vas a preguntarme nada?

—No.

—Venga ya, te mueres por saber hasta el mínimo detalle.

—Cuando te nombré responsable para gestionar el retiro con ella fue precisamente para que yo no supiera ningún detalle —respondí sin levantar la mirada.

—Ya. Pues entonces no querrás saber que a veces hablamos de ti.

Alcé la vista demasiado rápido.

—Sí, has oído bien. A veces… ella me pregunta por ti. —Dejó la frase caer sin miramiento.

—¿Y qué te pregunta exactamente? —Quise saber, sin poder disimular la sorpresa.

Marcus sonrió al ver que había conseguido captar toda mi atención y simuló abrir comillas con los dedos.

—«Marcus, dime la verdad. ¿Tú crees que estará bien?».

No esperaba aquello. Olivia no tenía ninguna obligación de preocuparse por mí.

—No te lo dije antes porque pensé que necesitabas escucharlo cuando ya no te aferraras a esa pregunta como a un clavo ardiendo —continuó—. Ahora que te veo mejor me pareció conveniente que lo supieras.

Me pasé la mano por la mandíbula, sin saber muy bien cómo reaccionar, y Marcus lo notó.

—Ella no te odia, Adrián. Solo necesitaba tiempo para sanar. —Empezó a juguetear con los clips que estaban en mi escritorio—. Quizá ahora ya puede mirarte sin que le duela. A veces es lo único que puedes ofrecerle a alguien, incluso cuando el final no se parece en nada a lo que hubo al principio.

Era lo más sensato que le había escuchado a Marcus decir desde hacía años.

Él pudo ver de primera mano cómo yo había desaparecido de su vida sin pelear; no fue por falta de ganas, sino porque no encontraba una forma de estar sin herirla. Así que simplemente me aparté.

No sé con qué intención Marcus sacó el tema, pero lo conocía lo suficiente como para entender aquel mensaje subliminal.

Quizá ya me había alejado lo necesario para que Olivia pudiera sanar, y ahora solo me recordaba que no hacía falta borrar de un plumazo lo que habíamos construido.

Y una cosa tenía clara: siempre la cuidaría, aunque fuera desde la distancia.

46

Recuerdos líricos

OLIVIA

Había salido a hacer algunas compras de última hora porque íbamos a montar Sophie y yo nuestra maratón anual de *Piratas del Caribe*.

Cuando llegué a la puerta del apartamento, me encontré un ramo de lirios blancos.

No necesité leer ninguna tarjeta para saber de quién venían. El recuerdo llegó antes incluso que el aroma floral: la tarde en que cruzamos juntos la floristería del hospital, cuando se detuvo apenas unos segundos frente a ellos mientras yo le contaba que eran mis favoritos.

En momentos así, recordaba que Adrián siempre se fijaba en los pequeños detalles, incluso cuando intentaban pasar desapercibido.

Cogí el ramo y, de forma instintiva, miré a mi alrededor, como si existiera alguna posibilidad de encontrarlo cerca. Entre los tallos sobresalía una tarjeta pequeña, dentro de un sobre rojo carmesí. La abrí despacio, dándome tiempo para saborear aquel instante.

Dijiste que el dolor podía convertirse en belleza.

Ojalá sigas creyéndolo.

Había plasmado las mismas palabras que le dije aquel día.

Sentí el estómago cerrarse de golpe, una emoción tan grande que me cogió desprevenida.

Demasiado tiempo a la defensiva hacía que hasta la alegría me sorprendiese un poco.

Hubo un tiempo en que lo único que sentía por Adrián era rabia, pura y cegadora. Pensaba que me había mentido, que me había engañado de una manera cruel. Y después, cuando la verdad empezó a tomar forma, creí que odiarlo sería más fácil que entenderlo.

Pero el odio se me gastó. El dolor se acomodó. Y lo que quedó después fue otra cosa, una que no sabía identificar. Lo único que tenía claro era que lo echaba de menos. Tenía la necesidad de saber de él, aunque fuese en la distancia.

Quizá era a eso a lo que me refería cuando hablaba con Marcus aquellas tardes en la oficina de viajes, mientras terminábamos de ajustar algunos detalles del retiro.

—¿Tú crees que todo fue mentira? —me atreví a preguntarle.

—¿Te refieres a tu relación con Adrián? ¿Estás loca? —dijo mientras rebuscaba un regaliz rojo que se le resistía en la bolsa de chucherías de mi escritorio—. Creo que el jefe no ha tenido nada más real en su vida que tú.

—Entonces no lo entiendo, Marcus —murmuré, guardando el móvil en el bolso mientras apagaba el ordenador—. No entiendo cómo ha podido desconectarse así… como si nada. ¿Cómo puedes borrar a alguien tan rápido? —insistí—. Porque yo no puedo.

Marcus se levantó y empezó a recoger conmigo.

—No te ha borrado, Olivia.

Cogí las llaves y apagué las luces. Él me siguió de cerca.

—Claro que sí.

Negó despacio mientras me sujetaba la puerta.

—Ni por un momento pienses que te ha olvidado, pequeña Olivia. Lo que le pasa es que se cree un mártir que tiene que apartarse para que estés bien y puedas encontrarte a ti misma de nuevo.

—No creo siquiera que eso sea posible.

Marcus me revolvió el pelo al pasar a mi lado.

—Lo estás haciendo genial.

Reconozco que en aquel momento no me gustó escucharlo. No quería aceptarlo. Pensé que era otra forma de justificarlo y, de paso, de hacerme sentir culpable por no haberlo podido comprender antes.

Aunque Marcus y Adrián, a simple vista, parecían muy diferentes, fui descubriendo poco a poco la relación que los unía. Había algo en ellos que los hacía parecidos de una forma que no se percibía de entrada. Y cuanto mejor los conocía, más veía cómo se desprendían de esas capas con las que se protegían.

Hoy, con los lirios entre las manos, entendí que no necesitaba volver corriendo para demostrar que seguía aquí, que de un modo u otro siempre iba a poder contar con su ayuda.

Coloqué el ramo en un jarrón y me quedé observándolo. Me pregunté si Adrián me conocía lo suficiente como para imaginar que los pondría justo en el hueco donde entra la luz por la mañana. Era una tontería, pero ahí estaba yo, dándole vueltas.

Y, sin darme cuenta, me vi pensando durante horas en él. Recordando momentos que se habían quedado pegados a mí: cuando se inclinaba para susurrarme algo al oído, como si sus palabras solo me pertenecieran; cuando recordaba cosas pequeñas, absurdas, que yo ni siquiera sabía que le había contado; o cuando, con tan solo una caricia, conseguía que se me erizara la piel.

Me acordé también de la forma en que me miraba cuando estaba cansado y parecía guardar fuerzas solo para escucharme.

Todos esos recuerdos me hicieron sonreír.

47

En la lista negra

OLIVIA

El fin de semana pasó tranquilo. Parece que no, pero es fascinante cómo el cuerpo y la mente aprenden a curarse a su propio ritmo. No es que un día te despiertes distinta; simplemente dejas de pelear contra el peso y empiezas a caminar con él sin que duela tanto. Sanar es eso: dejar de sostener la herida como si fueras a morir si la sueltas.

Esa mañana iba camino a Bluestone Lane, la cafetería que se había convertido en una extensión de mi oficina y, a veces, de mi casa. Llevaba la funda del portátil colgada al hombro y el móvil en la mano, contestando algunas cuestiones sobre fechas aún disponibles para la próxima temporada.

Al abrir la puerta del local, el sonido fue distinto a otros días. El olor a pan tostado y café recién molido, eso sí, era inconfundible.

Me dirigí a mi mesa habitual, la que estaba junto a la ventana y donde ya casi ni hacía falta pedir. Pero noté algo diferente.

Encima había un pequeño florero. Uno simple, de cristal.

Dentro, un único lirio blanco. Fresco, perfecto e inconfundible.

Sentí un sobresalto casi ridículo. Miré alrededor, como si lo más lógico fuera encontrarlo sentado en alguna mesa, pero no había rastro de él. Solo la

normalidad de la cafetería a esa hora de la mañana y mi flor.

Me acerqué despacio y la toqué con la punta del dedo. Era real. No era un adorno del local y, desde luego, no era una casualidad. Volví a mirar alrededor, por si acaso, antes de llamar a Mike, el camarero que siempre atendía mi mesa.

—¿Esto…? —pregunté, señalando el florero.

Mike me soltó una media sonrisa, como si supiera que yo ya lo había entendido.

Asintió, como si la respuesta estuviera tan visible como el lirio frente a mí.

Me quedé quieta, sin saber si sentarme o huir, con la sensación absurda de haber encontrado algo que no había pedido y que, sin embargo, necesitaba.

Después de aquel primer día, pensé que sería un gesto aislado. Algo simbólico, como el ramo. Pero me equivoqué.

Al día siguiente, cuando llegué a mi mesa, me encontré otro lirio blanco. Igual de fresco, igual de intacto. Y también al siguiente. Y al siguiente. Cada mañana, una flor nueva en un macetero distinto ocupaba el mismo lugar.

Y aunque Mike seguía fingiendo que no sabía nada, su cara lo delataba cada vez que yo le lanzaba una mirada curiosa.

—¿Y bien? —le dije una mañana, apoyándome en la barra, con los brazos cruzados.

—¿Bien qué? —respondió él, arqueando una ceja, como si yo estuviera preguntando por alguna rareza.

—No me digas que no sabes nada de los lirios.

Me miró con una calma casi insultante. Luego se encogió de hombros, limpiando un vaso con demasiada dedicación.

—Solo puedo decirte que me pidió permiso. —Alzó la mirada, con una sonrisita—. Y que suele pasar antes de su turno, y a veces después.

Mike terminó de servirme el café, sin darle importancia a lo que acababa de decir.

Volví a mi mesa con el café entre las manos. El lirio de ese día estaba perfecto, como siempre, recién cortado, con gotas de humedad que aún reflejaba su frescura. Lo observé un momento, intentando averiguar qué se supone que debía hacer con un gesto así.

Yo, que durante tanto tiempo creí que Adrián me había olvidado, ahora tenía pruebas pequeñas, delicadas y persistentes de que nunca lo hizo del todo.

En esos días, el salón de mi apartamento había pasado de tener un par de cactus resecos en mi parte de la estantería a lucir como si alguien hubiera decidido abrir un mini invernadero solo con lirios blancos.

Cuando Sophie entró aquella tarde, traía bolsas de la compra ecológicas y una sonrisa satisfecha al ver aquel decorado. Dejó las bolsas en la encimera y miró el salón con los brazos en la cintura, igual que una jardinera profesional inspeccionando su obra.

—Vaya, vaya —dijo, con un tono de aprobación exageradamente técnico—. Diría que tu ecosistema ha alcanzado un equilibrio muy interesante. Me gusta cómo están invadiendo la zona del sofá. Están colonizando bastante bien.

Se sentó a mi lado, orgullosa. Su amor por las plantas hacía que los lirios no le parecieran un drama, sino una declaración de intenciones.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó, sin presión.

No supe responder al instante. Miré alrededor. Todos esos lirios eran un gesto precioso.

—Que… no entiendo qué pretende con todo esto —confesé.

Sophie apoyó el codo en el respaldo del sofá y me miró con paciencia.

—A veces hablar está sobrevalorado, por lo que veo. Sobre todo, después de lo que pasasteis vosotros dos —dijo despacio—. Él está intentando estar ahí para ti. Esperándote.

—¿Hablas con él? —pregunté, al captar un doble significado en su expresión.

—¿Quién crees que escoge los floreros?

—¡Sophie! —dije, dándole un manotazo en la pierna—. No lo estarás diciendo en serio. ¿Desde cuándo hablas con él?

—No pienso decírtelo, pero creo que está esperando alguna respuesta por tu parte. Ahora tiene dudas de si seguir asesinando flores o dejarlas vivir en paz y armonía.

Las dos reímos.

—Mándale un mensaje. Creo que no podrá aguantar mucho más así —dijo, mientras nos servía una copa de vino.

Cogí el móvil y abrí su chat, ese que llevábamos tanto tiempo sin usar, y me quedé pensando qué podría decirle.

—Y si le escribo… ¿«Si sigues así, habrá que replantearse la repoblación de lirios en Nueva York»? —pregunté, insegura.

Sophie alzó su copa en mi honor.

—Perfecto. Mándalo ya.

Sentí el pulgar temblar mientras le di a enviar.

Y entonces llegó el silencio. Y el miedo. Miedo a no sabía qué.

Sophie ya estaba tirada en el sofá, revisando su móvil.

—¿Ya lo has enviado? —preguntó, sin levantar la vista.

—Sí.

—¿Y?

—Nada. Aún no contesta.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Treinta segundos.

Sophie soltó una carcajada.

—Relájate. Si no contesta es porque está plantando más lirios, no porque no quiera contestarte.

Intenté no reír, pero se me escapó una sonrisa. Y justo en ese instante, el móvil vibró.

Una notificación.

Lo abrí mientras el corazón me martilleaba el pecho como una idiota. Y ahí estaba:

> **Adrián**: Valdrá la pena que Greenpeace me ponga en su lista negra si a ti te hace sonreír.

No sabía si reír o llorar.

Sophie me miró y se inclinó hacia mí.

—¿Qué te ha dicho?

Le leí el mensaje. Ella asintió, victoriosa.

—Eso, querida, es un hombre que no se ha rendido.

Me quedé mirando los lirios, pensativa, retrocediendo en el tiempo: recordando lo que habíamos vivido, lo que había sentido y lo que seguía ahí.

Y entonces lo entendí: el problema no fue quererlo… el problema fue creer que podría dejar de hacerlo.

EPÍLOGO – *Dos años después*

OLIVIA

El sol de octubre se colaba entre los ventanales y lo teñía todo con un tono dorado.

Nunca imaginé que pudiera gustarme un mes como ese. Octubre siempre había sido el mes del dolor, de las pesadillas, de la ansiedad… Pero ahora también era el mes en que decidí avanzar. Quizá por eso lo elegimos.

Respiré hondo, mirando mi reflejo en el espejo de la habitación. Llevaba un vestido sencillo, justo como quería, con una caída suave y una capa agarrada al cuello con un broche dorado, un regalo de mi madre.

Pero el anillo… el anillo lo decía todo.

Lo observé por última vez antes de guardarlo en su estuche. Conservaba la piedra azul de zafiro del compromiso que compartí con Daniel, pero el metal que lo abrazaba era otro: una mezcla fina del material original fundida con una alianza nueva que Adrián mandó diseñar para mí. Dos historias soldadas en una sola pieza, ahora dorada, en la que la piedra brillaba de forma distinta. Él insistió en que debía ser así, y yo entendí que ese gesto decía más que cualquier promesa.

En el interior del anillo había dos fechas grabadas:

El día que lo perdí todo.

Y el día en el decidí volver a vivir.

Sophie entró sin llamar, como siempre, sosteniendo una copa de champán y ese desparpajo suyo que no había cambiado en absoluto, ni con los años ni con… nada en particular.

—Dios, Liv, si Adrián no se desmaya al verte, lo haré yo —dijo, mordiéndose el labio—. Ah, y por si no lo sabes, Marcus lleva media hora ensayando el discurso. Si empieza a llorar, te juro que lo saco a empujones.

Reí sin poder evitarlo.

—Oye, Phi —dije, con ganas de guerra—, lo de que vayais combinados ya empieza a dar miedo.

Sophie se atragantó un poco con el champán.

—Por favor, Liv, estoy ocupada bebiendo. No empieces.

—No he dicho nada —respondí, alzando las manos—. Solo admiro el nivel de sincronía… cromática que lleváis los dos.

—Pues admírala en silencio —me soltó, con una sonrisa tensa.

Ambas reímos y, durante unos segundos, el aire se llenó de esa normalidad que siempre había anhelado.

La música empezó a sonar. Di un paso. Luego otro. Mi padre me acompañaba al altar; ellos siempre estuvieron ahí conmigo, aunque supieron mantener la distancia que yo necesitaba. El pasillo se me hizo corto y eterno a la vez. Sentía una mezcla de nerviosismo y serenidad que me acompañaba a cada paso.

Y allí estaba él, al final del pasillo.

Con ese traje oscuro que realzaba sus ojos, esos que me desarmaban cada vez que se detenían en mí.

A su lado estaba Iván, un poco inclinado hacia él, atento. No sabía muy bien si para recordarle que no se olvidara de respirar o solo admirar cómo había conseguido llegar hasta aquí.

Iván no hablaba, pero lo decía todo con su postura: los hombros rectos, una mano lista para chocarle el puñito si hacía falta y una sonrisa contenida que no lograba esconder. Parecía orgulloso, celebrando cada paso de su hermano como si fuera también un triunfo suyo.

Adrián no necesitaba aparentar calma; la tenía. Aun así, sus dedos entrelazados delataban algo más. Y cuando me vio acercarme, intentó no cambiar su expresión, pero no pudo disimular el brillo de su mirada.

Cuando llegué a su lado, me tendió la mano con una sonrisa que ya no pudo disimular.

—¿Lista? —susurró mientras me besaba en la frente.

—Hace dos años que lo estoy —respondí, sin apartarme de él.

El oficiante empezó a hablar. Podía escucharlo, pero las palabras no terminaban de formarse en mi cabeza. Todo se reducía a sensaciones: su pulgar acariciando el dorso de mi mano, el calor que ascendía desde su palma, la manera en que se le notaba el orgullo incluso en lo que intentaba disimular.

Los votos pasaron demasiado rápido, aunque estaba disfrutando de cada instante. Llegó el momento de los anillos. Adrián los sostuvo un segundo de más. Los observó con atención, asegurándose de que todo estaba en orden, de que ese gesto cerraba un círculo que yo había buscado durante años y que el destino, caprichoso, se encargó de modificar.

—Por el tiempo que tardé en encontrarte —murmuró, apenas audible, mientras deslizaba el anillo en mi dedo.

Mi mano temblaba un poco y susurré, más firme de lo que me sentía:

—Gracias por hacerlo.

Él asintió y, en su mirada, esa que alguna vez me dolió y hoy me sostenía, comprendí que sobrevivir había sido solo el principio del comienzo.

Después vino el aplauso, las risas, los brindis.

Marcus y Sophie discutían junto al bar: ella burlándose de sus nervios; él intentando justificar que solo había llorado un poco.

El resto de la gente bailaba, brindaba y vivía.

Y yo… solo podía observar todo con una sensación que no recordaba desde hacía años: PAZ.

Adrián se acercó por detrás y apoyó la barbilla en mi hombro mientras me abrazaba. Era increíble cómo cada vez que hacía ese gesto, una electricidad me recorría de pies a cabeza.

—¿En qué piensas?

—En lo feliz que estoy de quererte tanto —Me detuve un momento, dejando la frase en el aire— y de que dejaras en paz los lirios de Nueva York.

Él rio, ese tipo de risa que vibra en el pecho más que en la boca.

—Pues no prometo nada. Ya sabes que Greenpeace aún no me ha perdonado.

Me giré para besarlo, suave, sin prisa.

Y en ese beso entendí que, pese a todo lo vivido, habíamos conseguido construir algo sobre las ruinas.

No la vida que soñamos, sino la que nos tocó vivir y conseguimos hacerla nuestra.



AGRADECIMIENTOS

No me puedo creer que esté escribiendo estas palabras ahora mismo porque eso significa que he llegado al final y, sí, chicas, lo he conseguido.

Siempre me ha parecido que los agradecimientos son una parte mágica del proceso de escritura. Personalmente, me encanta curiosearlos cada vez que termino de leer un libro, así que, si has llegado hasta aquí, imagino que a ti también.

Voy a empezar por la persona que realmente ha hecho posible que este libro esté hoy en tus manos. Sin él, nada de esto habría sucedido.

Gracias, de corazón, a mi marido, **David**, que confía en mí mucho más de lo que yo misma podré hacerlo nunca. Gracias por cada palabra, por tus ánimos, por creer que era capaz de empezar y terminar esta historia. Gracias por escucharme hablar durante horas y horas, días y días, sobre los mismos personajes y las mismas escenas sin cansarte jamás. Gracias por darme alas y ayudarme a volar alto; y esto no solo se aplica a la escritura, sino a cualquier aspecto de mi vida.

No te lo digo tanto como debería, así que voy a dejarlo escrito aquí para que nunca lo olvides: te quiero.

También quiero agradecer a mis amigas, mis lectoras cero, que apoyaron esta historia incluso antes de que estuviera terminada. Espero que, cuando vuelvan a leerla, puedan ver cuánto he crecido gracias a ellas.

A **Bea**, por devolverme el amor por la lectura que había dejado olvidado en algún rincón y que tanto echaba de menos. Por comentar cada libro conmigo y por analizar cada frase de esta novela para que todo tuviera sentido.

A **Irene**, por acompañarme durante todo el proceso y por querer ir más allá de estas páginas. Si algún día existen más historias relacionadas con este universo, probablemente sea gracias a ella.

A **Panchi**, mi amiga desde los tres años, la que cree en las señales divinas y en que Mercurio retrógrado está empeñado en hacernos la vida imposible. Gracias por leer esta historia antes que nadie y por estar siempre a mi lado.

A **Ana**, mi correctora, que confió en mí incluso antes de leer una sola página. Tus palabras de ánimo, tu ilusión y tu confianza han sido fundamentales durante este camino. He disfrutado muchísimo de cada comentario que dejabas mientras corregías el manuscrito y de ver cómo amabas tanto a mis personajes. Gracias por hacerme sentir tan capaz.

Muchas gracias a mi familia y a todas esas personas que, en algún momento, me preguntaron por cómo llevaba la novela. También a mis chicas en las redes sociales, con quienes hemos creado una comunidad preciosa en la que compartimos recomendaciones, conversaciones infinitas y un montón de momentos que me sacan una sonrisa cada día.

Y, ¿por qué no?

Gracias a mí.

Por, como ya he dicho antes, haber sido capaz de terminar algo tan importante. Porque hubo momentos en los que pensé que nunca podría hacerlo y, aun así, aquí estoy, escribiendo estas últimas líneas.

Y, por supuesto, no pienso olvidarme de ti, **lector@**

Siempre estaré enormemente agradecida de que hayas invertido tu tiempo en esta historia. Quiero que sepas que, al cerrar este libro, te llevas contigo un pequeño trocito de mi corazón.

Y, por si todavía no lo he dicho suficientes veces:

Gracias.

Espero que algún día podamos volver a encontrarnos entre nuevas páginas, diferentes personajes y otras verdades que nos unan o nos separen.

SI TE HA GUSTADO

Si te ha gustado esta historia, me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. Para ti solo serán unos segundos, pero para mí significará muchísimo. Es una de las mejores formas de ayudar a que esta novela llegue a nuevos lectores y de que más personas puedan descubrirla.

Y, por supuesto, estaré encantada de hablar sobre ella antes, durante o después de la lectura, porque comentar libros es una de mis cosas favoritas del mundo.

Puedes seguirme en redes sociales y acompañarme en el caos constante que es mi vida. Porque, seamos sinceros, las vidas perfectas no existen… y la mía es una prueba de ello.

Te dejo por aquí mis redes para que podamos seguir en contacto:

@el_alma_de_mama

Nos leemos pronto. ❤️





CONOCE A LA AUTORA

Laura Grey escribe historias sobre personajes imperfectos, segundas oportunidades y emociones intensas.

Cuando no está leyendo, probablemente está pensando nuevas maneras de destruir emocionalmente a sus protagonistas antes de volver a unirlos.

Entre el trabajo, las noches en vela y el caos cotidiano de la maternidad, intenta encontrar tiempo para hacer lo que más le gusta: contar historias.